

COLECCION

DE

**DOCUMENTOS INÉDITOS**

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA

POR

EL MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE,

D. JOSÉ SANCHE RAYON Y D. FRANCISCO DE ZABALBURU.

**TOMO LXXXVI.**

MADRID

IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA

Calle de Campomanes, núm. 8

1886

## ADVERTENCIA.

Con este volumen se da fin á la obra de Matias de Novoa, que comprende el reinado de Felipe III y gran parte del de su hijo y sucesor Felipe IV.

Para facilitar el estudio de este importante trabajo, que comprende más de cincuenta años, ofrecemos en el volumen primero de la *Historia de Felipe IV*, sesenta y nueve de la Coleccion, un Índice biográfico y de sucesos, que, con sus correspondientes ilustraciones, haría nuestro buen amigo el Sr. D. Justo Zaragoza. En efecto, así lo ha hecho; pero siendo este tomo demasiado voluminoso ya, y no teniendo por esta razon cabida en él el Índice, lo publicaremos más adelante.

HISTORIA

DE

FELIPE IV, REY DE ESPAÑA,

PUBLICADA AHORA POR VEZ PRIMERA

CONFORME AL MS. QUE EXISTE EN LA BIBLIOTECA NACIONAL.

## LIBRO DÉCIMO.

---

### ARGUMENTO.

El rey de Francia hace una armada y levanta un poderoso ejército, para venir á jurarse á Barcelona y á acabar de sojuzgar la provincia, y áun hacer extremecer las demas hasta Navarra. El Rey de España hace lo mismo con intento de hacer jornada y de oponérsele; no sosiega el rigor de los pechos. Piérdese Colibre, y Mos de la Mota quiere picar en el reino de Valencia; sitia á Tortosa, y es echado de ella, y el ejército francés es roto en Flándes, con que el Cristianísimo vuelve á París, y el Católico se pone en Zaragoza, donde acude todo lo mayor y más grande de todo Reino, así de lo militar como de lo político. El príncipe Tomás deja el servicio del Rey, y hace memoria de las cosas de Alemania, de Italia y de Portugal. Piérdese Perpiñan y Salsas, que habian sufrido la hambre desde la primavera hasta diez de Setiembre. Consiénesse la moneda de vellon en Castilla, con grande llaga de

los pueblos; no obran nada los ejércitos sobre Lérica, ni las armadas en el Mediterráneo; vuélvese el Rey á Castilla, lónes primero de Diciembre, y muere el cardenal de Richelieu, gran privado de Luis XIII, rey de Francia; y todo esto en el año de mil seiscientos y cuarenta y dos.

Entre los cuidados que por todas partes nos rodeaban, y entre los recelos de perdernos ó conservar, no dormían los aumentos y amplificación de los que nos mandaban, antes bien, habiendo entrado el Gobernador estos dias en resolución y pensamientos de sucesion y posteridad, y de declararlo al mundo, traíante con mortales desvelos, no que le hubiese de heredar el sobrino D. Luis de Haro, que ya habia hallado trazas en los Letrados, segun él lo entendia, para desbacerlo y construir las cláusulas del mayorazgo: lo de Olivares digo, que lo adquirido y acrecentado en el valimiento, así honores como hacienda, ya sabia que nó; aunque, como se entendia de su corazon, antes lo dejara al que pasara por la calle que dárselo á él, sino que presumiese heredarle el valimiento, y que no obstante los castigos y las amenazas, no desistiese ó no se enmendase como le estaba avisado; el Rey, para esto descaba hacierle este tiro premeditado tiempos ántes, y poner alguna poca de tierra entre él y el Rey, que le dejase amargo y elevado, y algun acibar en los labios, que le tragase amargo como él lo estaba, promoviéndose que su poder y maña lo harian, y que viendo otro hombre con título de hijo suyo, donde cargaria toda la reverencia, lisonja y aplauso del mundo, todo el poder y lo que tenia, el peso de los negocios y áun el Gobierno si era menester, seguirian á éste y le dejarían á él; se resfriaria el Rey, y áun le podia hacer valido, con que habria salido de tan gran cuidado y de una tormenta que le tenia anegado el corazon; y si yo, por testigo de vista

puedo ser de algun crédito, casi lo vi hecho, como diremos en su lugar. Anduvo muchos dias el doliente empollando el negocio, entreteniéndolo, rehusándolo de confiado, aunque quería que fuese la Condesa, ya que no la paridera, la movedora, y que ella lo hacia porque fuesen más bien recibidos los atrevimientos de mujer, por dar gusto al Conde y sucesion á su casa, que era lo que más nos importaba, que esto llaman prudencia y cabeza de gran Ministro (así se obrara ello sobre Portugal ó Cataluña), contentándose con darlo á entender á el Rey, que se introdujese en Palacio en el cuarto de la Reina, en la corte, en el mundo, á ver lo que se decia, y á la fé que se hablaba muy mal: perdone el decoro real, que la buena ley de los mejores, y los que descaban ver la reputacion en alto punto, lo vituperaban: con que veíamos andar por Madrid un mozo en un coche, con el secretario Legarda por ayo, á media cortina azul, con cuatro mulas y un cochero del Rey, y decian todos: «catá allí al hijo del conde flechas;» que se tiraban á D. Luis de Haro; y por eso era bien vista la tramoya en el conspecto y chola del inventor, pero no en el juicio de los hombres de bien. Al principio de este año, que fué su más bien pensada hazaña contra los émulos del Estado y bien del Reino, trató de declararle y que saliese al mundo sin tantas cortinas, y que comenzase por la introduccion de entrada de Gentil-hombre de la Cámara, en el cuarto del Rey, que fué lo primero con que se metió el marqués de Toral; invencion de nuestros dias para templar la sed de los pretendores, como la invencion de inundacion de llaves sin ejercicio, para no darles nada. Hecho esto, se le dió por acompañado, ó él se dió por entrometido, al conde de Grajal, primer Caballerizo, por donde arribó despues á Gentil-hombre de la Cámara, apoyo de la marquesa de Alcañices para que guardase á su marido, cuando se le fué á los cequies de oro de Nápoles, el oficio de cazador Mayor; con que se oscureció el Legarda, pagándole lo pedagogo con la Secretaría de la sal, que todo se gastaba en esto, sin acordarse de las fatigas de los más conjuntos al servicio del Príncipe: feliz

despacho si no hubiera parecido tan presto, como al principio del año siguiente en transmigración de mejor Gobierno, y en juicio más sagrado, con otra reformation de gentes y oficios; espantándose el mundo, que con todo sale el poder, el seglar y el eclesiástico, cuando quiere, que á éste le llamaban D. Julian, y siendo ya hombre de grande cuerpo, salió confirmado por la corte con nombre de D. Enrique de Guzman, á imitación del abuelo, para que la sucesion fuese echando amarras. El estado miserable que nuéstras cosas tenían, esta tramoya y este emboleco metido en Palacio, traía desatinado el entendimiento de la gente, y este nombre de D. Julian, lo tenían por prodigio y por agüero, corriendo España la fortuna que corría, acordándose del conde Don Julian, que por venganza del Rey D. Rodrigo, por el agravio que hizo á su hija la Cava, uctió los moros en España y la destruyó; de suerte que lo enajenó la buena razon de darlo á ningún hombre sino á pocos, y áun el de Rodrigo, por aquel caso tan desastrado, jamás le tomó Rey, borrándole de los anales y de las memorias; y ahora, Conde y Julian, todos lo tenían por adverso, discurriendo que por presagio fatal le dictó, que no habiendo entrado el padre en Palacio por Gentil-hombre de la Cámara hasta el fin del año de mil seiscientos y quince, ni creyendo ser privado, ni pensado serlo, habiéndolo de ser precisamente como estaba resuelto ó permitido, por ordenación del cielo ó de los Príncipes que los dejan mandar la tierra, y habiéndolo engendrado dos años ántes, porque este año de seiscientos y cuarenta y tres, por el mes de Octubre, hace veintiocho años que entró en Palacio, y él dicen que tiene treinta y uno, ó dos, aludian, viendo el estado que tenía España, qué astro le inspiró que lo llamase Julian, estando él destinado para hacer correr fortuna, que corre, y habiendo sido el instrumento principal de su destruction. De esta manera se decía, que primero es la señal y el prodigio que la ruina y la desolacion, y que éste verdaderamente lo era entre los demas; y lo que hacia conundir el entendimiento que se pretendía honrar y ensalzar

como si fuera en dicha y en pro, y el anuncio de la felicidad. Tambien se hacia reparo, que el modo del Gobierno que se llevaba, más era para acabar que para permanecer, y así impugnaba el dictamen de fabricar sucesion, porque el sembrar produce, y el arrancar siempre sin sazón y trasgando, arruina. Dolencia fué ésta en la antigüedad entre grandes varones cuando les faltó sucesion, y los pueblos y el comun se la desearon, particularmente cuando florecieron y estuvieron en mayor altura los Imperios griego y romano; y de aquí se derivó la adopcion y el prohibir las estátuas, los simulacros, los dísticos, los elegantes elogios, las medallas, las anagramas y epigramas, los epitafios y conotafios, las agujas y pirámides que se levantaron, las urnas y mausoleos, y ahora en el tiempo dichoso del Evangelio y de nuestra Sagrada religion los grandes templos; poro de aquellos que fueron sus amplificadores, sus defensores, los que fueron los instrumentos de toda felicidad, de el acrecentamiento y de el descanso público; los que lo engrandecieron y aumentaron con toda política y urbanidad; los que los libraron de grandes enemigos; los que los conservaron en paz y en guerra, en toda reputacion y en sus términos, y preservaron de grandes ejercicios, los hicieron prósperos, de respeto y obediencia á los coterraneos y confinantes. Pero quien no ha tenido nada de esto, ¿qué se le da al mundo que no tenga sucesion? Antes querrian que no quedase rastro ni memoria, vestigio ni otra piedra de su semejante. Este mancebo, dicen que le hubo el Conde en una mujer de mediana estofa: ya todos lo saben, no hay para qué declararme más, no de una gran señora de quien mintió el mundo: tanto importa á las personas que les corren tan elevadas obligaciones no dejarse llevar, aunque sea del segurísimo cortejo de Palacio, porque despues quiere la malicia hourarse á costa de lo mejor y más precioso, para adquirir vanidad y soberanía, ántes atender con acciones puras á el estado del matrimonio y á lo más perdurable de la estimacion. Fué hijo de aquella mujer; dióle á criar á un hombre que tenía otro hijo; muriose éste, y dijole al Conde

que era muerto el suyo, y quedóse con el del Conde: después, á la hora de la muerte, declaró la verdad. Por aquí se verá cuál sería la crianza, qué maestros, qué ayos le pondrían, qué letras, qué virtudes le enseñarían para quien había de suceder á tan alta expectación. De esto no se hace memoria de nada, antes que gastó parte de su vida en Italia, paje de D. Pedro de Guzman, arzobispo de Sevilla, cuando fué á llevar á María, reina de Hungría y Bohemia, á Trieste, y partió en las Indias y en sus viajes, de quien se contaban y se referían tantos desórdenes y travesuras en su vida, y tan bajas cosas en su proceder, cual no se podían contar del hombre de más ruin casta del mundo; acumulándole por aquí el haber caído por delitos semejantes en los riesgos y peligros más infamos de las cárceles y los suplicios. Y así me rio yo de los que afectan sangre: la verdadera es el buen proceder, no hay más calidad que obrar virtuosamente. Parece que escribió alguna novela, porque todo el proceder es novelas, y lo que más escandaliza, que se pretendiese esto poner á los ojos del mundo, de un Rey y de una corte tan grande: testimonio verdadero de que solo reinaba la desvergüenza como al principio; y así se veía con más claridad en el fin, porque ¿qué otra cosa se ha experimentado? Esto estaba recogido en casa de Legarda, dejó aparte otros principios; se procuraba pulir y limar, mas no tanto que el proceso de la vida y el ejercicio de las costumbres no diesen en alguna flaqueza y resbalasen á romper la clausura, y de repente, y sin dar cuenta á nadie, no pasase á casarse por amores con una Doña Leonor de Uzueta, mujer hidalga y de buena sangre. Fué este hecho de grandísimo dolor y sentimiento para el hacedor, y corrió luego con poder y brevedad á deshacer el matrimonio, y quiso la suerte que hubo circunstancias para ello; porque los contrayentes no trataron verdad al Ministro, proponiendo la parroquia de donde alguno de ellos no era: con que la Teología y los Sacros Cánones entraron anulando y dividiendo, y dando el matrimonio por ninguno; con que se desahogó notablemente el inventor, probando ántes de tiempo las afliccio-

nes y pesadumbres de hijo áun no bien acabado de declararse por padre: quión dice que con sentimiento de entrambos, pero más bravamente de ella, porque lo parció que había perdido brava alhaja; pero bános de dar licencia que la digamos que no tenía razon. Andaban las lágrimas por la corte, por los Tribunales, por los Conventos, por los confesorios, por los Jurisprudentes y Teólogos, y no había remedio; cada uno hurtaba el cuerpo al poder. Trataron de casarla con marido Letrado, que en Madrid nunca falta para esto; darle Garnacha, y hacer á las Indias teatro de este espectáculo y de semejantes incidencias, de que se había de limpiar el Gobierno, y dar otra senda ménos profana á semejantes cosas. Lleváronla á Sevilla, mas ella persistía, y decía que aquel no era su marido sino el otro, y arrimábalo á la conciencia; pasaba adelante que no podía cohabitar con él: finalmente, la hicieron pasar la mar, y de este encuentro, navegó á ser Emperatriz de las plazas de Occidente. ¡Triste Gobierno que te destinaste á semejantes miserias por tu infelicidad! Rota esta lanza, como ya dije, y declarado al mundo y á la corte, llevaron la persona al Palacio real del Buen Retiro, al hospedaje y cuarto de los Príncipes, le pusieron criados y le comenzaron á servir con aquella plata y aquellos homenajes reales: venía á Palacio á ver al padre, y de allí á cultivar para lo tratado al cuarto del Rey, donde fueron dando calor á las cosas que faltaban al cumplimiento de la obra y de tan grande asunto, que entendido por las hermanas, luego trataron de ir á recibir el misterio, á saber lo que habían de hacer, qué modo de visita y con qué cortesías; á todo lo cual callaba D. Luis de Haro, encogía los hombros, se daba al sufrimiento y á ajustar papeles para su tiempo, si bien dicen tenía ya remediado esto el gran jurisculto José Gonzalez, y áun se rujía que le tenía apocado del mayorazgo, y que había cláusulas para ello, derivadas de la casa de Medinasidonia, que dicen admite á todos, á legítimos y á bastardos: dejó lo más probable en su lugar, que todo al fin arderá en litigio, y se beberán las haciendas los

Ministros. Hízose Junta de cómo habían de ir las hermanas y los demás, y dióseles por orden y por insinuación que al principio le acariciasen, le llamase sobrino y de tu, y después de Excelencia, que quien hacia melindre, que no se le llamasen sus criados, sino Señoría, de allí no la quisieron quitar, no habiendo hasta ahora fundamento para ello. Con esto se previnieron, señalaron el día, fueron los Baranones y D. Luis de Haro, tratándole los viejos de sobrino y él do primo, y llegada la hora de esta celebración, refieren que fueron al Retiro y que entró la marquesa del Cárpio, como era la mayor y la perdidosa, y diciendo ¡ay! y repitiéndolo más por la vejez que le rodeaba, y la muerte que tenía delante de los ojos que por el tiro que se le hacia al hijo, dijo: «sobrino mío, seas bien venido; ¿cómo está V. E.?» Y la condesa de Monterey, con más sosiego, y más tranquilidad de espíritu, sin ay ni quejido, siguiendo los mismos pasos de la hermana, poco afectos marido y mujer á semejantes cosas, tambien dijo: «sobrino mío, ¿cómo está V. E.?» La marquesa de Alcañices, hazañera en todo, y queriendo adelantarse en adulación muy aprisa, y barbullándolo todo, siguiendo el ejemplo de las demás, dijo: «sobrino mío.» y repitió: «sobrino mío, seas bien venido; ¿cómo está V. E.?» Con esta visita dejaron confirmada la obediencia y sumisión que le habían de prestar, y reconocimiento de cabeza, y volvieron al poderoso á recibir las gracias de tan grande ofrenda y adoración; con que la vanidad y el gusto crecía, por la marchitez del sobrino, que estaba la cabeza caliente y muy hinchada, y el corazon rebosando de gozo y toda bienaventuranza; con que semejantes delirios y tramoyas corrían por la corte, por Palacio, por el cuarto de las mujeres, por el mundo, no habiéndose ni riéndose de otra cosa en visitas, entradas ni corrillos, con que en los nuestros, y en los teatros de los extranjeros, en las cortes de los Príncipes, peligraba absolutamente el juicio, la prudencia y la reputacion tropieza. ¿Cómo sería en Bruselas, do asistia el infante D. Fernando, y en Viena de Austria, donde estaba la emperatriz María,

que conocieron nuestro Palacio, dándose á la murmuración, como Príncipes que eran de casa; escandalizándose y riéndose de semejante poder de privado, y que nuestra córte se habia vuelto farsa ó entromós?

Fueron y vinieron otras visitas de los afectos, y seguido esto, para dar su debido cumplimiento á la materia que nevegaba á todas velas con próspero viento y en popa, se trató de casarle y darle esposa como convenia al intento de alta sangre y esclarecida prosapia, y discutiendo con brevedad dónde sería, luego pusieron los ojos en el hogar del Condestable, que vió que entraba otra vez el halago del valimiento por sus puertas, particularmente cuando es por intercesion real; aunque de lo pasado pocas medras se veían en su casa, ántes muchas persecuciones y disfavoros, quebras y pérdidas de hacienda, caducar alcabalas y otros pedidos (no sabemos la causa, ni quién tiene la culpa); luego alargó y concedió con buen semblante, esperando de las promesas alguna presa que cubriese la necesidad y lo alcanzado: siempre lo he visto en ambas bodas poco venturoso, como dijo delgadamente en el soneto de Dido y Eneas, nuestro D. Julio de Arquijo. Previniéronse las cosas para capitular: dióse cuenta de este hecho á todos los señores del Reino, particularmente á los parientes: todos doblaron la cabeza; solo gruñó, como mujer, la hermana del Condestable, casada con el marqués de Villanueva del Rio, hijo del duque de Alba; escribióse desde Sevilla que para casamiento bastaba el primero de Toral; llegóse á capitular, mártes veintuno de Enero de este año, en el cuarto del Príncipe, donde asistia la Condesa que lo habia abrazado y tomádole por hijo, con asistencia del Condestable que volvió á Palacio, andando retirado del del Rey y de la Reina: hicieronse las escrituras, y la Reina favoreció mucho á el novio, encareciéndole la prenda que llevaba y encargándole para con ellos, le dió rentas en Sevilla y en otras partes, y una suma grande de dinero de las propinas que le daban sus Consejos, invencion del privado, y las que estaban caídas, sobre que no hubo embarazo ni difi-



cultad, como ya lo hay en todas las pagas y en las mercedes: y si un criado pedía una ayuda de costa, le decían que el Rey estaba alcanzado, y el Patrimonio muy consumido, que busque; y le hacen andar en esta lesion carleando como el perro del cazador, que le ha llevado todo el día muerto de sed por tierras áridas, secas y sin agua. Hubo gran besamano, y el Príncipe dió en favorecer mucho al D. Enrique, por hacer lisonja á la aya Condesa, que ningunos la rezan mejor, por las muchas veces que la han visto: dicen que la Condesa, bañada toda en bazañerías y vanidad, después de las capitulaciones, le dijo que solas dos cosas le encargaba: la una, que tuviese mucho cuidado y hermandad con su hermana, que el duque de Medina de las Torres (atógome á lo del principado de Astillano); y la otra, de las mujas de Looches. Envióse por la dispensación á Roma, en que se pasó tiempo y alguna dilación, porque el Papa no hizo tanto reparo en el parentesco que le proponían, como en la decisión del primer matrimonio; y, quiso enterarse ántes de dispensar de las causas y razones que hubo para ello, oír á los Teólogos españoles y á los que tenían noticia; y al fin corrió por su parecer: por esto dije que semejantes materias adjudico así y á la Rota, excluyéndolo de otros Tribunales. Hablábáse de esta accion en todas partes, y todos se admiraban que el Conde hubiese deliberado en una cosa tan rara: y viendo el exceso y la temeridad á que se había dado, y las pocas partes del mozo, y que para oponérsele á D. Luis de Haro, á su juicio y á las otras virtudes en que respaldencia, era desatinado, decían que había de ser su destrucción; y si bien él no dió causa para ello, el pronóstico fué cierto, porque parte de esto, que al fin se lo afeanaban al Rey de muchas partes, y que diese tanta mano á un hombre, que se atreviese á ponerle delante de su presencia y en lo más sagrado de su Palacio sus flaquezas y desperdicios, y el todo del mal estado que teníamos, y parte de lo que iremos escribiendo en el umbral del año venidero, que sucedió y lo vimos, porque no hay Príncipe tan dado de sí á sus validos, que si ve que la confianza ó el Gobierno no sigue la

felicidad y el estado que requiere, que no mude de parecer, tome el manejo de los negocios y lo onderree, y lo lleve por el ejemplo y saber de sus mayores. El pueblo, siempre frenético en semejantes novedades y casos, propio manjar y plato suyo, por esta liberalidad no hallaba en toda la Monarquía alhaja ó dignidad que no diese al Condestable; ya le hacían Gobernador y Capitan general del estado de Milán, porque lo fué su padre, y pareciendo poco, y que la accion merecía más, como le veían viudo y sabían que había visto libros, le calzaban el capelo y le hacían arzobispo de Toledo; ¡mas cómo creciera la casa, qué desempeños no se hicieran, y qué lindos batuartes se le armaran! Pero esta esperanza, si tuvo alguna quien mostraba estar deshecho de todas, salió como tesoro de duende; porque no le tocó sino ir á Castilla la Vieja á gobernar mil caballos que estaban allí, y á conducirlos á la frontera de Cataluña, para la guerra que se había de hacer este año, entre Barbastro y Cinca, cosa que él aborrecía mucho; porque esto de la guerra no lo abrazaba, y las veces que le mandaron ir á Castilla ó á Vizcaya á levantar el ejército por los movimientos de franceses que allí se sentían, impugnaba al Ministro, y decía no tenía caudal ni salud para hacerlo, y se lo admitían, y él procuraba salvar sus fortunas en el retiro de su casa; que este año habían cobrado ya el ánimo y el valor de los señores de Castilla, y tan flacamente se habían dejado deshacer. Entretanto que venía de Roma la dispensación, el nuevo concertado se dió al galanteo de la dama, con bravas finezas, galas, bordados esquisitos y primorosas joyas de estimación, sobra de dinero, doblones de á ocho, y aun de á ciento, salidos de buenos minerales, y de veintidos años de poder y de manejo de tesoros: introdujose solemne banquete en el Retiro, donde acudió luego á matar la hambre la lisonja, saliendo de lo hondo de los estómagos; fueron allá á hacer cortejo, á prestar sumision y á doblar los cuellos los emparentados y toda la tropa de mozos de Madrid, como los hijos del marqués de Belada, marqués de San Roman y Salinas, el hijo del marqués de Orani, marqués de Alme-

nara, el almirante de Aragón y otros, donde se hacia breve gusto, y hervían en abundancia los platos, cuando se cercenaban los de Palacio, y no se pagaba á los criados; y de allí iban por la tarde á merendar á casa del Condestable, ejerciendo los bacanales más de lo que permitía la templanza y moderación, en que se debe mantener el lustre de la juventud y los hijos de la nobleza que han de seguir las huellas de sus claros antecesoros; que no hay mayor deleite ni mejor alimento y ambrosía que correr á la virtud y aspirar á las cosas altas y generosas: por esto paso luego por el gasto, y porque no nos coman otros, y por callar al pueblo, porque decian que se lucia donde habia, y todos los títulos del padre encima, y todos los oficios mayores de Palacio sobre sus hombros, á su mandar y manejo, quén las Juntas, los papeles, y aun el despacho general de los negocios, por donde la miseria humana de los hombres, sin acordarse de la eternidad, volaban á este embeleco á doblar las rodillas, é idolatrar en esta sombra. Pero aquella causa de las causas, que tiene en mano el corazon de los Reyes, no pudiendo tolerar ya tantos excesos, lo remedió, como iremos viendo, y dejó á los necios y desconsiderados á oscuras y sin aceite, por no amar la luz verdadera del recato y de la atención. Y éste era el estado que tenia y al que más asistía el seso de nuestros Ministros, sin poner la consideración á las mejoras y al alivio del estado público, y su remedio á los progresos honrosos de la guerra y la reputacion de las armas, á la composicion de Cataluña, á la reduccion de Portugal, á la defensa de las plazas de Flandes, y conservar las de Italia, y á debelar los enemigos y turbadores del sosiego: de esta manera hicieron su negocio. Veamos, pues, cómo se hizo el de la Monarquía, el del Principe y el de los súbditos, de que se habian encargado.

El rey de Francia se preparaba para la guerra de este año con mayor ardor y vanidad que los pasados, porque pretendia una cosa muy nueva para él, como poner los piés en España, solicitando de los catalanes, y ofreciéndole, venir á jurarse á Barcelona, y áun hacer sus gentes pasar adelante y

darse á sentir en todo el Reino á los confinantes aragoneses y navarros. Para esto levantaba un ejército de veinte mil infantes y cuatro mil caballos, y una armada de galeras y navios que se apostaba en los puertos de Tolon y Marsella: de no menor cuidado veianse en el Rosellon y en su frontera grandes aprestos, y todo solicitado por el consojo y cabeza del Richelieu; con que Salsas, Perpiñan y Colibre se reconocian amenazados. Estaba en Perpiñan el marqués de Flores de Avila, y en Colibre el marqués de Mortara, y todo en razonable número de municiones y bastimentos, infantería y caballería, no con pequeñas dificultades, segun lo reconocian los mayores soldados, de su conservacion, por estar tan á los últimos términos de España la tierra enemiga, y por esto dificultoso el socorro. No se descuidaban por esto de asistir á las cosas de Flandes, á tomar sus plazas y á proseguir la guerra, á solicitar los conmovedores y aliados de Alemania, para lo mismo, y para que no nos sobrase un alemán, ni un Cabo para nuestras ocurrencias; hacian lo mismo en Italia, si no con gente para volver allá los de la casa de Saboya, y al príncipe Tomás con los disgustos de la Princesa su mujer, y por el consiguiente al portugués, que moviese por las fronteras, y apretándole el cardenal de Richelieu, á que si no hacia entradas y diversiones en Castilla no podría el rey de Francia hacer nada por Cataluña; y en esta forma, ni se descuidaban con los bárbaros, ni se contentaron para hundirlo y asolarlo todo, y que ellos solos vivan en su casa. Corrian por momentos y venían de Francia galeras y navios á Barcelona, á ocupar aquel muelle y aquella plaza, y á ufanarse de esta fortuna, y ocurriendo nuestros Ministros al cobro y defensa de Perpiñan, pareció intentar una cosa de todas maneras notable: la plaza era tan importante por su fortaleza, puesto y otras calidades, que no era maravilla ni aventurarse mucho, si se hubiera elegido cabeza y Capitan. Tenia ya á esta hora Colibre sobre sí ocho mil infantes franceses y mil caballos, y creyendo despues, más fácilmente con navios meter infantería, se ordenó que D. Pedro de Aragón, marqués de

Povar, con dos mil caballos de los mejores que teníamos en el campo de Tarragona y algunos mosqueteros á la grupa; acémilas y dincros, pasase á la casa del enemigo y á la vista de Barcelona á meterse en Rosas: ejecutólo el D. Pedro, y pasado la ciudad, y llegado á los pasos fuertes y dificultosos, que estaban prevenidos de gente y de armas (no sé qué los pudo amedrentar, sino mal caudillo), sin tomar resolución más honrada, retrocedieron atrás, no pudiendo pasar; y siendo avisado de esto Mos de la Mota, los esperó en las estrechuras de los pasos que hay desde Martorell y Villafranca de Panadés, para volver á Tarragona, y coronando las eminencias y colinas con su infantería y caballería, intentó romperlos: fueron caminando y tomando algun alivio ó descanso en aquellas campañas; quién dice apeados todos, los caballos sueltos y las armas en el suelo, se hallaron cerrados de siete mil infantes franceses y mil caballos, y acordando lo que habían de hacer, se cortaron de ánimo: muchos fueron de parecer de cumplir con sus obligaciones y pelear; el D. Pedro no, y como era cabeza obedecieron, se perdieron y se entregaron al Mota: desbaliáronlos, tomáronlos los caballos y las bestias de carga, y entraron por Barcelona ruididos, afrentados y con los rostros en el suelo; triunfante ya aquella ciudad de atrevimientos traidores, no llegando á Tarragona apénas más que cien caballos, que llevaron la nueva: fué este hecho de grande quebranto para el Rey y para los Ministros, y para toda Castilla, por haberse perdido tan flacaente dos mil caballos castellanos, y porque iban allí algunos hombres de mucha importancia, que en ocasiones muy árduas habían peleado y lucido, y sido caudillos, y gobernado gente, como Don Francisco Torralto, Vicencio la Marra, D. Rodrigo de Herrera, Comisario general de la caballería de las Ordenes, y otros, por la pérdida de la gente que era muy escogida, y de los caballos, y por la falta que habían de hacer para la ocasion que se iba fomentando, y para la guerra de este año; porque el siguiente, cuando el Rey volvió á Zaragoza y rescató Don Francisco Torralto, y besándole la mano en aquella ciudad,

le dijo que nada habia sentido en este mundo como haber llevado por cabeza á D. Pedro de Aragon, é ir sujeto á sus órdenes, en que quiso dar á entender el yerro grande que se habia hecho: mas á esto se dice que él replicó proponiendo su insuficiencia, mas que le hicieron ir por fuerza. Habia corrido este caballero fortuna en su casa y en su hacienda, padecido prisiones por el servicio del Rey, en Barcelona, de aquella inicuá gente, y perdidolo todo: la atencion del Ministro le habia aplicado para encummarle á tener alguna comodidad, y él la buscaria, la sangre al ménos y la ira de sus trabajos no pedian menor lugar, si bien lo bisoño tenia aquí su reparo; mas á eso se responde, que cuándo se han de hacer los hombres. Con que al marqués de Leganés se le procuró ir conduciendo al gobierno de aquellas armas, aunque él con paso más lento, como quien tenia cuanto habia menester, buscaba su mayor comodidad, si por el reino de Aragon, si por el de Valencia. A las prevençiones de Francia y á su ejemplo, se hacian las nuestras, así de infantería como de caballería, esforzando la pérdida de los pasados, acudiendo á Andalucía á convocarse gente, y hacíanse reclutas de los labradores en los lugares, pedíanse á las ciudades y reclamaban á los hijos-dalgo, á los nobles y á los caballeros de las Ordenes militares, y el Rey decia habia de hacer jornada sin declarar para dónde; y en ocasion de tanta honra, y en la que, al parecer de todos, por lo que se movia contra su persona, contra el Estado y contra su casa, habia quien se lo contradecia, cosa que hacia pasmo á la honra y á la conservación y al bien entender, é hizose Consejo de Estado sobre ello. Los mejores decian que el Rey se armase y saliese á la importancia de su causa, cuando un rey de Francia salia de la suya, y se la queria entrar con aperecimientos muy grandes; que se le opusiese y le frustrase los pensamientos y los del valido; pudiese cobro en Cataluña, y se acordase de Salsas y Perpignan: otros lo denegaron, diciendo que bastaba enviar persona al ejército; falso argumento, cuando la persona, el ejército y el mismo Rey no bastara; y más que todos

lo contradijo el que primero habia de salir á la causa, y animar los más pusilánimes, porque aquel miedo, aunque demostraba continuamente ferocidad en su semblante y en las palabras, siempre le tenia presente y le hacia cobarde; y esta vez no se engañó, como lo veremos cuando nos lleve la pluma á Molina de Aragon. Tanto conviene regular las acciones por lo posible, y no tomar los caminos fuera del uso. Sin embargo, el Rey hacia pié en salir, callando la parte á donde habia de ser; mas los que le amaban y tenían deseo de volverle á encuadrnar en el sosiego y en sus coronas, y hacerle dichoso y bien reputado como sus predecesores, le decian que pusiese su córtie en Zaragoza, y áun más á allí si pudiese, á rechazar al enemigo, cuando todo el Reino se preparaba á seguirlo; pero el otro discurría, que ejército, jornada y Reinos poco afectos, y por frontera una provincia enemiga, que no armaba bien á su salud y comodidad, y áun á sus designios, que no entendíamos ó se dejaba entender. Desplegaronse las banderas en todas partes, oyéronse las cajas, viéronse los otros instrumentos marciales, hundianse los lugares y las plazas. Levantó el Príncipe una coronelia, debajo de que se alistaron muchos caballos y títulos, y levantaron compañías, de que fué Teniente el conde D. Enrique de Guzman; Alférez, Sargento mayor, D. Luis Ponce de Leon, hermano del duque de Arcos: pusieron en pié cuatro compañías de caballos de la nobleza para la guarda del Rey, de quien eran Capitanes el conde-duque de Veraguas, el de Arescot y Villabormosa, porque el conde de Oropesa, sospecho que gobernaba la del Conde-Duque y el duque de Pastrana; ésta nunca llegó á tener forma (no seria por falta de dinero), traiale desabrido la dilacion de pretendiente de Gentil-hombre de la Cámara del Rey, que si se lo habian ofrecido no llegaba á efecto, con que no pareció hasta lo último en Zaragoza, cuando fueron llamados los señores de Castilla con sus familias y criados: levantó é hizo coronelia la villa de Madrid; no hubo hijo de Regidor, hermano ni pariente que no sacase compañía, en que la limpieza de manos de las cabezas no tropezase, como

despues pareció en juicio, con deposicion de oficios; quitábase en la calle los caballos de los coches; con que la extorsion y la bajeza, mejor la ejecutaban los señores que los plebeyos: no quedó soldado viejo, ni oficial reformado ó tullero de esta guerra, ó de Flándes ó de Italia, que no se alistase, particularmente en la compañía de D. Enrique, porque el vellon andaba suelto, que como se habia de legar se daba á manos llenas, y hoy ni áun por reliquia; con que de ésta y la jornada, llegaron á valer cien reales de plata, trescientos de cuartos. El trato y el comercio se comenzó á confundir, y á subir las cosas á excesivos precios, y los hombres no hallaban caudal para vestirse ni calzarse; faltaban los mantenimientos, porque nadie queria vender; todos arrojaban el vellon por las ventanas y lo metian por las puertas de aquellos á quien debian, y con autos de justicia se lo hacian tomar; con que la agonía y confusion de los pueblos era notable, y el desconsuelo consumia las vidas y los corazones de los vasallos, y este aumento les era concedido por espacio de vointiun años; y por otra parte, verlos prevenir y armar y hacerlos salir de sus casas, deshaciéndose de cuanto tenían, era para tenerlos lástima y commiseracion. No habia ninguno de los altos y los médianos que no refiriese sus gastos, sus empeños, el tomar á daño, el hundir sus casas, posesiones y mayorazgos, y el hidalgo que no tenia nada de esto, que se habia deshecho de sus pobres alhajas y alguna joya si la habia dejado ó la tenia, que este era el estado á que nos habia conducido. Todo el lugar se hundia en banderas, y quien más lo lucia cuando el Rey pasaba desde Palacio al Retiro era el D. Enrique, porque poniendo la gente en ala cuando llegaban á afrontarse con su cuerpo de guardia, tomaba la bandera, la abatia y hacia sus ceremonias con ella; con que la Condesa la concertada, y los lisonjeros la celebraban y quedaban muy anchos; y de esto habia mucho que hablar, como si no hubiera más que pedir: pero esto no paró, ántes se esparció por la córtie, por la pobre Castilla con más descuello, porque se pidieron á cada Consejero y á otros par-

ticulares, á diez mil ducados; ya se vé si el vellon que estaba para morir, si habian de ser en plata. A D. Diego Altamirano, Letrado de opinion, habiéndolo hecho del Consejo de Castilla, creyendo poder vivir de la merced, murió del pedido; mas despues, entrando en alguna piadosa consideracion, se bajó á dos mil ducados, aunque otros dieron más, y en esta manera, y á precios más templados, se pedia á los criados del Rey, sin pagarles lo que se les debía. No sé si oí decir que al conde de Oñate, el Mozo, se le mandó depositar treinta mil ducados mientras daba las cuentas de lo que se le habia entregado para la jornada ó Embajada de Inglaterra; porque en casa del buen Consejero y sobrado, buen arcabuzazo, porque no podemos quitarle lo del Correo mayor: no hubo Letrado, ni facineroso que no resguardase su vida y sus delitos debajo de las banderas en las casas honradas, porque se redimiese de la vejacion con el dinero, porque el ser ladrones ya no se tenia por más calificado en aquel oficio. Señaláronse para Comisarios de bastimentos del ejército, á Bartolomé Spinola y á D. Pedro de la Cerda, cuñado de D. Jerónimo de Villanueva, Proto-notario de Aragón: cuando los más ciertos en este ejercicio reconocieron la eleccion, y los sujetos, dieron la jornada por perdida y que no se habia de hacer nada, porque el uno es genovés y el otro ignorante, ambos allegadores de dinero; mas el primero lo entendió mejor, porque viendo los efectos del dinero que le daban, que eran ruines, cedió, y se fué toda la jornada al calor del valido, donde hombre de negocios habia subido á título y á entrar en los consejos del Rey, no en uno, sino en dos: el otro fué á Valencia, donde no hizo nada, sino llevar empleos para enriquecerse más, y trasportarlos á Aragón, y de allí á Castilla; quien ántes apenas tenia zapatos: no sé cómo es tan milagroso aquel Consejo de Hacienda. Quien le viera al Príncipe tan acrecentado en él! Ibase dando prisa al ejército, y á más á una armada poderosa de muchos y muy fuertes navios, á que se habian conducido de todos los puertos muchos y muy escogidos marineros y excelentes soldados; y escogióse por caudillo de ella al duque

do Ciudad-Real, porque el duque de Maqueda y Najera, su General, estaba en Madrid muy de vagar, algo consolado, pareciendo le habia dado cuenta de sí y al Ministro de la comision de no haber peleado el año pasado, porque el marqués de Villafranca, á quien se le cometieron, y con quien él se descargó, estaba preso en la fortaleza de Odon, á tres ó cuatro leguas de Madrid, depuesto del Generalato de las galeras de España, que tambien se dieron á un bisoño, tío del duque de Avero, porque la guerra no arribase, y sin hacer cargo al Villafranca. El pedido iba arribando á más de un millon y trescientos mil escudos, y así peleaba á costa de los vasallos y ellos á las de sus vidas. Hablábase indiferentemente de esta ida del Rey; muchos decian que no iria, sino que era artificio para sacar fuera la gente y el dinero; mas á eso respondian los más osados y los que deseaban su servicio, que si no salia, acabaria de perder la honra y el Reino, y que ningun hombre de bien saldria, y que haciéndolo, irian todos en su seguiniento, á derramar su sangre y á ofrecer sus haciendas.

Proseguian los catalanes en su tenacidad y desórdenes: avisaron á los lugares del ducado de Cardona y otros señores, viniesen á dar la obediencia á los Ministros franceses: respondieron (y fué barto y no poco de agradecer), que ellos si no tenian señores, tenian Rey á quien obedecian; pero la fuerza hacia doblar á los más constantes, y este estado se dió al general Mos de la Mota, poco despues, poniendo cuidado en hacer más defensible por este interés á Cataluña: refrescaronse de nuevo las amenazas contra los aragoneses, avisándoles de la venida del francés y del ejército: echaron de Lérida algunas personas principales por afectos al Rey Católico; destruyeron los frailes Descalzos Carmelitas y Trinitarios y á otros, porque persuadian á los naturales se volviesen á la felicidad antigua.

Resolvió el rey de Francia su jornada para Cataluña; quiso llevar á la Reina, mas ella se excusó con que queria quedar con sus hijos; ya le hacian en Leon de Francia aprestado de

caballos y de infantes, y grande copia de bastimentos, como lo publicaban los catalanes, ya le hacian en Narbona, ya en Leocata; novedad de no poco cuidado y que tenia el mundo atento y á toda España en suspension, los ánimos de los vallos quebrantados, y tambien cuando oyeron que ochocientos caballos se desmontaron en Tarragona por falta de pagas. El primer paso que dieron los franceses en la entrada del Condado de Rosellon, fué sitiar á Colibre, porque tomado aquel puerto, no quedaba puerta ninguna, ni tránsito á propósito para socorrer á Perpiñan, ni á Salsas, con que se descaudaron de ponerlas á la hambre, que de razon las habia de hacer caer, dejándolas cortadas, y las cabezas que estaban dentro expuestas á toda necesidad y miseria; reconociendo no pocas dificultades en el socorro, porque la tierra estaba tomada y la mar se pretendia impedir, como ya se dejaba reconocer. Sin embargo de que Colibre se defendia quanto era posible, haciendo el marqués de Mortara todo su deber, tirándose con la artillería incesablemente; el mariscal de la Millere le envió á decir estaba allí el Rey Cristianísimo con un ejército real, señor de toda la tierra y de las plazas que quedaban atrás; que le reconocian por dificultoso de poderse conservar; que se rindiese á tiempo que pudiese recibir de su clemencia y bondad algun favor. Respondió, que aquel mensaje no venia para él, que estaba resuelto de morir él y todos los suyos, antes que entregar una almena, y que á cualquier tambor ó trompeta que volviese con semejante demanda le ahorcarian; hallábase con mil hombres dentro, habiendo perdido algunos, desconfiado de defenderse por la mucha gente del enemigo continua, baterías, y asalto, y haber escrito que era tan malo el terreno y tan flexible, que una bala arruinaba gran parte de las defensas que casi no dejaba lugar á la nuestra para cubrirse; que por ahí se podria considerar qué habrian hecho tantas. Con que, y con el aviso de la entrada del Cristianísimo, por las fronteras de Perpiñan, en el Rosellon y en España, resolvió la suya, (el Rey) y salió de Madrid, sábado

por la tarde, veintiseis de Abril de este año, visitando primero la sacrosanta imagen de Nuestra Señora de Atocha, dejando las cosas de Castilla á cargo de la Reina, del Presidente del Consejo, el marqués de Santa Cruz, y por el consiguiente, de dar prisa á las levas de la gente y al alivio del dinero, si bien se comenzó muy despacio, con grandes recateos é intermisiones, y en fin, con declaracion para Valencia; cosa que pareció muy fuera de propósito y que no era aquel su verdadero camino, ni Valencia su legítima plaza de armas, sino Zaragoza. La primera jornada fué á Barajas, y al otro día pasó á Alcalá de Henares; entró á caballo con las pistolas en el arzon; accion que hizo á los que lo vieron, así á los mozos como á los viejos, entrar en pensamientos de alistarse y de seguirle; dejar sus casas como algunos lo hicieron, y aquella villa ofreció gente para servirle; con que todas las demas, por donde despues caminaba, decian: éntre á caballo y vámosle siguiendo; pareciéndoles que aquella demostracion lo pedia, y ver á un Rey caminar de aquella forma, que habia años que no se habia visto en España: á otros enternecía que las cosas se hubiesen puesto en estado que obligasen á los Reyes á semejantes novedades. Quedóse en Madrid el Ministro; quién decia á disponer las cosas de la jornada; otros que á la potestad de la corte, á la majestad de Palacio, á las delicias entre Madrid y el Retiro, á no querer salir y á llevarse allí el mes de Mayo, y á ver si en gastar tiempo se podia salir de cuidado, que él no apetecia: con que se murmuraba que la jornada no era verdadera ni de fundamento, sino solo aparente; con que los súbditos desmayaban de ningun verdadero fin ni fortuna en semejantes necesidades, y más cuando veian un rey de Francia metido entre las balas y la pólvora, y que la España que poco há era de un Rey, tenia tres, y todo desasosiego y despojo para la quietud y las haciendas. Estuvo dos dias en Alcalá, encomendándose á Dios y visitando el venerable cuerpo de San Diego, algunos conventos de religiosos y otras casas de oracion: de allí torció á Locches, donde estuvo tres dias entretenido en el magnífico edificio y en

los rigales de la Condosa, Camarera mayor, y luego al deliriosísimo Aranjuez, donde se entretuvo en la caza y en sus pensiles casi el mes de Mayo, divirtiéndole entre Madrid y Jetafo con visitas de la Reina, que todo hacia en el corazon de los más fieles desésperar del remedio, y decian que la jornada era una inventiva enguñosa, para no más que arunar la gente y desacomodarla; y viendo que los aperebimientos de la guerra no llevaban fundamento, no se prometieron nada.

Avisó el marqués de Mortara el estado que tenia Colibre, que le mataban la gente ó le molian las murallas ó las paredes, que casi no las habia, que no tenian reparos, ni habia donde cubrirse, que estaban descubiertos á las balas: finalmente, se rindió y salió con mil y ochocientos hombres, los quinientos con expreso consentimiento de bajar á Rosas, y con los mil y trescientos, como se ausentó ó le forzaron á ello, á hacer su tránsito por la otra parte de los Pirineos que miran á Francia, á desembocar á Fuenterrabía, dándoles carruaje en los logares, paso franco y lo que hubiese menester. Con que cerrada la mar, todo lo demas quedaba pendiente al cuebillo de la hambre: sin embargo, el rey de Francia y el Richelieu no se atrevieron, por más orgullos que bajaron, á penetrar la tierra, ni á pasar más adelante, ni á recibir la solemnidad del juramento en Barcelona; porque el ruido de nuestras armas era grande, y lo que se conmovia, particularmente de la armada que se aprestaba, y que podría aventurarse, afrontarse con Barcelona y volver la fiesta en sangre, que una desespeccion suele entrar en tales pensamientos, sino reforzar á Mos de la Mota y volver á hacer alto á Narbona, fiados en que Perpiñan y Salsas, aunque afectábamos que las habia de ir do ésta de caudillo el marqués de Torrecusa, la dificultad las habia de hacer entregarse.

Llegaba ya la hora de partir el Rey á proseguir su jornada, y declaróse para la ciudad de Guenca y á Valencia: arrancó el Ministro de Madrid con toda la tropa de Secretarios y Oficiales, Ministros y allegados, y muchos que no eran

menester, en que se consumian gran cantidad de hacienda y carruaje; habiales dado gruesas ayudas do costa, de que venian lucidos y pujantes, sin haber dado un real á toda la casa del Rey ni á su Cámara; ántes comenzó la miseria á bocar que no habia qué comer para él ni para los Estados, ni racion para los de más civilidad, que siempre publica la miseria, para hacernos mal vistos de todos, y que supiesen nuestro trabajo. José Gonzalez y el secretario de Portugal, Diego Suarez, traian más ruido de bestias y criados que toda la casa Real junta; aunque este último, no desengañado de su vanidad, genia que traía más gasto y gente que dinero, por que habia presumido servir en la jornada y en el ejército con algunos portugueses descalabonados del Reino á su costa, y haciale falta aquel dinero que estaba á su mandar de gajes, gruesas ayudas de costa, efectos y ventas de oficios, bubiera él conservado y conservádose: de suerte que Aranjuez, que hasta allí habia estado en paz y como una soledad de ermitaños, no pareció sino que todo el ruido del mundo habia venido sobre él. Partió el Rey á veinte de Mayo, y aquella mañana, saliendo el Ministro por aquella calle de árboles que va á Nuestra Señora de la Esperanza, enfrente de la capilla de aquel Palacio, con toda la tropa de lacayos y otras gentes, no de buena gana, ni de buen gusto, despues de haberles exornado largamente que toviesen cuenta con él, que no sabia quién le queria mal (que si sabia que eran muchos, á quien él perpétuamente habia estado ofendiendo en acrecentamientos, servicios y estados), que no dejasen llegar gente, que reconociesen la que llegase, le guardasen los lados y las espaldas, se esparciesen en torno y le rodeasen: que aquel miedo siempre le roía el corazon; no teniamos otro descanso. Llevábale desabrido una visita que habia de tener el Rey á solas y á boca con la princesa de Mantua, que habiendo querido entretenerla en Mérida, con abaque de Gobernadora de las armas de Portugal, por no traerla á la córte (pienso achaque de condicion), y diciendo que era mujer sin fortuna, y que de las cosas que habian estado á su cargo no habia sur-

tido con felicidad, que la llevasen alguna parte de quietud y de reposo: diéronla por alojamiento la villa de Ocaña (paso precisamente de nuestra jornada), y áun allí la habiau tenido muerta de hambre, y no bastó, que por la concurrencia la enviasen el vellon por carros, para moderar la queja, y que fuese ménos ruidosa y ménos brava, porque en buena razon se habia de hablar de lo de Portugal, y la Princesa habia de satisfacer y dar sus descargos. Digo que la mañana que salió, si hubiésemos de dar crédito á agüeros y vanidades, por la calle referida, sabiendo á caballo, torció el cuerpo rehusando la entrada, y estuvo muy á pique de caer en el suelo. Caminó el Rey á oír misa á Nuestra Señora de la Esperanza, y á visitar y á ofrecer á aquella santa imágen sus intentos y jornadas, y comió en el cuarto de casa que allí halló, y esperó aquella tarde á la princesa de Mantua. Vino y caminaron á Ocaña, juntos en el coche, y todo el camino fueron hablando del infelizísimo suceso de Portugal: decia habia descado acordar aquel Gobierno y regir aquella tierra más que cuanto habia podido desear, y que no habia faltado con el desvelo y la atención á ninguna de sus materias; que se habian enviado muchas órdenes muy terribles, á que habia escrito y avisado se templasen, para la seguridad de aquellos vasallos; que no habia sido oída ni respondida, y que llegando á reconocer el ánimo de algunos portugueses, no sólo los procuró reparar y conducir á la fé y lealtad del servicio de S. M.; pero que tambien avisó, y de los demás afectos, para que de allí se remediasse; y que señalando los que eran, se procedió al contrario; y á estos se fió el secreto, y se hizo confianza de ellos, siendo los tumultuadores y los que querian sublevar el Reino, no aprovechándose de los remedios, y de aquellos en que insinuaba que eran los mejores. Y yo añadido á esto, que así dicen lo avisó de Flandes al infante D. Fernando, que no se encaminaba bien la quietud de Portugal, y que eran los peores de quien se hacia confianza; mas que esta carta no tuvo más remedio que darla al Ministro; con que los que aconsejaban, viendo el poco sagrado que hallaban en el secreto, padecian

y en la condicion del Ministro; en que cada dia el Infante iba perdiendo tierra: lo mismo dicen que se avisó de Alemania, y que corrió la misma fortuna. Prosiguió la Princesa diciendo la dureza con que los portugueses habian tomado y tomaban los tributos, los pedidos, las levas de gento, así los Prelados como los señores, y que constriñesen á los señores nobles y fidalgos á salir de sus casas; que de todo habia avisado y escrito, y enviado cartas muy particulares á S. M., y que á nada le habian respondido, ni hecho caso de los medios para la seguridad. Respondió el Rey, que tales cartas, ni las habia visto ni se las habian dado: hablóse de éstas y de otras muchas cosas muy hondas y peligrosas para el estado de alguno, de que yo no puedo dar más lata relacion, con que comenzó á tropezar la seguridad. Dejóla el Rey en Ocaña, y pasó á dormir á Villarrubia; y prosiguiendo el curso del viaje, en el lugar de Santa Cruz de la Zarza vino correo de Madrid, que habia llegado la dispensacion de Roma para D. Enrique y para efectuar el matrimonio; y sin perder un instante, sin embargo de que la noche era muy oscura y lluviosa, y empantanada toda la tierra, los rios grandes, porque nos habia todos aquellos dias seguido el agua, le hicieron volver á toda diligencia: llegó á Madrid, y celebróse la boda en Palacio, y diéronlos por posada la casa del conde de Chinchon, para cuyos arcos y ornamento dicen que sacaron de la casa del Tesoro treinta mil ducados; así me lo refirieron.

Atoño Mos de la Mota á la jornada del Rey y á los aprestos de Castilla, y si aquel ejército habia de hacer por Valencia su tránsito en Cataluña, quiso arrimar su gente hácia aquel confin, tomar lugares para la diversion y que le dejasen libre á Cataluña, y el poder pasar á Barbastro y á Zaragoza. Como se decia que lo habia de hacer el rey de Francia, quiso no obstante situar á Tortosa, romper el puente y tener todo el Ebro por suyo y por trincheron, para dejarnos cortados y á su mandar los Alfaques para la armada que esperaba, y para que se abrigase allí y dañase en los puertos vecinos. A esta hora hizo que ochocientos caballos franceses corriesen la



gorza, á que le persudian los catalanes y la ciudad de Barcelona.

En Flándes y en Alemania, ya todos los ejércitos de una parto y otra estaban á punto para campaar: D. Fracisco Melo tenia pronto y en órden el suyo; y el francés se habia dividido en dos, teniendo que nuestros designios eran para recuperar la nobilissima villa de Arras, en que el rey de Francia, ménos alentado en el paso para Barcelona, le tenia con recelo, y el Richelieu no vivia sin él, discuriendo que la falta de su persona y el haberse alejado no pudiese aquel partido en alguna confusion. El Emperador conducia sus gentes, y los suecos y protestantes no olvidaban la alianza de contratar el Imperio, por las instancias y materias de este enemigo: el rey de Inglaterra peleaba con sus gentes, tan desacomodado, que tenia á la Reina en Holanda, y esto enemigo si no tan armado, tenia sus atenciones á los designios de los vecinos, sin querer mover contra nuestros países, celoso ya de la potestad de Francia más de lo que quisieran. Llegó el ejército católico á la villa de Leens, y rindióse por concierto á diez y nueve de Abril de este año: desde allí pasó contra Lavase, para cargarla: dióse la órden para los aproches á D. Andrea Cantelmo, y llegó á afrontarse con la villa á tiro de cañon, y con brevedad dispuso tres ataques por el lado de Vitunia junto á un dique, de los españoles á la mano derecha, el de los italianos á la izquierda y los valones de batalla, acercándose cuanto pudieron, y abriendo trincheas: tenia la villa pasados de tres mil franceses de guarnicion, y aunque se hallaron apretados y con un ejército poderoso delante, salieron aquella noche é hicieron cortaduras enfrente del dique de los españoles.

La mañana del veintiseis de Abril, el Conde de Arcourt, que habia juntado el ejército de campaña, gobernado por el conde de Guijo, se vino á mostrar á tiro de cañon de nuestras circunvalaciones, aún imperfectas; pero viendo que era aguardado en batalla, despues de algunas horas se retiró, con que comenzaron á obrar nuestras baterías contra la villa, tirándola más de quinientas balas, y pocas ménos en los siguientes:

frontera de Valencia y Aragon por Alcañiz, y á la misma dieron fondo veinte navios de la Rochela á la vista de Alicante, no sin gravísimo enuidado de aquel Reino: barreáronse las cañales y cerráronse con cadenas, y el Mota comenzó á dar vista á Tortosa con ocho mil infantes y dos mil caballos, y los demás pertrechos de artilleria para batir; picó en algunos lugares abiertos de aquel Reino, como Uldecona y otros, con que los valencianos creyeron tenian sobre sí todo el francés: movimientos que pusieron terror á todo el Reino, desconsolaban el ánimo de los vasallos y los ponian en general afliccion, esperando cada uno lo mismo sobre sus casas. Hizo arrimar allí el marqués de Leganés tres mil infantes, no sin discordia de la gente de los lugares abiertos, sobre el alojamiento: finalmente, la ciñó y la rodeó de infanteria y caballeria, y la comenzó á batir: cerráronse dentro los de Tortosa, y ellos y la guarnicion que estaba allí por el Rey acudieron valerosamente á su defensa y á las murallas; rechazando, tirando y ofendiendo. Señalóse más que ninguno, revestido de ánimo varonil, el Obispo de aquella ciudad, llamado Campaña, del Orden de San Francisco que acababa de ser General de aquella tristísima Religion: acudia de noche y de dia á alentar la gente, y á proveerle de lo necesario; y como religioso, valiéndose de Dios y de su Madre, ponía las medidas de una imágen de devocion y milagrosa que hay allí en las fortificaciones; tiraba el enemigo, y como no eran formidables ni poderuas, sino de terraplen antiguo, abrió brecha y arremetió al asalto; y combatiendo por largo espacio, y no pudiendo expugnarla, porque el ardor y la defensa de los de adentro eran grandes, y siendo rebatido la dejó Mota, y se retiró con pérdida de quinientos hombres y alguna artilleria: siendo ésta la sola felicidad que tuvo nuestra jornada, con que gente y navios, todo se desapareció, y salió el reino de Valencia de este cuidado, con que el ejército enemigo padeció hambre y falta de bastimentos, y pasó el Mota á buscarlos á su antiguo nido y madriguera, á la ribera del Cúca, entre Monzon y Tamarit y en los demas, y aún á querer meter en contribucion el Condado de Riva-

cedido alentadamente; en otra de mil el capitán D. Carlos de la Tela: en todas perdió el enemigo dobladamente que los nuestros, y de nuestra parte poca, y de soldados ordinarios. Gana la contraescarpa el foso fué escalado brevemente; pasando las tres naciones sobre otros tantos puentes de faginas, ganaron el terrapleno y le minaron en tres partes, con que D. Francisco de Melo, inclinado á la clemencia más aína que los franceses, teniendo compasión de aquellos que estaban dentro, les envió á significar por tercera vez y última, y al Gobernador de la plaza, que considerando el extremo en que estaban reducidos, y de ser entrados, junto con haber perdido el terrapleno, que debajo del cual tenia puesto tres minas para volarle y concluir á viva fuerza el sitio y la entrada: con que salieron de la villa dos Capitanes para contratar la rendición, mediante la cual hubo cesación de armas, dándose rehenes de una parte y otra. Debatióse sobre los conciertos, particularmente cómo se habia de salir con el de los esguizaros, por causa de las muchas veces que ellos habian contravenido en los otros tratados con la Casa de Austria, y el juramento, que á los Canones los hacen prestar aquellos Príncipes, cuando los licencia, de no servir debajo de banderas enemigas. Finalmente se concluyó en esta manera:

«El Gobernador entregará el martes próximo, trece de Mayo, la villa de Lavase en manos de la persona que señalare S. E., dando una puerta desde el principio del día.

«Entregará al Comisario ordinario constituido para esto toda la artillería y municiones de guerra y de boca que hay en la villa, quitando aquella que le está permitida.

«Que salga el mismo día, por la mañana, con la guaricion, por el camino seguro, con armas y bagaje, tocando caja, banderas tendidas, balas en boca, mechas encendidas en los dos cabos, y cornetas arboladas.

«La caballería con su bagaje, salga con todos sus caballos, así de servicio como los otros que ellos tienen hasta la hora presente, sin que se les pueda quitar, ó reprimir debajo de cualquier pretexto que pueda haber.

traia nuestro ejército treinta piezas de artillería, y entre ellas una partida de los dos Apóstoles, fundición del cerobelo del Richelien, y con la malicia de sus inscripciones que dejaron en Here; apoderándose los nuestros de una casa fuerte guardada por treinta soldados, que fueron hechos pedazos, reservando solo un alférez y un soldado, de quien se tuvo lengua de hartas cosas que sirvieron de instrucción para que el ejército plantase ochos piezas de batir de nueva numeración, que hicieron efecto considerable. Ganaron los españoles un puerto en la isla llamada la Briquería, y ganaron á los enemigos con grande reputación las cinco cortaduras referidas, y un reducto que tenían delante de la última cortadura; dos baterías, cada una de diez piezas, tirando sin cesar; desalojó de su muralla al enemigo, abriéndosle brecha en el parapeto: por otra parte se continuaban con diligencia los tres aproches, sin embargo de los frios de las noches y las lluvias continuas, y de la resistencia de los sitiados.

A siete de Mayo, á las tres horas de la mañana, acometiendo los tres ataques, cada uno el que le tocaba, todos á un mismo tiempo, se hicieron dueños de la contra-escarpa, y obligaron al enemigo á retirarse dentro de la villa con grande pérdida de su gente; perdimos algunos soldados ordinarios, y el conde de Grobedon fué herido en una pierna levemente, del golpe de una granada: los italianos hallaron más resistencia que las otras naciones, por que estaban más descubiertos. A la misma hora se hizo volar la palizada que rodeaba el foso, y se volaron las defensas contra la Villa, y estando avanzadas nuestras baterías, se plantaron dos contra la misma escarpa, cada una de cuatro piezas, invención nueva hasta ahora nunca practicada, que tenían las bombas en forma de minas volantes, las cuales, entrando seis piezas dentro del terrapleno de la muralla, hacian volar la tierra echándola casi dentro de nuestra misma batería. Era ya imposible á los sitiados gobernarse, defenderse, ni hacer salida, sin embargo de haber hecho cuatro de sumo valor: en una de quinientos hombres, fué muerto el conde de la Tur sobre la plaza, habiendo pro-

» Todos los oficiales y los soldados, tanto de caballería como de infantería, de cualquiera nación que sea, saldrán debajo de los mismos capítulos, sin que alguno pueda ser preso, ni detenido por algún crimen, ni oposición, ni demanda que se le pueda poner, salvo los súbditos y vasallos de su Majestad Católica, los cuales se entregarán á sus oficiales, que prometen de que no los castigarán.

» Que todos los prisioneros, así del campo como de la villa, que fueron presos en el sitio, se entreguen solo con que paguen lo que han gastado.

» Todas las personas que se hallen dentro de Lavase, de cualquiera nación, profesión y condición, que están en servicio del Rey Cristianísimo, se incluyan en la misma capitulación que la gente de guerra.

» Que toda suerte de mercaderes, vivanderos y otras personas podrán salir con sus mercaderías, caballos y carretones, si les pareciere bien.

» Que el Gobernador saque dos piezas de cañon y municiones para poder tirar seis veces cada pieza como él quisiere, y para tirar las dichas piezas se le darán catorce caballos limoneros.

» Se darán al Gobernador ciento y cincuenta carros y doce caballos para llevar el recado de la artillería, y para cargar el bagaje, enfermos y heridos y llevarlos hasta Edin.

» Los esguízaros serán excluidos tambien por esta vez en esta capitulación. Los oficiales, soldados y los otros pagarán á los burgueses lo que les debieren.

» El Gobernador dejará por rehencos dos capitanes ú otros oficiales, que se queden en poder de S. E. por seguridad de que cumplirá todos los puntos susodichos, y volverán los caballos y carros que se le prestan.»

En conformidad de lo capitulado, aquel día prescrito, por la mañana, la puerta del camino de la villa de Lila fué puesta en manos de D. Gregorio de Castrovilla, que entró dentro de la plaza con su tercio, al paso que la guarnicion francesa salía á dos horas de la mañana, en esta manera:

Una compañía de caballería alemana, en que habia algunos croatos, de treinta hombres; otra de la misma suerte; una compañía de caballos; dos compañías de esguízaros de ciento y doce infantes; otra compañía de la misma nación, de cuarenta; otras dos, de ciento y ochenta; ciento y sesenta y ocho carros, parte suyos y parte que habian hecho prestar, donde llevaban bagaje, mujeres y gran número de heridos, y algunas literas en que iban los de más porte; dos piezas de artillería, tirada cada una de nueve caballos; veintiocho carros cargados de municiones de guerra, tren de artillería, y de algunos heridos; el coche de la mujer del Gobernador, de á seis caballos, que cuando pasó á la par de donde estaba D. Francisco de Melo, le agradeció con muchos cumplimientos el buen tratamiento que se habia hecho á todos, asegurándole que lo publicaria en todas partes (esto no se contará de ellos); un regimiento de liegeses, de veinte oficiales y de quinientos y diez y seis soldados; un regimiento irlandés, de seis oficiales y de quinientos y sesenta soldados; un regimiento francés, del Cardenal de Richelieu, de treinta y cinco oficiales y cuatrocientos y veintiocho soldados, á quienes seguia el Sr. Bardoni, Gobernador de la Plaza, acompañado de veinte gentiles-hombres, capitanes y oficiales, y más de cincuenta sargyentos dentro de la marcha, que en todos habia ciento y cincuenta y seis oficiales, y soldados mil novecientos y cuarenta y dos: habia al principio más de tres mil. Recibieron la baja de nuestra gente, y que una guarnicion tan florida no se hubiese mantenido más tiempo en una plaza tan bien fortificada y proveida: ellos se defendian que nuestra artillería y continuos asaltos los habia constreñido á la rendicion, y que les habia faltado el plomo; pero esta disculpa no era verdadera, por que constó lo contrario del inventario de las municiones de guerra, que ellos dejaron más de quince cañones y diez y siete que ellos metieron cuando la ganaron. Luégo que entró nuestra gente se dieron manos al reparo y á soldar las brechas y las fortificaciones, á que acudió de los lugares vecinos gran número de gente á traer piedra, tierra y fájina y otros materiales;

con que la dejaron defensible, guarnecida y á cargo de capitan señalado, volviendo nuestro ejército con este suceso el rostro á los demas progresos de Flandes.

El Rey Católico á esta hora, que serian veintitres de Mayo, prosiguió su jornada para Cuenca: íbamos subiendo por aquellos montes, fragosas sierras y pinares, pareciendo por lo que se decia y por las amenazas de este año, que íbamos á buscar los lugares más ásperos y montañas inconjuntas, como los primeros españoles, rotos y vencidos por los sarracenos en la batalla de Jerez de la Frontera. Púsose el Rey en seis jornadas é hizo alto á dos leguas de aquella ciudad, en un lugar-cillo pequeño llamado Carrascosa; informóse de su calidad, estado y alojamiento, refiriéndole que era notable, que tenia dos estancias, una en el llano que llaman la Carretería, otra en lo alto del monte, donde está la Iglesia mayor, la casa del Obispo, los Prebendados y la Inquisición: eran de parecer muchos que el Rey alojase abajo, salvo si habia casa suficiente para ello, porque la subida para la del Obispo era muy larga y pendiente para la subida de los coches, y por otra parte avisaron los Regidores de la ciudad que las casas eran tan delgadas y tan flexibles, que los coches las pondrían en el suelo, á causa de que por esta razon, la caballería de aquella ciudad no era otra cosa si no es literas; sin embargo, resolvió el Rey de ir á hospedarse á casa del Obispo, y se mandó que no subiesen coches, y que por vía más segura se pudiesen los de la persona junto al Convento de San Pablo. Salió luego la ciudad á hacer su recuesta al Rey sobre la entrada pública, solemne y con pábilo, por gozar de dia tan señalado de sus preeminencias y ropas de terciopelo carmesí; y en esta era en todas las jornadas que se han hecho, he visto á las más de las ciudades fracasar en esta pretension; no se por qué ya parece azar. ¿Por qué no han de entrar los Reyes como tales y como lo hicieron sus predecesores? pues no es la accion menor del Reinado, sino la mayor en que le conocen y aclaman por tal; mas mírese si no lo hicieran, ó lo replicaran cómo apretáramos para ello, y qué castigos no hicieramos. Esta es

la principal raiz de las rebeliones, y de producir la guerra. Al Rector de la Monarquía le parecia siempre esto mejor, entre otras novedades; ¿si le queria Rey por qué le quitaba el parecerlo y los aplausos generales del pueblo? Y respondiéseles que S. M. venia con otros cuidados, y no para gastarlos, con que caminó por allá; y ántes de entrar en ella y en sus campañas, comenzamos á ver las primeras señales y aprestos marciales. Saliéron oficiales de guerra, las compañías de caballos del Condo-Duque, del conde de Oropesa, del duque de Veraguas, é hizo su entrada en el coche, miércoles 28 de Mayo, vísperas de la Ascension del Señor, con las compañías delante, é hicieron frente en la plaza: entró en la iglesia á dar gracias á Dios, visitóle el Obispo, los Prebendados y la Inquisición; besóle la mano el Prelado, (diligencia que en esta era no hizo su presente el Obispo, (diligencia que en esta era no cansa á ninguno.) de 12.000 escudos, pío, devoto, limosnero de la casa de Pimentel, y como lo habian do ser todos, confesando á voces toda la Ciudad, que casi toda y los lugares del Obispado decian vivir por sus manos. Estaban todos aquellos clérigos suspensos de la venida del Rey, é introduciáanse con los cortesanos, y con más miedo que curiosidad de que no les pidiesen algo (achaque general y de dias), y preguntaban qué era el intento de haber venido allí S. M. á parar y hacer corte y detenerse, cuando las necesidades presentes pedian lugar más armigero y más sobre los enemigos, porque para esto no parecia á propósito. Respondianles que S. M. venia allí á hacer tiempo para las levas de gente que se hacian en todo el Reino, y á ver si habia de hacer la guerra á los catalanes por Aragon ó por Valencia, de que aquel era su escala, y luego la Ciudad, que en todo tenia su puesto ahorrar la plata y hacer la jornada con cuartos; nada de lo primero se les asentaba, sino lo postero, reconviéndonos de que perdíamos tiempo, debiendo ya, pues era entrado el mes de Junio, estar armados y sobre los enemigos, y ejecutando el castigo sobre los malos, cuando lo estaba un rey de Francia y tan á las fronteras de España, á quien solo un cayado habia hecho

de tanta reputacion y nombre qual no se habia visto otro en aquel Reino, de cuyas manos no escapaba plaza, por horrible que fuese, tomando unas é insidiando otras. Lugar notable y de elevada subida, puesto en el lomo de un monte, apuntadas las casas en forma de navío, que parece estaban en el cielo, con dos bajíos muy hondos, por donde pasan los dos rios de Júcar y Huécar, levantándose á igualarlo en frente y por cada parte dos montes altísimos; bueno para fortificarse en él, y admirable por el órden que la naturaleza puso las piedras, muchas de ellas enjutas, y otras destilando agua clarísima en estanques de la misma materia, en que se ven con ventos, así en lo llano como en lo pendiente de la altura, de rara amenidad y extrañeza, como el de los Carmelitas descalzos y Franciscos; muchas huertas vestidas de yedra y otros lugares de verdura, en lo bajo; templado en el calor, porque en lo mediado de Junio hacia frío y granizaba; abundante de aguas, y la iglesia mayor de fábrica maravillosísima, donde yace el venerable y antiguo cuerpo de San Julian, su segundo Obispo. Llegaron aquí á esta hora el marqués de Torrecusa y el marqués de Mortara, que ya habia hecho su tránsito por Fuenterrabía, y se conducia la gente por Navarra á la frontera de Cataluña; el uno de entregar á Colibre á los franceses, y el otro de socorrer á Perpiñan y desembarazarsele. Corría á la sazón esta plaza gran miseria, porque aunque Torrecusa llevó diez y seis mil fanegas de trigo en saquillos, sobre hombros de soldados y peleado con ellos siete veces; pero este socorro no era más que hasta todo el mes de Febrero pasado, y desde allí espiraba; encarecian los franceses el valor y las manos de nuestros mosqueteros y el de los caballos franceses.

Procurábase saber el estado de Perpiñan, que ya comía todo lo obscuro que habia dentro, las sabandijas y lo asqueroso, los cueros de los colres y de las sillas de respaldos y de caballos, cocidos con agua, y otras miscrias que digo, hasta su rendicion: sin embargo, esta plaza y la de Salsas se conservaban con algunas inteligencias de los vecinos, y aún de los

franceses de la raya que apaecntaban en los montes, metiéndose á horas secretas de la noche ganado mayor y menor, por el dinero; con que decia el marqués de Flores de Avila, y lo escribia al Rey y al Ministro, se conservaria hasta 15 de Agosto, que se diesen priesa á socorrerlo. Fué llamado para la Jornada el marqués de Grana, embajador de Alemania, para asistir en los Consejos con la experiencia que tenia de la guerra.

Mos de la Mota, sacudido de los de Tortosa, pasó con el ejército á fatigar los lugares de la ribera del Cinca, á quomar y á robarlos, y que los soldados comiesen y se enriqueciesen allí: volvió otra vez á Tamarit, le saqué, y tuvo poco respeto á los templos y á las mujeres; embistió á Monzon, y se lo sacó de las manos á D. Martin de Azlot, que le defendia; sin embargo de que estuvo allí el Mota á pique de ser preso, si un tambor, estando ya en manos de soldados, no le echara de un empujon de una eminencia abajo, con que escapó y fué guarecido: padecian hambre y falta de agua, sin embargo de tener tan á la vista la nombradísima en las Historias romanas y todo lo demás, con que el D. Martin se rindió; si bien cuando el Rey pasó á Zaragoza fué preso y residenciado por ello. Fué esta pérdida de gran dolor para el Reino y para Madrid, porque como aquellos hombres tenian noticia del lugar donde los Reyes llaman á Córtes, y las han tenido, á todos los tres Reinos, creyeron que era gran lugar y la pérdida muy grande; y aunque cualquiera cosa de estas lo es, pero la poblacion es pequeña y abierta y reconocida para apretar los brazos, así seglares como eclesiásticos, á la defension de Córtes, y en nuestros dias á conceder pedidos: tiene un castillo en una eminencia, de muralla antigua y delgada, de tiempo de moros, abierto, caido y con grandes brechas, y, finalmente, de ninguna consecuencia ahora: entónces no só cómo estaria, pero tambien sé que no se ha puesto cuidado en su recuperacion, aunque dicen lo van desamparando los franceses, por desear nuestra gente poner los ojos en cosas mayores, y que no sirva de diversion. Sin embargo de la presa, no convaleció el Mota

tan presto del golpe y del dolor, en que casi llegó á lo último de su vida; castigo del cielo, por el poco respeto que esta nacion tiene á Dios y á sus Altares, y á la mala guerra que hacen. A esta hora, estuvo D. Luis de Haro tan en baja fortuna con el Rey por el nuevo exaltado, que no le hablaba palabra, mesurándosele de manera que hasta él le hacia mesurar, no atreviéndose, como otras veces, á entrar en conversacion con él; debió de hacer, para todos, algunas oraciones secretas, y el uno recelaba el miedo del Poderoso, y el otro obedecía, porque grandes cosas se debian de guardar para él Don Enrique: con que con esto y unos achaquillos, el D. Luis, por toda la jornada, asistió más en su posada que en Palacio. Llegó la rota de los franceses en Flandes á Cuenca, en carta de D. Francisco de Melo: para lo que dijéramos sea suyo, oigamos lo que dice en ella:

«Dios, nuestro Señor, cuyos juicios son inexcrutables, reptó, siempre que obra las mayores operaciones por los instrumentos más débiles, para que lo reconozcamos todo de su poderosa mano. Ayer fué servido dar á las armas de V. M. la más señalada victoria de nuestros tiempos, con que se com- prueba, y nos aseguramos, de que dispone el remedio de la Monarquía, si con humildad de corazon le sabemos dar las gracias; porque viéndome cercado de tantos enemigos, y con la resolucion sumamente secreta, de que he dado cuenta á V. M., de pelear con alguno, por no perderlo todo, esforzando á la razon militar los aprietos de Cataluña, para que el lance se jugase contra Francia mientras fortificaba Labase, conociendo la division que habia entre el conde de Arcout y de Guiche, y que se separaban de buena gana, he procurado amagar hácia el Bolonés y á las fronteras de Henao, para que pudiesen acudir cada uno de los Generales á la oposicion en cuerpos diferentes.

»Miércoles, 21 de Mayo, avisó el conde de Fuensaldaña que el conde de Guiche habia marchado y tomado puesto con su ejército en la Abadía de Ancourt, con el lado á la Esquelda y las espaldas á Chatelet, proponiendo algunos medios de rom-

perle, suponiendo que tendria 6.000 hombres, avisó luego que le habian crecido las tropas, y que se fortificaba; al mismo tiempo se arrimó el conde de Arcout al Bolonés, poniéndose en puesto que no lo podiamos forzar, con que se resolvió juntar todas nuestras fuerzas, y tocar al conde de Guiche, porque la disposicion del país me llevaba tambien á la defensiva de suecos y holandeses.

»Habiendo despachado el conde de Fontana y D. Andrea Cantelmo á Flandes, y la caballería é infantería que habia traído de aquel ejército para la empresa de Labase, nombré, sábado, 24 de Mayo, plaza de armas cerca de Leens: llamé al baron de Beeb, quien habia compuesto un ejército de los alemanes de estos Estados y algunos de la Alsacia, que llegaba á 5.000 hombres, siendo Carlos Guasco el segundo Cabo de este ejército, para poderlos emplear sin perjuicio de los propietarios y aprovecharme de su valor y suficiencia: al conde de Bucooi con los hombres de armas, y al baron de Enquefort, que manda las pocas tropas que quedaron de la rota del baron de Lamboi, al número de 4.500 hombres, entre montados y desmontados, y hallando nuestras líneas de la fortificacion sobre Labase, marché antes del dia 24 (en que nos juntamos) siete leguas; el domingo pasé á la Escarpa, desfilando en Cuatro Puentes, y con todo me adelanté á Hinci cinco leguas, habiéndome puesto entre los dos ejércitos, que dificilmente se podian ya juntar sin pelear con alguno, con tanta brevedad, que saliendo el lunes ántes de amanecer del cuartel, cuatro leguas de donde se hallaba el conde de Guiche, no tuvo noticia cierta de mi marcha ántes de las nueve de la mañana, y á las doce empezaron á vernos sus tropas avanzadas en batalla, sobre diferentes dudas y consultas, recibiendo el dia ántes socorros que alentaban su valor, y con que publicaba que llegaba á 42.000 hombres, se resolvió á esperarnos fortificado cerca de la abadía de Arcourt, con un bosque al costado derecho, trincheras por todos lados, una puente sobre la Esquelda para su retirada, 3.000 caballos, 7.000 infantes y diez piezas de artillería

dentro de sus líneas: si el lance se arriesgaba, podíamos perder mucho, si no más: resolvíase á atacarle, por el valor de nuestra gente, porque confiado en la fortificación del bosque, no había levantado tierra, y porque habíamos ganado una eminencia de donde se batía su cuartel. Embistiósele con suma resolución, la espada en la mano, y de suerte, que juzgándose perdidos, se defendían como desesperados: el baron de Bech, con Carlos Guasco, acometió el bosque con los tercios españoles del conde de Villalba, (que procedió con bien particular resolución); D. Antonio Velanda, y D. Jorge de Castelví, Juan de Liponti, D. Alonso Estroci, de italianos; el príncipe de Ligni, conde de Grabedou y Monsieur de la Grancha, de valones, con los regimientos de caballería de la Alsacia, de D. Fernando de Castro Pereira y de D. Carlos de Padilla, que mandaba con los hombres de armas el conde de Bocuoi. Yo me quedé al cuerno derecho con los tercios de Don Alonso Dávila y duque de Alburquerque, como de vanguardia: atacaban la frente de las fortificaciones á cuerpo descubierto, asistidos del marqués de Belada, con la caballería de estos Estados, y por retén los demas alemanes y valones, en que entraba el conde de Villa, hijo del conde de Moheria, á cargo del baron de Euehefort, en medio de los dos cuerpos.

»Por las espaldas de la fortificación del enemigo, adelantaron el Teniente general de la caballería D. Juan de Vivero, con algunas tropas y 4.000 tiradores españoles, guiados del Teniente Maestre de campo general D. Baltasar Mercader, para mantener este trozo de caballería, y arrimarse, conforme á las ocasiones, á las fortificaciones del enemigo.

»Serían las tres de la tarde del lunes 26 de Mayo, cuando se empezó por todas partes furiosamente el ataque: ganó el baron de Bech el bosque con sumo valor de nuestra infantería; cargó el enemigo todo allá, su caballería en escuadrones, con la espada en la mano, al mismo tiempo que por el costado derecho se avanzaron los dos tercios de D. Alonso de Avila y duque de Alburquerque, también con la espada en la mano: cumpliendo con las obligaciones de su sangre subió el Duque,

y fué rechazado dos veces de las trincheras; arriñóse nuestra caballería con algunos caballos y caballeros mozos capitanes, con grande bizarría. Aunque me toque tanto, no puedo dejar de representar á V. M., que las compañías de la guardia procedieron bien, subiendo el Capitan de arcabuceros, Francisco Duque, á caballo por las trincheras, manteniendo D. Gaspar Bonifaz algunos desórdenes de nuestra caballería cuando la rechazaba el enemigo, y adelantándose con sumo valor Don Juan de Horja con su tropa. Así se ganaba y se perdía terreno en espacio de una hora, y con peligro de alguna desgracia; descomponiendo la caballería francesa el tercio del Maese de campo Juan de Liponti, que perdió siete capitanes, tres muertos y cuatro prisioneros, que se volvieron á cobrar, cuando viéndose ya formados dentro de las fortificaciones los tercios del duque de Alburquerque y D. Alonso de Avila, me resolví en adelantar el retén, sacando el regimiento del baron de Bech á las fortificaciones, y todo lo demas, arriñándose el marqués de Belada, con la espada en la mano, por su parte, donde fué monester mostrar que cumplía las obligaciones de su sangre, despues de haber dado diferentes órdenes; y es bien de notar, que siendo General de tanta caballería, no se halló con diez caballos cuando más habia menester una buena tropa. Adelantáronse los 4.000 tiradores que guiaba el Teniente de Maese de campo general D. Baltasar Mercader, contra la caballería del enemigo, y manteniéndolos D. Juan de Rivero con los gruesos que le quedaron, quedó todo á la disposición de la fortuna al primer contra tiempo, y en ménos de un cuarto de hora las victoriosas armas de V. M. alojadas dentro de las fortificaciones del ejército de Francia; muertos, presos y ahogados en la Esquadra cuantos las defendían, ménos alguna caballería que supo escapar, siendo tantos los caballos ahogados, que pasaban por encima la ribera; retiráronse algunos oficiales y soldados á una casa fuerte con el conde Guiche, que viéndose perdido y procurando encubrirse, salió y escapó en un caballo por medio de nuestra caballería, no sin sospecha de alguna asistencia de cualquiera soldado

nuestro por su interes particular, que no se pudo averiguar.

»Tomóse la artillería, que eran diez piezas, siete gruesas y las otras menores, de aquellas que el cardenal Richelieu habia mandado fundir con inscripcion, que manifestaban, llamando al cañon *Ratio ultima regum*; y se ponen por memoria en el castillo de Cambray, hasta que V. M. se sirva de dar otra orden. La corneta blanca del rey de Francia, única en aquel reino á que suelen abatirse las demas, y que los franceses refieren que no se ha perdido jamás, ganaron las armas de V. M., á quien represento lo que se me ofrece en esta materia, por el Conde-Duque.

»El número de los muertos hay gran diferencia, pero discurren que serian 2.000 ahogados, 4.400 muertos tenidos en la campaña; los prisioneros que se hallan hasta ahora pasan de 3.000. Si se acabare la relacion á tiempo irá con este despacho ahí el Mariscal de campo Sargento mayor de batalla, coronetes, capitanes y personas de cuenta, y todo podremos trocar por los que se perdieron con el marqués de Pobar en Cataluña, quedando con muchas ventajas en la cantidad: bien se ha tomado satisfaccion triplicada de aquella desgracia. Tomáronse con los papeles del conde de Guiche, la instruccion, no original, de cómo habian de proceder en la guerra de este año contra estos Estados, de que remito á V. M. copia con las márgenes que me parecieron, para mayor declaracion (veamos si lo acertaré á decir): deponia la instruccion secreta, hacer las levás y reclutas, y las pagas á su tiempo, recuperar Labasc, impedir la entrada del ejército católico en Francia, ocupar puertos y plazas á propósito, y atender á los socorros de Alemania, si los hubiese, aunque habia desconfianza en su fortuna, y detenerlos, y que caso que los hubiese serian flacos; que no se empañasen demasiado en su ausencia, mas que tampoco les ataba las manos ni los designios para no obrar lo más conveniente y de reputacion, encargándoles el secreto. Esto es lo que queria decir D. Francisco de Melo, y prosigue en su carta.

»Saquearon los soldados quinientas carretas de bagaje,

gran cantidad de dinero que estaba para pagar el ejército, y se hicieron tantos ricos, que nos va poniendo en alguna confusion; los caballos de la artillería, los de tanta caballería que no perecieron, son en gran número, y todo han tomado y repartido entre los soldados, cabiendo tal parte á los Croatas, que se puedo temer no quedarán más de provecho para su ejército.

»No creo que hemos perdido 400 hombres, con algunos capitanes de caballo ó infantería; ningun Cabo ni persona de gran cuenta, Coronel ni Maese de campo ha sido muerto ni aún herido en estos ejércitos (es bien verdad que muchos llegaron al extremo peligroso), sino el Coronel de caballería alemana, D. Fernando de Castro Pereira, mi primo hermano, que no solamente obró con gran valor delante de su regimiento, pero adelantándose en algunas ocasiones, se mezcló con los enemigos, de suerte que le dieron muchas heridas, y le pasó por encima toda la caballería, y murió dellas dentro de veinticuatro horas; sacrificándose al servicio de V. M. la persona más propincua de sangre que yo tenia: yo no, porque ni Dios lo permitió, ni era tan mio que lo pudiera procurar tanto.

»En efecto, Señor, la victoria es de gran consecuencia por el tiempo, por la calidad de la gente, siendo ésta la mejor que ha quedado de Francia, y entre otros, los regimientos de Piemonte y la Breñaña deshechos, y los demas que se hallaron en la batalla de quo (si bien hasta ahora con alguna confusion, en que puede haber engaño) remito á V. M. la relacion inclusa, para que se pondero más la calidad del suceso, y la merced que Dios nos ha hecho. Enviaré aparte, ó con otro despacho por no dilatar esta nueva, la relacion de las personas que más se aventajaron, para que V. M. les mande hacer merced, y aqui se procurará disponer lo que fuere posible.

»He puesto el ejército, el dia siguiente de 27, en la raya de Francia, con las espaldas hacia Cambray, para recoger la gente desmandada, enviar los prisioneros, curar los heridos y obrar lo que las fuerzas, las ocasiones y el tiempo permiti-



tieren, sin reservar alguno, porque si no se templa el valor y los deseos de servir á V. M. con la prudencia y conveniencia de su real servicio, y á quien ha obrado con tanta resolución como los soldados que V. M. aquí tiene, parece que convendría más hallar medios de templarles que de adelantarlos; porque séame lícito representar á V. M., sin quedar con escrupulo de lo que se debe publicar del valor de estos soldados, y de los Cabos que los mandan, por no quedar con obligación de restituir lo que callare, creo que bien pueden tocar la incredulidad sus operaciones.

»Previnieron los enemigos teniendo más, y nuevos enemigos obraron porque les faltaba el socorro de Alemania, como si le tuvieran grandísimo. En ménos de seis meses ganó V. M. á los franceses en estos Estados, noventa y seis piezas de artillería en las villas, y en esta batalla que llaman de Bralet, perdieron tres villas; con una se recuperó gran parte de la provincia de Lila, y aún ántes que se cumplan los seis meses podemos esperar haber ganado más.

»Venció una batalla rompiendo 40.000 hombres, con tantos prisioneros y á tan poca costa, contra un ejército fortificado, á que nuestros soldados, entreteniéndose, llaman rebatalla.

»Si llegasen alemanes, podrá V. M. haber socorrido las cosas de España, y llegando las cosas á tiempo y las prevenciones que allí se hacen, se podrá componer la corona, socorriéndose las cosas de España, como V. M. habrá visto por la gente y bajeles que fueron, con dos mesadas de las ordinarias, que solo se cobraron en seis.

»Redujo V. M. su ejército á una aventajadísima disciplina, que conocen los soldados que pueden tomar plazas y vencer los franceses, y estos que las pueden perder y ser vencidos en estos Estados de las armas de V. M., sin que á unos y á otros se pudiesen persuadir hasta ahora. Queda V. M. con un ejército victorioso y tan aguerrido, que miran bien cómo se le ponen delante, así el príncipe de Orange como el rey de Francia, pues no sólo en su ausencia, pero en su presencia, se les tomó la plaza de Aire y se vió obligado á retirarse.

»Quedamos disponiendo dar gracias Dios, nuestro Señor, y procurando cumplir un voto que hice de que se fabricase un templo en Cambrai, que se llamase Nuestra Señora de la Victoria, á quien daremos la protección de estas fronteras, y donde se podrán depositar los despojos de ésta, que V. M. permitiere.

»Suplico á V. M. se sirva mandar prevenir mercedes para los que tan bien le sirvieron, ménos para mí, que debo servir tanto más, y la mayor que recibiere (como tengo representado á V. M. en la ocasión de la reputación de Labase), es que V. M. se sirva de probar siempre mi voluntad, pero no más mi fortuna; habiendo quedado con tal conocimiento de lo poco que valgo en las horas que duró la batalla, que desco por todo extremo, y sobre todo, dejar estas victoriosas armas de V. M. á otro General que pueda coger el fruto de lo que hemos sembrado, y que sea tan felice y los buenos sucesos tan continuados, como yo deseo se ofrezcan siempre á los reales piés de V. M. cuya católica y real persona guarde Dios largos y felicísimos años, como la cristiandad ha menester. Del campo Arirbe Corurt, 27 de Mayo de 1642.»

Sin embargo, fué grande atrevimiento, y no le querido guardarle para ocasión ménos lucida, si no ahora que está más vano, dar el gobierno de los Príncipes á un bisoño, ó grande de España. ¿Cuándo han faltado en Alemania ó en Italia, como ántes los hubo, un gran soldado que lo cubra todo, ni bien hallado con el Sicilia, ni sufrido en Milan? Porque fué menester, para tolerar su poca experiencia en la materia militar, sacar de allí á D. Felipe de Silva, y hacerle Castellano de Amberes en el País-Bajo, porque no era á propósito que, soldado tan antiguo, aunque General de la caballería, sirviese debajo de su mano y estuviese á sus órdenes, ni en Alemania ajustado nada; sólo por capricho y fantasía del que lo quiso, era de escuderos y de bisoños, porque á unos han dado las armas y á otros han cubierto. Fueron estas dos pérdidas de gran cuidado para toda la Francia, y alteró mucho el corazón del Rey y del Valido: dicen que le escribió la

por tierra (dejemos ahora el fin); que la esperanza de Perpiñan y Salsas era acertadísima, y las tenía en la mano, porque el socorrerlas había de ser imposible por ser la jornada larga, el paso dificultoso y tomado con infantería y caballería, y más que todo, que la hambre había de ser la llave de fuerzas tan poderosas: quién hacia ya al Rey en Leocata, en Narbona, en Tolosa; sin embargo, envió á decir al marqués de Flores capitulase con él, que le rendiría á Perpiñan dentro de seis meses, si no era socorrido; que le daría bastimentos para todo este tiempo: respondió el Marqués que lo agradecía, y que él tenía pólvora, balas, y qué comer para mucho tiempo, y que esperaba defenderse y ser socorrido de S. M. Católica. Dejó las cosas de la guerra á cargo de Mos de la Mota, y el gobierno de la ciudad al de La Millere, y diciendo á los catalanes que lo aguardasen á cierto tiempo, volviese á París. Llegó nueva de cómo venia el socorro de Italia; hacíanse consejos en Cuenca sobre el estado de las cosas, y sobre lo que se haría de los soldados que se hallaban allí; y otros Ministros, y el embajador de Alemania, todos decían que el Rey apresurase en su jornada, diese forma al ejército y se pudiese en Zaragoza, que era su más legítimo puesto, y se comenzase á obrar en Cataluña. Informábase el Rey del camino que desde Cuenca á Molina de Aragon había, y decíanle que era notable, y mucha parte de él jamás pisado de pié humano; áspero, montoso y desierto, todo ó lo más de ello cubierto de pinos: y habiéndose llegado por estos dias la fiesta y celebración del *Santísimo Sacramento*, se halló en ella y le acompañó en la procesion; costumbre religiosísima de todos estos Príncipes, en que son la idea y el ejemplo de los más fieles; y ántes de llegar á la mitad de la calle principal de aquella ciudad, y que se acercase el Santísimo, la novedad de ver al Rey cargó tanta gente sobre las casas, que al fin sucedió lo que al principio se receló, que tres viniesen al suelo, sin haber peligrado ninguna persona; privilegio de dia tan señalado; con que, cortada la procesion, volvió el Santísimo á la iglesia mayor. Al otro dia despues de San Juan prosiguió el Rey su jornada

Reina, ó le escribieron, que volviese y que dejase las empresas dificultosas; que le tomaban las plazas y le querian entrar la casa, y el Reino rompía los ejércitos por invasar de las ajenas. Parece que la Reina mostraba aquí poco gusto á la jornada, y por eso no había querido salir á ella, mostrando afecto á la sangre y al hermano; pero tambien no dejó de quedar con mis recelos en esto, porque me dicen que es muy francesas; si bien el Ministro sacó de aquí algunos disgustos para con ella, introduciéndolos con el Rey: el Monsieur, hermano del rey de Francia, tambien se había disgustado con el Rey y el Privado, sin embargo de que le habían sufrido mucho. Esto se supo por algunos hombres de Roncesvalles, que vieron unos *Monsiures* por las estrechuras de aquellos montes, á quien dieron cuenta de su esperada allí por tomar noticia; mas él reayó por los Alpes, por el Delfinado á la Saboya y al Piamonte, con los amigos y con los nuevamente reconciliados, como presto veremos, y para no andar con sombras y ambigüedades, con el príncipe Tomás. Enfermo el Richelin, alistándosele un brazo, que convertido en cáncer le tiraba al corazon: bien sabía él que se le hacia, que estaba allí el estrago de la cristiandad y de la Europa, y quería Dios quitarle de la haz de la tierra, como enemigo de la naturaleza humana, y sepultarle en el centro resolviéndole en ceniza. Publicóse era muerto, dando por causa que en el condado de Rosellon se vieron en los Cubos, en vez de las bandas rojas, las negras; y como la noticia no podia ser legal ni pronta, porque era de Perpiñan, á causa de la dificultad de los avisos: porque se engañaran esta vez, y áun otra, no deseando los hombres otra cosa sino verle fuera desta respiracion, sin embargo, no pasó deste año; y el Rey murió de lo mismo el siguiente. Descaban volver á París, por causa de los ruines sucesos de la guerra y por las desavenencias del hermano, duque de Orleans, no se encendiese alguna llama que abrasase lo ganado. Discurría aquel Ministro que el Rey se había alejado mucho, y que pasar adelante y á la vecindad de Barcelona era fuera de toda prudencia, por lo mucho que en España se removía, así por mar como

que no he podido traer sus nombres á la memoria. Pagóse este señalado servicio, de contado. A 10 de Julio, á tres dias venido de Madrid, juéves, á las ocho y media de la noche, juró D. Enrique de Gentil—hombre de la Cámara de S. M., y la compañía pasó á alojarse á Daroca, primera ciudad del reino de Aragon, sobre que hubo no pocas diferencias sobre el alojamiento: cerraron las puertas no queriéndolos admitir, armándose de sus furros, y para que pasasen adelante fué menester ir allá el Pronotario D. Jerónimo de Villanueva, que por aquella vez los admitiesen. Obedecieron, y D. Diego Mejía y los que estaban en Valencia para las cosas de la guerra, largaron á Zaragoza. Llegaron tambien aquí las compañías de infantería del marqués de San Roman, y de Salinas, hijos del marqués de Belada: salieron á dar muestra á la Puerta de Valencia, donde los esperaba el Ministro, atravesado á un lado del camino de la mano derecha, y llegando la compañía del marqués de Salinas á afrontarse con el coche, como todos, daban sus cargas y disparaban sin municion de plomo: de la primera hilera dió una bala en la varilla del coche, y como era gruesa y bien amarrada, resistió, y hecha pedazos, cayó sobre su cara y manos del Secretario Carnero y de un enano, que iban sentados en aquel estribo; cuyo alboroto no fué más que decir el dichoso que habia librado: «paso la palabra; que tomen la puntería por alto.» Vinieron luego muy sobresaltados al alojamiento del Rey, con el cuento y los pedazos de la bala en la mano, mostrando sus heridillas, el Secretario y el enano: corrió el suceso por el lugar; habíabase en público la suerte del que escapó; pero en secreto maldecian la falta del efecto y de la puntería, porque quisieran que Dios los hubiera librado en aquel golpe de tantos. Llegó á las orejas del marqués de Salinas, y vino luego á Palacio á lavarse las manos con el Poderoso, sobresaltado, diciendo se hiciese luego averiguacion de quién era, que se cometió á D. Francisco de Quiñones, Asesor de la gente de guerra, y al Licenciado José Gonzalez. Erán muchos los extremos de familia y de los beneficiados: hizose pesquisa del delincuente, y por sus pasos

para Molina de Aragon: mandó ir las compañías de caballos delante, y comenzamos á entrar por aquellas asperezas y pinares, por una travesía tan notable, que no parece sino que no se sabía para otra cosa sino para caminar y distribuir una jornada en cuatro, pudiendo haber sido una, y á ésta propusieron muchos hombres no pequeñas dificultades para hacerla, porque decian era impenetrable: pasóse el Recunco, por donde se hace el vidrio, y por allí se subió una aspezeza notable, y poniéndose delante un bajío de un valle profundísimo, que parecia más despeñarse que buscar camino seguro, pasamos á vado á tajo á seis leguas de su nacimiento, tan claro y tan puro, que como era verano muchos lograron la ocasion: finalmente, á cinco jornadas, á 29 de Junio, entró el Rey en Molina de Aragon. Hicieronle allí en la puerta de su palacio guardia las compañías de la nobleza, comenzando la del Conde-Duque, por sus dias, las del conde de Oropesa, la del duque de Veraguas, habiéndose antes introducido un banquete solemnísimo para cabos y capitanes, obra del Ministro, vivos á un castillo antiguo con más de seiscientos hombres traídos de los lugares de Castilla, por otra parte, perecer de hambre, y áun de sed, padeciendo desnudez, y descalzos. Hacia tambien guarda al Conde, en su puerta, digo yo como á Capitan general de la caballería de España, y á tratarse este lugar como plaza de armas; iban llegando por aquí, de diversas partes, muchas compañías de infantería, entraban por la puerta del rio, sobre cuya puente tenia el Rey su alojamiento, y desde allí lo veia, y reconocia muchas compañías de caballos que, saliendo por la puerta de Valencia, hacian reseñas al Ministro, que los esperaba en un coche en aquella campaña rasa: fueron llegando los de la coronella del Príncipe, y sus Capitanes, el nieto de la casa de Sandoval, Diego Gomez, el conde de Santisteban, el conde de Obusto, que desposado del reino de Portugal venia á servir en aquella guerra, cada uno con su pica al hombro: llegó la compañía de los bravos, con su capitan D. Enrique, todos de mosqueteros, arcabuceros y piqueros, y otros innumerables cabos

contados le vinieron á sacar en limpio: fué preguntado, y dijo que á él le habían dado aquel arcabuz cargado, de las armas que había en Molina, y que le disparó; y preguntado de la puntería y de otros indicios, no dijo nada: diéronle un cruelísimo tormento y no se pudo sacar más de él, ó por las listas, de que era del Puerto de Santa María. Corrió el caso por toda la redondez de España, y de ella á los demas, y todos tuvieron por infeliz el golpe y la mano de que no llegase al fin comun y descato de todos, así eclesiásticos como seglares; con que revolviéron á refrescar las cosas del duque de Medina Sidonia, y á no tenerse por vano y sin fruto el acuerdo y prevención que se hizo á los criados á la salida de Aranjuez. Mandaron que al Duque, que estaba en el lugar de Arroyo el Puerto, entre Trujillo y Medellín, se le removiese de allí á la provincia de Vizcaya, para las cosas de la milicia y asistencia á sus fronteras. Obcedió, y, tomando su viaje por Talavera de la Reina, incidentalmente retrocedió de allí y se volvió al Puerto de Santa María: quién dice á ver á la Duquesa; otros, que D. Juan de la Calle, un Oidor de Sevilla, y de los crueles en pedidos, sacas y otras derramas le pedía, y con grande abinco y celeridad 200 000 ducados, y que no pudiendo eximirse ni defenderse de la fuerza y violencia que le hacia, dijo que volvía á vender sus estados para cumplir lo que se le pedía. Esto, ó ya sea el amor de recién casado, le hizo volver y huyó tornar á seguir su jornada; y antes de entrar en Vizcaya le prendió un Alcalde y le trajo al castillo de Coca, donde le metió con guardas y guarda mayor. De suerte, que este cuento, con todas sus circunstancias, desafíos y hechos de caballería, no pudo escapar de prision y de castillo.

Las armadas francesa y española corrian ya el mar Mediterráneo, aquella desde Marsella y Tolón á Barcelona, alargando á dar vista á Tarragona, á Tortosa y Alicante y á todos aquellos puertos; y ésta desde Cádiz á Cartagena, y desde allí á Barcelona, que los geógrafos llaman Mar de España: decían que aquella de nueve bajeles grandes y bien artilla-

dos, y que estos nueve eran de fuego, y diez y siete galeras, aunque éstas no hacian cuerpo de Armada; y la nuestra de cuarenta y dos bajeles de alto bordo y diez galeras de España, que tampoco hacian resto, de que se quejó el duque de Ciudad-Real que nunca las habian hallado á su mano, y que le habían faltado. Alabóse mucho nuestra armada, así de navíos como de gente, cabos, soldados y capitanes. Esperábase el socorro de Italia: las escuadras de Nápoles y Sicilia, en que venia por Príncipe de la mar Juan Carlos, hermano del Gran Duque de Toscana; venian navíos, infantería y caballería, que el príncipe de Astillano habia levantado para servir en esta guerra, y no parece sino que todos los reinos habian dado cuanto tenían; y descendían, unos por mar y otros por tierra, á fencer y concluir la causa y rebelion de Cataluña, para resarcir el orgullo de la Francia. Pero el efecto, por graves culpas nuestras, no estaba en el corazon del Gobernador, que por haber en los Consejos y Juntas disuadido la salida del Rey de Madrid, no queria que el suceso de las armas surtiese prosperidad y fortuna (¡quién entenderá ó dará alcance al seno de los que nos gobiernan!), que siendo suyo todo el poder de los Príncipes, la gracia y las mercedes ducman en su servicio, siendo lo primero que les vende y lo que mejor arma y establece su comodidad y conservacion: otra vez digo que no alcanzo esto: se decía así; á lo ménos el fin parece que no lo duda. Corrian, pues, las armadas aquel mar sin embestirse la una á la otra: la de Francia no parece sino que traía el orden que Isabel, reina de Inglaterra, dió á la suya cuando el Rey D. Felipe II envió aquella, tan prodigiosa como desgraciada, sobre sus costas: no aferrar con ningun navío de España; no pelear, sino al que quedase zorrero acometerle de lejos, siendo sólo, echarle fuego y quemarle; y la española, el intento del ejército de este año, que fué no hacer nada; y así parece que se lo habian mandado, porque esperando el Rey por horas el destroz del enemigo, no eran otras sino nuevas falsas de que se habian cometido, y que la francesa iba derrotada, que habia perdido navíos y gentes; metiéndolo así en

corros públicos por Madrid, y de allí enviándolos á la Reina á la Corte y á los Consejos, siendo todo falso y digno de castigo; y lo más ridículo de todo, que se pedía albricias por ello, las dieron y las recibieron. Llegaron á verse en las costas de Garrafa, y enfrente de Tarragona, el navio la *Magdalena*, que fué Capitana el año pasado, de sesenta y seis piezas de artillería: embistió y aferró al galeon *Guisa*, y el enemigo, astuto y de más artificio que nosotros, echó fuego á la Almiranta, apartándole, y viviendo á dar á la *Magdalena* y al *Guisa*, se quemaron: quién dice que venian en él 500.000 escudos para pagar la gente de la armada, la de Cataluña y condado de Rosellon; el Cabo francés se salvó en nuestra Capitana: fueron sus galeras, algo maltratadas, á guarecerse á Barcelona; siguió la armada la misma derrota, porque el viento, favorable á los que no quieren pelear, puso paz entre ambas armadas: era Cabo del navio de la *Magdalena* D. Pablo de Contreras, que no acababa de sentir su pérdida. Notóse que los demas navios nuestros no aferraron, ni se contó cosa memorable de nuestra Capitana, ni del duque de Ciudad-Real, como si tal hombre no hubiera en el mundo, ni parece que se erigió para caudillo de armada que tanto se hizo sentir de su grandeza y aprestos en el mundo. En otra ocasion, D. Tomás de Chauri, cabo del navio de *Santo Tomás*, se halló entre la armada enemigo, de noche, cerráronle en esta forma, y dándose bordo, y apartándose y siguiendo nuevos rumbos y derrotas, sin querer pelear el enemigo, sino conservar la mar y los bajeles, dejándose ver los nuestros, ya en Tarragona, ya en Dénia, ya en Vinaroz y Alicante, sin hacer nada más que consumir los meses de Julio, Agosto y Septiembre, gastar los bastimentos, y ser necesario reparar algunos navios, y sin más heróicos progresos entre la una armada y la otra, le fué necesario recaer al puerto de Mahon, en la Isla de Menorca, á rehacerse de municiones, vituallas y gente, y calafatear los vasos, por volver á navegar, buscar al enemigo y probar fortuna; mas los franceses, tocados destas mismas necesidades, dando sus bordos por aquellas mismas Islas de Mallorca

y Menorca, con la nueva de la armada de Italia, de veintidos galeras, parte de Nápoles y parte de Sicilia, y algun grueso número de navios, de gente y armas, tomaron los rumbos de sus costas y los puertos de Tolon y Marsella, y se retiraron, publicando tambien volver á salir á buscar la nuestra. Estos fueron los sucesos de nuestra armada, en que se gastaron algunos millones, dejando con desconsuelo á los vasallos que sus efectos no fuesen más relevantes, ni la esperanza como se habia prometido.

No dejaba de llegar gente á Molina de todos los ángulos y partes de España; la de Vizcaya y Navarra, por los vertientes de los Pirineos á Aragon, y de allí á la Plaza de armas, hijos de las montañas: por sus derrotas, llegó á Molina Irazábal, marqués de Valparaiso, Gobernador del reino de Galicia, con 4.000 caballos gallegos, que dieron muestra delante del Rey y de aquella Corte, fuera de la Puerta de Valencia; la gente de Andalucía, por los tránsitos de Castilla, y el Condestable conducia cerca de 800.000 caballos de la Vieja á las fronteras de Cataluña; la de Granada y Cartagena, por las de Valencia, á la misma provincia. Envióse al marqués de Aitona á prevenir al Condado de Ribagorza, á armarle de gente y defensas contra los intentos del Mota que queria pasar allí á hacer robos y quemas, y mantener su ejército allí, que no le tenia bien bastecido y parecia de hambre: con que el Rey levantó de Molina y siguió el viaje de Zaragoza, y ántes de entrar en ella, en el lugar penúltimo, le representó la Ciudad y le suplicó no entrase con armas, porque parecia desconfianza de sus vecinos, que serian de riesgo y de inquietud, causarían alboroto y disensiones, y sin embargo era contravenir á los fueros. Fueron respondidos que S. M. venia como soldado, y se le habia de hacer cuerpo de guardia en su Palacio como en Molina, y que habia para esto intento elegido por Plaza de armas á Zaragoza: volvieron á replicar, que la gente de guerra, así de caballos como de infantes pasasen á Cataluña, que la gente de Zaragoza y la Milicia que habia entraria de guardia cada dia, y en esta

que no parecía otra cosa sino inundar el mundo cuanto más á Cataluña: todo el Principado estaba en suspenso; pero todos los rebeldes, y Mos de la Mota atento, ocupandos los pasos de Lérida hasta Barcelona, para defender que no pasase socorro á Perpiñan, creyendo cogerlo como los caballos de D. Pedro de Aragon, que pasado á Francia no tenía ánimo procurándole otros caballos de volver á España: tales habian sido sus trabajos, y como le decian, que habia de hacer esto socorro por tierras el marqués de Torrecusa, y la armada por mar, previniéndose, como tambien se decia, de lo necesario en el Puerto de Maon, en la Isla de Menorca; pero todo era hacer juntas y consejos, perder el tiempo y gastarle sin hacer nada, y D. Diego Mejia, Mortara y otros Cabos en Zaragoza sin pensamientos de hacer nada, y todo era no más que ver soldados, galas, bordados, plumas, entrar compañías en las casas Arzobispales, donde las cajas, los mosquetes, arcabuzes, carabinas y pistoletes tenian atronadas las cabezas de la gente, gastando la pólvora en vano, tanto, que no parecia sino que la guerra era aqui; y en la Plazuela de la Villa de Madrid, y en otras partes, como lo escribian en cartas, y los riesgos y tumultos de la gente de guerra, que pasaba por alli de la Andalucía y de otras partes, diciendo que no los dejaban vivir, ni reposar, ni acabar de verse libres de ladrones y de homicidarios, y no viendo la hora que los sacasen de allí.

María, reina madre de Francia, mal ballada en aquella Corona, poco gustosa en Flandes, mal recibida en Holanda y peor asegurada en Inglaterra, pasó á Colonia, y allí feneció la carrera de sus dias: Princesa notable por la mudanza y natural variedad de su condicion, y por las tierras que peregrinó. Vino esta nueva á Zaragoza á 18 de Agosto. El luto de la casa Real fué corto como militar, si no en las honras, que fué largo y con todas sus ceremonias en la Iglesia mayor de aquella Ciudad. A esta hora llegó la armada de Nápoles, y Sicilia con el Príncipe de la Mar, S. A. Carlos de Médicis, hermano del duque de Florencia: dieron fondo en Vinaroz,

forma se podria cumplir con la obligacion de el desguio de S. M.: volvió á denegárseles, y todavía se tornó á tomar asiento en los alojamientos, porque los naturales no lo habian de tolerar, y tomóse por expediente que alojasen de la otra parte del rio. Con que se venció este encuentro, y entró el Rey á 27 de Julio, y las compañías de caballos que habian hecho guardia hasta allí, pararon, y la hicieron algunas compañías de la coronelia del Príncipe, y la más lucida de todas la de D. Enrique de Guzman: diéronle aquí el hábito de Calatrava y la encomienda de Alcañiz; hospedáronle dentro de Palacio, donde acudia á hacer cortejo y sumision toda la tropa de los mozos Capitanes, porque sus compañías habian pasado á las fronteras; y por el ejemplo y dar á entender que no era todo de la carne y sangre, les dieron llave de entrada á los marqueses de San Roman, y Salinas, y á Diego Gomez de Sandoval, y á otros; sólo el conde de Santisteban no la quiso, si no es con ejercicio, como la tuvo su padre, ni quedó caballero del Reino, título, ni gran Señor, que no viniese á Zaragoza, como fueron llamados con sus familias y criados; pero todos con sus capas y sus espuelas, de suerte que la ciudad abundaba de gentes, no sirviendo de más que de consumir los mantenimientos; y en Molina no quedó Señor, ni criado del Rey de los de la escalera arriba que no le enviaran papel, que avisase de la familia y criados que traía, y aún á mí no me reservaron esta gabela, diciendo los querian alistar para el dia de la ocasion, que apénas duraria ocho dias; cosa de que muchos se rieron y otros hicieron sentimiento, porque los criados los querian dejar, poniendo la mira más en vultos y en la pompa que en la sustancia, sin tratar de saber conservar y mantener un ejército para obrar con fundamento y reputacion, y así se lució. Vinieron aqui el duque de Lerma y Cardona, el de el Infántado, el de Arcos, más enseñado á la vivienda de su casa que á la de la Corte donde era más grande, el de Bejar, el conde de Lenus, el duque de Medinaceli, y otros que excuso á la proligidad: todo era pasar gente de infantería y de caballería, tanto,

y entraron la infantería y caballería al ejército, y tanto como allí se juntaba no parecía nada, porque la gente baja huía del hambre, y solos los honrados persistían, porque no había gobierno, ni en la mar un bajel con quien contender. Hicieron pasar al ejército al marqués de Torrecusa y otros Cabos, para comenzar á ponerlo en órden y aprestarle, pero la cabeza en Zaragoza y al lado del poderoso, que era el mayor servicio, asegurábase mal de este ejército. En Barcelona, porque no había visto el fin, coló fuera á los nobles contrarios á su rebelion: era la voz de montar en campaña, á postro de Agosto, y hallábase á esta hora fortificados muchos pasos dificultosos, desde Tarragona á Perpignan, y con más particularidad el Pertus, con gente de la tierra, artillería, y cortaduras profundísimas y muchas, de infantería más razonable. Enviáronse barcas fabricadas en Zaragoza para los pasos de Zúca y Segre; enviáronse mulas, acémilas del carruaje de la jornada, para el alivio de bastimentos, y artillería; y entre tanto que se previenen estas cosas y se da forma á referir el estado de ambos ejércitos y su encuentro, será bien volver la pluma y la narracion á las cosas de Italia, Alemania y Portugal.

Las cosas del Poniente y la Saboya á esta hora mudaron de formas y semblante, con la natural condicion de sus Príncipes: declaróse Tomás por la parte de Francia, no habiendo podido sufrir por tan poco tiempo, aunque paliadamente, el parecer español, abandonando en España la mujer y los hijos, y viendo no podían vencer la licencia para volver á Italia, sacó con artificio la guarnicion española que estaba por el Rey Católico en Villa-franca de Niza, como el Cardenal Mauricio su hermano lo había pedido, y diciendo quería tomar muestra de ellos para alguna empresa; y teniéndolos en el campo, les dijo que pasasen á servir á su Rey, y sin hacer mudanza ninguna ni otro movimiento, que donde nó había detrás de aquellas colinas gente que les forzaria á ello. Hubieron de seguir su fortuna, y pasaron á Milan; lo que entendido por el conde de Siruela, puso cobro en las cosas

del Estado y el Piamonte, y avisó al Rey, al Ministro y Consejos de Estado y Guerra, para proveer en lo necesario pedia gente y dineros por los movimientos y novedades que había, y el Rey mandó llamar á Zaragoza al cardenal Tiburcio, y quedóse el gobierno y las armas á cargo del Conde. Decía el Príncipe Tomás, para colorar su malicia y satisfacer á esta mudanza, que no se había hecho confianza de él en Flandes; que las armas que se le habían dado había sido con demasiado recato, y lo mismo en el estado de Milan; que las Plazas del Piamonte estaban con presidio español, habiendo de ser de piamonteses; que tenían en la Corte de España detenida á la Princesa y á sus hijos, sin dejarlos venir á Italia (y había él, por asegurar los recelos que de su poca fé tenían, venido en ello, y arraigado el contrato en materia de resolusion de plazas, y alianzada la alianza), y decía estas y otras cosas; y en prosecucion de esto, el Cardenal Mauricio, su hermano, renunció al Capelo y se casó con su sobrina, hija de Victorio, duque de Saboya, difunto, y de Madama Real, viuda, para dar nervios y asegurar aquella sucesion que había quedado sola con un niño; y juntando soldados franceses y naturales, salió y recuperó á Berrua y á Crecentin, á Astc y otros pueblos y castillos, que como se tomaron se volvieron, y los de la tierra reconocian á la sangre, porque nuestros presidios eran cortos, fallidos, sin gente, sin municion y sin dinero: sólo Bercefi se pudo conservar y poner en defensa, no sin intento de entrar con armas por el estado de Milan: que así se pagan los hospedajes; pero á las manos nos vendrá, y muy presto, ocasion en que le respondamos, porque no haga tanta demostracion de finezas quien nunca las tuvo.

El rey de Francia metió grueso presidio en Monacho, artillería y municiones; y con la vuelta de los saboyanos desta plaza, ya creia poder entrenar á los genoveses y echarlos las armas encima, reducirlos á si y tener por suyo aquel paso, y más con la ayuda de catalanes. Para que las asistencias de España no pasasen á la perpetracion del Milanés, metió

algunas galeras en aquel puerto, y quien dice que la queja del Príncipe Mónaco era que no le daban el dinero para pagar el presidio español, y que él se hacía pagar; y además de esto, que no llegaban 20.000 ducados que tenía sobre rentas del reino de Nápoles: con que dejándose de diferencias y de cuidados, todo lo entregó á Francia, y aun dicen que lo redujo á rentas en París. Pedía el conde de Siruela dineros para la guerra y gente para esperarla por los nuevos movimientos de los vecinos: armaba el duque de Parma, y seguía el duque de Módena contra el Papa: el uno porque decía le quería quitar el condado de Castro, y el otro porque le impedía algun derecho sobre cierto pueblo que tenía en el Ferrarés; y aun Venecia y florentines, si bien no declarados hasta ahora, los querían seguir, y mostraban los suyos, como lo veremos el año que sigue; con que el Papa aprestaba gente, juntaba dineros y municiones; pero lo más cierto era quererle apagar de aquel pensamiento tan envejecido desde que entró en el Pontificado, y aquella codicia de querer poner á su sobrino, Príncipe, en el reino de Nápoles, y al rey de Francia en el Estado de Milan, para quien estaba pronta la Saboya, y el puerto de Mónaco, porque fue llamado el Cardenal Tiburcio, cuñado de aquel Príncipe; y el Virey de Nápoles ponía gente en aquel confín, y el duque de Parma y Módena entraron con gente en el Estado de la Iglesia; metieron á saco la hermosísima y venerable, por sus letras y escuelas, ciudad de Bologna: quién dice que se concertó el saco á dinero, y que aquellos ciudadanos ofrecían, por que no se hiciese, doscientos ó trescientos mil escudos. El Gobernador de Milan no alojaba en su demanda, ó que le diesen licencia ó sucesor en aquel Estado; y el Almirante de Castilla, cuidadoso del servicio del Rey, y con la mudanza del Príncipe Mónaco, envió á Milan 300.000 escudos de un pedido que habia hecho á los sicilianos, y reforzaba las plazas marítimas de aquel Reino, con la voz que se publicó de bajar el Turco á Italia: porque nada tuviese sosiego, (que presto se pagaran estos oficios de Rey y Ministro en la plaza de armas del corazon,

donde un gusano roedor y un poco de cáncer tomaran satisfacción de tantas ofensas). En Flándes, el ejército católico tomó cuatro puestos en el Bolonés, con que cubrió parte del condado de Flándes, murmurándose que hacia el Melo la guerra, más por su cabeza que por las órdenes que se le enviaban de España; con que los volvió á perder, sin haber este año otra cosa más memorable en aquellos países. En Alemania muchos Príncipes componian sus diferencias con el Emperador, particularmente el duque de Luxemburg: Francisco Alberto de Sajonia, hermano de aquel Duque, dió una rota en la Pomerania y á los suecos, afirmando que fueron 12.000 hombres los que se perdieron, entre muertos, heridos, presos y fugitivos; pero tambien se dijo que los Imperiales con esta misma gente fueron rotos, conservándose todavia aquella poblilla y simiente para ruina y estrago de Alemania y de la Corona Imperial. La armada Portuguesa, que estaba para defensa de sus costas, se fué á pique con una tormenta, en que se incluian Capitana, Almiranta y otros seis ú ocho navíos gruesos, con que no les quedó por entónces defensa por la mar: acabó allí sus empresas el general Tristan de Mendoza ahogándose, que era el que la llevaba á su cargo, y fué el cómplice principal que comenzó la rebelion de aquel Reino, y el que acometió al Secretario y le dió muerte, y el que ántes estando desecha la volvió á fomentar; de suerte que, ora por la parte de Extremadura, ora por la de Galicia, nosotros y ellos, no hacian cosas más señaladas que robar y quemar los lugares abiertos, hacer presas y entradas, reservándose el castigo y reduccion de aquel Reino para ocasion más oportuna; y controvirtieron con los holandeses, porque la comunicacion y alianza que tenían, y las juntas de armadas, surtió en tomar los puertos de Africa, Santomer, Angola y Cabo Verde, y lo que rayaba en Brasil, y pasar á lo de Oriente, con que trataron de echarlos del Reino: acometieron á Ciudad-Rodrigo, y no hicieron nada, porque el duque de Alba y sus gentes los rechazaron: fabricaban armadas para su defensa y correr las costas de la mar. En



Evora se dio el gobierno de aquel Arzobispado á un hermano del marqués de Ferreira, con 20.000 ducados, y lo demas se aplicó para la guerra, porque al Arzobispo estaba en la corte de Castilla ántes de la conuccion, y ahora no sabia como volver, si le darian licencia, ó si la pediria, y si allá sería admitido: de esta manera se faltaba á los Sacramentos que debian recibir, y no teniéndola los ministros que los habian de ministrar, porque faltando la cabeza, que era de donde los habian de recibir, con dificultad se podian dar ni recibir, de suerte que la salvacion de aquellas almas peligraba, como peligró la fé del Príncipe, y ambas estaban arriesgadas (fruto de la tiranía), y de que las conciencias no seguian el verdadero camino, puesta por donde en muchos Reinos Católicos entró la heregía y arrasó los templos y los altares, los sacros Cánones, y se perdió el respeto, y se negó la obediencia al Vicario de Cristo, y dio todo en el abismo de la perdicion. Pero tambien es menester que la cabeza, que era de donde los habian de recibir, evide de esto, abandonando la ligas é intereses particulares. Echaron por interesor al Papa, para la libertad de D. Duarte, hermano del Berganza; pero el Emperador lo denegó. Inglaterra tambien andaba en disensiones con el Príncipe, de suerte que pocas cosas habia en la Europa ni en el orbe donde no reinase la influencia de Marte, al reves de la era pasada, que todo era paz, tranquilidad, sosiego y vida, por la prudencia, nunca bastantemente encarecida, de sus Gobernadores; por donde la calumnia, con verdad podemos decir, que fué falsa y nuestra vanidad, presuncion y soberbia, digna de ser reprendida.

Eran ya por estos dias los 40 de Septiembre, y en lo tocante á las necesidades y remedio de España y reduccion de Cataluña no se hacia nada: los aprestos y ruidos de armas eran muchos y vanos, los consejos inútiles, el ejército no tenia forma, y Zaragoza era la plaza de armas de los vicios y las delicias, donde se divertian los hombres que habian de ser la prez de los hechos y de las bazañas; la honra de la Nacion se oscurecia, y las otras nos aventajaban y ocupaban

grandemente nuestro lugar: principios por donde grandes imperios se desvanecieron, y las historias y hechos famosos se sepultaron en el olvido. Rindióse Perpiñan á 40 de Septiembre, porque el marqués de Avila, habiendo ofrecido de mantenerla hasta 15 de Agosto, estiró la necesidad y la hambre hasta el dia referido: salió con D. Diego Caballero, Juan de Arce, y cerca de 600 hombres á Rozas, habiendo perdido 4.500 de miseria y mal pasar, hasta comer carne humana, guardándose una posta de otra, un hombre de estar solo con otro, una centinela de otra; y de una mujer se dijo que dió de comer á su marido lo mismo que habia salido de sus entrañas, y para decirlo con más claridad y más asombro, á su mismo hijo: y consiguiéntemente y á su ejemplo, dobló la cerviz Salsas. Fué grande quebranto para el Rey y para todo el Reino, y áun para los extranjeros, para Alemania, para Fiándes y para Italia: decian se habian perdido de las dos llaves españolas la una, de los dos ojos del Pirineo el uno: el desaeamiento fué grande, y tanto aumento de desdichas, que se habian perdido el baluarte y la fortaleza de la seguridad y descanso, despues de algunos dias, cuando ya parecia que por el tiempo estarian á la vista, y el caudillo habria penetrado y vencido grandes dificultades, que adónde estarian, decian que á dos leguas de Lérida, sin forma de ejército y sin armada; con que el desconsuelo era grande, y la Francia triunfadora de los despojos españoles: y cuantos entraban en Palacio á unas y á otras cosas, no era otro el espectáculo que ver al Rey melancólico y macilento; y sin poder sustentar la constancia del ánimo y del corazon, prorrumpia con suspiros secretos, y sin poder contenerse, reclinaba sobre la mano la cabeza, de suerte, y ellos, en partes más escondidas, por no esplayar tanto el sentimiento, condóidos de semejantes casos y sucesos, levantaban las manos al cielo y decian por qué defectos del Príncipe se padecian tantos trabajos, y qué estrellas habian reducido á su corazon á tanto abogo. Recelábase no peligrase su salud con tantas agonias y malos sucesos, y repetian otra vez: ¿por qué es esto? por un mal

no oyéndose otra cosa en los tribunales; decían había sido más que inhumanidad y acción de crueldad y voracidad de los que se hallaron en el secreto porque no pudieron sellarlo todo, que se pudiera haber dejado á la mitad, como lo tuvieron otros Reyes, que vivieron y vivió el pueblo; y porque dejaron ver algunos reales de á ocho, avisaron los ignorantes á Zaragoza que había venido la edad del oro, y que había pasado la del cobre, y que ya no había premio en la plata, sobre que tanto se habían afanado; siendo al contrario, porque fué tan grande la necesidad que sobrevino, la confusión y falta de contratación, que temieron que no había de haber ni habian dejado caudal para pagar las rentas reales, los pechos y los impuestos, hallándose obligados á hacer moneda nueva; de suerte que de una desdicha tropezaban en otras, y recordando el daño el que le había hecho, aunque con poco duelo de su corazón y de las miserias que había ocasionado y metido, no sólo en la Monarquía sino en el mundo, quería lavarse las manos de semejante tiranía, queriendo siempre cargar á otros; y de esto quería que tuviese la culpa el duque de Villahermosa, diciendo no había ajustado bien las balanzas de lo que había de bajar y de lo que había de quedar, segun lo labrado, por las relaciones y labores de las casas de la moneda, y que había quedado mucho ménos de lo que se pensó, y era el motivo principal de toda la ruina, admirándose toda Castilla que semejante resolución y plaga no moviese el corazón ni aquella cabeza á persuadirse que era dejar los vasallos y á toda Castilla sin respiración y sin aliento. Echaron los catalanes á Santiago, fraile recoleto agustino, predicador del Rey y obispo de Solsona, de aquel Obispado, por fiel y buen vasallo, y en esta forma traían á los Prelados entre dientes, y por más que veían conducir gentes á su tierra, no dieron la más mínima señal de enmienda ni rendición, ántes juntaban las suyas y las forasteras contra el verdadero Señor y natural Príncipe; idolatrando al bastardo, habiáncse dejado perder lo mejor que tenían, haciendo alarde de la traición, y excediendo en ella á los mayores y más rebeldes de el mundo.

consejo, por una mala cabeza y un mal Gobernador, sustentando lo mejor del Reino en el corazón de Palacio, dueño de todo y todo á su mandar. Corría esto en cartas por el mundo; partía el corazón de la Reina, de los vasallos y de los afectos; mas él no vivía sin sobresalto, echaba sus exploradores y las espías que tenía en el cuarto del Rey para que oyesen lo que le hablaban y qué semblantes había: avisábantle de lo que podían coger, aunque todos se guardaban de ellos, porque ya los conocían; referían la melancolía del Rey, y él la veía á las horas que entraba; y esto y tantos malos sucesos por tantos años, y la oración de la princesa de Mantua, entre Nuestra Señora de Esperanza y Ocaña, al salir de Aránjuez, le traían tímido y asombrado, no hiciese punto el valimiento, cuya desconfianza la pagaban todos los del cuarto del Rey con no hacerles merced, con el mal semblante y el disfavor, y eran suyas las culpas: y en vez de aliviar y enmendar algo, porque no dejasen perpetuamente de llover extragos, calamidades y miserias sobre la pobre Castilla, que todo lo pagaba, lo llevaba sobre sí, y todo lo querían sacar de ella cuando todo se estremecía y fracasaba, sin tener humanidad de los tributos y pedidos continuos y pasados, y los que nos tenían amenazados. A mediados de Septiembre de este año, algo más ejecutaron la determinación impia del vellón, tanto, que ya se veían las médulas de los huesos de los vasallos, porque ya no les había quedado sangre de las cuchilladas: fué este día grande de lágrimas y sollozos para el pueblo; los cuartos doblados, y los tres doblados, se bajaron á dos maravedises, y la de dos maravedises á blanca, con que la necesidad, si ántes la había, se creció; faltaron los hombres de negocios, y las cajas, que ántes eran de crédito y suplían á la contratación y á las pagas, se hallaron vacías, y estos mismos buscaban en otras partes quien les diese de comer; no se pagaban las letras y los mercaderes se hallaban quebrados y sin crédito. La viuda de Lelio Imbrea se hallaba á esta sazón con cerca de un millon de cuartos, y aquel día se halló sin nada: aumentáronse pleitos sobre las pagas, y si habían sido en tiempo,

Octubre, salió de Fraga, y en llegando á Escarpe, adonde estaba el regimiento de S. A., dió órden que marchase con la caballería, y él se puso de vanguardia; y á las ocho de la tarde llegó al campo de Torre de Segre, llegando el regimiento un poco más tarde; y á las tres de la noche del otro día mandó marchar todo el ejército hacia Lérida, tanto, que les salió el sol á media legua de aquella plaza, y fué llegando repentinamente el enemigo, sin haber echado una tropa de su caballería delante, ni corrido la estrada, con dos piezas de artillería: tocó arma cuando nuestro ejército estaba ya cerca: el enemigo se había puesto en una colina en que se reconocia ventajoso, y á las diez de la mañana, mártes 7, llegó nuestro ejército en batalla, y se comenzó á pelear con parte de nuestra gente al cuerno derecho de la colina; ganose el puesto y tres piezas de artillería, que las retiró á nuestro campo á la vista del enemigo, y se sustentó el puesto hasta las cuatro de la tarde; pero el Mota, con la mayor parte de su campo, lo atacó, y despues de grande debate y pelea, y muerte de muchos cabos y soldados, más de su parte que de la nuestra, volvió á ganar porque recibió toda la carga de nuestra mortuetería, y con esto, bajando todos al llano, se mezclaron en bien renida escaramuza, y el Marqués se halló en medio de ella, estando cercado de cuatro franceses, y uno que le apuntaba la pistola, y á pique de concluir sus buenas dichas, que murió á manos del duque de Lorenzana: era ya de noche, y se mandó poner nuestra gente en lo alto de la colina, retirar la artillería, bagaje, con la caballería en el llano, por donde podía venir el enemigo. De esta forma estuvieron casi veinticinco horas sin probar un bocado de pan, ni una gota de agua (y todo el ejército, tan cansado por la falta de órden que siempre se presumió), que se determinaron volver al cuartel de donde habían salido, y se llegó á las dos de la noche, y hasta el amanecer de 8 de Octubre fué llegando la gente: quedó el enemigo con grande cuidado de no ser atacado, con que se retiró á una legua de Balaguer, y la mañana del 8 volvió al mismo puesto adonde estuvo: decian algunos

El Rey daba prisa á que se pusiese en órden el ejército, que no la daba otro, y á que se obrase con él, se embistiese á Lérida y á todo el Principado; porque decian, que para cuando era el comenzar, que espiraba ya el tiempo de hacer faccion, porque eran ya los fines de Septiembre, más á propósito para retirarse que para guerrear, más para el alojamiento que para la campaña: teniendo suspensa á toda Europa semejante suspension y novedad. Decia el Rey al marqués de Leganés, delante de los de su Cámara—¿por qué no os vais? ¿á cuándo aguardais á partir?—Y él, con ménos mesura de lo que debía, y poco respeto, dicen que pedia nuevas mercedes sobre las hechas y las riquezas adquiridas; y otro sí, que tenia necesidad de sangrarse, y luego que era devoto del sábado, que entonces iria; las cuales cosas, pudiéndolas castigar, descansaba de semejante remision con algunos de sus gentiles-hombres de la Cámara: tan grande era su bondad para con ellos. Y proseguia, que se matograba un ejército, el mejor que se había levantado algunos años habia, porque todos los hombres de bien y de honra habían salido, con el ejemplo de su Rey, á servirle; 48.000 infantes españoles, 4.000 caballos y 4.000 dragones, toda gente escogida, quedáronse, ó los hicieron quedar, algunos mozos en Zaragoza, que habían levantado compañías en la coronelia del Príncipe y D. Enrique, y de estos, que hemos referido que se pasean en Madrid. Finalmente, arrancó Leganés, y partió á Fraga á ordenar las cosas en esta forma, y en la que sus criados lo publicaban en cartas, porque yo á esta sazón no me hallé en Zaragoza por achaques que me volvieron á Madrid: decian que resolvió el Marqués de ir á tentar al enemigo, que estaba de la otra parte de Lérida con 4.000 caballos y 7.000 infantes, (vergonzoso número para el nuestro, debió de alcanzar por las espaldas que no habíamos de hacer nada) y proseguian si se entraria la ciudad, ó pelearia ó se ajustaria por esto, con suma diligencia, á una de dos cosas: habiendo dispuesto cuanto era menester, y estando el ejército que volvia de Taragona, en Torre de Segre, dos leguas de Lérida, lunes, 6 de

franceses rendidos, que Mos de la Mota habia peleado con el Marqués, que habiendo perdido la artillería, retiraron el bagaje pensándose que estaban ya perdidos, que los franceses de Lérida tenían orden de que en atacando la ciudad nuestra gente quemarla y retirarse al castillo, y que los paisanos, entendido esto, pensaban degollar la guarnición. A 9, el jueves, partió el Marqués del campo para el cuartel de Escarpe, y el ejército, no pudiendo esguazar el río, se fué por el camino ordinario, y llegó á Escarpe á 11, adonde refrescó para salir á otros intentos, á buscar á los Miqueletes, que salían por las trochas á los caminos ó impedían á los vivanderos llevar socorros al ejército: fortificaban á Escarpe por cuartel, se acababa la fortificación del puente y se iban juntando las municiones y los víveres, mil carneros, cantidad de vino y cebada para los caballos. Parte de esta relacion ó lo más de ella era apócrifa, y una lista sólo de engaños y mentiras. Cuando llegó á Zaragoza y á las orejas del Rey el suceso fatal desta jornada, calmó, y todos los hombres se suspendieron; el tiempo pasado y tan adelante, habiendo mucha agua y cerrada la puerta para obrar un ejército tan maravilloso, á quien se le atrevió otro inferior, que no sólo no le rompió, sino que peleó con él, que no tomó ni penetró con petardos la ciudad, sino que se retirase primero y luego el enemigo sin haber hecho nada, comenzaron á espantarse y prorrumper en admiracion, á desatar las lenguas, así la Corte como los ciudadanos de Zaragoza, y decían que no se habia hecho nada; y el Marqués de Grana, embajador de Alemania, sentido del siniestro suceso por la sangre que tenía española, y por lo que debía á la casa de Austria, no atándole el miedo la lengua, porque servía al César, y como la tenían los demas, dijo que era imposible, si no es que habia alguna traición; trayendo á la memoria los demas oficios que tenían al Rey casi sin corona: un ejército decia tan florido, y decia el embajador, como era soldado y habia peleado tantas veces en Alemania, que si él fuera su caudillo, no sólo ganara con él á Cataluña, pero llegara á Jerusalem; y con tan poca prudencia, que luego la

hambre le comenzó á destrozar y á desarmarle: parece que no se queria hacer nada con él, antes perdurable la guerra y los enemigos, para perpetuarse en el escudo: materia en mi sentir muy al revés de lo que otros piensan, tomándolo del Richelieu, que decían que la guerra le mantenía en la gracia del Rey y se conservaba en la privanza; la felicidad del estado conservará perpetuamente en buena gracia los Gobernadores, y al contrario si son malos los demolerá, y serán aborrecidos. Habia escrito una carta al Rey del estado del encuentro, que no quiero llamar batalla, y sabiendo lo que de él se murmuraba en Zaragoza y en Palacio, pareciéndole que habia salido floja, reforzó con ésta:

« Señor, los sucesos de las batallas no se saben de una vez; el mio es mucho mejor de lo que se ha entendido; reducese á que se peleó con gradísimo coraje: el enemigo tenía sitio aventajadísimo, eminente, y con todas las circunstancias con que la naturaleza le pudo hacer frente; ganamos la artillería y los puestos se dificultaron ganándose y perdiéndose; en fin, á las nueve de la noche, se partió nuestro ejército á Torres de Segre, por la suma falta de agua, y el de el enemigo al mismo tiempo, y otro se retiró la vuelta de Balaguer, y esta noticia la tuve hoy: el ejército del enemigo fué sumamente destrizado, con mucha mayor pérdida, sin comparación, en calidad y cantidad; murieron Mos de la Roche ó Baratan, hombre muy principal y General de la caballería, y murió tambien Mos de Tarrelles, Mariscal de campo, y otros dos cabos principales, y gran número de capitanes; y en Lérida dicen ha entrado muchísimo número de muertos en carros: de nuestra gente han muerto el baron de Rochar y D. Alonso de Lemois, hasta aquí herido de muerte, y dicen está herido el marqués de Viana, y algun número de capitanes: la artillería nuestra hizo milagros, y dice el autor, que daré abajo, que tambien la caballería de las Órdenes y la infantería, y que toda la salud de franceses fué la suma ventaja del sitio: en la caballería de las Órdenes se entiende que peleó muy bien la del conde de Mon-

terrey, y así ha padecido más; nuestra gente está tan fatigada, por que marchó desde anteanoche y ayer todo el día peleó. La carta que fué esta mañana, confieso que la envié muy contra mi voluntad, porque el secretario la ordenó mal; pero no me atrevia á no enviarla. Estas noticias me ha dado Mos de San German, que viene á enterrar á Rochar, y otras personas de juicio que hablan de vista; el puesto de la artillería nosotros le dejamos, y así se hallan con alguna agua y algun bizcocho que estaba en Escarpe; se detiene el ejército para volver otra vez á pelear. Las noticias del estado del enemigo se tienen de un sobrino de San Tome, que prendió su tío, que dicen anduvo muy bien, y de prisioneros que se han vuelto al ejército.»

Todo esto, se referian muchos que era pintado ántes; que la vista de ejército tan ilustre, ordenado en las campañas de Lérida causaba admiración, así la infantería como la caballería; y que estando Torrecusa en el puente de la ciudad, le dijo á Mortara que embistiesen, y respondió que no tenía órden; y que viendo Mortara esta renúscion, receloso de perderla, se avanzó por todo el ejército á tomar puesto para defenderle, en una eminencia, sobre los arrabales, y que el marqués de Leganes, echó 300 caballos de los montados de las Órdenes, diciendo: «veamos estos bravos cómo pelean.» Y haciéndolo con singular valor, embistiéndolos, comenzó á cortar el enemigo y á degollar á la vista de Mortara, sin socorrerlos, metiéndose todo á gran confusion y ruina, de suerte que unas compañías nuestras, con otras de las mismas, sobreviniendo la noche, se embestian y se hicieron pedazos: de forma que á Mos de la Mota, con un ejército inferior y amedrentado, el gobierno fué tan flaco que le hicieron valiente, alentado á ocupar puesto tan preeminente, defender á Lérida y quedar todos descalabrados; pues no era disculpa decir que no se llevaban refrescos debiéndolo hacer. Perdióse la honra de la nación y la reputacion de España, porque no habiéndose hecho nada, el ejército comenzó á padecer hambre, y á deshacerse, buscando en los otros lugares sustento, y venian

procurando más alojamientos que el guerrear; venian por los caminos, así infantes como caballos, helados de la hambre, sin calor y sin fuerzas. cayéndose muertos por los caminos, y los que pudieron llegar á Zaragoza, en solos huesos y el pellejo, caian en los hospitales, y de allí, gastadas las mismas entrañas, sin poder tener el espíritu, daban en la sepultura, con asombro y admiracion de los reinos, del de Aragon, que deseaba ver acabada aquella guerra y puesta en freno y en coyundas la soborbia Cataluña y su rebelion, con tan lucido ejército y campo, que en breves horas deshizo la hambre, la necesidad, por la imprudencia y falta de gobierno: 4.000 castellanos cayeron al pié de este achaque, saliendo sólo aquellos que se hallaron con fuerzas y caudal. Libróse Lérida y Cataluña salió de cuidado, y los de Barcelona, que pensaron ser acabados, y dióse gloria, que no pensaron alcanzar á los franceses. El ejército se hallaba ya consumido, deshecho y sin fuerzas, más para buscar reparos que para otra cosa, y dejar algo al resguardo de Aragon, de Tarragona y Tortosa y lo demas de aquel Principado; finalmente, todo aquel ruido se desapareció, tantos instrumentos marciales, tantos caballos, tantos infantes, que parece se habian de beber el mundo, y que hicieron á un Rey orgulloso volver á su casa, sabiéndose que se habian huido otros tantos: este fin tuvo aquel ejército y aquella armada, de que ya no se decia que hubiese un bajel en la mar, porque ya el Noviembre y sus inclemencias estaban muy á las puertas. La suspenzion era grande de todos los señores que se hallaban en Zaragoza, y en todo el mundo; en la Corte de Castilla, no acababan con tantos trabajos de invocar el auxilio del Cielo: la congoja de la Reina y de los más fieles no tenia comparacion con otra desdicha, y si la melancolía y estado de las cosas, y pérdidas de plazas, habian traído al Rey melancólico por todo el camino, ahora con ésta, y con un mal logro tan grande, le comenzó á cargar profundamente, macilento el rostro, caída la cabeza y con suspiros secretos, callaba sin oírsele palabra de consolacion, todo el cuarto mudo y metido

en congoja y suspension; se hacia gran reparo en su salud, y de aquí en discurrir el estado dichosísimo en que sus padres y abuelos dejaron tantos reinos, tantas coronas, tantas provincias, orientales y occidentales, todas en paz y en tranquilidad admirables, enriquecidas y en vasallos tan bien reputados y con tanta gloria, con envidia de todos los Príncipes que abraza toda la circunferencia de la tierra, y aquellos ministros maravillosos en prudencia, que se las conservaron, se las dejaron ricas (y si no véanse los tesoros y millones, que le han dado, y se los han gastado). Corría la melancolía y la suspension con el discurso, que le tenía bueno, y decía que habia perdido lo mejor del País-Bajo, que le dejó acrecentado, hasta más allá del Rin su gran padre, y no habia podido conservar lo ganado, y que los franceses habian hecho pié allí, que el Emperador y el Rey D. Felipe II no se lo consintieron; que habia perdido con tributos y guerras el Principado de Cataluña, y por la misma razon negádole la obediencia del Reino de Portugal; las Islas Terceras, que le dejó su abuelo, el Brasil y la plaza de África, y de Oriente; triunfando en su tiempo la nación francesa, perdida la reputacion y ajada la gloria española; hundidos los vasallos y consumidos con inmensas gabelas, resfriados en el amor, en la fe y en la obediencia; que aquellos á quien habia fiado el manejo y el gobierno de los negocios, si bien se afanaban y hacian ostentacion de trabajar, no parecia que asistian á ellos, y que los que afectaban servicios y servile, no era más que en las palabras, sin ver las obras, y que eran dueños de todo lo mejor y más precioso de la Monarquía, atentos á buscarlas y poseerlas, más á las medras que á las necesidades del Reino, que ellos eran Reyes y él no más que una sombra: ¡cuán bajo y descaecido estaba todo el lustro y el ornato que le dejaron sus mayores, el de los Reinos, su córte y Palacio!

Pero el culpado en todas estas materias, en las horas privadas, pretendia sustentar, dar sus disculpas y satisfacer, de que acá fuera se oían voces y suspiros de corazon apretado, y áun al Rey le oían exceder del ordinario modo de

hablar, aunque parece se quejaba del mal estado que tenía, esto, no una vez, sino es muchas, con que escribieron, digo el Valido, al marqués de Leganes, procurase para tapar el yerro y el escándalo que corría por el mundo que fuese algo ántes que el tiempo totalmente se acabase de cerrar. Paró esto todo en hazañería y en ochar culpas á los soldados y á los que no la tenían, como les era de ordinario, y que su descuido le pagasen otros, y que el engaño pasase adelante: quitó catorce capitanes de caballos, ó hizo otras demostraciones, y publicó querer ir á Almenara, lugar de poca importancia, y á Balaguer, vendiendo, que si el enemigo se lo quisiese estorbar, darle batalla, como si tuviera con qué, y decía, que con esto quedaba cortado y se venia por mejor terreno á Lérida. Pero todo era dibujo y entretenimiento, porque todos, unos y otros, se ballaban destituidos de poder obrar nada; porque el cielo con las aguas y otras inclinaciones impedía estar en el campo, con que la guerra se acabó por este año con gran mengua del honor y del decoro.

El marqués de Torrecusa, sentido de que no se hubiese procedido como se debía, que no se habia peleado ni dejado pelear, abandonó el servicio del Rey y la gente de su cargo, y se fué á Zaragoza, donde dicen que en audiencia pública habló al Rey con claridad; diciéndole que abriese los ojos y volviese sobre sí, que lo habia menester, y que se le hiciese la merced que se le habia ofrecido por sus señalados servicios, de cubrirle, porque si no habia ido á socorrer á Perpiñan, no habia estado en su mano; que él ya estuvo pronto para hacerlo, sino del que no le dió el ejército que se le ofreció. Halláronse muchas razones para honrarle, y cubrirle: pero el Ministro, herido de semejantes sucesos, se quejaba á sus confidentes y criados, y luego asestaba la artillería al cuarto del Rey, y néciamente queria que de allí le viniese el daño y que hablaban al Rey; enviaba sus espías y venturas, que llevaban y traíanle tan llagado de esta pasion; y deseando remediarle, el conde de Peñaranda, del Consejo de Cámara y de Castilla, le dijo, que mientras no diese mano á

los obispos no tendría sosiego y su corazón no tendría reposo.

Las armadas de Italia surtidas en los puertos, viendo acabadas todas las cosas, y que el tiempo estaba muy adelante y la mar embravecida, pidieron licencia para volverse, y dióronsele á Juan Carlos, Príncipe de la mar, no queriendo volverse sin besar la mano al Rey y verle, dando intencion de ello, y permitiéndole S. M. las cartas que para esto se enviaron, dicen, que los Secretarios las pervirtieron con equívocos; finalmente, dicen, que en una leyó que el Rey se había partido ya para Castilla, con que se volvió á las galeras, y que queriendo enmendarlo, él se disculpó y se fué: á la verdad, las cortesías que se habían de hacer con él no le contentaron. D. Pedro de Médicis, hermano de Francisco, gran duque de Florencia, hijo de Cosme, en tiempo del Rey D. Felipe II, no hacía más deidad en Castilla que la persona de un grande; mas esta casa está ya tan soberbia con los casamientos de Francia y Alemania, que los quería mayores y no se contentaría con los que se hicieron al duque de Módena. Pero el Rey, como Príncipe prudente y dotado de gallarda de ánimo y de gran corazón, aunque rodeado de trabajos y de aflicciones, se alentó y esforzó, y remitiendo todo á disimulación y silencio, resolvió de entrar en la camienda y de mudar el gobierno á mejor forma; de enidar de sí, del Reino y de los vasallos, y dejando lo de Cataluña y la frontera de Aragón, siendo ya pasado todo el mes de Noviembre, publicó el partir á Castilla á ejecutar cuanto tenía pensado; á hacer levar de gente para el año que ya estaba para entrar en el mundo: con lo cual la ciudad de Zaragoza y sus ministros lo propusieron y suplicaron no los desamparase, ántes que los mantuviese con su presencia, que con eso se conservaría todo, y que de otra manera el Reino caería en gran desconsuelo, los pocos soldados que habían quedado se irían, quedarían expuestos en manos de franceses y que ellos no tenían fuerzas para defenderse. Y es que todos guardaban el dinero, se querían estar en sus casas, sin haber quien tomase una pica, sin querer descender á su misma causa, temiéndose que á la

menor demostracion del Mota, ó en Barbastro ó en Zaragoza, á su vista, ó algo mas lejos, se inclinarian á tomar partido y aún se entregarian y quedaria Castilla por dos partes, por la de Portugal y de Aragón, asediada y puesta en el último trance y conflicto. Estaban bien hallados con la venida del Rey, por los gastos de su casa y de los cortesanos, porque vendian sus mantenimientos; y así como entró el Rey se subió todo y se quedaba el dinero entre ellos: estaban, por otra parte, alegres con las conductas del dinero, que venian de Castilla y los millones para las pagas de los soldados, que así mismo se habían de quedar entre ellos; poniendo la mira á quedar ricos, como lo están los enemigos y fronterizos de Flandes y Milan, con los tesoros que han llevado para las guerras; Desdichado pedido! en Aragón, en Valencia, en Cataluña de 120.000 ducados á cada Reino, no surtieron más que los dos efectos, y sin pagar el Principado, ha costado aquella diferencia al Reino de Castilla millones de consideracion. Tanto debe el juicio humano, ántes de emprender novedades, discurrir el fin, y si ha de ser contrario, suspender el brío y el coraje, y templarse en el agravio y en las palabras. Respondió el Rey, que no podía dejar de volver á Castilla por las mismas causas y á prevenir las necesidades, y á levantar gente para concluir la guerra y pacificarlo todo; que volvería el año que viene á consolarlos, y que por ningun caso los desampararía: y partió á 4.º de Diciembre de este año, y partió aquella fiera de la quietud humana, preñada como tempestad de granizo y de rayos, así de tributos sobre la pobre Castilla, y que la falta de gobierno lo pagasen los vasallos, esprimiendo en ellos las iras y pasiones que traía; y habiéndoles dejado sin cobre, los quería dejar sin plata, para superarlo todo, resolverlo en ceniza con un donativo, un empréstito, toda la plata, y de las Iglesias, á 7 por 100 sobre las casas, los censos, las costas de los montes y pescas. ¿Dónde se podrían hallar tan grandes torrentes y avenidas de trabajos, y qué cerros de Potosí podrían suplir tanto, sin ver que no se trata de otra cosa sino de arruinar? Llegó el Rey por sus jornadas á Madrid, con ca-

minos y tiempo asperísimo, siguiéndole todos los señores: salió la Reina á recibirle al Retiro, donde descendieron y fueron á dormir á Palacio. Cada uno habló en puridad; la Reina con el Rey del mal fin de la jornada, y que la había tenido muy triste su melancolía, que los trabajos eran muchos y pedían remedio con brevedad: el Ministro habló con la Condesa del estado de sus cosas, de los encuentros de la jornada, de la visita del Rey, de la princesa de Mantua, de los debates secretos, del progreso desastrado de la batalla, y luego pasó á quejarse de su colina queja del cuarto del Rey. Decía que no tenía allí hombre, que todos eran sus enemigos (y hacíalos él, no queriendo que se les hiciesen mercedes, ni darles parte en los bienes de la Monarquía), y proseguía que su hijo trataba más de sus entrenimientos sin asistir allí, ni darle parte de lo que pasaba: que de D. Luis de Haro no quería saber nada; y él estaba retirado más por el disfavor del Rey que por achaques: que temía que Tenorio, un criado suyo, que había hecho Ayuda de cámara y Guarda-ropa, que se había encargado de todo esto y le inclinaba la cabeza de semejantes vagatelas para sacar cada día una merced, porque no se daban por otra cosa, se había entregado á la comodidad de su casa, y á estar bien sustentado con la sobra de dinero; que dándole á otros muy limitado, á él á manos llenas. Yo á esta hora, por mis achaques, que traje de la jornada, no había ido á Palacio. Ofreciose la Condesa de remediarlo todo, poniendo los ojos en cierta niñería y de componer al Rey con él: hablándole á las horas que iba á ver á sus hijos, del Conde, decíale muchas cosas de sus servicios, desvelo y fatiga, y que iba disponiendo las materias para el año siguiente, en que no faltarian á su Majestad dineros y soldados; que los yerros ajenos y ausentes, no los podía él remediar. El Rey, como discreto, callaba y concedía con todo, premeditando la hora de su libertad, cuando de repente se entró por su casa una novedad, que fué haber un criado suyo, que había hecho Ayuda de cámara, le calzó la Secretaría del Registro de mercedes inventada en ese tiempo, de más ruido que sustancia: habiendo entendido así dijo: «esto

hombre viene desconfiado.» y fué verdad, porque la Condesa, que fundaba también entre sus chismes, cargó la confianza; porque yéndose despues á Palacio, le ví que no se quitaba de allí de día ni de noche, ni dejaba al Rey un instante, porque se lo pagaron; y quien se fiaba de fundamentos tan flacos, muy claro está de entender que se quería caer la casa. Su- bieron los reales de á 8 á 10 pensando saldar la quiebra que ya se hacía sentir en el comercio; y para saber si por este camino salía fuera la plata, y era ir todo dando de ojos y de cabeza: ninguno pagaba; ni se hallaba un maravedí para la comun sustentación; y la corte de un Rey de España toda perecía, y estaba consignado el otro á rematarla, consolado con el remedio que le había dado su mujer. Venían cartas de todo lo sucedido este año al Rey y á la corte de Alemania, del Emperador y de la Emperatriz, de los fidelísimos hombres y vasallos de Flandes, de España y de Italia, de religiosos y religiosos, en que ponderaban y se condolían del miserable estado que todo tenía, del desbarate del ejército por falta de prudencia y administración, y lo peor de todo, que se dijese que un ejército tan grande y tan florido, juntado de todo lo mejor del la Monarquía, que podía no solo vencer muchas provincias, juntado con tanto afán y trabajo y tanto dinero, no tuviese órden de pelear: apretábale al remedio de sí y de todo, y que de no hacerlo el año que viene, no dejaría al Príncipe una almena. Decíanle estas y otras inmensas cosas; hablábale el Emperador, del César, á la oreja, y de su parte, por aquella seguridad que pende y ha perdido de ésta: con que la materia se iba disponiendo, y Dios obraba en el corazón del Rey.

La princesa de Mantua, con mucho secreto y sin que nadie lo entendiese, dejó á Ocaña, y, con lo preciso, muy á deshora de la noche, se entró por el cuarto del Ministro diciendo se venía á guarecer de la propiedad del Rey y de su Palacio, que se moría de hambre. Quedó el hombre sobresalido de esta aparición como de las demas, porque ya todas le espantaban, y lleváronla á la casa del Tesoro, porque la



otra todavía se hacia rebelde en Carabanchel de Abajo; que hay más que hacer con estos de la Casa de Saboya que con todo el mundo, no siendo de más utilidad en Italia que de revolución: y recelándose de que el Príncipe Tomás habia de entrar con armas en el estado de Milan, dejó el Rey en el virreinato de Aragon al cardenal Tiburcio; en Navarra al conde de Oropesa, y en Valencia al duque de Arcos. Fué la Princesa á otro día á besar la mano del Rey y á la Reina, y habiendo con su Majestad, referia el estado y la fortuna que habia corrido en España, y que habia llevado de más buena gana que la enviasen á Portugal, por el deseo que tenia y ardia en su corazón de servir á su Majestad, (y en horas secretas y privadas referia á la Reina lo que habia servido en aquel Reino, y avisado de sus riesgos); y pasaba adelante, que tambien habia estimado que la pusiesen en Mérida, para gobernar aquel ejército, que habia representado su insuficiencia y llevado con buen semblante que la trajesen á Ocaña, mas no que la matasen de hambre; que qué tenia ella que no podia estar en Palacio, ó que la llevasen á las Descalzas; mas ella queria más lo primero, porque no la contentó el hospedaje y estaba escarmentada de la reclusion que la hicieron pasar en Lisboa. Hablábase de esto y de otras muchas cosas; con que la fortuna de los Poderosos estaba para correr ruina, y andaba el Ministro de este suceso por todo Palacio, y á todos aquellos que les van á hacer oracion diciendo: que no le habia dejado dormir aquella noche la Princesa: (tales eran los cuidados que le molestaban).

Murió el cardenal de Richelieu, privado de Luis XIII, rey de Francia, á 40 de Diciembre de este año que vamos concluyendo, de enfermedad del cáncer que le acabó el corazón, y tuvo fin uno de los grandes azotes que ha tenido la Iglesia, por las guerras que ocasionó y los templos y casas de oracion que con ellas se deshicieron y quemó la herejía, de que fué gran protector; de suerte, que no parece sino que sólo le faltaba á Jesucristo este Cardenal entre los muchos que le hicieron los enemigos de su gloria: murió la ruina de Europa por los luga-

res y provincias que se destruyeron, y las gentes que perecieron á hierro, á fuego y á sangre: enemigo mortal de la naturaleza humana; pero el mejor criado que ha tenido el Rey y el mejor vasallo de la Francia, pues nunca ellos tuvieron honra sino en su tiempo, y ninguno se la dió mayor á su Príncipe ni se la solicitó; grande amador de la justicia, y así la hizo en muchos de ellos; sabia refrenar y poner en concordia los tumultos y las sediciones de los súbditos, y ninguno sabia levantar y disponer mejor los ejércitos y conducirlos á sus verdaderos puestos, ni encaminarlos mejor ni más á tiempo; ninguno entendió tan bien la diversion de los contrarios, tomárselos por pasos: los de la Valdelina y de Grisones lo saben bien, para no dejar bajar gentes á Milan; los de Barcelona y Génova para aquel Estado; los de la Coruña para Flandes por mar, y de la misma manera los del Mediterráneo con armadas, y lo mismo desde el País-Bajo para Alemania y la Borgoña, con protestantes y sucesos, con ejércitos y auxiliares: así que toda la Europa estuvo en su mano; de suerte, que para enviar un ejército á la casa de cualquiera vecino nunca halló dificultad, si bien perdió algunos bien grandes; estaba en su mano entrarse en la de cualquiera Príncipe y Potentado, y molestarle y constreñirle á su confederacion; gastaba muchas sumas de oro y plata en espías, con que era dueño de lo más secreto y sabia los atentados y resoluciones de los Príncipes forasteros. Dicen que dejó grandes tesoros y dignidades: muchos al Rey y muchos á sus parientes. Yo escribí en uno de mis libros, (que no he vuelto sobre él por falta de salud), que era hijo de un notario de Roma, y natural de aquella ciudad; seguí en esto á un autor tenido por de buen ingenio y algunas letras, y creí que era más diligente. Despues supo de un caballero, hijo de cierto Embajador, que era francés, hijo de un notario de Paris, Capellan y Limosnero mayor de Maria de Médicis, Reina madre de Francia, criado en los papeles de Mos de la Grasa, Secretario mañoso y de ingenio, donde aprendió el veneno y la política que derramó por el mundo; que fué Valido de la Reina, y como aspiró al

Capelo, y desde allí lo fué del Rey; despertándose controversias entre madre é hijo, que nunca se compusieron: no quiero pasar en esto más adelante. Otros dicen que tomó algo de las materias de Estado de Antonio Perez, el tiempo que peregrinó en aquel Reino y en aquella corte; pero otro de mayor noticia, que fué fray José de Paris, capuchino, de quien tambien he dicho que era su hermano, no siendo así, quedará emmendado mientras se corrige la otra parte, ó quedarán ambas opiniones para escoger la más verdadera; que en tanta variedad de papeles, noticias y relaciones, no es mucho tropezar en algun achaque de los más diligentes y que han caído en semejantes riesgos.

Dió el Rey el cargo de los negocios, del manejo del Gobierno y de la guerra á el cardenal Mazarini, de nacion siciliano, de otro tanto natural inquieto como el otro, pero no de tanto ingenio ni de tantas partes. A esta hora nuestros Ministros, alojada la gente de Cataluña, y el marqués de Leganés metido la tierra adentro del reino de Aragon, en un lugar cerca de Zaragoza, olvidadas las cosas pasadas, gozaban de la felicidad del puesto y del estado, y nos referian que estaban muy contentos por las Pascuas. Vcamos lo que de esto nos dice el mes de Enero de 643. Y en esta estimacion corrian todas las cosas, y las pérdidas no hacian más brecha en los corazones, estando un Rey y todo un pueblo afligido, esperando no más bienaventuranza que pedidos sin consideracion, alcanzando unas penas á otras, los dolores unos á otros; pero la mina caminaba fraguada en el sustento Real, para derribar los baluartes que nos servian más de ocupar la pompa y hacer ostentacion de vanidad, rccayendo todo allí, y el cuarto del Rey en perpetua soledad y desconsuelo, sin otra mehra ni beneficio que servir. Y con este dictámen proseguian los súbditos esperando que algun dia Dios se doliera de los suyos, y enviaria el alivio á los trabajadores no pudiendo acabar de entender que tantos males viniesen de una sola cabeza, cuya disposicion era de espanto á todos los hombres, y de llaga á los vasallos y aficionados al Príncipe,

por sus maravillas, virtudes y grandeza de ánimo, cuyo consejo y mudanza de estado andaba ya rondando la razon y la prudencia; porque el tiempo y las causas lo pedian, que no es fácil de presto y luego saber alargar un criado, y más si ha hecho confianza de él. Muchos Principes, en semejantes casos se hallaron rodeados de semejantes inconvenientes, y si bien tomaron resolucion, buscaron arte y lo encomendaron al tiempo, por haberlo alargado por salir bien de ello.

## LIBRO UNDÉCIMO.

---

### ARGUMENTO.

El conde de Olivares deja el gobierno de España y de las demas Coronas y el manejo de los negocios, y se retira, y el Rey le toma sobre sí y sobre Ministros de confianza; pero no por esto cesan los tributos, cuando el pueblo pensó que so acabarían. Encárgase la guerra de Cataluña á D. Felipe de Silva, y dase licencia de venir al marqués de Leganés, y es detenido en Ocaña con orden expresa de no pasar de allí. El Príncipe Tomás muda de partido y entra con armas por el estado de Milan. Toma á Tortona y vuélvela á recuperar el Gobernador. Refuézase de nuevo la guerra de Flandres por los franceses, y muere el Rey, y piden á los catalanes que juren al heredero, y suspéndense, y sin embargo acaban de echar fuera del Principado á los Prelados que lo denegaron. D. Francisco de Melo es roto. Los Príncipes de Italia se arman contra el Papa, y los enemigos ponen sitio á Tiunvila en el ducado de Luxemburg. La lealtad de Zaragoza envió un Diputado avisando que Mos de la Mota quiere entrar por Aragon. Piérdese Tiunvila, y los turcos levantan el sitio de Orán. El

portugués se deja ver junto á Badajoz con 12.000 infantes y 2.000 caballos, y no hace nada. El ejército de Aragón entra por Cataluña, da vista á Lérida y á otros lugares, rompe y degüella alguna caballería francesa, y vuelve á poner sitio á Monzon y Tórnate, y el Rey vuelve á Castilla, y todo esto en el año de 1613.

Aunque todas las cosas estaban revueltas, ó parte del remedio de ellas, en el ánimo y corazon del Rey, porque todas no podían ser, que el engaño había sido tan largo que mejoró las que pudo y las demas remitió al tiempo, al trabajo y estudio á que sus fuerzas estaban resueltas; finalmente, obró las más importantes, y escribió un papel al Conde-duque de Olivares en que le dijo: «Muchas veces me habeis pedido licencia para retiraros, y no he venido en dárosela, y ahora os la doy para que lo bagais luego adonde os pareciere, para que miréis por vuestra salud y por vuestro sosiego.» Esta era en su mala circunstancia del papel cuando llegó á sus manos; bien claro está de entender el tiro que haría en su corazon, viendo precipitarse de tan alta esfera. Calló por entónces, y no habló palabra, y disimuló con la Condesa, y solo la dijo tenia necesidad por algunos dias de tomar reposo en Loeches, porque se hallaba cansado y á su salud le importaba. Ella quiso resistir; mas como él era acérrimo en sus resoluciones, calló, obedeció, y partió allá; él volvió otro dia por la mañana, como todos los dias lo hacia, á hablar á su Majestad en secreto, puso las rodillas en el suelo, y calló por un rato, y el Rey hizo lo mismo; mas prorumpió descargándose de sus calumnias, y diciendo cuánto había deseado servir y trabajar, y que confesaba el no haberse lucido, y que su Majestad tenia

razon, y sin embargo propuso á la obediencia. El Rey no le respondió nada por entónces, con que se salió y se fué á su cuarto, y aunque esta oracion, como primera, tuvo esta resignacion, en las demas procuró resistirse y detenerse, poniendo algunas causas y pidiendo tiempo, á que era respondido que se fuese luego. Persona que se halló en Loeches, y que lo vió por vista de ojos, dice que sabiendo la Condesa de visitar las monjas, y sentándose á la mesa para comer, á la misma hora llegó un papel del Conde, en que le daba cuenta de todo y le decia la determinacion del Rey; y afirma ésto, que no solo los colores de la cara, pero los que se ponía, que eran muy grandes, como se usa en Palacio, todos se le perdieron, sin quedarle ninguno, y que pareció difunto; que dejó la mesa, y sin comer bocado pidió el coche para ir á Madrid, y que en el camino topó á D. Enrique, que apenas le había durado un año la fortuna, y allí el periodo hizo punto, y como le vió y su mujer que venian atormentados de la nueva, volvieron á Palacio. Y dejándose correr el negocio por la corte, no se puede crear la admiracion pública y alegría que causó; todas las pesadumbres que hasta allí había dado se recompensaron en gusto por las calles y por las casas; no había otra cosa sino regocijo y desabogar los corazones que habían estado oprimos y en cadena tanto tiempo; los agravados se daban el parabien unos á otros; mayor ni mejor dia, ni más dichoso no lo hubo para Madrid ni para la Monarquía: los Grandes fueron todos á Palacio, asistian en sus escuadras, y acompañaban al Rey en su capilla diciendo que ya le tenían, y es posible que sea, visto esto, la causa más eficiente: querían que fuese la Reina, la Princesa de Mantua, el embajador de Alemania por el Emperador y la Emperatriz; pero qué más, que ver el miserable estado de las cosas. La Capilla real tenia diferente aplauso y autoridad por la asistencia de los Grandes y de otras personas ilustres, no habiendo ántes quien acompañase al Rey, haciéndose esfuerzos para esto, pareciéndoles que no le tenían y que todo era de la carne y sangre, y que estos no le asistian ni entraban en su cuarto, ni se acordaban

que hubiese Rey, sino siempre al lado de la vanidad, y al calor del valimiento, de las madras y de las mejoras, ¿á qué más no mudaría esto, y á qué Rey no le abrirá y ensanchará el corazón, viéndose asistir y rodear de sus vasallos? Los hombres estaban locos de contento, y como habían estado rodeados tanto tiempo de artificios, machinas é ilusiones, decían si era para sacar más plata, y que con esta resolución dichosa los vasallos diesen á su Rey las enirañas y cuanto tenían, porque ya estaban amenazados, ó si no quería hallarse en esta obra temiendo alguna desolacion desesperada, ó si era para castigar al duque de Medinaceli, y que no dijese que él por emulacion habia destruido aquella casa, y que todo era ruido, hechizo por algun breve tiempo, ó término limitado. Decían estas y otras muchas cosas discurridas y livianamente vagas, y todo se podia temer y recoilar: otros, que quería sacar el cuerpo para oír sus calumnias, y satisfacer á ellas en este juicio ántes que en el otro, y salvarse; pero esto no ha de ser ahora. La Condesa no pisaba tierra; las mujeres de Palacio se le habían vuelto, mostraban ceño, huían de ella; en lo que se ofrecia respondian con libertad, porque como él tenia opresso el cuarto del Rey, así ella el de la Reina. Llamó al Retiro á D. Luis de Haro, donde dicen que fueron largas dos horas las que estuvieron hablando: juzgo yo que le diria que ya podia estar contento y mandar á su albedrío en Palacio, y tener por suya la gracia del Rey, que ahora le aconsejaba que lo biciese, no le faltase punto, se introdujese más vivamente á la conversacion, y procurase con destreza saber lo que tenia, y si habia quejas en contra para salvarlo todo, y que de todo le avisase: que le dejaba encargadas sus espaldas y su persona; que ya que él no le habia sido buen tío, pero no el peor del mundo, él fuese buen sobrino; que se acordase de que lo que tenia él y su padre se lo habia dado él, sacados del Carpio y puéstolos en lo mejor de Palacio con oficios muy precinientos: que procurase sacarle algun tiempo para su detencion, sobre que podria recaer en alguna mejora y enmienda, y volver á enderezar las cosas; que no le esta-

rian mal á sí ni á su casa; que se acordase de su hijo, por la mujer que tenia, y por el Condestable. Esto debió de ser lo que á mi parecer se debió de hablar, que en cosas que no se oyeron es menester discurrir alucinando, y pisar con piés de lana: con que entendida la traza por la Condesa, por los parientes, no todos, que alguno, el más pequeño, que queria pelear por sí, por el Protonotario Villanueva, á quien temblaba el copete, por el secretario Carnero que decia se contentaria con que le dejasen, y por la demas familia, confidentes y criados, lo que ántes era horror y blasfemia, ya era cariño y aplauso. Todos acudían á él y le buscaban, y ya todo le querian sacar con aquella mano. No desfalleció él, ántes dió en acudir, sin apartarse un punto, por hacer algun bien al tío, y apretó la conversacion y las instancias con el Rey: y si bien él lo oía todo, no estaba de parecer de una hora de detencion, ni de dar á norder á ninguno un papel, ni una consulta: porfiando el Conde todavia en algunos dias, aunque muy pocos, no dejando la Condesa por allá de hacer las diligencias cuando el Rey pasaba á ver sus hijos. Sin embargo, muchos decian que era supuesto, y otros que no, sino muy verdadero: decia el pueblo y toda la nobleza, que á ninguno tocaba el gobierno y el poder aconsejarse con él, sino al conde de Oñate; con que aquel viejo se alentó y acudía á Palacio, siguiéndolo algunos Grandes. Pero el Rey no quiso hacer mudanza ni menear pieza hasta verle fuera, y publicaban sus criados que él decia que no se iba ahora, que tiempo habia para cuando se fuese. Fuese el Rey por dos dias á San Lorenzo el Real á desabogarse un poco en la cabeza, que desde que salió de Aranjuez no habia muerto una res, y con pretexto, dicen, cuando volviese no le hallasen allí. Volvió el Rey el dia segundo, y por el Camino de Castilla, salieron en grande hilera de coches, para que los topase con la parentela, el conde de Oñate, el duque del Infantado, y otros señores, y el duque de Híjar, que era el Capitan de la mocion; con que los criados pasaban espantados, y los ventores, malines y chismosos, que le habian echado á perder, no salian de Palacio; oyendo

y escuchando, deseando todos que nos dejaran, porque ya gastaban el tiempo en vano, y pocos deseaban de desembarazar su corazón, y Palacio no se limpiaba de Señores, Ministros y otras gentes, con el gusto de la novedad, y bañándose de contento en la fuente de la conversacion.

Sin embargo, no se habia ido, hallando en Palacio, quedando el Rey bien entendido de la accion de Oñate y de aquellos señores, que todos manifestaban estar agraviados, y le insinuaban que mudase de Consejo por lo bien que le estaba á él, al Gobierno, al reino y á los vasallos, que nunca se vieron en estado más calamitoso y digno de remedio. Pero en su cuarto, y en el de la Condesa, bramaba el mar y el bajel corría tormenta; los pensamientos y las imaginaciones del hecho y de lo procedido contra tantos, eran los huracanes más poderosos que le combatian: quanto se habia gozado de vanidad y de gloria, se pagaba con agonía y congoja: el mando ya no era nada, los puestos se desaparecian, los tesoros eran sombra, el comer y el sueño eran ninguno, en una parte y en otra, y en los dependientes, mejor se podía quejar de éste, que no del que le quitó la princesa Margarita de Mantua. Entretanto un día ó dos en pedir le dejasen hacer mercedes á sus criados, demás de las hechas, que la bondad de aquel corazón de todas maneras clementísimo, lo concedió; con que los criados comenzaron á hervir en pedidos y memoriales: Tenorio preguntaba por los Secretarios que habia allí, tan livianamente se lo calzan todo, y se pedian los oficios que ántes tuvieron hombres de calidad y de cuenta; dió á Carnero la Secretaría de gracias del Consejo de cámara de Castilla; á su cuñado una de las de Italia, y otra á Valero Diaz, gran tirano de los donativos, y por eso la de los Prioratos de San Juan, que tenia su cuñado de Carnero, á Pedro Lopez de Calo; pero el uno no aceptó porque estaba sobrado de dinero de los donativos, y al otro se le metieron á pleito despues: á los demás oficios en Palacio, rentas y otras ayudas de costa en la cámara y en otras partes, no dejándole que dar más que dos cosas que él las dió despues, el oficio de Aposentador

mayor de Palacio y la Alcaldía de Martos, que dió á los Ayudas de cámara, y á mí me alcanzaron 400 ducados de pensión en ella, procurando librar lo de Aposentador mayor de un Simon, mozo de cámara del Conde, que aspiraba á ella por ser ayuda; que fuó harto poderia librar de su poder, porque le quiso seguir en la adversa, porque en la próspera le habia valido la privanza más de 400.000 ducados en dádiva: y murmurábase de la otra era, de un hombre semejante á éste que tambien le habia valido. Finalmente, se llegó la hora de resolver la partida, porque le daban prisa; mas él no la declaró hasta el tiempo crudo, escogiendo la hora más ocupada, en que los hombres estaban comiendo y reposando en sus casas del trabajo comun y cotidiano de los oficios y de los negocios, sin tomar ni pedir ni un carruaje ni una mula, temiéndose que habian de salir á los caminos á matarle, y vengar allí las ofensas recibidas de lo que se le habia tomado y quitado; porque ya el miedo no era en sombra y en sospecha, y estaba ejecutando como prolijo verdugo de las fuerzas, en que al fin todo tiene descuento, castigos y desengaños, para que, aunque nos subamos á las nubes, si no hay saber, sonda y prudencia, creamos que hay abismo, profundidad y vajo, y que todo esto tiene este paradero. Finalmente salió, viérnes, 23 de Enero de este año que comenzamos á escribir de 1643, á la una y media del día, con solos dos mozos de cámara, con el conde de Grañal, primer caballero, á quien habia hecho Gentil-hombre de la Cámara por afecto de D. Enrique, y por caballerizo á Montes de Oca, á quien habia hecho ántes Ayuda de Cámara del Rey; habiendo tenido el mando absoluto de la Monarquía veintium años y medio y tres dias, no con poca admiracion mia en la observancia de tiempos y hombres de fortuna, que habia excedido en el valimiento, á la era pasada, al duque de Lerna, en solo el año y medio y los veintifres dias, pero en lo demás no; y este discurso parece que precedia su fin, pues se ajustó con él. Dicen que el miedo con que salió fué notable, y que no se atrevió á tomar el rumbo ordinario que solia correr para el Retiro, estando allí tan

puso el pecho y las manos á la labor, llamó á la torrecilla del despacho á los del Consejo de Estado, los más principales de todos, los cardenales Borja y Espinola, y conde de Oñate, el duque de Villahermosa, el conde de Monterey, el conde de Castrillo; esto era lo que no podia, en accion tan generosa y de corazon de Rey, tragar el pueblo, y así decian que era paliada, y con algun misterio intrínseco; el duque de Maqueda y Nájera, el conde de Chinchon, que ya le habian dejado venir á la corte, y otros que no refiero por indignos de tan supremo lugar, á quien la gracia hizo beneméritos, y con los secretarios Rozas y Villanueva, juntos allí todos, les dijo:

«Héos mandado llamar aquí, para decirlos el encendido deseo que tengo de tomar el gobierno sobre mis fuerzas, y trabajar en él perpétuamente; dar la sangre, y la vida y la sangre por los vasallos: que el Conde-duque de Olivares le habia servido muy bien, y habia acudido con grande entereza y satisfaccion á todo, incansablemente, y que por su falta de salud y para que la recobrase, él se habia querido retirar, le habia pedido licencia muchas veces y ahora se la habia dado; que no queria tener confidencio sino que él queria trabajar, que todos le ayudasen á ello y le diesen su consejo; que bien veia las necesidades del Reino y la de los vasallos, y las guerras que se habian contraido sin poder más, que entendiessen en todo y pensasen en ello y en el remedio, que para todo estaba pronto. Así por escrito como de palabra fueron respondiéndolo, por sus antigüedades aquellos Ministros, lo que en semejante caso se les ofreció, diciendo humildemente le besaban la mano á su Majestad por haberlos juntado allí, honrándoles y favoreciéndoles, y por el amor y ofertas tan encarecidas que habia declarado en favor del Reino y de los vasallos, y que harian con todo amor y desvelo lo que su Majestad los mandaba, y que tenian entendido muy bien el afecto infatigable con que habia servido el Conde. Unos apartaron más este punto, segun que habian recibido, particularmente los dos parientes, y otros aflojaron, encareciendo más que quisiese tomar el gobierno del Reino, que tantas vo-

cerca la calle de Alcalá, para Loeches, sino que echabas las cortinas y con el padre Pecha, su confesor, de la Compañía de Jesús, que poco habia le habia dejado, y el padre Aguado, Provincial, por la Red de San Luis y calle del Caballero de Gracia salió; creyendo hallar los hombres contra él en la otra parte. Y ántes de salir, aquella mañana, yendo á despedirse del Rey, atravesó la Condesa un papel para su detencion, á que vinieron desolados sus criados creyendo hallar auxilio; pero no hubo remedio, las piedras de la calle dicen no estuvieron seguras, que las tomaron los muchachos. ¡Qué diferente retirada vi yo, el día 4 de Octubre del año de 1618, en San Lorenzo el Real del Escorial, á las cuatro de la tarde, en las escaleras y jardines del bosquecillo, del duque de Lerma! Esperándole todos los señores y caballeros que se hallaban allí, y todos los criados de la Casa Real, sin esconderse ninguno, desde el mayor hasta el menor, muchos de ellos tristes y mudos con lágrimas en los ojos, allí se despedieron del Rey y le besaron la mano, y tomó su camino en cortinas abiertas y sin sobresalto, para hacer noche en Guadarrama, donde otro día muchos señores de Madrid, y Ministros, y sus hijos, se le ofrecieron al paso, despidiéndose de él con muchas caricias. A unos se les levantan contra sí las piedras de la calle, y á otros los esperan los hombres para arrojárselos y agradecerles los beneficios que recibieron de ellos; llamábale padre, y él que solicitaba las mercedes, el sustento, la honra y el acrecentamiento, no el que se la quitaba, y él no hallaba brazos que echases al cuello, como siempre lo hacia: á aquel le retiraron porque no habia hecho más en el progreso de aquel reinado, y á éste porque lo desbizo todo. Metiése en Loeches con tanto dolor y miedo, que no quiso que su mismo hijo lo viese, ni ninguno de sus confidentes ni criados, que todos andaban ya corridos y papando aire, ni tampoco de los señores de la corte; con prefacion de que no viniesen, temiéndose que en semejantes casos, y á las vueltas, no hubiese alguna conjuración Cesárcana. El Rey, luego que hubo ido,

ces daba de su necesidad y miseria, y tanto lo había menester: con que gastadas dos horas largas fenció el consejo y se acabó, y en consecuencia de esto, en los demas días llamó al conde de Oñate á solas, en la misma pieza, comunicándole su corazon, comunicándole el estado militar y político. De él recibia su consejo, enviábale papeles que habia pedido al Protonotario y Carnero, no sin caída de entrambos, pero sin hacer novedad hasta estar bien informado, obrando con la prudencia, cosa que el pueblo llevaba mal, porque queria que obrara el rigor y la justicia: volvian estos papeles respondidos; mas aquel viejo queria entrar en el despacho general de los negocios; mas al Rey no habia que tentarle en esta pretension. Seguianle algunos señores; paraban los coches á su puerta; cuando iba á Palacio le hacian obsequios, pero no sortia la esperanza, mas que de buen consejo: sin embargo, representó su sangre y sus servicios, y manifestó el haberle cubierto á él que estaba para espirar, y no á su casa; y el Rey se halló obligado á la satisfaccion, y lo hizo, habiéndolo concluido poco ántes la marquesa de Alcañices, para la casa de su marido por 3,000 ducados de renta, que ajustó sobre la casa para la viudez, porque muchas de las que se cubrieron se miró á la sucesion de padre é hijo, y, para lo demas, se denegó: pero descubrieron todos primogénitos y transversales. Llamó el Rey á Andrés de Rosas, Secretario de Estado, á su despacho, díjole como se queria servir de él, entregarle las consultas y despachos; informóse de muchas cosas, y él le dijo las que entendió. Dióle papeles y pidióle otros que hubo menester, pero la salud del hombre andaba muy arrastrada, con que no pudiendo resistir, en breves dias se despidió. A todo esto el Villanueva y el Carnero andaban mareados y sin pulsos, y alguna vez se oían con el Rey voces fuera de lo natural de aquel secreto: no sé si cada uno acomodaba su ropa, su dinero y sus joyas, que eran infinitas, temiendo algun desman. Escribia á los Consejos en la misma forma que oyó el de Estado, y sus criados, digo los del Conde, por no caer de su soberbia y vanidad, lo interpretaron de otra ma-

nera, diciendo que el Rey habia enviado en sus decretos á los Consejos muchas alabanzas del Conde, levantándole; que habia dicho que habia de volver por quitar el gusto al pueblo, y que volviese al mudo, si ya no es por templar el suyo en su ira. De mí puedo decir, que desde la primera hora que entró en el mando, se me cargó sobre el corazon hasta la última que se fué, en que sentí desahogarme, porque siempre, sin por qué, se me mostrara adverso, y limitó las mercedes. Con que el pueblo no arribaba á lo que pretendia acabar de verse libre, y los criados y confidentes se mantenian en sus primeros alientos; pero todo era vanidad, de que se ballaban quebrantados los corazones. Mandó hacer una junta para desahacer las demas, quitar oficios inventados, Secretarios, Fiscales y otros que llevaban muchas ayudas de costa, renta gruesa, y áun muchos de los Consejos por varios caminos de que le pareció exceso y fealdad, y no queria sino que las llevasen por uno; y así habian enriquecido muchos y labrado Palacios, fundado rentas y mayorazgos, en que tambien no se hallaban sosogados; resolviendo traer Prelados de fuera, rectos y puros amadores de la justicia y de la integridad, poco ántes consejeros, y no bien vistos por eso, y porque no lo engullian y lo votaban todo. Y para visitar el Consejo de Hacienda, y otros que pedian remedio por el exceso de muchos, y reparar en ellos dos cargos de un viejo, que pedian diferente estimacion, y la que tuvieron ántes, particularmente el uno, que se hizo para castigo de la infelicidad y de los vicios, como diré en su lugar; adjudicóse el Almirantazgo al Consejo de Guerra; los de sal, media annata y otras de este jaez al Consejo de Hacienda, y las demas á los Consejos como á naturales de ellos, en que mancaron muchos Secretarios, oficiales y otros que se veían andar sobre tablas de navios deshechos en tormentas. El uno Lázaro de Rios y otros, que los sabian los que se ballaron á la reformation, acudian mucho á Palacio, Ministros y señores, á diversas horas, y demás de la audiencia ordinaria ballaban al Rey en sus pretensiones y negocios: quién referia los servicios que habia hecho; quién



que no se le había premiado; quién refería sus agravios y satisfacía á las calumnias impuestas en los hechos y empresas que se había hallado, y acomuládoles los yerros y faltas de que no tenían culpa: los que no podían de palabra por escrito, y por estar impedidos en prisiones: el uno de estos era el duque de Maqueda y Najera, en lo tocante al cargo de Capitán general del mar Océano, y el no haber peleado con la armada francesa el año de 41. Dábanle muchos avisos, muchos papeles, que le abrían los ojos á entender en muchas cosas.

No se descuidaban los religiosos, como ni tampoco los predicadores, dándole la enhorabuena de la expulsión y del acuerdo tan prudente que había tomado; con que el Gobierno caminaba á velas llenas de aprobación. El conde de Castriello le hablaba de las cosas de la Hacienda, habiéndole encargado ántes de la nota aquel Consejo sobre el de Indias, para que no diese ni pagase un real á nadie, ni á la casa, por la insurrección de aquel rarísimo natural; con que la casa, la corte y el Reino, con no pagar y quitar, todo era hambre y desventura, y no enmendándose en esto, no había medio de hacer creer á los pueblos que había verdad en aquel hecho; habíansele quitado al licenciado de Camporredondo, que acudia muy bien á todo, y ahora, para que no lo hubiese, diciendo se había fiado de otro tanto, natural y condicion como el que se había acabado de ir, si era verdad que se había ido; decían que era la misma impiedad y tiranía, y probando de los cargos que había tenido, en que por su cabeza era tambien aficionado á tributos, y los echaba dos veces; quiso quitar el alivio de los coches, que áun esto no era permitido á la gente afligida, para robar á estos dueños, que le impidió el Consejo de Castilla con consultas muy puestas en razon, y el Rey, como tan piadoso, siguió el parecer del Consejo: quitóse lo que les daba á los portugueses ausentes y desposeídos, diciendo lo había menester para la guerra y paga de los soldados, que se fuesen á servir á la frontera, donde les darian sueldo; murieron algunos de afligidos y necesitados en la jornada pasada, como el conde de Ocastra y

otros, y que los Obispos detenidos pasasen al Reino y á sus iglesias; pero ellos hallaban dificultad en esto, no fuesen degollados del tirano, que áun no acababa de derramar sangre, así eclesiástica como seglar; sin embargo, admitió algunos. Pero el conde de Castriello, combatido de los que le pedían se les pagase, y de otros que le manifestaban sus necesidades, pidió le quitasen aquella Presidencia; y el Rey, viendo que no hacían buena cara dos, cuando quería repartirlas todas, y cada una tuviese Presidente y no Gobernador, como á la hora lo ejecutó con D. Juan Chumacero y Sotomayor, poniéndole en el de Castilla por Presidente y no por Gobernador. Diciéndole al Rey un Ayuda de cámara suyo, que había sido aplaudida la elección, y más que todo; él preguntó: ¿Y más que todo? Y el ayudado respondió: que es Presidente y no Gobernador. Porque ántes no había nada que no tuviese este acibar, para recato y miedo de los que lo tenían, en materia de despegarse con el Rey en las audiencias privadas del Ministro; azote que vibraba sobre todos, sobre Ministros y criados. Era D. Juan Chumacero del Consejo Real, y había doce años que, con capa de Embajador, había sido enviado á Roma y detenido allí; las causas no otras que, quizás, por buen Ministro y por buen consejero de su Príncipe; donde le hacían padecer necesidad, descuido y menoscabo en sus servicios y en sus letras, de que era tenido por gran jurisprudente; y del estar fuera de su casa, hacíanse diligencias con el Poderoso para su vuelta, y hallábanse no pocas resistencias, cargándole la culpa desta detención. Y ahora, habiendo venido á la corte con ánimo de no tratar de nada, aunque despues el Rey le hacia fuerza de que acudiese al Consejo, contentándose con la porción de la vida moderada y quieta, cierto descuido del Gobernador del Arzobispado de Toledo, que tambien tenia la Presidencia en gobierno, aunque resistia el Chumacero, el Rey mudó y se la dió en propiedad; y la de Hacienda á D. Francisco Antonio de Alarcon, del Consejo y Cámara de Castilla, persona de virtud y buenas partes. Labrábase moneda de diferentes piezas, para hacerla nueva,

unas de medio real y otras de á ménos, otras de á real y otras de real y medio con el rostro del Rey, que por el nombre que despues cobraron las hubiera yo vendido, que llamaban *carvillas*: pensaba el pueblo que esta moneda habia de ser de la plata del Rey, y era de la que le habian de pedir. Introduciasele y hablábale el conde de Monte-Rey, y cada uno presumia arribar al Trono, y así lo platicaban entre ellos, por que aun todavia no querian que le subiese D. Luis de Haro: hablábale, como dije, en materia de levas de gente de á pié y de á caballo que se iban levantando, aunque pocos, para lo que se habia de hacer este año en Cataluña; pretendiendo sacar de aquí, sobre la Presidencia de Italia, el oficio de Mayordomo mayor de Palacio. Respondiale el Rey con palabras generales, no queriendo dárselo, hasta que despues de verse apretado, y queriendo deshacerle de la pretension, le dijo: «¿Qué satisfacción queréis vos que dé yo al conde de Barajas, que hace el oficio de Mayordomo mayor, por más antiguo Mayordomo de mi casa, y que ha que me sirve y ha servido en Palacio cincuenta años? Y cuanto me la hayais dado y yo se la pueda dar á él, entónces os lo daré; mas si vos no la podéis dar ni yo se la puedo dar á él ¿por qué queréis que os dé el oficio, y que al conde de Barajas, que no le tiene en posesion, sino que hace el oficio como más antiguo, le agravie á él dándole á vos, Conde?» De allí delante procedió con más tiento en la pretension. Quedó el oficio de Sumillers de Corps, por la ausencia del Conde, sobre D. Fernando de Borja, como Gentilhombre de la Cámara más antiguo; con que llegando á Nápoles la nueva de la retirada de su suegro del Príncipe de Astillano, entró en pensamiento de volver á ella, hizo diligencias con sus cartas para ello, y quién decia que le movian los de la faccion, pero no D. Luis de Haro, por apearse á D. Fernando de Borja, (esto se dirá con más claridad en el fin de este libro) porque ya se consideraba que el Príncipe de Astillano habia seis años que estaba en aquel Virreinato, y el Consejo de Estado ó el Presidente de Italia le habian consultado, á éste, para removerle á la embajada de Roma y poner

en Sicilia al marqués de los Velez, premiar allí sus trabajos y poner en Nápoles al Almirante de Castilla, de cuyo gobierno no se hablaba bien en Italia. Pero dudábase que el de Astillano lo aceptase, ántes que pugnaba por lo primero, y lo aseguraban y daban por cierto sus confidentes, y aun decian que se queria asir á aquellas aldobas el retirado y no á otras, y encaminar allí aquellas trincheras. Por eso dicen que dijo bien aquel filósofo: «que todo el mundo estaba en batalla, todo es anhelar y morir por lo perecedero, y no arribar á lo eterno.» Y en órden á esto, y á volver al hombre, por cualquiera vía que se pudiese, ó con despachos ó sin ellos, se despulsaba la Condesa y hacia cuanto podia, y una junta en su aposento, en que se hallaban el conde de Castrillo, el Protonotario, el secretario Carnero y D. Luis de Haro. Pero él se estaba quedo en Locches, sin dejarse ver de nadie, ántes se ponian espías en los caminos para avisar y despedir, y en esta forma, debiéndolos extinguir ántes que publicar, habiéndose caminado prósperamente el aliento de los vasallos, y pensando arribar á mayores felicidades y mejoras; y por tapar esta novedad con diferentes cascabelos y campanillas, y que el pueblo dejase de morder aquí, sino que picase en otra cosa, ó para darle á entender ó temarle, que el dictámen de los pedidos no era del retirado sino del Príncipe, las resoluciones que vinieron de la jornada pasada las publicaron como las tenían, y se enviaron á los Jefes de los oficios de la casa Real y á los Consejos, en que se les mandaba pudiesen á los criados y Ministros y otros, muchos donativos en plata, en prestido, y la plata á todos los señores, títulos y caballeros, y que la enviasen á labrar á la casa de la moneda; con palabras tan ásperas y tan esquisitas como el que las engendrò; que de no hacerlo y de no obedecer, se tendria cuenta con ellos, se borrarían de la memoria y de las mercedes á ellos y á sus hijos, y otras palabras, que porque no queden aquí no las repito. Algunos enviaban su plata, y otros no la tenían; publicando una ley, que de allí adelante ningún platero, ni se la pudiesen vender ni él la pudiese comprar, sino

que la llevase á la casa de la moneda, que allí se la fundirian y se la volverian sellada, y llevase la del pedido y donativo á la casa del Tesoro; donde no se daban manos á recibir y á sentar en los libros, en que decian se pagaria para la venida de flota y galcones; pero era prometido como otros, de suerte que á los que traían plata, por ser muchos y no haber hartos para el recibo, los mandaban volver; los demas miserables, habiéndoles quitado de pronto lo de la platería, acadian con sus platos y vasijas á que se los diesen en moneda usual para vivir y comer, y estos los más estrados y los que tenían grandes mayorazgos, porque la baja del vellon y la jornada y otras calamidades los habia puesto del todo en el quebranto. Uno fué con su plato, y porque ya no se podia cumplir con todos, laciado de la hambre, y diciendo que le diesen lo que pesaba, que no tenia para comer; y respondiéndole que no podia ser, que llevase el papel para de allí á ocho dias, que muchos le llevaban mientras se iba obrando el peso de la labor, respondió: «que qué habia de comer todo aquel tiempo, que para entónces ya seria muerto, que le diesen el papel y ocho reales para aquel dia, para redimir su necesidad:» de estos habia infinitos, y toda gente honrada y de obligaciones, ¿qué seria los que no tenian plata? A otro le pesaron el plato, y le dijeron que ya aquel no era suyo: respondió, que le echaba en la otra balanza, para no llevarsele. De estos habia muchos encuentros en la corte, y la malicia comenzó allí á obrar como en otras cosas; de suerte, que el que tenia plata, y no la podia vender ni se la podian comprar, ni darsela en reales, podia muy bien morir de hambre. Y llegó la novedad de este delito, á escribirse á las iglesias del Reino, á los conventos de la corte, mirasen la plata que podian dar, como no fuese cálices y cosas tan conjuntas al culto de las Aras Sagradas: estos no respondieron, tenían Prelados con mandatos muy apretados y con censuras y excomuniones mayores y menores, reservadas al Papa, de no poder disponer de nada: parece que esto miraba á lámparas y blandones, porque un seglar que dió los candeleros de su oratorio, se los

volvieron, y los frailes dijeron no poder quitarlo del altar ni de la iglesia. Las catedrales ofrecieron, particularmente la de Toledo, por los Prebendados; con que este punto durmió. Materia muy peligrosa para el Estado, y en que se han visto sobre Príncipes y sobre reinos muy grandes castigos de la mano de Dios. Tan precipitadamente obraba todo, y decian los hombres, que los habian engañado, que para qué era habido menester representarlos aquella farsa, que era todo cautela para acabarlos de quitar lo poco que les habia quedado. El conde Castrillo, ántes de dejar la Hacienda se cerró con todos los Contadores de menor esfera, porque á los mayores y los del Consejo ya se les habia leído el récipe, y á estos no los queria dejar salir sin que primero diesen y lo firmasen, y que habia de ser en plata, y á quinientos ó cuatrocientos ducados, y á los más inferiores á dos, y en esta forma, como eran los oficios; de suerte que salieron como aislados, espantados y sin color en el rostro, diciendo: «¿hasta cuándo se ha de acabar esta plaga, y la ira de estos hombres en despeñar el mundo? mientras el Rey no echare de si estos lados y acabare con todos, no tendrá vasallos ni tendrá Reino: y que esta retirada habia sido sólo para cometer esta injuria, no atreviéndose á esperar y á ejecutarla, queriendo resguardarse primero á solas y entre paredes gruesas, con título de desvalimiento.»

Consiguientemente á esto, se cecharon Ministros por las casas que pidiesen los ducados de trescientos en cuatrocientos Turrienzo, un hidalgo que vivia de sus blanquillas, y le pidió trescientos ducados prestados hasta la venida de la flota: el hombre, sobresaltado, dijo que no los tenia. Replicó que los habia de dar luego: dijo que si los tuviera, que ¿á quién los daria él sino á su Majestad? Que se los pagaria y remuneraria el empréstito: replicó, que habia de ser, y que se quejase al Presidente, (que áun no se habia ido el Gobernador del Arzobispado, hombre de muy poca sustancia). Él dijo no tenia á quien quejarse, y que si se proseguia aquello, que

á los Ministros, ni ruido grande por la mar, de armadas, ni dineros en Flandes, ni en Milan; con que no hubo gentes, ni llevamos mucho dinero á Aragon, sino muy limitado y lo forzoso para mantener pequeño ejército, aunque honrado.

Apeóse al real de á 8 del número de 40, que pareció dislate y de utilidad ninguna: subióse el real y medio de plata, de carillas, á dos, y la moneda de cobre, que llamaban de calderilla, subieron á cuarto y el cuarto á dos; y estas dos últimas no parecían; habiéndolas hundido el artificio y sed de los contratantes, habiendo percibido que toda la moneda de vellón se habia de subir á su primer estado; con que no parecía blanca: y cuando se preservaran de cuidados, y cuando no fuera yerro, ántes se preservaran de cuidados, y cuando se hiciera ahora, no fuera lo mismo; así lo tuvieron y nos lo dieron nuestros Príncipes. Dejaronse ver los doblones y los reales de á 8, haciendo la paga con ellos, los cuales venían por tirar á 50 por 400, y tomábanla los menesterosos, por que decían: no tener vellón que les dar, y ellos lo tomaban por redimir su vejación. Hicieronse otros consejos en el cuarto del Rey, y llamó á aquellos Ministros para disponer las cosas de milicia. Todo era aprestar gente y dineros para todas las plazas de armas, armadas y fronteras, con todas las demas ocurrencias de la Europa: esperábase la flota, y decían que D. Francisco de Alarcon visitaba al marqués de Leganés sobre lo pasado, escribía sobre ello y se informaba de capitanes. Pero él, en medio de estos cuidados solicitaba el fin del matrimonio con la marquesa de Almazan, que se celebró en Morata, y procuraba ella la entrada del Marqués en Madrid, con muchas instancias y ruegos á la Reina, y dádvas de mucha consideracion; por la otra parte se hacían diligencias de volver, ya que no al despacho á el embeleco de la corte, que despues hubiera armas para lo demas, y áun decían que no estaba el negocio en mal estado. Pero cosa notable, que cuanta gente se vió en aquel corredor, ya no se veía ni un solo hombre en la puerta de la Condesa; pero tan perseguida del vulgacho,

para qué habian cebado al conde de Olivares. El Ministro se humanó y hablaron los dos, diciendo que estaba en la gracia del Rey con mayor altura que jamás, que se veían y comunicaban de secreto, de noche, y notaron que el camino de Loeches á Madrid estaba muy allanado para no peligrar, como lo hizo Grajal en su vuelta.

A esta hora, como raudal y en torbellino, se vió correr en carros toda la plata del Retiro á la casa de la moneda, á hacer reales de ella y fundirla; los leones del salon y de las farsas, que eran doce, los buetes, las camas, blandones, lampiones, candelones, braseros, perfumadores, punzteras y toda la demas plata del servicio; con que el pueblo tenia siempre materia de que entretenerse, y decían que era para dar ejemplo y que los demas le siguiesen, y que pues el Rey deshacía su plata, la deshacieran todos: y sin embargo no lo creían, por que les era fácil poderla hacer despues mayor y mejor: ponderábanse las pérdidas de las hechuras, y que la de los leones habia costado 42.000 ducados, y nada de esto henchía, porque todo lo metía en cajones Bartolomé Espinola. Diéronle por memoria al Rey, los hombres de negocios, y repartidos en días y en diferentes tardes los llamaba y les pedía prestados ó en donativo, que todo era uno; ellos se encogían de hombros, decían que no tenían más, que verían lo que podían hacer por servir á su Majestad; con que se despedían y no se henchía el grandísimo vacío que habia causado la ambicion. Atenazábase á los criados del Rey sobre sacarles su pobreza, y decía D. Luis de Haro: «ello duele, pero se saca dinero.» Parece que se lo oyó el Castrillo, á quien se le acumulaban las tiranías de semejantes hechos, dejando tributados en ausencia del Maestro; y por no dejar de hacerlo todo, tiraron la sacta á la mitad de los juros, y despues publicaron á dos por ciento sobre las casas y los censos del Reino, que habian estado á cinco ó siete; como si el que me tira dos estocadas, aunque me reserven de tres no basta á matarme de una, cuanto más de dos, y en cuerpo que ya lo estaba en sumas grandisimas. Y con todo esto no vimos que se pagase la Casa, ni

cuando la Reina salió fuera, que se llegó á temer algun desacierto; á lo ménos las palabras eran tales y tan descaminadas, que no ponian duda ninguna. Descaban que la echasen del Palacio, y ya se revelaba de salir de él por esto, mas ella no desafortaba; más iba por la condicion del hombre que por lo que podia dejar, porque tambien lo tenia todo remitido á lo hecho y otro cualquier accidente de fortuna, para como sa grado edificio, trajo monjas. Corria á esta sazón por la Europa voz de que el Rey de Francia traía su salud muy quebrantada, y áun que corría riesgo su vida: discurríase de aquí con la pérdida, si fuese cierta, del Príncipe y de el vasallo, si se podia entrar en algun tratado de paz, por lo que se entendia que la Francia lo deseaba, que tambien estaba molestada de la guerra y de los tributos, y que se podia tratar de casamientos de nuestra Infanta, prenda de todas maneras sin encarecimiento, por su mucha gracia y hermosura, con el Delfín; y porque se dijo que el Richelieu murió con estas ansias de no haberlo hecho, y que dejó una instruccion de cómo se habia de hacer: para todo esto y para lo demas que se habia comenzado, y para lo procedido de atrás: puso el Rey católico todas sus cosas en las manos de Dios, y por intercesora á la Reina de los Angeles, consagrarle su corazón y sus intentos, pedirle remedio en el estado de la Monarquía, ofrecerle oraciones, votos y plegarias. Para esto trajeron á Nuestra Señora de Atocha al colegio de Santo Tomás, del orden de Predicadores, y desde allí la acompañó su Majestad, con el Príncipe, (que fué la primera vez que salió á semejantes actos) y la llevó á las Descalzas Reales, adonde estuvo nueve dias, y adonde acudió el pueblo religiosamente á pedir el auxilio y la proteccion: volviéronla al mismo Colegio con la misma solemnidad que ántes, yendo la Reina á las casas de la Panadería de la Plaza á verla pasar, y ofreciéronse otros votos y plegarias, oraciones y festividades, al Arcángel San Miguel, Capitan de los ejércitos de Dios, auxiliador y defensor de los reinos, para que los amparase (no sé quien dijo) y para estirpar supersticiones, abusos, sombras, imaginaciones

de aquel que él arrojó, con los demas, del lugar que no merecieron: finalmente, se hicieron estas rogativas verdaderas, por estas causas, si las habia, ó por las primeras. Pero tambien quiero decir á los Reyes, que si no velan sobre su pueblo, y no tienen á Dios por guía y objeto de todas sus acciones, no son fieles observadores ni caudillos de su fé, ley y de sus preceptos; y no amaren la justicia y la humanidad, pagan á sus criados, ministros y soldados, y estas cosas no estuvieron ordenadas con las demas, y no fueren legales observadores de las preeminencias de los vasallos, les guardaren sus fueros y sus derechos; sino que ántes, y en contra de esto, fueren infatigables hidrópicos en los subsidios, y se dieren no más que á la potestad y al albedrio de la vida licenciosa, y á no saber enfrenar sus apetitos, enriquecer á unos y desangrar á otros; no hay para qué pedir consejo, ni dársele, ni batallar por qué se perdió aquel Reino, por qué tumultuó la otra provincia; porque sobre eso es ántes de que nos dejen, sobre lo que tenemos, es milagro. Buenos ejemplos tenemos en Cataluña y Portugal: los tributos son peste y ruina del Estado; y el Príncipe que quiere conservarse en la virtud y buena gracia de su Príncipe, pende de Dios; y luego tratarle verdad en las materias, las lícitas y posibles; cortés, compuesto y amador de la virtud; en la distribución de los beneficios legal, y en equilibrio la parte de carne y sangre; lo conveniente, su todo. Primero son los soldados, los ministros y los criados viejos: no edificar ni hacerse grandes palacios, quintas ni jardines á su costa ni á la del pueblo, que es culpa gravísima, si ántes no los tenia; porque lo uno, no se hará sin ambicion ni codicia, aunque sea á costa de gajes y mercedes del Príncipe, porque dirán que aunque no toma, excedió en lo lícito, y lo arrebató en la hacienda real: ser solicitador para las pagas de los ejércitos y de los criados, y para que esté pronto el dinero en las plazas de armas y en las casas reales, para autoridad, valor de ellos y de ellas; no Presidente, ni Presidante de todos Consejos: éste solo sea el arbitrio y el herario, no que entren en aquel 300.000 ducados, 400.000 en el otro,

medio millon en éste y en aquel un millon, y todos á mi mano y á mi devocion, y que estén á mi órden las libranzas, la inventiva de ellas, y que despues, á las cuentas, sea lo mismo. No quiero por esto desfavorecer las administraciones, que son precisas, ni los hombres de negocios, particularmente á los genoveses, que son nuestros afectos, y los partidos de ellas, para que con su industria y su riqueza pongan el dinero en los ejércitos y armadas, en los proveedores y pagadores, y que estos sean hombres limpios y cuteros, y los otros bayan de esperar del Presidente, de todas maneras recto y justo, las pagas, y señalándoles los efectos y los partidos de ellas, á la nacion tacaña; si porque estos, como son protervos y portinaces en su ley, dicen que somos gentiles y que ganan el ciclo engañándonos, y ya ni guardan fé ni palabra, ni pagan á nadie, y traen á los acreedores divertidos y atontados con enredos, mentiras, falsedades y pleytos injustos, porque en su ruin natural está, y se ballara todo esto que no sea el movimiento perpetuo del tributar, sino alguno, y quando lo pida la ocasion; ni trate de conyugar el Estado, ni proponga suposiciones que no estén en la naturaleza del derecho. La correspondencia con los Principes, sea con claridad, verdad y lisura, y trato llano, y haga al Principe siempre bien visto de ellos, y ellos bien correspondidos con él: los acostamientos que se les ha ofrecido, y que tiran del Rey, se les pague con puntualidad; solo aquellos que no fuesen seguros, y que son ántes espías que confederados: las levas de gentes y ejércitos, sean prontos y á su tiempo, no tardos ni remisos, para no obrar nada, mientras pareciere guardar y defender la hacienda, y la quietud no se la quite; que nadie quiere que cada día y cada hora le sobresalten y le quiten lo que es suyo; pues toda la filosofia natural y divina se erigió y se fundó para esto: las materias con los vecinos, sean con más llaneza y sin artificio; las leyes no más de aquellas con que se dieron los vasallos, hicieron Principe y se entregaron; y con esto proceder con desembarazo y aliento en la vida, buen rostro y corazon á todo, haga la fortuna y el Señor lo que quisiere.

En el Diamante, el Principe Tomás, habiendo vuelto para sí ó para su sobrino los lugares de aquel Principado, no pudiendo acabar de recogerlo todo, que áun se tenia con guarnicion española, como habia asido la union y confederacion entre el Rey católico, el Cardenal Francisco Mauricio, su hermano y él, la ciudadela de Aste, como ni tampoco podia asir á Berceci, que era su mayor indignacion; últimamente, lo que no podia por allí, ni en otros puestos, villas y castillos, procuró satisfacerse por el estado de Milan, y entró con franceses y ocupó á Tortona. Pero el conde de Tiruela, Gobernador y Capitan general del estado de Milan, juntó la que pudo, que no era mucha, se la quitó y echó del Estado: que entendido por el Rey católico y por sus Ministros, un desagradecimiento y felonía tan grande, se trató del remedio que se habia de tener, y el castigo que se le habia de dar; porque ya la materia de la Francia no era llevar grandes ejércitos á Alemania, á Italia y á Cataluña, sino entretener allí y divertir al Emperador con los sucesos, y al Rey católico con piemonteses y saboyanos, y en Cataluña con catalanes, y en ambas partes con poca gente de Francia, y con poco dinero, como se lo habian negado á Mos de la Mota, sino que ellos se mantuviesen la guerra y el ejército, y los metiesen en los estados vecinos, comiesen, robasen y alojasen; y con toda la demas potestad y todo el grueso de la Francia, cargar sobre los Países Bajos, como era su dictámen, lo proseguian é hicieron este año, hasta ponerlos al alcance, como lo estuvieron, y de allí pasar á la usurpacion de todo lo demas. Pareció, pues, á los de más juicio, hacer demostracion y algun castigo, para escarmiento de Principes y de los tocados de inconstancia y variedad, y para que no les saliese barato la tiranía: en esta forma, se resolvió de prender, en el lugar de Carabanchel de abajo, donde todavía perseveraba, á la Princesa de Cariñano, mujer del Tomás, y á sus hijos: enviáronse ministros y soldados que lo ejecutaron. Fué grande el sobresalto que hubo en todos, y las voces que se dieron más; mas como ya ella sabia los oficios de su marido y su poca felicidad,

habían de hacer este año en Italia con el Papa, y en las demás partes, á que no salieron república y potentados; echando esta voz para que no se entendiese el intento de su ida á Italia, porque después, con brevedad y sin rencilla, se halló en París antes de la muerte del Rey: sea esto, ó lo que ellos quisieron, que para todo tenían malicia. Y proseguían, que se le había entrado el Tomás al gobernador de Milan por las puertas sin llamarle, ni moverle, ni ser solicitado del Rey, diciendo no podía sufrir los tratos de franceses, ni los procedimientos que tenían con la Duquesa: al Rey de Francia, por otra parte, no poder tolerar semejante vida; que se hallaba desechado, desvalido y arruinado con su mujer y sus hijos; que todas las plazas las tenían franceses, cosa que no podría llevar adelante; que se venía á echar á los piés del Rey, poner su vida en sus manos y todas las reliquias de su sangre; que le quería servir en la guerra, no como cabeza ni capitán sino como soldado, con una pica; que el gobernador de Milan le acogió y le hospedó, que era el marqués de Leganés, que lo escribió al Rey y lo tuvo por bien, y se le dieron 4.000 escudos cada mes; y que ofreciéndole el lugar y puesto en aquella plaza de armas que quisiese, obrando conforme su instinto natural, dijo que por no dar ejemplo de tan enorme ingratitud al mundo ni á los Príncipes de Italia, de que hacia guerra á sus hermanos y á su sangre, pasaría á Flandes y tomaría el puesto que se le diese, lo que se le admitió, no haciendo demostracion ninguna el duque de Saboya, su hermano; que dejó allí su mujer ó hijos, con otros 4.000 escudos cada mes, para el gasto de su casa, y pasó á Flandes, y que en la primera y más árdua ocasion que tuvieron los Estados y el infante D. Fernando, en la invasion de 40.000 franceses que entraron por ellos, se le fió el ejército, en que fué roto y escapó; y si bien procedió con diligencia en el sitio de Santomer, se le negociaba en Alemania la regencia de los Estados de su hermano, que había muerto á manos de la codicia francesa, y la Duquesa los quería para el Rey de Francia, pretendiendo excluirlle de ellos, para que los gozasen su

hubo de pasar por el suceso: dejáronla soldados de guardia, y decían si se había obligado la España á recibir en sí, en sus tesoros, joyas y palacios, las desavencencias y pasiones entrosos y otros de los Príncipes vecinos, confinantes y forasteros; y si había de ser la peor librada en semejantes casos, y había de ser de ello la ganancia, y la remuneracion, y el fruto de el hospedaje; que no se quería hablar de los otros beneficios hechos por nuestros Príncipes á los de la casa de Saboya, sino lo de éste; y que Tomás ántes estaba en Carriño con su mujer y sus hijos, y en no más próspera esfera que la vida de un Corregidor en lugar ordinario, con los gastos muy limitados, y aquellos que solo permite ser hermano cuarto, quinto, ó lo que fuese, del duque de Saboya Victorio, á la sazón enmarañado con franceses, que todo lo distinguía, y que su mujer no era de más alta calidad que una señora de Francia, hermana del conde de Soissons, como otras muchas de España, en cuyas personas, casas y familias concurren y han concurrido mucha sangre real, y muchos estados y riquezas; y que el Príncipe Tomás, disgustado de aquella vida del Piamonte, de la soberbia de la cuñada, que quizás en los actos públicos á él y á su mujer no se les hacían los honores que después recibieron y han recibido de sus antepasados en la corte de España y en su Palacio; y otro sí, que era falso, que dió á entender y á sentir que su hermano siguiese la proteccion francesa, y hubiese dejado la de España y admitido guarnicion de ella en sus plazas, porque si fuera verdad, no dimitiera tan apriesa y mostrara diferente natural si le tuviera; pero era francés como él, sus hermanos y su padre Carlos, y los beneficios, supuesto esto, le pudieran mudar, pero era espía fiel al Richelieu, al natural y al Rey de Francia; y cuando el Monsieur, hermano del Rey, dicen que se había huido de Paris por algunas diferencias contraídas entre ambos, y que no parecía, y que después recayó en la Saboya y el Piamonte, y se supo que estaba con Tomás, debió de ser por acabar de declararle por Francia, ya que no podía ir su mujer para los tratados, ligas y confederaciones que se

sobrino, hijo del Duque muerto, su hermano el Cardenal Francisco Mauricio y él, ó sus sucesores, que era mantener la tierra y guardársela para sus hijos, sacándola de la tiranía de franceses; que lo había negociado esto el Rey católico con el Emperador y Electores, por ser feudo el Piamontés, y él ofrecido sus ejércitos y tesoros para el ejecución desde el estado de Milan. Antes de esto había negociado la Princesa pasar á Flandes con su marido, y porque los dos pasos de Valtelina y de Grisonés, que estaban ocupados con franceses, y el camino de Trento y el de Alemania, eran milagros para su viaje, y *también estaban cubiertas con guerras extrínsecas y podía ser detenida ó presa por la novedad de su marido, alcanzó hacerlo por España, desde la Coruña, con navíos á Donquerque, y todo esto á costa del Rey. Vino á Génova y de allí á Barcelona, y en vez de tomar su viaje más alto, se dejó caer tan sobre la corte, que todo parece traía cuidado, diciendo quería ver al Rey y á la Reina, y que sus hijos los viescn, que eran nietos del rey D. Felipe II. Para esto había memoria; pero no para la ley que se había de tener con grandes Príncipes por los muchos y notables beneficios recibidos; que había sido traza y artificio, si no para parar allí, entender y saber y arrimarse á las riquezas y ostentacion de España, y que fué consejo de Tomás y de aquellos que le habían dado para gobernar, diciéndola que ¿adónde podía estar mejor para sus intentos, para sí y para sus hijos, que dentro del Palacio del Rey de España, monarquía sin segunda, donde estaban todas las riquezas, el poder y la majestad? La admitieron y recibieron, con entrada pública de todo lo mayor y más ilustre de la corte, y hospedada en la casa del Tesoro con todas las tapicerías de oro y seda, camas y menajes ricos: en los actos públicos en aluohada junto á la Reina; sus hijos al lado del Príncipe, nuestro Señor: ambos, mujer y marido, con 4.000 escudos cada mes, que hacen 96.000 al año, sin otras joyas preciosas y presentes que se les daban Pregúntase si en toda la Francia, ni en toda la Saboya se hizo otro tanto con ella, ni si algun día se vió en tanta majestad. Ni los lla-*

maron ni los trajeron, sino que ellos se vinieron heridos de la necesidad y del desamparo, habiendo yo visto al Rey ir por el pasadizo á su cuarto para ver si estaba bien aderezado y tenía lo necesario. No hizo el Emperador Carlos V tan magnífico hospedaje al Rey Francisco de Francia cuando le tuvo en Madrid, y preso en sus alcázaros reales; ni el Richelieu, para sus materias, le hizo tan grande agasajo. Vuélvase á preguntar si era esto, aunque hubiera mayor ocasion, que no la podía tener mayor ni de más precio, para olvidarse de todo el buen respeto que se debía á tan grandes Reyes, y la fé á tan alta majestad y el agradecimiento al hospedaje, para darle título de detencimiento, de cárcel, de prision, y salirse sin más reparo ni otro justo respeto, olvidada de la reverencia á tan altas personas. Como mujer francesa, lo puso toda en un escándalo con una foga, y lo trocó por una aldea y por un meson, no una vez si no es dos, y con palabras indecentes y desconcertadas, que admiraban á los hombres y decian: «¿cuándo se vió semejante cosa en España? ¿ésta es la paga de los peregrinos y extranjeros?» Y alaban la prudencia de nuestro Rey, y del Ministro que toleró esto con sagacidad, y que otros que franceses y saboyanos, que son lo mismo, no lo podían hacer; y que al Príncipe Tomás, despues de haberle dado un grueso ejército en el Milanés, y puéstolo en las manos la nacion española, y las demas de italianos y alemanes, á Beruza y á Crecentin, y á Aste y otras plazas del Piamonte, y sacádola del yugo francés, y haciéndole Señor á él y á su hermano de todo aquel Principado, porque las materias de la Francia le debian de exornar el oido, y su natural debia estar ya reventado por declararse y volver las plazas á los franceses, porque se puso alguna guarnicion en ellas para España, porque algun seguro se habia de tomar de lo hecho y de lo gastado; y para dar fundamentos á lo asentado, y porque no quiso acabar de enseñorear á Turin y la ciudadela, en que pudo ser dueño de todo, ni despues la quiso defender, pudiendo resarcir á la Duquesa, si era así que primero disintió de su indicacion y fuera cierto que pudieran salir los fran-



ceses de Italia, aunque se hubiera olvidado de los beneficios que hizo á su casa el Emperador y el Rey D. Felipe II, y que era hijo de la señora Doña Catalina, de quien dijo, cuando su padre, sus hermanos y él bajaban heridos y precipitados por las colinas de Asto, de las picas y mosquetes y arcabucaría española, que si supiera en qué venas tenía aquella sangre se la sacara, siendo la mejor y más augusta que tenía, porque era aquella señora hija del Rey D. Felipe II. Pregúntase también aquí, como en la otra parte (caso bien raro), si era todo esto para convertirlo en una controversia con el marqués de Leganés, Gobernador del estado de Milan, y una moderada queja de que no le había socorrido sobre los de Turin, siendo más cierto que él comenzó á declinar por los ruegos de la Duquesa, y que los franceses volvieron á ser señores de aquella corte porque no sacasen los piés de Italia, y todo contra la potencia española; y desarmarla y seguir las ligas de Francia, aconsejar á su mujer la fuga de la corte para acabarse de declarar, y proponer la descortesía y la ingratiud, que no se hallará en otra parte sino en su casa, y con disencimientos falsos hacerse el retirado, y dar por causa frívola y engañosa que no se había hecho confianza en él en Flandes ni en Italia. Y cuando fuera así cierto, el haberlo hecho no hubiera sido grande yerro, sino es mucho acierto, sobre sujeto tan vario, novelero y de tan poca constancia, y de quien, por lo referido, no se podía fiar nada; y debajo de todo esto, cuando vió que no había gente en Milan, falta de dinero y un Gobernador mozo como el conde de Siruela, porque todo el poder de España estaba en Flandes y entre las dos riberas de Cinca, en Cataluña y Aragon, para acabar de sojuzgar aquel Principado, no sólo no se declaró, echando la guarnición católica de Villafraanca, de Niza y de algunas plazas, aconsejando al Cardenal, su hermano, la renunciacion del capelo y que casase con su sobrina, hija de la Duquesa y del duque Victorio, su hermano, dando por vendida la succion de sus hijos en España y abandonándola; pero entró con armas por el estado de Milan, cargó á Tortona y la tomó, si bien le cobaron de

ella; y con esto dió ocasion á que los franceses ocupasen puestos, desde el Gouvesado hasta el Milanes, para impedir el paso á nuestros socorros. Pregúntase ahora á todos los Príncipes de la Europa y á todos los del orbe, á los que saben de justicia y á los que no saben de ella, si está obligada la paciencia de España y el sufrimiento de sus Reyes á disimular tan grandes atrevimientos y maldades, y más á los que son tan inferiores y que tanto bien recibieron; si será bien, cuando todo su hecho fué con engaño y alcovostía, más que para servir para contraponer reinos contra reinos, provincias contra provincias, ó inquietarles, ser autores de guerra y connocion de pueblos, y desertores de la paz general que se pretende; y si sobre delitos semejantes será hecho el castigo, la prision y detenimiento de su mujer é hijos en la parte que ellos la buscaron. Y que es bien que el padre carezca de semejantes prendas; pues él propio, por sus horrores, las expuso á semejantes pérdidas: en otra parte corrieron riesgo por el derecho de gentes, y por los pactos y cauciones conculcadas contra él, con que decían era justa la prision, y el castigo habia de ser enormisimo, y en él, si se pudiera haber á las manos, que se habia de procurar á su tiempo con ejército, celadas y emboscadas, para el ejemplo de los demas; y que acabase España y sus Príncipes y Ministros de desengañarse y vivir con recato de semejantes personas, fraudes, engaños y solivaciones, y no admitirlos al hospedaje ni á la confederacion, particularmente de estos que son envejecidos y la han de su padre en la maldad: y esta es la sangre que Tomás habia de echar fuera, no la que sus hijos y hermanos tienen de España, de donde han recibido tantos beneficios, y que habian de acabar de expedir de sí tanto infiel aliado y tanto vasallo traidor. Acordábase de Tristan, en Alemania; de el conde Enrique de Vergas, en Flandes, principio de toda destruccion y ruina; del duque de Reimar para el Imperio, y no se favorecia el hecho del Príncipe Mónaco ni el de otros semejantes, porque se daba por buena y presentada la prision de la Princesa y de sus hijas en España, porque la satisfaccion es debida á

vió revuelta con la licencia que se tomaron algunos vaiones que alojaban de la otra parte de la ciudad, pretendiendo matar la hambre inquietando á los que traían á vender bastimentos, y hubiera sido mayor el ruido á no estar rotas las puertas que se llevó el río con grandes avenidas, las mayores que se vieron, como lo dicen sus naturales, cobriéndose mucha parte de los campos, á 18 de Febrero, Miércoles de Ceniza, que á poder pasar allá todo el golpe de los ciudadanos hubiera sido mayor la fusión de sangre: eran estos 800, mezclados con algunos alemanes; mataron 50 y los demas escaparon por los piés, sosogándolo todo el Cardenal Virey. En el reino de Toledo, en el lugar de Montalvan, tambien se oyó otro tanto con esta misma gente sobre los alojamientos, porque los naturales tomaron las armas é hirieron en ellos pesadamente, porque dijo el Rey católico delgadamente que no era el mayor riesgo pelear, sino el poder conducir, como veía que despues de largos viajes de mar y tierra, cuando pensaba que los tenía en la plaza de armas para obrar con ellos, se los mataban.

Á esta hora en el País-Bajo, de una parte y otra, ya se dejaban ver las tropas; pero la de los franceses con mayor número y mayor brío pensando vengar lo del año pasado, dando á sentir querían cargar no ménos que á Cambray: en las nuestras habia falta de dineros, de gente y de mantenimientos; sin embargo, se alentaban todo cuanto podían, porque el año pasado lo habia tragado todo Cataluña. Pero sin embargo, sospecharon los franceses que queríamos ir sobre Arras y sitiarla, ó á Landresi, con que lo fortifican todo; pero sus pensamientos eran diferentes que atreverse á Cambray; pero ya les hemos consentido la osadía, y otro año lo harán: con que aquello es-piraba, si no pone la mano el Principe de Orange, Inglaterra, Dinamarca y Principes protestantes, porque ya Flandes y Alemania los tenía quebrantados. Habia enfermado Luis XIII, Rey de Francia, á 21 de Febrero de este año de 1643, de una apostema junto al corazon, y mejorado y vuelto á caer, con evidente riesgo de su vida, á los 43 de Abril de este año; de cuyo sobresalto llamó á los Cabos de los ejércitos á

sus Príncipes, y el Rey católico, por consejo de sus Ministros, la tomó de esta manera.

En Portugal aquel tirano levantaba gente de á pié y de á caballo, armaba navíos para servir á los Turcos, ántes que á la Religion Católica, en odio del Rey católico; con que aquel Reino iba totalmente precipitado y se despenaba en el abismo de la perdicion, y proseguia en los derramamientos de sangre: degolló al Castellano de San Tien por alguna sospecha que tuvo de él de ser fiel á su Señor natural; murió el Acuña, arzobispo de Lisboa, el que despues de la muerte del Secretarió, rebeló aquella Ciudad; aborció á Francisco de Lucena, secretario de Estado, por pedirlo el pueblo, y por que se vió en él alguna inclinacion á las cosas de Castilla, por tener en ella preso á Alfonso de Lucena, su hijo. Sospechóse haber algun trato en Tarragona; reconocíose, y castigáronse los delinquentes, para lo qual habia introducido Mos de la Mota en sus contornos, cerca de 2.000 caballos; reforzóla el marqués de la Hinojosa, recelándose tambien. Por la misma causa de sitio, acabó allí el Marqués sus dias, grande enemigo de su salud y de sus fuerzas, hasta que las venció: puso allí, y para el gobierno de aquella plaza, á D. Francisco de Toralio, italiano de nacion, hombre noble y buen soldado. Atendia D. Felipe de Silva á las cosas de Cataluña, si bien fallido de todo, metió gente en Traga: hallóle el Rey á propósito ahora para aquella guerra, sin embargo de haberle enviado el Infante D. Fernando preso desde Flándes á Castilla, para ser castigado, por imputarle haber podido socorrer á Arras y que no lo hizo, si bien otros culpan á Andrea Cantelmo, y dicen hobo orden cuando desembarcó en los puertos de España de barrenar el barco para salir á tierra, y que se fuese á pique: esto no tanto por mal soldado quanto por portugués, y por que lo era de los maravillosos caudillos de nuestros tiempos, como se vió en la retirada del Palatinado, en lo de Lérida y en otras muy arduas ocasiones; y, D. Diego Caballero, por la parte de la mar, en Rosas, tomó bastimentos y municiones á franceses. Vióse un mobin en Zaragoza, en que la ciudad se

París, para tomarlos juramento de fidelidad, y porquo el Monsieur, su hermano, hacia algunos manifestos acerca de la sucesion del Delfin, le depuso de todos los cargos que tenia, hasta del gobierno de San German, y declaró á la Reina Doña Ana, su esposa, y la nombró por Gobernadora del Reino hasta la mayor edad de su hijo: de cuyo accidente, y con la vuelta de los cabos de los ejércitos de Flándes, se desarmó mucho aquella parte de su poder; y si el Melo se hubiera gobernado con prudencia y más atencion y ménos orgullo, quizás se hubiera mejorado aquello, que era donde se habia de poner el juicio y el reposo, hasta ver el fin y la fortuna que corria la Francia: desco en primer lugar y objeto de todo gobernador de armas y estados, por el desco comun de todos que pudiera ser se hubiera perdido, ni ellos llevádose despues á Triunvilla, y más cuando vió que se habia ido con los cabos gran parte de la nobleza; pues de 48.000 hombres que tenian en el Bolonés y 40.000 alrededor de San Quintin, faltaron á la hora y con la novedad, prometiéndose muchos y pudiéndose los prometer el Melo, cerca de la mitad, atendiendo que seria forzoso, por lo que corria á arras, donde metió parte, y parte en Omberá, incluyéndose en estas plazas 5.000 hombres. Pero D. Francisco de Melo siguió su dictámen, y creyendo le seria prospero el año presente como el pasado, hizo lista de su gente para salir a campaña, y comenzando á herrar, y dejando las más plazas sin guarnicion y en la compañía no más de 1.000 caballos, reconoció el tercio del conde de Gracier, y que pasase muestra el de Octavio Guasco y el regimiento del Barón de Ambir, y el tercio de la Granja, y algunas compañías fuera de tercios y regimientos, y con los demas señaló por plaza de armas, á 25 de Abril, en Carabin, Pisuro y Onin, donde habia de estar para el dia señalado el tercio del conde de Villalva, el de Betandia, el de D. Jorge de Castelví y el de D. Alonso Davila, y el de los italianos de Juan Liponti, y seis ó siete compañías del de Canci, el irlandés, muy menoscabados, el de D. Patricio y el de D. Enrique Gax, de valones, el del conde de Grovendorf, que

es de el Príncipe de Leni, en que habia 7.000 infantes, por estar italianos é irlandeses muy menoscabados: habiase de hallar este dia el duque de Alburquerque en los villajes alrededor, con 3.000 caballos, y el Teniente de General de la artilleria, Estrada, con diez piezas de todos calibres, el tren y todo lo demas necesario. La otra plaza de armas se habia encargado á Cantelmo, entre Duay y Valencianas, para comenzar á obrar el mismo dia; habiéndose de hallar en ella el tercio de infanteria del duque de Alburquerque, el de D. Estéban Gamarra, y resta del de Estrosi, de borgoñeses, el del conde de Santa Mar, y otro de italianos, del caballero Vizconde de valones, el del conde de Baimi, y el regimiento del conde de Ribau Canurt, y parte del conde de Isemburg; otro de valones del conde de Vilo, y parto de otros regimientos, y la resta de estos, que no iban enteros, quedaban en las plazas, y tambien de los españoles, para este fin, 41 compañías en Cambray y cinco en Ulst. Por manera que toda esta infanteria, que iba con Cantelmo, hacian número con las compañías, fuera de tercios y regimientos, de otros 7.000 infantes, y D. Juan de Vivero con 3.000 caballos, además de los del duque de Alburquerque, de la compañía, otras 40 piezas de artilleria; de suerte que habia puesto el Rey católico este año, para la guerra del País-Bajo, para sola la campaña, sin lo que estaba en guarniciones, 14.000 infantes y 6.000 caballos, para solo combatir con franceses, porque los holandeses se estuvieron quedos, y sin embargo no pudo. Habia en aquella plaza de armas falta de pan, de municion, y se prevenia, para el baron de Bec, que se habia de hallar allí á los 15 de Marzo (á los 14 murió el Rey francés) para guardar aquel país, y dejando en el de Loxemburgo en su lugar, como el año pasado, al coronel Juan Vert, con 2.000 infantes y 300 caballos para guarda de aquel país; pero en lo de adelante no aprovechó para no perder una de sus mejores plazas todo este gobierno, que á la nueva de lo que se esperaba en Francia, sus movimientos, y novedades que causaria la enfermedad de Luis y su muerte, como ya

decían que iba recayendo en ella, se ordenó así; pero el gobierno había de ser otro. Al fin fué, y no fueron siempre dichosos todos los sucesos; mas esta batalla se había de excusar esperando si ellos se las daban unos con otros, y entónces obrar ó tomar alguna plaza, dado que no guardaran la tierra, y no dejar que ellos sitiasen.

El ejército que llevaba ántes el conde de Arcourt, la vuelta de Daubliers con la suya á París, se menoscabó, y logró el Barón de ver su buena intención y celo de servir á su Majestad; pues con los 17.000 escudos que le envió, puso este trozo de ejército en buen lucimiento, habiéndose retirado con ménos de 2.000 hombres de caballería, con que ya era nuestro campo de 16.000 infantes y 8.000 caballos, de que estaba no con pocos celos Arras; mas el golpe, si se hubieran hecho las cosas como se presumió, había de ser en Landresi. Murmuraban aquellos soldados el haber madrugado este ejército algún tiempo ántes, por la poca hierba y menestra que había, así para la gente como para los caballos, poco dinero, y sin haber dado en todo el invierno más de una paga, si bien las promesas del Rey eran grandes de que lo enviara, y el Melo animaba; pero porque en esto suele haber sus denimientos y limitaciones, los hombres de negocios no había medio de sacarlos un real sobre esperanzas, por haberles faltado en los asientos y no saliesen cumplidos los efectos, y también si habían acamado el invierno con las plazas que les habían dado y las naciones, y que no las tenían, se habían valido de los reductos; y en esta forma todo hilaba delgado, aunque bien se pedía en Castilla, y en las Indias, como si fuera barrio suyo, se habían hecho no menores diferencias de sacos de millones; y sin embargo no surtía el crédito ni la reputación á lo que era necesario. Y ¿cómo ántes se hacia con ménos y sin fatigar tan duramente á los vasallos? Con la recaída del Rey de Francia, á 16 de Abril, como se ha referido, hallándose ahora en el Palacio nuevo de San German, á 20 del mismo, y declarada la Regencia de la Reina, y la autoridad de los dos hijos, la mandó coronar con asistencia de la Princesa de Condé, y del

Cardenal Mazarini, y otros Señores del Reino asistentes en París, adonde habían venido casi todos los cabos de el ejército de Flandes; besarónla la mano, y los mariscales de Birri y Estrea; condenó al Mariscal de la Forza por la profesion de calvinista, y al Chatillon: á los últimos de Abril mejoró, pero todo era perder tierra. Decía que deseaba la vida por hacer una paz gloriosa y constante á sus estados: lo mismo dijo el Cardenal Richelieu, muriendo, si no de éste mal, de otro semejante, que tiraba al corazón, donde se habían cometido las ligas de los herejes; que Dios todo poderoso no dejó de castigar tan presto al uno como al otro, y áun dicen que dejó ordenados los tratados; pero todo era gastar humo, que es en lo mismo que se resolvieron. Consultaron sobre la enfermedad los mejores médicos de las escuelas de Alemania y de Italia, pero á la enfermedad que viene de la mano de Dios no hay remedio, y solo un gusano mordía y talaba toda esta potencia, para estén de los más exaltados, y que las coronas, por muradas que Confirió las materias del gobierno con la Reina y con el duque de Orleans, su hermano, á quien encomendó las armas, y dió por compañero en el manejo al Príncipe de Condé, y para el consejo al Cardenal Mazarini, con el señor de Legnier su gran Chanciller, con el de Botillier, Presidente de Hacienda y Chabini Secretario de Estado, que es el Consejo particular que dejó á la Reina para la Regencia y gobierno de Francia. Estando la Reina y el duque de Orleans, su hermano, juntos antes de morir, tomó las manos de ambos á dos, y juntándolas hizo que ratificasen en la suya el juramento de vivir siempre unidos y concordés, y cuidar de la autoridad y buena educacion de los Príncipes, sus hijos, y espiró á las dos de la tarde de aquel día, algo más como un cuarto de hora, á 14 de Mayo de este año de 1643, juéves, día de la subida del Salvador al Cielo, en los cuarenta y dos años de su edad áun no cumplidos, en los treinta y tres años justos de su reinado, en el mismo mes y en los mismos días que murió su padre; de suerte que ya en el mundo ni había Rey de Francia ni Cardenal de Richelieu,

Dicen que le vieron después en la apostema el gusano que le acabó: debía de ser el roedor de su conciencia, porque fué muy favorecedor de herejes; pero debajo de esto muy pio y temeroso de Dios: hizole con el nombre de Richelieu, y con la opinion de armigero, virtud que siempre hizo esclarecidos á los Reyes; y cumplidas las ceremonias del entierro, juraron el Reino y los Estados por Rey á su hijo, con título de Luis XIV. Creyeron que habria algunas revoluciones en el Reino sobre el mandar, y querian que fuese la cabeza de esto el duque de Orleans: tambien refirieron se empezaba á enmarañar en diferencias con el Principe de Condé, y entre otros señores se dejaron sentir algunas novedades, pero no de fundamento: diéronse muestras de querer tratar de paz; enviáronse de España dos personas, aunque no señaladas, hombres versados y entendidos en la materia: decian que toda la Francia la queria y la deseaba: sólo el Principe de Condé no venia en ella. Finalmente, hoy que es el primer día de Noviembre, no ví señal ninguna de demostracion ni de poder arribar á ningun tratado, ni se ha enviado embajador de cuenta por la una ni por la otra parte. El Rey Católico hizo las honras de aquél en la Capilla Real, al tiempo que de Flándes llegaba á San Lorenzo el Real del Escorial el cuerpo del Infante D. Fernando. Pidieron los franceses á los catalanes y ciudad de Barcelona jurasen al nuevo Rey: muchos de ellos respondieron que le tenían y los Prelados lo denegaron, con que echaron al Obispo de aquella ciudad, y á todos los demas que habian quedado, y aquellos hombres peligraban en la salvacion, como los portugueses, sin hacerse ninguna diligencia para el remedio de esto, y de parte del Pontífice, con censuras, que no podia más, reparando en que no acabasen de perderse en la Religion y totalmente la deixasen. Si cierto tratado manuscrito que ha llegado á mis manos es fiel, que se refiere á materias de Pontífices, en un artículo expresó, que el Papa los absolvió del juramento hecho al Rey Católico, y les decia que era mejor el estado presente para salvarse que el pasado (artes de su política); pero los franceses, sin enmarañarse en novedades, ántes

asidos á la conformidad, á la union y al estado militar y político, las gentes que habian vuelto de Flándes volvieron allí á proseguir la guerra, y á aspirar á la honra y á la fama, guiados de un buen gobierno y de buen consejo, en que ya parece que los hemos hecho aplaudidos.

Á esta hora D. Francisco de Melo, Gobernador de las armas del País-Bajo, se puso sobre Borroi, plaza de gran consecuencia, aunque otros decian que nó, para asegurar el paso para la Francia á las armas de Su Majestad, y que no tenia más de 500 hombres de guarnicion; con que abrió trincheras, atacó las fortificaciones de afuera y alojó la gente en las incindias lunas, y todo esto en no más tiempo ni más dilacion que en el de tres dias; y estando ya para cegar el foso, vino el enemigo á socorrerla, no sin dolor de que le tocaban en lo más sensible de su país. Presentó la batalla, y como nuestra gente no se hallaba en paraje de rehusaria, ni las fuerzas del Rey católico eran tan pocas que no la descaban, finalmente, esperraron á las franceses con la acostumbrada resolucion: comenzose el ataque, martes, 19 de Mayo, á las tres de la mañana; el cual fué tan furioso y debatido de ambas partes, que murió mucha gente del enemigo, demás de poner en rota nuestra caballería á la suya y á su infantería, tanto, que estuvo dos veces la victoria por nuestra, ganándole la artillería; hasta que, cortándonos por los dos costados, nos cogió la retaguardia, y embistieron los franceses por todas partes y derrotaron á nuestra gente sin poderlo remediar. Decian era la culpa del conde de Fontana, por no haber dispuesto el ejército como se debía: murió finalmente, porque debíéndole poner en forma de pelear, pues se tiraba á eso, le ordenó, como si estuviera en una plaza de armas, la caballería á los costados y toda la infantería en medio, haciendo una ala sin hacer reten ni reserva. Aconsejóle el duque de Alburquerque, de quien es la relacion, que mejorase de puesto, ó que por lo ménos mezclase gruesos de caballería con batallones de infantería, que era la forma y planta que guardaba el enemigo, para que no fuese igual el partido; y como los viejos no se

derramaron, se fueron á sus casas y domicilios; otros tomaron otros derrotos: murió el Maestre de campo D. José Castelví. Los tercios de españoles anduvieron tan valerosos, que hallándose cercados y perdidos, quisieron, por no dejar el puesto, perder ántes la libertad ó la vida: el último que quedó en la campaña fué el tercio del duque de Alburquerque, y embistiéndole por los cuatro costados todo el poder del enemigo, sin embargo le rechazó, (cosa extraña y pocas veces oída) que no atreviéndose á pasar adelante, temiendo que no se mudase la fortuna, enviaron un Coronel de paz á pedirles se rindiesen; y despues de haberlo realizado el tercio del duque de Alburquerque, al fin, como se veía solo y perdido, se rindió, con pactos en campaña rusa, como si fuera sobre plaza fuerte: solo quedó el desconsuelo de que en esta pérdida y rota, estas reliquias quedaron en poder del enemigo vivas para poderlas esperar despues en el ejército, ó rescatados ó fugitivos: eran estos al pié de más de 3.000 hombres; 1.700 se hallaron despues ó se pudieron juntar en la plaza de armas, escapados con industria. Los dos trozos enteros que estaban á cargo del baron de Bec y conde de Fuensaldaña, de 40.000 hombres, eran de parecer algunos, segun el estado de las cosas, que los metiesen en Cambray y Duay, por ser plazas más fronteras á los franceses, y los que podían ser tentados con la calor de la victoria; pero el Rey difunto y el Richelieu, no fueron tan dichosos, pues vieron la suya del año pasado y no vieron en éste la nuestra: pasaban adelante y decían, que la que habia quedado se fuese metiendo el país adentro para recoger la gente derrotada, y volver á reforzarse para asistir á los intereses, que comenzarian de nuevo los enemigos; siendo muy preciso el no dejar de referir, que nuestro ejército se componia de no más número que de 18.000 hombres, y el del enemigo traía 32.000. Fué grande la pérdida y el destrozo, y sucedió á 23 de Mayo: recibíola el Rey Católico y todo el reino con el corazon que los demas, y los enemigos pasaron adelante á poner sitio á Tiuynvila, en el ducado de Lucentburg. Dicen que el baron de Bec la socorrió, metió gente,

dejan gobernar de los mozos, particularmente entre soldados, aunque sea mejor, no quiso, sino que saliese á pelear el duque de Alburquerque con su caballería contra caballería é infantería del enemigo, dejando en medio nuestros infantes desabriganos de todo. Decía el Duque que jamás habia obedecido de tan mala gana como esta vez, pues no se vió suceso en que estuviese tan adivinado el accidente; pero como la obediencia es ciega, cerró con el enemigo, y habiéndolo, cruzó los primeros batallones, desbizo el reten por nuestro costado y le ganó la retaguardia, que fué causa de salir con la victoria. No quedó grueso de caballería al duque de Alburquerque que no llevase á la cara del enemigo, peleando con él y juntando la gente desbandada para volver á embestir de refoerzo; pero nada de esto aprovechaba con la ventaja que tenía ganada el enemigo. Salió el duque de Alburquerque con una estocada sobre el lado derecho, que pasando coeto y jubon defendió un escapulario de Nuestra Señora del Cármen, y una cuchillada de poca consideracion en el hombro izquierdo. Duró la batalla casi seis horas, peleando siempre con braveson y coraje en todas partes: fué mayor el número de los muertos, sin duda, en el campo de los franceses que en el nuestro: murió el conde de Villalba, que mandaba un tercio de infantería, y el Maese de campo D. Antonio de Belandía; peleando como buenos caballeros y cumpliendo enteramente con las obligaciones de su sangre: quedó preso el conde de Garcies, y su tercio quedó entero; pidiéndole que se rindiese no quiso, volviendo las caras á todas partes que eran acometidos, y eran españoles; y los franceses, por no poner en duda la victoria y que mudase sembrante, como se mudó al principio para nosotros, y respetando y reconociendo la nacion, los ofrecieron cuartel, y capitularon los darian paso, carruaje y bastimentos hasta Fuenterrabía; con que no pelearon, porque todo estaba acabado, y cumpliéndoles lo asentado, vinieron hasta allí. Este tercio se creyó poderle traer este año para la guerra de Cataluña, porque el Rey Católico á la sazón estaba en Zaragoza, y envió órdenes para hacerlo; pero ellos se

bastimentos y pólvora dentro, pero los franceses la apretaban con asaltos.

En este estado estaban las cosas, cuando un Diputado del reino de Aragón vino á la corte á representar al Rey la necesidad que habia de su presencia en aquella parte, porque D. Felipe de Silva representaba no tener gente ni dineros, ni las fuerzas del reino eran bastantes para oponerse al enemigo, que con 8.000 infantes y 2.000 caballos, sino eran tres, inquietaba la ribera de Zinca, pretendia infestar á Barbastro, recorrer todo el condado de Ribagorza hasta los montes, asolar y quemar la tierra. El Rey lo oyó, y dijo iria luego á poner medio en las cosas, á aquietar y sacar de aquel cuidado á los aragoneses, y á proceder contra los Catalanes. Creyeron los franceses que como se pondria el ejército por tierra, se pondria gruesa armada por la mar, y para divertirla solicitaron á los turcos cargasen á Orán, que ellos los socorrieran, metiendo á los portugueses en la alianza, con bajeles y armadas de la una parte y de la otra. Siguiéron los turcos el designio por cobrar las plazas de Africa, y fueron sobre Orán por mar y tierra; ciñéronla y cercáronla, dándola continuos asaltos; pero el marqués del Viso, hijo del marqués de Santa Cruz, que era su Gobernador, la defendia constantemente, y aquella poca milicia de soldados españoles, apostando por mar y por tierra los socorros de navios y de gente que se pudieron. Previendo el Rey este año en Aragón, mantener y conservar y reducir los gastos de tierra, y de mar para ocasion más frecuente, y quizá para el año venidero; porque la flota, aunque se esperaba, no habia venido, y el dinero que se habia tomado y pedido no bastaba, aunque la mitad de los juros parecia posible para muchos, debiase de guardar, como dije, para más árdua ocasion; y resolviendo el Rey su jornada para Aragón, comenzó á disponer las cosas de Castilla para dejarlas en el órden y concierto que era justo, y como lo tenia pensado. No habia, á pesar del mundo, de que el Conde no estaba en su gracia, le veia de noche, porque decian en la corte andaba un duende en Palacio, le escribía y se aconsejaba con él: á esto

decian que no, y daban por causa que no hubiera hecho el Presidente á D. Juan Chumacero de Sotomayor, ni hubiera venido en la disposicion que ya se dejaba sentir de la casa del Príncipe, porque ántes estaba muy de su parecer el ponerle en el cuarto del Rey para que le sirviera sus señalados, y tener él los oficios mayores, para nunca desasirse de la potestad y de el gobierno de Palacio, que un Príncipe, jurado de Castilla, parecia novedad singular y jamas vista, como tambien alargado el ponerle la casa desde la edad de 14 hasta cerca de la de 14, por no sacársele á la Condesa, sino que se le tuviese allí, industriándole para los años mayores, y ocupase su gracia y su albedrío; y tambien, que no hubiera él dado los oficios mayores á quien los dió el Rey. Si de su consejo no lo sabemos, solo sé que pretendió ponerle todos los criados sin sospecha de vicio público; y el Rey D. Felipe II puso la casa, el tercero para el cuarto; pero como el principal, teniendo el gobierno, era la novedad, no faltó aquí; si bien el Rey lo impugnó, y á un papel de un favorecido suyo, que mirando por ambas conservaciones se le introdujo al Ministro y él no lo desfavoreció, porque hasta el ser Sumiller de Corps del Infante D. Fernando lo apeteció, lo asió y lo tomó; previniendo reparos á todos trances y á todos accidentes, que era su mayor consejo y desvelo: mas esta novedad paró aquí, y quedó cortada como las otras. Hizo el Rey, poco ántes de poner la casa, ayó del Príncipe al marqués de Miravel, de la casa de las Navas; y entre estos lancos y entre varios papeles, cartas y otros escritos que le daban contra el retirado, despartió el uno, que dado á la prensa corrió la corte, y vino á manos del Rey, sin querer tomar consejo de el que le dijo, pidiéndole el hombre que le diese, y respondiéndolo que no lo haria, ni que él lo hiciese, tocado más de codicia que de razon y celo, porque decia que de él habia procedido reformar las juntas, en que el Rey habia ahorrado grandes sumas de los oficios expulsos, y que habia nacido de su arbitrio, y queria que se lo pagasen; y sucedióle lo que al perro que cuenta la fábula, que enseña la prudencia, que llevaba el pe-

dazo de carne en la boca, y pasando por la puentecilla de un río, y asomándose y viéndose allí otro perro y la carne, lo irracional lo arrojó á la codicia, y soltando lo que llevaba se echó al agua, y pensando haber más se quedó sin nada. Digo lo porque le había dado el Consejo una comisión de explorar tierras en Andalucía, y como José Gonzalez no faltó en el Consejo, salió á la causa, y por ésta y por otra parte le quitaron la comisión. El papel era libre, lo decía todo, y quien tuviese noticia de estos años postreros, no tiene más que saber; pero para venir al caso, es menester señalar algunos puntos. Lo primero, la culpa de grave y de terrible, de tributador y de las demas cosas infelices de nuestro estado; que había oprimido á cierto Virrey de Nápoles, que había cargado demasiado á los Grandes para desbaccellos y amiguitarlos, y ser dueño de la suprema potestad. Parece que aunque retirado, y que no queria oír ni saber nada, no debía de haber perdido aún todavía los ventores, ni dejado tan libre á la correspondencia que no le avisasen de todo y de lo que él queria; y el papel llegó á sus manos, de donde le dió gana de descargarse y de responder. Si como decian, era verdad que para oír esto se había retirado y sacado el cuerpo del gobierno, para satisfacer en esta era, (con todo eso Dios nos libre de otra, que como no escapó de retirado como el otro, tampoco podrá librarse de la residencia, como él no la reservó á los otros); pudo suceder aquí una grande desgracia y verse el final suyo, si el Rey, con su prudencia y vigilancia de los suyos no lo remediaran: y tentó el diablo de responder al papel, cosa que no maravilló mucho de tan grandes hombres y de tantas letras, que hiciesen caso de cosa semejante, y de tan mal papel, no que decía mal, que si ya lo dijera bien se podía salir á la respuesta; pero no, sino que el papel era malo, y no de hombre de prendas ni de ingenio. Finalmente, se encerró con Francisco de Rioja y con el padre Ripalda, de la Compañía de Jesús, que estos dos hombres había llevado para alivio de su vida y de su conciencia, y fraguaron un papelon temerario; lo imprimieron y dejaron correr, si bien con riesgo de algunos

que andovieron en la manufactura. Cargáronle de muchas cosas, y como los dos eran letrados de mucha escritura y teología, acumulando los trabajos á la influencia de las estrellas, ó lo voluble y mudable de los tiempos, ántes que al gobierno, ni á la falta de atención y prudencia; trajo ejemplo á las otras monarquías, y confesó haber querido gobernar el reino, ni á la falta de atención y prudencia, por unas leyes, haber sido necesarias las guerras y con ellas los tributos; y apretó con sucesos presentes, para que no se espantasen de los vistos, el haberse visto un Emperador de los turcos arrastrado en Constantinopla por los suyos, y otras muchas cosas sucedidas en Oriente, así de guerras como de Príncipes de puestos. Dijo del Virrey de Nápoles, que si le había apretado, había sido para castigar desórdenes y novedades, y asegurar á los demas en ejemplo. Con que el duque de Osuna, que había poco que había venido á la corte, comenzó á alterarse y á querer defender á su padre. Y dijo de otro, que si se había retirado infamemente de Barcelona, que qué culpa tenía él; y dijo de los Grandes, (que aquí fué donde se incoadió el fuego de los que estaban en Madrid) que si los había tributado era porque no hiciesen guerra al Rey: y salió luego á dorar la reciente calumnia de la omisión de Lérida, que si no había convenido pelear, que por qué se había de haber pelando; pretendiendo cimentarse cuanto podía, y hablando con aquel desuello que le dió el lugar, y con aquel natural excepto, y libre, y más como si estuviera en el teatro público que retirado. Publicóse el papel, y cuando llegaron los Grandes á leer su partida, comenzaron á enfurecerse y á prorrumpir en cólera, diciendo que en qué flaqueza los habían hallado para aplicarles tan inícuo remedio; que era traza suya, y para cubrir su malicia querer simular sus intentos con demostraciones falsas, de qué se había visto en ellos ni en su sangre para imponerles semejante calumnia; que cuándo los había visto más fieles, más leales, ni más sufridos, á cuánto á él se le había antojado, por hacerlo con órdenes del Rey.

Juntóronse todos, y fueron á hablarle, suplicándole vol-



con buena esperanza de salud: solo al autor del primero, que si bien se dió la negativa, y que le habia hecho un hijo suyo, fraile, le cebaron á Orán; pero el Fiscal de la Inquisicion no quiso que el papel corriese debalde, porque pusieron en censura los lugares de la Escritura Sagrada, y que no se ajustaban bien ni eran traídos á propósito, de que hizo una petición; pero mandáronla recoger, y que se recogiese el papel, porque el Inquisidor, ya que no habia comenzado, no queria acabar mordiéndolo, y aún estaba allí todavia el agradecimiento del padre Salazar, Inquisidor de aquel Supremo Consejo. Mas á esta hora, dicen tenia ganado el Conde el poder volver á vivir á las casas del duque de Uceda; la manera y forma nos la dijeron, pero quien tenia ganado aquel salto, con facilidad diera el otro estando tan cerca; con que no creian nada, sino que todo era ficcion. Pero esto hubo de parar por su miedo y por la prudencia del Rey, porque habiendo de salir de Madrid, y estando tan cerca y desnudo de validos, quedándose hizo reparo, y le hicieron los de la otra parte, no se encendiéndose algun fuego que parase en tumulto y acometiesen á matarle; para lo cual, ó lo pidió él, ó se lo concedieron en demostracion de despego, que se retirase más, y escogiendo á Castilla la Vieja, y proponiéndole para su comodidad los lugares de Toral, Grajal ó Toro, escogió á éste por tener allí una casa. El marqués de Alcañices sospechó que mandó el Rey al duque del Infantado y al de Medinaçeli, que se quietasen en esto caso, callasen y lo deixasen y lo dijiesen á los demas; con que el hombre dejó á Locches y salió. Mandó el Rey sacar de la prision al marqués de Villafraanca, que estaba en la fortaleza de Odon; salió y vino á Palacio, besóle la mano y refirió sus servicios, y dijo se le habian hecho mil desafueros á él y á su casa, y que su Majestad debia darle satisfaccion: él dijo que los desbarria todos. Envióle al cargo de las galeras de España, que previniese las armadas, así de navios como de galeras, para el socorro de Orán, y para las otras ocurrencias del mar de España; pero esto tíciamente, sin hacer mayor bulto ni más gastos que los ordinarios. Y pareciendo tiempo

viése por su lealtad y castigase el autor de aquel papel y la ruin presunción que de ellos se habia tenido, y que se pusiese por escrito lo que no cabia en los Grandes de Castilla, aunque les hubiera quitado sus haciendas y asolado sus casas, como lo habia hecho en el servicio de su Majestad: dijoles que se quietasen y que lo haria. Eran los principales á esta querella, el duque del Infantado; el duque de Osona, por su padre, sobre que habló muchas veces al Rey; el duque de Medinaçeli; el conde de Lemus, y el atizador y Capitan el duque de Híjar. Prendiendo vengar allí los desaires que se habian hecho con su padre y con él, en algunos escritos que habian corrido por la corte, mandados hacer con libertad poderosa por sospechas de otros, porque se evigó la junta poderosa para la sospecha de las sátiras, invocaban á otros Grandes para la satisfaccion: escribieron al duque de Alba, y rechazólos diciendo no tocaba nada de aquello á la lealtad de su casa, que ántes ayudaria á volver á poner al Conde en su lugar, ántes que derribarle: dicen que quisieron ir á quemarle la casa, y que lo estorbó el conde de Lemus. Prendieron al autor de el primer papel, y quisieron en pesquisa el autor ó los autores del otro; pero contra los verdaderos no se movió una hoja: acomuláronlo á un clérigo, y prendiéronlo, porque baticese allí la furia obrando el poder, que aunque retirado, no del todo, hacia sus diligencias D. Luis de Haro, la parentela y beneficiados, por recoger el papel y aplacar la ira de los señores, que no cesaban de pedir al Rey castigo y enmienda de lo dicho: mas ellos dicen que le respondieron en otro, ó en otros, muy erudamente, porque no se oia otra cosa, ántes y despues, sino sátiras, y todas venian á dar á manos del Rey, contra el retirado, por herirlo y satisfacerse de las heridas. Preguntaron por el impresor, y dieron con él, y pidiéndole la licencia de imprimir, dijo que no lo habia querido hacer, y que se lo habia mandado un Alcalde, hermano de Lezama: fué detenido el Alcalde algunos dias, pero luego fué suelto. Prendieron á un Domingo de Herrera, botiller del Conde, que habia andado en la impresion y en el repartir de los papeles; pero todos

de resurrección, salió de las prisiones donde estaba, en Leon, D. Francisco de Quevedo, el Inquisidor Alan de la Parra, volvió á Palacio D. Tomás de la Baña, ayuda de cámara del Rey, y el Maestro mayor Juan Gomez de Mora, que habian sido coheados por razones del poderoso, y vinieron llamados á la corte para destruir vicios y residencias, ladrones, y visitar Consejos, particularmente el de Hacienda, D. Diego de Arce y Reinoso, obispo de Plasencia, y para Inquisidor general, porque el Sotomayor estaba muy viejo y no para jornadas, sino para la postera. Quién dice que él hacia dejacion confesándose incapaz, y otros, que se lo persuadieron, y que el Obispo copezó á inquirir cierta materia, en que el escrúpulo persistia si habia habido omision y el favor lo habia atropellado todo; y el otro, D. Diego de Riaño, Presidente de Valladolid, para Comisario de las Bulas, que ambos á dos habian sido ántes del Consejo, y poco afectos á materias que no eran justas, porque fueron promovidos á Prelado el uno de estos y el otro á Presidente de Valladolid: restituciones y venidas de varones grandes á la corte, para reformacion de costumbres, querian que fuese cierta su retirada, porque todo esto era contra su parecer y dictámen, y apretaban que él no lo hubiera hecho; y nombró para su confesor al padre maestro fray Juan de Santo Tomás, religioso de virtud y buenas letras; y como se iban trayendo á unos, se pretendia expulsar á otros. Y ántes de partir, á 21 de Junio, quiso dejar puesta la casa al Príncipe D. Baltasar Carlos, su hijo, y siendo aquel dia domingo, á las nueve de la noche, le bajó al cuarto que está sobre el jardinillo, fábrica del Rey D. Felipe II, su bisabuelo, que ántes habia sido vivienda del Infante D. Fernando de Borja, y por Caballero mayor á D. Luis de Haro, y por Gentiles-hombres de la Cámara, al conde de Coruña, al de Alba de Liste, al marqués de Orani, que lo habia sido del Infante D. Fernando, al de el Viso, hijo del marqués de Santa Cruz, que á esta sazón estaba defendiendo á Orán, al marqués de Flores de Avila, á D. Diego Sarmiento, hijo de la condesa de Salvatierra y yerno de D. Juan de Isasi, maestro del Príncipe,

remunerando de aquí ambos servicios, el de Teniente de Ayo y el de Maestro; y D. Vespesiano Gonzaga, hijo del duque de Guartala, en estado de Milan; un Secretario de cámara, cinco ayudas y un guarda ropa, y los demas Oficiales de boca, los que ántes le servian de la casa de la Reina, ocupando algunos ayudas de cámara entre los electos que acababan de llegar de Flandes, del Infante; providencia del Príncipe prudente y amador de la justicia: todos, así señores como las demas personas de virtud, de buen seso y costumbres.

Socorrióse á Orán, y á esta hora se recobró á Tortona, en el estado de Milan; pero el Príncipe Tomás volvió con armas otra vez al estado, dió vista á Alejandria de la Palla y á otros lugares, y no pudiendo hacer nada, rebatido de nuestra gente, no parando, quiso ver si podia hacer algo en Berceci, y de todo esto salió sin fruto. Los Príncipes de la liga se armaban contra el Papa, y se habian arrinado al de Parma y Módena la Señoría de Venecia y el Gran duque de Toscana, porque ademas de decir estos dos, le querian quitar al uno el condado de Castro, y al otro la ciudad de Camagio y otros lugares en el ducado de Ferrara, los venecianos pedian al Poletino, tambien sobre el Ferrarés, en el conlin de la Señoría, y el duque de Florencia decia le tocaba y era suyo, el ducado de Urbino. Para esto se hacian de todas partes gruesas levas de gente, y áun se decia que habia de ser mal ejemplo para otros, y que España debia de ser la delincuyente. Estaba ya en Milan el marqués de Velada, atento á todos los de Saboya y á los de la liga; á aquellos para combatirlos y á estos, no me atreveré á decir con qué rostro, si neutral ó secreto; porque la guerra no era contra la Iglesia, y el Papa no era afecto, y el Rey Católico no estaba obligado por el feudo del reino de Nápoles á ocurrirle con armas, porque no reza el establecimiento, sino que habia de ser en caso que la Iglesia padeciera ruina por la herejía ó por otra secta, porque esto era por diferencia de estados y pueblos de confines, á que los Pontífices deben de estar á derecho y someterse á la justicia, que están en lugar de Dios; y no le convenia al Rey Católico, por las muchas guerras que

le rodeaban y que le habían ocasionado parcialidades, entrometirse en ir en contra toda Italia, cuando le habían sacado de las manos al Príncipe Tomás; y quizá por esto se reconocían en Urbano VIII diferentes pretextos y aficiones de sangre en el reino de Nápoles, queriendo valer y pagarle la obra al francés en el ducado de Milán, á que los Potentados de Italia querían salir debajo de su razon y derechos á resarcirles los bríos, porque lo demas era querer encenderles en largas y prolijas guerras: y en cuanto quiera que no sean de todo punto muy afectos á los españoles, pero de ninguna manera franceses, ni los querían ver en Italia, ni dominar en ella, aunque en nuestra era se nos ha encuadrado alguno, que luego volvió, como fué el duque de Parma, aborreciendo la fealdad de su correspondencia; y por esto, ó por lo que ellos declararon, tomaron las armas, y el Pontífice ponía en campo las suyas, y para haber dineros y los oficios de estos, y venderlos para proseguir, hizo Cardenales á Mancirolo, á Jaquineti, que habían sido Nuncios en España, á Grimaldo, á Matés, á Zeba, á Jobio, á Polo, á Falconieri, á Valtieri, á Rosci, á Tedolo, á Paciolo, á Dongo, á Andavino, á Cataguli; todos, ó los más de ellos, hombres de poca cuenta, parte criados y parte allegados, por crecer en lo adelante la facción del sobrino, el Cardenal Francisco y los demas, sin dar ningun capelo á los Principes de la Europa; si bien decia había reservado á este fin algunos secretos. Mas tambien decian, que era para que tuviese séquito el sobrino despues de sus dias, y arribase á la Silla pontifical y hacedla hereditaria; y así lo decian al remedio, y no deja de ser lícito; (cosa notable, que se oigan semejantes novedades en nuestro siglo, y que no esté libro de ellas la Silla de San Pedro, y que la codicia y la corrupcion de los hombres sea tal, que todo lo pretendian guiar humano y á su designio, y que se pongan autos y astucias á la dignidad Pontifical y al libre derecho de la Iglesia y de los votos secretos que han de emanar del Espíritu Santo). Mas esta vez, decian, había hecho esta eleccion, por vender los oficios de estos que eran de la Curia romana, en grandes sumas; y hacerse guet-

tero. Juntáronse las gentes de una parte y de otra, y fueron vencidos los de el Papa en las tierras de la Iglesia, con grave daño y mengua de aquel Estado, en que todas las cosas, en una parte y otra, por achaque de las cabezas, no parece sino que caducaban, y solos los franceses arribaban y se mantenían en la gloria militar. No daban orejas á la paz ni á otro tratado de concordia, ni la esperaba España, ni Alemania, ni Flandes, porque todos seguían aquel ruubo, y los levantamientos y las connoçiones las pretendían asegurar allí y llevarlas adelante; y en Italia, de la misma manera, no se daba puerto á la esperanza del sosiego, y toda la Europa hervía en rencillas, en desolaciones de pueblos, y en derramamientos de sangre de gentes, y todo era insidias en las cuatro partes del mundo.

Los franceses, con 8.000 infantes y 3.000 caballos, á esta hora, se arrimaron á las riberas de Cinca, poniendo cuidado á Barbastro, á Zaragoza y áun á todo el reino, pero Mos de la Mota penetró por el condado de Rivagorza, quemó y robó á Estadilla, y á otros lugares que le habían quedado al marqués de Aitona, despues de haber perçido aquel estado y quanto tenia á manos de franceses y catalanes, sin haberlo quedado aun para su sustento ordinario; corriendo la ira de los tiempos y la fortuna de los ricos hombres de Portugal y Cataluña, de tal suerte, que en tres años, y desde el fin del 40 á éste, se vieron señores y con hacienda, y hoy sin nada, pasando la miseria de un escudero: los altos bajan y los bajos suben por medio de favor, y así rueda esta máquina sin parar hasta consumir los hombres en tropiezos y agonias, si no es aquellos que ponen sus pensamientos en la eternidad. El Rey, con los movimientos del francés, disponia su jornada para Aragon, y asegurar con su presencia aquel reino, y á este blecer y afirmar á Zaragoza, no fluctuase con el ruido. Prosigió Mota, y subió á Benabarre, y falsamente concertó el pillaje y el no ser saqueada en mil reales de á ocho: cogió parte, y parte le señalaron para cierto plazo, y porque esto último parece era dificultoso de sacar, por la cortedad de la

tierra y por su natural, que no obedece más razón con la costumbre ordinaria de no guardar palabra, la quemó, y prosiguió haciendo mala guerra en otras desolaciones y extragos. D. Felipe de Silva, con 5.000 infantes y 2.500 caballos, inferior número al de el enemigo, con pocas pagas y corto bastimento, sin moverse el reino á mirar por su salud, por la de sus mujeres, hijos y haciendas, cosa digna de reparo en un Rey no tan lustroso, y de gente que en las ocasiones antiguas mostraron su valor é hicieron hechos dignos de memoria, como lo muestran sus anales; ahora, acobardados de unos pocos franceses, y esos de los más viles de su milicia, como la infantería, y apenas algun ardor en la gente de á caballo, ocupados del miedo, sin tomar una pica ni un mosquete, no salian á la campaña, aborrecian la guerra y decian la sacasen de allí, y no eran, siendo la cabeza de los Reyes, para salir á la causa del Rey, á desterrar á los enemigos y á castigar á los catalanes, á defender su tierra, ántes no ayudando á nada, sino con 500 hombres, mudados cada mes; y esos, si les decía D. Felipe de Silva pasasen á Cataluña á hacer algun esfuerzo y á juntar con la gente de Castilla para obrar algo en pro de ellos mismos; respondian, que no venian más de para guardar la tierra, y esto no más que por los males que el Rey no estaba en en el reino; que entrando, luego cesaba su viaje: de suerte que procedian como muertos, sin afición, y como muertos y sin alientos en el servicio del Rey, y les era pesado cualquier movimiento militar, los alojamientos y el paso de la gente; de suerte que ni áun los criados del Rey los podian ver, que venian á guardar la casa, les traian el dinero y los soldados; y eran ásperos y desapacibles en el hospedaje, de ningún cariño ni urbanidad, mal atendidos al obsequio y á la natural cortesía de los criados del Rey. Finalmente, D. Felipe de Silva, con la gente referida, puso parte en los esguazos de aquel rio para impedir á los franceses el paso; pero la opinion más verosímil era querer recaer sobre Fraga ó Tarragona y cargar la una ó la otra, y, consejida alguna, asegurarse en puestos, ver y esperar de lejos la

venida del Rey, de quien discurría la seguiría otra, é iria mucha gente castellana forastera; y por no poner la gente á la fortuna de D. Felipe de Silva, que le habia llegado gente valona á Vinaroz, la esperaba de Italia, de Navarra y de las otras partes del Reino. Pero sin embargo, el Mota, tan alentado, que se dejó decir que habia de pasar á Zaragoza á desalojar al Rey, reforzar á Monzon, y se arrimó á Lérida á esperar nuestros designios. Y accreándose la hora de partir el Rey y concluir las cosas que tenia pensadas acerca del Gobierno y de ministros, y á acabar de desnudarle de aquellos de quien le habia fiado, y darle otra forma, volvió á llamar á Andrés de Rozas, Secretario de Estado, y para en su ausencia y enfermedad á D. Fernando Ruiz de Contreras, que lo era de Guerra de tierra, y al uno dió el despacho de Consultor de mercedes, que tenia D. Jerónimo de Villanueva, apeándose tambien del oficio de Protonotario, por no llevarle á la jornada y ver si podia con esto mejorar en la pasión á catalanes, valencianos y aragoneses, y poder acabar alguna concordia y afición con aquellos y con estos, y entrar con algun medio, y por lo ménos hacer todo lo posible de su parte y poner en tranquilidad y sosiego aquella parte, y todo lo de prudencia, para atraerlos y poner en tranquilidad y sosiego aquella parte; porque de la otra ya se habia retirado á Diego Suarez, Secretario del Estado de Portugal, que ya estaba en todo bajo la fortuna y necesidad, corriendo la miserable de los caidos, y poner los ojos en la otra y allanarla. Pero unos de aquella, y los otros de estotra, descengañaban y decian que no habia que tratar, que no los habian de llevar por ahí, que era todo traza é inventiva para cogernos, y que ya venian tarde los remedios, que unos estaban maltratados y otros los habian dejado fallidos y que ya estaban arrestados; y todo era que los delitos de algunos con la ayuda y persuasión de franceses y su tiranía tenia oprimidos á los demas; que en ambas naciones habia muchos aficionados al Rey y estaban de su parte, y esperaban que su mano los librase de los malos. Dió al otro los papeles de la correspondencia secreta y militar de todos los Príncipes alta-

dos á la Corona, que tenia el secretario Carrero, que acababa de empuñar la de gracia, del Consejo de Cámara de Castilla. Debíó de haber poca verdad en ésto, y al disfrazar los despechos que venian de fuerza, se debian de torcer algunas palabras que no armaban bien á la seguridad de su dueño, por- que se quejaban en Alemania el Emperador y sus correspondientes, en Flandes el Infante, y la Princesa de Mantua en Portugal, y en otras partes, que no los respondian derechamente, con que se introducian al Rey algunas cosas secretas dirigidas por personas particulares que avisaban de ello; y de aquí se sacaba que era todo confusion y no se acertaba en nada, y luego se pretendia paliar con remedios y trazas siniestras para conservarse; y fué milagro que durase tanto, y asi decian que habia sido largo el engaño, y que era menester mucho tiempo para enmendar el Estado y volverle á poner en su lugar, en el resplandor y respeto que ántes tenia, y en aquel decoro y estimacion y en el concepto de los amigos y de los enemigos (hágalo Dios); y en el otro grande libertad y desembarazo en las mercedes, y en su distribucion, en el dar y pedir para sí, para sus parientes, amigos y allegados: y así, puso el Rey punto en esto y en todo, tomándolo para sí, y fiándolo de hombres que no tirasen tanto del otra parte, y que fuese el primero en el dar y en saber las materias, llevándolas hacia sí, más que hacia el bien comun y á lo que pedia la gloria de la Monarquía. Dicen que dijeron á Carrero que podía entrar en el cuarto de Su Majestad como Ayuda de cámara; mas otros, que preguntó si como tal lo podía hacer é ir á la jornada; y que fué al cuarto de la Condessa, y que le dijo que no tenia para qué entrar allí, que no habia menester Secretario: ultimamente, él se quedó, como el Protonotario; se fué y se encerró en su casa, y desde aquel dia no entró más en Palacio. Echaron al secretario Navarrete: á éste no se sabe por qué, sino es por sobrado; y así quedáramos todos como ellos quedaron, despues de las fatigas del servicio, de guardas y de semanas, y de subir viandas; porque á estos aún no les era dado ni permitido sino comer el

pan con sudor, y ese limitado, por que el Villanueva quedó con la parto de papeles de Estado que le tocaba, y el oficio de Protonotario para su sobrino, niño, que tenia en su casa, hijo del Justicia de Aragon, su hermano; y entretanto que tenía edad para servirle, depositado en Pedro de Villanueva, y en recompensa de lo dejado, plaza del Consejo de Indias, y mucho dinero y muchas riquezas; y el Carrero, con la Secretaría que se ha dicho, la mejor que el Rey provee, de 6.000 ducados de renta de gñjes, y el otro con una Secretaría de Indias. Pero al fin, el que trazó de echar á los otros salió echado, y el que amenazaba la salida de los que estaban sirviendo, salió; y los que andaban siempre emulando los que estaban sirviendo, y proponian por sus miedos el arrojarlos, salieron; y el que perseguia los otros papeles y desterraba los hombres, huyó del suyo; y el que amedrentaba, y suponía causas á los otros, y decia que para destruirlos eran amigos de la verdad, y no venian en todos sus antojos y en conceder lo que era injusto, y que se los estaba haciendo una causa, salió de la suya. ¡Oh, inmensa voz de Dios, y cómo reconocen la fé y las potencias que eres evangélica y verdadera: con la vara que midieres serás medido! Echó el Rey de la galoría del Cierzo toda aquella tropa de Secretarios y Oficiales; y, reducidos á pocos, la puso en la torre que en Palacio llaman del Rey de Francia, con la comunicacion, por el segundo patio, hacia el bureo, recayendo allí los pretendientes, porque por la sala del cuerpo de guardia, donde se mandaban, habia mucho ruido y poco desembarazo: cuando salia á la Capilla y antecámara y otras piezas, no se limpiaban de gento, habia poca seguridad y entraban algunas donde no habian de entrar. Oia á cualquier hora á los Señores, á los Ministros y á otras personas particulares que le querian hablar, mas de la audiencia ordinaria que habia ántes, que solo era para pasar á la otra <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Esto se lo dijo por entónces, y despues pareció lo contrario como se hizo. Fué porque Fray Antonio de Solomayor pidió que se mirase por su honor, y dejáronle con las Indias.

españoles y almanes, y la de Archeros, porque dijeron en Zaragoza, acordándose del ruido impertinente del año pasado, que eran pocos y bien avenidos: finalmente, parecía jornada prudente y que la había escuchado de su padre y de su abuelo. Visitó en Agréda una religiosa de mucha virtud, y entró en Tarazona, sábado, 11 de Julio, y aposentóse en las casas del Obispo: buen lugar y puesto en alto, y parte en lo bajo, fresco y para resistir el rigor de los caniculares, como se lo habían dicho al Rey; mirando en esto y parando en esto el juicio, como se debe á su salud, la gente aragonesa, y muy recatada en el hospedaje, si bien nos decían, como despues en otra parte, que se le pagasen, no queriendo recibir, pensando que con la gente venian los diablos, sin reconocer la diferencia que hay de criados del Rey á soldados de milicia, de que toda la tierra estaba exasperada. Basó la mano la Ciudad al Rey, y ofrecióle gente y donario, porque el Obispo, que había sido Presidente, aún no había llegado, y esperaba las Bulas junto á Madrid. Abundante de agua, de buenas y fértiles campiñas, puesto á cuatro leguas del nombrado Moncayo; y verdaderamente, ántes de llegar allí, con dos jornadas, y el tiempo que estuvimos no se sintió el calor, corriendo aires muy frescos: sale debajo del monte, donde está puesto parte del lugar, por una abertura, tan gran cantidad de agua, que es maravilla, y hace un riachuelo muy corriente y claro: los naturales, así antiguos como modernos, han pretendido investigar su nacimiento, y oscuramente y sin origen, dicen que viene de muy léjos y de una cierta laguna; mas, á mi parecer, y por lo que pudo discuirir, llegué á entender que era nacimiento de agua potable, porque hice reparo que el monte se componia de guijas y de arena, argumento claro del discurso, porque en semejantes partes se halla mejor el agua que en otros terrenos: al ménos así lo fundan los que escriben de cosas naturales; porque si fuera de laguna, en corriente tan grande y tan continuo, y en el verano con el calor, la sequedad y falta de lluvias, fuera cierto agotarse; y en Castilla no hay laguna, de la Fonfrida acá, de

Despidióse el confesor Fray Lorenzo de Sotomayor, entrando en su lugar el referido, renunciando los dos oficios de la Inquisicion y el de Comisario general de las Bulas en los dos que habernos señalado, que ya estaban en la corte, para reconocer y espurgar excesos, contraidos en el espacio de veintinueve ó veintidos años que el Ministro había gobernado.

Salió el Rey de Madrid, miércoles, 4.º de Julio de este año, por la tarde, con lo recio de los calores: fué á dormir á Alcalá de Henares: estuvo allí el otro dia encomendando á Dios sus cosas, y á los Santos; y el viérnes siguió el camino de Tarazona, no caminando más que la jornada de la mañana: traza de mucho alivio para los que le seguian, por ser el tiempo y el sol muy terrible, no llevando más que los de su Cámara, y los tres Condes del Consejo de Estado, el de Oñate, el de Monterey y el de Chinchon, con quien por momentos confería y se aconsejaba de lo que podia hacer, porque ya sabía, aunque ya se lo habían dicho, y D. Felipe de Silva no le había llamado, que había salido tarde, no traia dineros ni soldados: descargábase con que no había llegado la flota; callábase lo pedido y lo tomado. En efecto no se había hecho más; había salido tarde: ofreció volver, como lo había hecho el año pasado; salió quando pudo, esperando algun tratado de paz con Francia por la muerte de aquel Rey y confidente, á poner el hombro al reino de Aragon, y á quitar el susto á los de Zaragoza, y ver si desnudo de adiciones y de privados, podia allanar algo en Cataluña y desterrar los franceses. Llegaba, sin embargo, cuatro Gentiles-hombres de la boca, dos Caballeros; á Andrés de Rozas y á D. Fernando de Contreras por Secretarios; á Lezama y á Legarda por Oficiales, y algunos ó dos más, sin tanto ruido de Ministros, coches y literas como el año pasado; ni tantas hechuras ni allegados impertinentes, para quien era todo y no bastaban los mantenimientos. Al conde de Peñaranda, del Consejo de Cámara y Estado de Castilla, para las cosas de justicia; un Alcalde de Corte para proveer lo necesario, allanar los caminos, y ejecutarla; los oficios de la Casa, los precisos, y dos escuadras de soldados

tanto nombre, y ésta era menester que fuera del lago de Como y de las leguas de San Gotardo, de donde nace el Rhin, ó de las demas de tierras y montañas de esguizaros. Á el que lo viere no le parecerá inútil el discurso, porque á mí me admiró mucho y á todos los que lo vieron, y aún á los naturales era cada día de admiracion. Estuvo allí el Rey ocho dias visitando el templo mayor y otros, particularmente un convento que está dos leguas de allí, de frailes Bernardos, entierro de los duques de Villahermosa, Casa-Real, y otras grutas admirables compuestas de la Naturaleza, de piedras y aguas despeñadas, origen de la vecindad del Moncayo y de su gran aspereza. Pareciéndole al Rey que aquel no era puesto á propósito para lo que habia venido, y que desde allí no se podia hacer nada, y que estaba muy apartado del ejército para saber, entender y ordenar, y que desde allí no habia de poder hacer salir la gente de Castilla si no le veian más dentro; perseverando en la tema del año pasado, se arrojó á Zaragoza, como lugar más fejitimo y natural, demás de que la Ciudad hacia sus instancias, y él lo reconocia, porque estaba á doce leguas de ella y de lo preciso, y del ejército á cerca de treinta; lugar más remoto, aunque saludable todo lo que convenia, y porque descaba esta vez acertar algo por su cabeza y por la de aquellos que habia escogido para esta expedicion, porque no queria volver á Castilla como el año pasado, ántes no partir sin hacer algo, amenazando que el año siguiente les seria su golpe tremendo á cualquiera confiado, y peligroso á los más constanticos.

Partió de Tarazona, sábado, 48 de Julio, pesando ya á los ciudadanos de la partida, porque tambien querian vender sus mantenimientos y ropa; porque conocido el buen trato de los huéspedes, estaban ya bien hallados con ellos. El domingo siguiente, 19, por la tarde, entró en Zaragoza y se aposentó en las casas Arzobispales: fuéronle á besar la mano el Gobernador, el Justicia, Ciudad y Jurados, la Iglesia, la Inquisicion y todos los demás á quien toca esta ceremonia; pero los ciudadanos no querian hospedar ni recibir en sus casas á los foras-

teros. Decian que no se los habian pagado el año pasado, y que ahora, si entraban en ellas, las habian de pagar. Lo mismo pidieron los catalanes el año de las Córtes á los que habian aposentado, y de su misma Ciudad á los Cortesanos, y se lo hicieron pagar por justicia, alegando que era derecho de sus fuegiga, y así, veníamos, desde que ontráramos en el Reino esta vez, la otra y todas, sufriendo lo amargo y civil de su condicion: mas al fin entramos. Solo uno de los nuestros no querian por ningun caso recibir ni aposentar, y lo traían peregrinando por muchas casas sin hallar ninguna donde acogerse, y con palabras muy rigurosas que le traían muy desabrido y le hacian desatinar (así es el mundo y la naturaleza de los tiempos). Fué á besarle la mano al Rey el Cardenal Tiburcio, Virey de Aragon. Tratóse luego al punto de lo que se habia de hacer, y convocar de Castilla la gente que se pudiese y la levantada: ésta era poca, y por lo que decia D. Felipe Silva, que los que por una parte entraban salian de su suerte, que el ejército no tenia la forma ni el sér que quisiera, aunque cada dia lo iban llegando compañías de caballos y de infantes. Lo mismo sucedia en el ejército francés, que con la venida del Rey enviaron á Mota mucha infantería, desnuda y rota, pero sin dinero alguno, y desauciendo de él, ántes que el Principado cuidase de el ejército, pagas y bastimentos, pero ellos se hacian soldados y acudian cortamente, porque la tierra estaba muy alcanzada y desprovocida, encareciendo, que una anega de trigo valia 20 escudos; con que los soldados, astrosos y sin armas, pasaban á Cíncu, y se venian á D. Felipe de Silva, y le podian pasaporte, y con un pan de municion caminaban á bandadas á Zaragoza por el real de á ocho: artificio y traza que se habia tomado, con que lo sangraban las fuerzas. El Mota, despues de haber robado el condado de Rivagorza, se arrimó á Lérida y á los lugares de su contorno, como á alojar y

1 D. Enrique de Guzman, cognominado el Julian, que este año de 646, que corrigimos la letra, acabó con la vida, con su fortuna é infortunios.

estar á la mira de nuestros designios, con 6.000 infantes y 3.000 caballos; pero el marqués de Mortara, á 24 de Julio, viénes, á las tres horas de la tarde, partió de Fraga con su caballería, vispera de nuestro patron Santiago, con intento de buscar al enemigo: llegó al esguazo de Segre á media hora de noche, y halló que era dificultoso de pasar por venir grande y crecido y ser el esguazo malo; con todo eso, resolvió de pasarlo, y lo hizo animando á la gente, aunque se ahogó el Capitan de caballos Martin Simon y cuatro soldados, teniendo á milagro el haber vadeado los demas, sin otro riesgo en tanto número de gente, por ser de noche: acabó de esguazar á las diez, y habiendo tenido aviso por unos catalanes que prendieron, que en las huertas de Lérida, junto á Villanoveta, habia algunos regimientos de infantería francesa, y en las Verjas y en sus cánones la mayor parte de la caballería, resolvió, con el parecer de los Tenientes generales y Comisarios, el ir á romper por el cuartel de la caballería de las Verjas. Estando para marchar, le pareció á D. Alvaro de Quiñones que era tarde y que llegarían de día y no se haría nada, porque serian descubiertos, y que el lugar era ya cerrado: al Marqués le pareció lo mismo, y tambien se consideró que los demas cuarteles de caballería acudirian al tocar arma, y la infantería, que estaba junto á Lérida, se podría poner con mucho tiempo á impedirles, despues del esguazo, dado que saliesen bien de la refriega, y dejarles cortados. Volviendo, pues, á tomar consejo, pareció ir la vuelta de Lérida y atacar la infantería que estaba refrescando en las huertas, con 500 caballos, y con lo demas estar firme, en paraje que diese calor, y atender á resistir la caballería si montase a oposito, al encuentro y á la refriega á defenderla: dióse parte de esto á D. Fernando de Tejada, que le pareció lo mismo; y viendo el Marqués la conformidad, se resolvió á la ejecucion, enviando para ello, con 500 caballos, al Comisario general Roque de Matamoros, con Capitanes y Oficiales de mucho valor y consideracion, y con el resto de la caballería fué dando calor y se puso en puesto que pudiese asistir á la faccion y

mirar cuidadoso del socorro que podia venir del enemigo, para repararse de cualquier revés de fortuna. Hallaron los 500 caballos acuartelados, á los que buscaban, y la infantería toda fuera de las huertas, sin embargo, pasaron de 4.500 los muertos y heridos á estocadas y cuchilladas, arrojándose con ellas en el Segre, donde perecieron: era el número de la infantería, segun dijeron los prisioneros, de cinco á seis mil infantes, y el estrago de manera, que muy pocos quedaron de provecho, y todos desarmados, porque las que hallaron las rompieron. Fué el pillaje de consideracion; saquearon las tiendas del cuartel, y trajeron, entre caballos de infantes, mulas y acémilas, sobre que traían lo robado en el condado de Rivagorza, más de 400; los presos fueron muchos: procedieron con bizarría y denuedo el Comisario general Matamoros, Cabo de la empresa D. Alvaro de Quiñones, D. Fernando de Tejada y los demas soldados; y cargados de despojos, ropas y otras cosas, que pusieron en los caballos, mulas y acémilas, volvieron á esguazar el Segre, si bien con mayor dificultad por haber crecido algo más: ahogáronse dos soldados, y en la pelea no se perdió más de uno, dos heridos y un caballo: alabaron mucho el proceder del marqués de Cusano, si bien salió herido de un mosqueazo en el rostro, pero no de ningun riesgo. Los prisioneros y algunos catalanes dijeron que Mos de la Mota habia partido aquel dia por la posta á Barcelona, y que ocho regimientos de infantería habian ido la vuelta de Tarragona, y tambien, que la caballería marchaba aquella vuelta y la infantería rota el mismo dia, y que se habia tocado á recoger: para el intento entraron en el Hospital de los franceses, donde hallaron cien de ellos, que perdonó la piedad por estar muy al cabo; pero los sanos lo pagaron. No lo hicieron ellos así con los españoles, donde mostraran su rabia, y dijieran luego que habian muerto jayanes, como lo suelen decir y blasonar en semejantes casos y en los hechos infames que ellos han cometido; no perdonando á los templos sagrados ni á las imágenes. Llegando esto á la noticia de D. Felipe de Silva, trayéndole los prisioneros delante, entre los cuales habia 50



catalanes, los mandó soltar, y el marqués de Mortara tambien, diciéndoles que la guerra se hacia contra los franceses, y que tenían órden de tratarlos como vasallos del Rey, nuestro Señor, de todas maneras pío y católico como lo han de ser los Reyes; que conociesen su gran elemencia, y se valiesen de ella: fueron sueltos y muy contentos, diciendo muchos males de los franceses, de su trato y correspondencia; y en el país, por órden del Rey, no se consintió hacer daño á ningun catalan. Iba obrando su venida á Zaragoza, porque no se habia dado órden á los soldados de no pelear, ántes que peleasen, acometiesen y pugnasen, que á eso se venia, y á pasar más adelante. Fué este suceso de alivio para todo el Reino, y para el de Castilla; obrando con no más número que de 500 caballos, ¿qué fuera si hubiera acometido con todos; pues, si sabia que no quedaba enemigo á las espaldas? No faltó quien lo censurase, y que fuera muy posible haber acabado aquel dia con toda la infantería y dejar al Mota sin nervios para proseguir la guerra; sin embargo, fué hecho digno de memoria, y se estorbó que no se pasase á sitiar, como se decia, á Tarragona, que en año y en ocasion de tan corto ejército y poca gente, fuera de gran cuidado para los designios que se traian, y se torciera mucho, y áun se atrasaran sus progresos: fué de reputacion para el Mortara, porque con el suceso del año pasado, y como se dijo de él que le oyeron decir al Torrecausa pidiéndole que peleasen, y siéndole respondido que no tenia órden, y demás de esto, que á sus ojos vió degollar la caballería ó montados de las Ordenes, y no los socorrió pudiéndolo hacer, que para aquello no es menester, que siempre la hay ó se toma en semejantes casos; y con estos reparos era cosa corriente que andaba quebrada. Fué, en efecto, dia de nuestro grande Apóstol Santiago favorable en todas las empresas españolas, y siempre hemos de estar por el parecer y resolucion de los Cabos, y por lo que ellos obraron y pensaron, que aquello es lo mejor, y no hay que poner tacha en sus acuerdos. Dió el Rey gracias á Dios y al Apóstol en el Aseo y en la Iglesia que tiene allí el Santo de su vocacion, y consagróle bandera, que

trajeron de la rota de los franceses, y á otros templos devotos de la ciudad, y mandó hacer procesion general desde el Aseo á Nuestra Señora del Pilar.

Descaba el Rey ajustar alguna empresa con D. Felipe de Silva, el marqués de Mortara y con los demas cabos del ejército, porque decian no entraban ni convenian en nada, segun el tiempo que iba pasando, sin embargo la falta de pagas y de gente; y por esto y por el dictamen de D. Felipe, no se podia hacer nada, y por la mucha reputacion que los demas deseaban recobrar, para cuyo empleo las fuerzas no eran capaces más que para retener y guardar, porque ya el agosto se iba entrando, y todos los pertrechos imperfectos para guerrear, así de barcas, puentes y carruajes, como todo lo demas; y siendo los indicios y de contrario parecer á los que se le enviaban del conde de Oñate, Monterey y Chinchon, se resolvió el Rey de enviar á Cariñena, córte de D. Felipe de Silva, á D. Fernando Contreras, su Secretario, (porque ya la gente de Italia habia llegado á Vinaroz con todo lo necesario, y muchos vestidos de munición que envió el Virey de Nápoles, Príncipe de Astillano, que parte se dieron aquí, y parte en Rosas, á los soldados, y no sé si algunos cayeron por mar en las manos de los enemigos), á proponer algunos intentos á D. Felipe, premeditados en aquel consejo, en que se procuraba asistir con toda atencion y desvelo; y el Rey por instantes lo estaba inquiriendo y preguntando con desseo vehemente sin duda de acertar: por lo ménos se hacia esto bien sin tropa de ruido y de Ministros, que no paraba más que en bambolla y fantasma, y cuanto se habia hablado en todo el dia y parte de la noche se desaparecia en un instante, no se ejecutaba nada, ni se veian distribuidos los medios, ni nadie llevaba nada por su cuenta, con que el efecto era todo vago y sin fundamento. Partió D. Fernando y llegó al alojamiento del Silva, lugar más acá de Barbastro: hablaron y dijo el Secretario que su Majestad le enviaba á decir, que ya sabia que estaba en el Reino, y que si bien veia que no trata el resto de Castilla, y que las levatas de forasteros no habian

sido grandes ni había querido gastarse por la mar, deseaba de todas maneras hacer algo y sacar aquel ejército de Aragón, porque los naturales lo llevaban mal, y que su cuidado era y su descao deshacer quejas, y entrar en amor con los vasallos, y alojarle en Cataluña; que le proponía para esto la Castellania de Amposta, entre Tarragona y Tortosa, y por acá á Balaguer y sus lugares, para incomodar á Lérida; que era su mayor estímulo echar de Monzon á los franceses, asegurar á Aragón y su miedo, y que cada verano no le molestasen con las avenidas de los franceses, sino que alojado en Cataluña, con los resguardos de Fraga y Tarragona, se pudiese tener allí á los franceses, y frenados con el trincheron del ejército mientras se pasaba adelante, y el tiempo y el dinero daban lugar á obrar mayores empleos. Dijole otras cosas acerca del poco recato de los soldados en la vida, y que se desmandaban algunos en robar, que los caminos no estaban seguros, y que los cabos y oficiales, que habian de ser ejemplo, á los demás se le daban tan malo, que pedían á los labradores y á los huéspedes de los alojamientos cosas excesivas en materia del pan, de la carne y del vino, y no sólo esto, por los reales de á ocho en cantidad y cada dia; llevándolo mal el Reino, por contravenir á lo asentado y á lo establecido al comercio, á la labor de las haciendas y al reposo de los lugares, y á la tranquilidad que era menester. Respondió D. Felipe de Silva, que él era, como su Majestad lo entendía, soldado viejo, y había gastado toda su vida en servirle; se había hallado en las más árdnas ocasiones de Italia, Flandes, Alemania, gobernando gentes y tenido grandes puestos, y que no era de aquellos que había hecho grandes el favor ni el valimiento, sino los servicios; que le había encargado aquella guerra y le había puesto en ella, y que era la cosa que más deseaba acertar, y darla principio con algun hecho de importancia que diese puerta á los demás, cuidados á los franceses y enmienda á los catalanes, para entrar en alguna concordia y obediencia, á lanzar á los unos del Reino, y á los otros forzar á los términos debidos de vasallos, y que, para esto, no tenía la

gente necesaria, ni se la habían dado, y que él no había de comenzar por pocas cosas; que el tiempo estaría muy adelante para obrar nada, ni en parte donde pudiese arriesgar la que tenía, así en poner el cuidado en conservarlo y alojar, porque el invierno estaba muy á las puertas del verano, y que todo cuanto se le proponía era ir aventurado, y sería muy posible sucediese algun accidente, que diese atenteza á los enemigos para proceder más adelante, y que, en tanto que no se le diesen mayores fuerzas, no le parecía fuera de sazón estar la infantería alojada en el Reino, que con aquello el enemigo no pasaba á Cinca ni entraba en la tierra, y que Barbastro no estaba tan aventurado como se decía, y más cuando la caballería abrigaba en Fraga, y él tenía su corte en Cariñena; que los alojamientos que se le proponían no eran seguros, y que estaban fortificados y con gente, y pedía más numero su resolucion y su entrada en ellos, donde precisamente se había de pelear. A lo demás respondió, que eran hombres, que él procuraría limpiar el ejército, y que aquellos soldados no estaban pagados, que perecían de hambre; que su Majestad lo remediase. Con esto volvió D. Fernando Ruiz á Zaragoza, dió cuenta al Rey y á los Ministros del parecer y respuesta de D. Felipe; pero todavía les pareció pagar, porque el Rey no había de volver á Castilla sin hacer algo. Comenzaron á venir algunas conductas de dinero, aunque poco, con que se comenzó á pagar y á dar aliento á la gente, poner cuidado en los bastimentos, unirlos y reformatos.

Sin embargo, quiso el Rey en persona ver á D. Felipe, juntar los cabos, decir su parecer y el de los Ministros y oírlos á todos. Para esto los mandó llamar y juntar á Villamayor, lugar á una legua de Zaragoza; y llevando á los tres del Consejo de Estado, llegados allí, el Rey propuso y les dió á entender largamente su parecer, no sin grande alabanza de aquellos Cabos que, acabada la junta, lo dijeron á D. Luis de Haro y á los demás Gentiles-hombres de la Cámara: á la proposicion del Rey todos dieron su parecer, así Ministros

como soldados; y en sustancia, lo que deseaba, componer á Cataluña, cebar los franceses de ella y quietar los Reinos, por volver las armas contra Portugal y restituir las asistencias de Italia á Flandes y al Imperio. Lo que se ventilo fué en órden á la embajada de D. Fernando de Contreras, y sobre los alojamientos, y en el primer estímulo y dictámen de Generales, gente, dinero, pagas y bastimentos, y porque no debió quedar del todo fuera la proposición, y el ir á la Castellanía de Amposta y tomar á Flixá, castillo razonable por situacion, si bien fortificado en aquel parido; se comenzó en Zaragoza á fabricar barcas, á ordenar un puente sobre ellas para el paso de los rios, como Ebro, Segre y Cinca y otros, á juntar artillería, tren y carruaje. Dieron el cargo de embestir á Flixá á D. Juan de Garay, con parte del ejército, para comenzar á abrir camino; y entrando ya en la marcha, se supo como el Mota se habia socorrido y metido 500 hombres dentro; con que se cedió de la empresa, prosiguiéndose en el acuerdo primero de D. Felipe de Silva. A esta hora se vieron navios franceses delante de Tarragona, que sin hacer nada, levantaron velas y emplearon sus buenos intentos, y gloriosos, en ir á socorrer á los turcos que estaban sobre Orán, que ganó fray Francisco Jimenez, de la órden de San Francisco, Cardenal y Arzobispo de Toledo, entre los dos reinados del rey Don Fernando el Católico y el emperador Carlos V; navegando tambien algunos navios portugueses, en que habia por mar entre todos 50. Mandó el Rey al marqués de Villafranca, General de las galeras de España, que con ellas y con navios de Cádiz y Cartagena socorriese é hiciese rostro; con que él, favoreciéndole, que era poco, porque no habia más de 25, con algunos de Dunquerque, entró irresoluto en la materia, y no habiéndole dado lo que pedia como otras veces, mostró ceño á la deliberacion, y no sabiendo más, mejorado de la fortaleza de Odon, donde habia estado preso, quo ántes se le sintió disgustado; con que el Rey obró parvamente y con destreza: llamó al duque de Tursi, que estaba en Génova, General de aquella escuadra de galeras, y le envió al socorro;

con que el Villafranca cayó totalmente en desesperacion, con lo pasado, de poder volver á servir, porque le pareció no se le habia dado satisfaccion, ni lo que era menester para el avío de las galeras. Vino el aviso de Flandes de la pérdida de Tiunvila en el ducado de Luxemburgo, con obstinacion porfiada y asaltos de los franceses, en que dicen perdieron muchos, sin haber evitado el socorro de 4.000 hombres que la metió el coronel Boc, las municiones y víveres, y el haberles forzado y roto un cuartel; pero á la misma hora vino nueva de que los turcos habian levantado el sitio de Orán, sin poderla tomar por mar ni por tierra, y que se atrevieron á poner 25 navios nuestros con 50 de los suyos, en que habia turcos, franceses y portugueses; que ya todos son unos en ofensa del Estado y de la Religion Católica: sólo fracasaron tres navios de Dunquerque, que como son tan ardientes y valerosos en entrar y acometer, tomaron uno y los dos se fueron á pique, y los enemigos no quedaron libres del encuentro. El portugués, más tuno que bazañoso, se dejó ver junto á Badajoz con 42.000 infantes y 4.200 caballos, por hacer ostension, sin resolver empresa, y para dar á entender al Rey Católico que estaba armado y que tenia fuerzas, y tambien por cumplir con los confederados, que lo decian no poder hacer grandes efectos en los Reinos de la corona de Aragon, si él no divertia y hacia entradas por Castilla; pero él y ellos, que no ignoran su fin y estado, y no son tan bisonos en las reglas estadistas, se guardan para la ocasion, y para tener las fuerzas prontas y descansadas, porque las del Reino no son muchas: todo esto se desapareció con sólo saquear á Villanueva del Fresno; pero D. Juan de Benavides, con gonto castellana, le abrasaba muchos lugares suyos. Decíase del Tirano, quo para hacer salir esta gente y parte de la nobleza, se valió del cuchillo y de otros castigos, porque muchos se resistian, diciendo que no conocian otro Rey sino al Católico D. Felipe IV. Volvióse otra vez á tratar y á disponer que el ejército entrase y saliese por Cataluña, para que se envió á Carriñena á D. Felipe de Silva, á D. Luis de Haro; y, llegado

allá, propuso la misma demanda de entrar á hacer algo. Don Felipe se defendía, que cada hora era más tarde, y Septiembre espirando, que era tiempo de alojarse y no de andar en campaña, y que se tomase para eso el parecer de los más prácticos, si el suyo no era al propósito. Replicó D. Luis que entrase aquel ejército, que no era tan corto, que no se componía de más de 8.000 infantes y 3.000 caballos, toda gente escogida, porque había venido mucha muy honrada y de valor, de Castilla y de otras partes; que le metiese por Monzon, y que pasando de largo sin tocarlo, diese vista á Balaguer y aquellos lugares, y á Lérida, á ver si en sus naturales había algun cabo para la obediencia de su Príncipe, que despertase tal accidente como lo decían, que le abriesen las puertas, y que, dado que fuese así, se tomaría otro medio; que el enemigo no se había de atrever á pelear con él, porque su infantería era inutilísima, flaca, de ningún valimiento, que se hiciese algo y alguna demostración, porque el Rey estaba resuelto á eso. Abandonaba D. Felipe esta proposición, y decía que era ir á nada, y á caminar á lo incierto, y que el tiempo pedía alojarse, asegurar y mantener, porque luego vendrían las aguas, desharían el ejército y se perdería; que si á su Majestad no agradaba su parecer, se pudiese allí persona de más suficiencia y méritos, que él levantaba la mano de aquel cargo, y hacia dejación desde luego de las mercedes que le había ofrecido, (y se arrojó) que le diesen 48.000 infantes y 4.000 caballos, que le daría ganada á Cataluña. Sin embargo le aprató D. Luis á que, se errase ó nó, que aquella era la voluntad de su Majestad; con que cerró los ojos, aprató el ejército, pidió lo necesario, diéronse pagas, enviaron al conde de Peñaranda, del consejo de Cámara y Estado de Castilla; para proveer el pan de munición pidió 50 acémilas, que se le enviaron del carruaje del Rey: se despidió D. Luis, volvió á Zaragoza y refirió al Rey la resolución y la obediencia de Don Felipe, y ordenada la avanguardia, batalla y retaguardia, movió á Barbastro, pasó el río Cinca con el puente que llevaba sobre barcas, bagaje y artillería, y dió vista con los 3.000 ca-

ballos á Monzon, y pasó adelante, sin dejar un hombre en la frontera ni en el Reino; con que los aragoneses no cabían de gozo, y los lugares se mostraban desabogados, porque eran muchos los excesos de los cabos y los bastimentos que pedían á los paisanos; habiéndose, por otra parte, de contribuir con cantidades considerables, los ladronicios y los robos, efecto de la guerra, y de que los soldados no tienen otros provechos, porque las sueldos no son suficientes á suplir las fatigas y las necesidades, y que estos no se pagan.

Era ya más de mediado de Octubre cuando el ejército marchaba por Cataluña; y aunque el tiempo detuvo las aguas hasta 49, sin embargo, le alcanzaron á la vista de Balaguer, y en grande peso; fuéles de embarazo la creciento del Segre y de el río Noguera, que corrió por allí cerca, para no acércarles más; estaba allí alojada la caballería, su muralla antigua y las fortificaciones hasta el cielo: no se hizo daño en ninguno de los lugares antecedentes ni en los comarcanos, porque llevaban esta orden, y D. Felipe les iba imponiendo y amañando en la buena disciplina militar y en la obediencia. No hizo Balaguer demostración ninguna, como se pensó, y como nos venden los que nos engañan, de que abrirían las puertas, ántes no se atrevió á salir hombre; con que el marqués de Mortara pasó con la caballería á dar vista á Lérida con el mismo pretexto: hallóla fortificada y cerrada, y por fuera llena de zanjias y cortaduras para meter el Segre, hacer lagunas y pantanos. Echó fuera Mota 20 batallones de infantería y toda su caballería, y ocupando algunas eminencias, subiendo la muralla y desfilando la nuestra, digo la suya, en el llano, se trataron con escaramuzas muy ardientes: los franceses perdieron más de 200 hombres, y retiráronse, no queriendo pasar más adelante en la pelea; pero de la una parte ni de la otra no se hizo más novedad, ni en la ciudad hubo movimiento ninguno, y los enemigos se resguardaban cuanto podían de no probar más estos trances, porque los temían. Salíó herido de muerte el Capitan de la guardia de Mos de la Mota: con que se volvieron los pensamientos, y retrocedió á cargar á

Monzon, fortificado poderosamente y con pensamientos de plaza real y formidable, y con defensas por afuera, ocupada la ermita de Santa Quiteria, y como una palizada que casi la rodeaba toda, y si no es por lo más pendiente de la eminencia, el lugar casi arruinado y deshecho, como ellos la habían querido, poca artillería y 450 hombres dentro, con víveres para algunos dias, terraplenado por adentro con otras defensas. Tomáronse los puestos, y acudieron á la fortificación de Santa Quiteria, que luego desaparecieron los franceses, y púsose allí artillería, y todas tres naciones, española, italiana y valona comenzaron á abrir trincheras y acercarse cada una por su parte, y luego se encaminaron á los aproches, y procurándose acercar á ella, corriendo la caballería la campaña, tirábase con la artillería de una parte y de otra; por la nuestra, si bien derribó lo alto de la muralla antigua, pero en lo bajo no hacia efecto; de suerte, que siendo ya el décimo dia del sitio y el octavo de Noviembre, no había parecido francés en su socorro, si bien se dejaba sentir que Mota juntaba su gente, llamaba las guarniciones, y publicaba traer los regimientos del Condado de Rosellon y Lampurdan, y que los catalanes acudiesen con los 4.500 hombres á que se habían obligado en casos semejantes, y cuantos pudiesen. Pero todo esto era vano y no más que hacer ruido, porque allí no había nada si no es lo forzoso, porque la tierra, por estar tan adentro y arimada á la Francia, era propia; ya Colibre se dejó arrasada el año pasado, con que no había necesidad de fuerzas por ahora: las de los catalanes de ninguna consecuencia y sin ánimo ni aliento para facción de precio, porque todo estaba fiado á la malicia y obstinacion de algunos pocos rebeldes, y á la defensa de franceses y su tiranía, y Mota aun no estaba de parecer de trabar escaramuza con nosotros ni venir á las manos. Plantáronse en Monzon cuatro baterías, con no más provecho de haberles embocado una pieza, de tres que tenían, y como se reconoció la resistencia, les echaron algunas bombas dentro sin saber el efecto; pero decíase que habían caído bien, y que de dentro volvieron una, que hizo

daño á alguna gente y lo llevó un brazo á un soldado: habíase abarracado el ejército con las varas de los olivos, que hay muchos en aquel contorno, porque había pena de la vida el cortar un tronco; y así todas las barracas parecían olivos, y los cuarteles olivares, porque aun la aceituna pendía de ellos, y las estacas metidas en tierra no desafiorecían el fruto que se procuraba conservar para los dueños, si la ocasión, el tiempo y la guerra, y los soldados y los frios, que eran grandes, no los destruyeran; pero ya esto árbol, que entre los versados de la natural historia y en las divinas letras, era tenido por símbolo de la paz, servía y se volvía á Bolona, porque hasta esto no perdonaba la injuria de la discordia. Pidieron los nuestros más artillería, y los mulos que paseaban en Zaragoza, de los cortosanos, para reforzar las baterías; quemaron y rompieron los nuestros la estacada, y se fueron llegando al castillo, procurando impugnar una fuerza, que cuando yo la ví el año de 626, por el mes de Marzo, en las últimas Cortes, (que ahora por lo más ardiente del verano y lo más helado del invierno, con fatigas y descomodidades) servía de guardar ganado, incapaz, deshecha y rota, y de muralla antigua y delgada; y quien dijera entonces que allí había de haber guerra, le responderían que estaba loco, porque las piedras y toda la tierra respiraba paz. Así lo dejó el católico monarca D. Felipe III, nuestro Señor y confidente, hasta el año referido, que nuevas materias y mudanzas lo trastornaron todo: que esa es la diferencia que puso la naturaleza en los hombres, el hacerlos de distintas inclinaciones, unos útiles y otros desaprovechados. Viendo, pues, D. Felipe de Silva, que la artillería no obraba, se comenzaron á examinar á él cuatro minas muy poderosas para volar á los franceses ó reducirlos á la rendición: muchas se comenzaron, y se dejaron por la dificultad que se reconocía en el terreno, y estar el castillo fundado en peña viva, como se veía en lo más alto de él y en algunos escollos que salen de la tierra; como se gastó algun tiempo, más de lo que se prometió, en la expugnacion, pero despues se balló camino por

de adelante este rumbo; pero él, como avisado de otros ejemplos de que fué instrumento, lo debía rehusar por no hacer prueba de el acíbar. Ya por el otro lado estaba el Almirante en Nápoles, el duque de Medina de las Torres retirado en Astillano, el marqués de los Vélez en Sicilia, y la Embajada de Roma sirviéndose ó por Secretario ó por Agente; porque despues que al marqués de los Vélez se le atrevió un Obispo portugués, que estaba allí por Portugal, en la calle, do que hubo mucha sangre de ambas partes entre los criados, se salió de Roma y se fué á Nápoles. Vino á Zaragoza el marqués de Torrecusa, y el conde Picolomini de Alemania á servir al Rey, porque el Emperador habia vuelto á encargar las armas, despues de su hermano Leopoldo, á Galaso, y á Picolomini se le preparaban las de Flandes: vino tambien el duque de Tursi, á quien se dieron las galeras de España, reservando al marqués de Villafranca, por su condicion: vino el conde de Linares, hijo de el marqués de Castel Rodrigo, Plenipotenciario de Alemania, para los tratados de la paz, que siempre se decia, pero no llegaban á conclusion; vino de Nápoles, donde estaba casado con hermana del duque de Montalvo, á proponer la causa de su padre y la suya, la pérdida de hacienda en Portugal y en Castilla, y el estado de sus cosas, en que más parecia peregrino que Embajador, más desterrado que Plenipotenciario, para que el Rey oyese los afligidos y los remediasse; y tambien el duque de Terranova, de Sicilia, á exornar la suspension de servir en la Cámara, de que era Gentilhombre como el otro. Todos venian con la novedad á sacudir los grillos y las cadenas, á hablar y desahogar los corazones, á pedir merced de sus servicios, á que les dejasen servir á su Príncipe, como vasallos que eran suyos, y tan fieles, á manifestar sus agravios, y que no le habian dejado servir desde que entró á heredar, ántes hóchole resistencia á su entrada en la Côte, no más de que porque se dijo que cuando fué Melino que habia sido su valido cuando Príncipe; cosa que, como si fuera delito, se echaban á los hombres del mundo, y ya aquel nombre se borraba de los beneficios de la Monarquía

via de gradas, con que se entró en certidumbre de meterlas en la plaza: y quién decia que ellos contracamaban y hacian retirada; pero á esta hora, 1.º de Diciembre, de lo que allí habia no se sabia nada. El mártis, 3 de Noviembre, se comenzó á levantar nueva borrasca entre los validos: mandose á D. Enrique de Guzman, hijo del conde Olivares, salir de Zaragoza, y que se fuese adonde estaba su mujer; hizo su réplica, y fué concluido con dos visitas del secretario Rozas: obedeció, y tomó la posta con mucho despacho y sentimiento, porque el dia ántes mandaron á la condesa de Olivares que saliese de Palacio, y se fué á Loeches, y despues á Toro, con su marido; tomó á su nuera, mujer del D. Enrique, y la condesa de Grajal, por no salir de la imitacion, que fué barto, porque ellos no se precibaban de imitar á nadie, y partió. De suerte que aquel huracan no cesaba, y áun decian que no pararía, y que aún faltaba más, y se acrecentaria el número de los expulsos hasta derribar los lados, porque así lo insinuaban los mal contentos, y que no se reducirian hasta verlo, por más que le echasen ejército: y decian se habia introducido el duque de Híjar con los catalanes para reducirlos al Rey, y apreciaba á que todos los demas de la sangre saliesen de Palacio; y siguió al Rey en la jornada hasta Zaragoza, pero todavía aún no estaban apeados del todo: pedian á D. Luis de Haro, al marqués del Carpio, al conde de Monterey, al conde de Castiello, que los echasen fuera; mas esta desconfianza no estuvo tan caída. El dia octavo de Septiembre quedé allá, y en Zaragoza el D. Enrique con los aficionados, que apenas habia uno: y hasta Grajal y algunos criados hicieron esfuerzo por pedir la copa de oro por Fuenterrabia; y el conde de Barajas, que hacia el oficio de Mayordomo mayor, no se atrevió á proponerlo al Rey: con que se quedó y desvaneció esta honra y ceremonia, que en algun escrito ántes de ésto se ballará pronosticado tendria no otro mejor fin, como merced hecha sin fundamento, y que pertenecia al Almirante de Castilla como lisonsonja ofrecida por el lugar y por los ambiciosos, y otras cosas tocantes á las Córtes, que tambien seguirán en lo

y sus dignidades: que así éramos tratados todos. Vino ahora, como dije, y le dejaron servir y entrar en la Cámara del Rey, y en particular le dijo: «no puedo dejar que aquellos que me querian echar de Palacio, vointinn años y más me amenazaban con esta espada, siendo nada, de deshacerme, no habiéndolo yo hecho cuando pude y tuve señor Valido, porque sus oficios lo merecian; por permision de Dios los ví salir, porque es altísimo en su concepto, desbarata los leones soberbios, da de comer y defiende á las hormigas, les consiente el grano y conserva en sus caminos.»

El tiempo, para los que sitiaban en Monzon, era maravilloso y enjuto, y de dias muy templados, si bien las noches, para el campo y para lo débil de la tienda, frias; y en esta manera se fueron continuando hasta más de 21 de Noviembre, caminando á los aproches con toda la ligereza y diligencia, y á las minas. Pero Mos de la Mota ardía, si no en soñar, porque no podia, en dárlo á sentir: hizo todos sus esfuerzos con los catalanes, sacando lo que tenia en las guardaciones, mas ellos decian pondrian defensa en sus fronteras; sin embargo, juntó 3.000 catalanes y sacó á la ciudad de Barcelona 20.000 escudos, con que le pareció tenia opósito, si bien el ánimo no era de acometer nada, porque se recelaba mucho del valor y opinion de nuestra gente, en que habia alguna muy lucida y de obligacion. Salió de Balaguer y llegó á Tamarit, á tres leguas de la plaza, y á otro dia, á una legua le esplayó y puso en órden y en batalla, mostrándose más opulento y fanfarron que bazaroso: ordenó el suyo D. Felipe de Silva dentro de las trincheas, dejándose-las si las queria subir y entrar, con resolution de pelear de campo á campo con él sin resistirlas: tiró el enemigo con la artillería y fué respondido con la nuestra, y sin hacer más movimiento se volvió Mos de la Mota aquella noche á alojar en Tamarit. Pero los catalanes, á la primera descomodidad y á pasarla mal, porque el bastimento no era otro que pan de cebada, de 3.000 que trajo, al amanecer no halló 700, y despues ninguno, con que hubo de retirarse la tierra adentro á alojar y acuar-

telarse, porque su infantería era muy flaca, y la caballería habia perdido los bríos en los reencuentros de la nuestra en Lérida; y la artillería de nuestra gente suspendió el tirar á la plaza, porque el efecto era ninguno, y de allá se oían muy pocos cañones; y habiendo D. Felipe de Silva retirado al enemigo, y que el tiempo era áspero, hizo alojar á la caballería y la mayor parte de la infantería, dejando la que bastaba para el sitio, como 5.000 hombres y 500 caballos para solos 150 franceses que estaban en Monzon, atendiendo á conservar lo demas para las ocurrencias de Cataluña. Proseguiase en las minas, si bien con alguna remision y tardanza: avisóles D. Felipe el estado que llevaban y que habian de ser volados, que mirasen el partido que habian de tomar: ellos respondieron que tenian qué comer hasta Navidad y que no les habian abierto brecha, que volasen las minas que quisiesen; sin embargo, dentro de algunos dias empezaron á parlamentar. Pidieron á D. Felipe de Silva les diese quince dias para avisar á Mos de la Mota del estado que tenian, como si en tiempo tan ardidoso, y que tan despabilada está la materia militar, lo ignorara; y tambien que se les concediese ver el camino que llevaban las minas: no les concedió nada, respondiendo D. Felipe que ni áun las vidas les otorgaría; y por otra parte, el no llover para los que sitiaban, si bien los frios y el viento que corria helado con la naturaleza y nieves de Moncayo era tan riguroso como le podia hacer en Flandes, y en Zaragoza no se podia sufrir, y la esperanza de tomar la plaza corria y pasaba adelante, y el Rey no queria volver á Castilla sin conseguirla y dejar ante todas cosas alojado el ejército: murmuraban los soldados que, dado caso que llegase la hora de la rendicion, no se les habia de permitir nada por haber tenido allí un ejército real tantos dias y en el corazon de un invierno sumamente helado, y una plaza de ninguna opinion en el mundo, y de no más calidad que de 150 hombres; pero ya Monzon le habia puesto de manera que se podia comparar ó tener en algo con los de memoria, porque la artillería no le pudo penetrar ni hacer nella: sólo

á las minas tenían atención los de adentro, porque iban muy poderosos: mandó el Rey á apretar los 4.500 hombres que en su ausencia suelen dar, y que cesan cuando vuelve de Castilla al reino para acudir á las fronteras, y á su caudillo D. José de Torres, y echóse un bando el día que supo que el enemigo venia á socorrer á Monzon, para que todos los soldados que andaban por la ciudad acudiesen al ejército y á los cuarteles. Ofreciéronse á su Majestad el conde de Pícolomini, ya Duque y con estados por merced de el Rey Católico, y el marqués de Torrecusa, y que les diesen licencia de ir á hallarse en la ocasion y á servir con sus picas: agradeciolo y dijo les señalaría á su tiempo puesto de importancia en que pudiesen mostrar el afecto que le significaban. A esta hora estaban ya puestas en perfeccion las minas y para avisarlos el día segundo de Diciembre, que era miércoles, y, de no ren- dirse volarlos el juéves siguiente; más ellos, entrados en mejor acuerdo, llamaron el martes, 4.º de mes, para rendirse en manos de D. Felipe de Silva, habiendo resistido treinta y tres días, con estos capitulos: cajas, banderas tendidas, cuerda encendida por dos partes, pólvora, bala en boca, bastimentos para tres días, 42 carros, 42 caballos, cuatro acémilas, convoy hasta Lérida y que ellos mismos vuelvan convoyando el carruaje que ha de quedar en la plaza, artillería, municiones y bastimentos, como ántes estaba, y libres los que durante el sitio pasaron al castillo, como tambien lo ha de quedar para restituirlo por la parte del Rey Católico, la plata y ornamentos de las iglesias que se hallaren allí, que han de salir viénes á las ocho de la mañana; y han de dar una puerta para que el General D. Felipe de Silva, y Cabos, pongan guarnición en ella y salgan á su vista, como es de ordinario en la rendición de la plaza.

Era esto lo capitulado, mas los franceses quisieron seguir la falsedad de su estilo y poca fé, ménos palabras en los tratados, y por no guardar el capítulo de lo robado á las iglesias, teniéndolo ya todo enfardelado, dieron á entender querian salir ántes del día, para que la oscuridad lo encubriese

todo: no se les admitió, y entendidosles, con que se puso cuidado en hacerlos cumplir la capitulacion. Llegadas las ocho del día referido, dieron la puerta y nuestra gente la ocupó, y D. Juan de Garay, atento á su condicion y que no ejecutaban bien lo asentado, vió por las roturas de los fardos lucir y resplandecer pasamanos y telas, y otras cosas de oro y plata; hizolos parar y detener, y mandó á los soldados que lo reconociesen, y hallaron que eran los ornamentos y vasos sagrados; y reconviniéndolos habian fallado á lo escrito, y por el mismo consiguiente el Cabo, los hizo volver á entrar en el castillo y los encerró en un corral, y comenzó á hacer público alarde de la ropa, del dinero y de las cosas sagradas, en que se hallaron custodias, relicarios, cruces, cálices y otras muchas cosas del culto divino, casullas, frontales, y los demas ornamentos robados en los lugares fieles y obedientes en Cataluña: que esto sufren aquellos monstruos de desvergüenzas y desacatos á ambas Majestades, divina y humana, en el Condado de Rivagorza y los de la frontera del reino de Aragon. Escribió D. Felipe de Silva al Rey el suceso, y á los Ministros de Estado que estaban en Zaragoza, lo que él se habia hallado, y el dinero que tenia el Cabo, como de 40.000 reales, que todo estaba depositado, y que además de esto habian enterrado una ó dos piezas de artillería, y que por esto, y por todo lo demas, y por haber faltado á la capitulacion, no debia cumplirles nada, ántes que se les habia de castigar; y dado que se tuviese alguna humanidad con ellos, habian de salir á discrecion y á las leyes que quisiese ponerles el vencedor. Entrado el Rey y los Ministros del caso, mandó votasen lo que se debía hacer: ellos dijeron que debian ser tratados como tales, y que no merecian salir con las espadas, por haber faltado al derecho natural y comun de las gentes, á el estilo de la guerra y á las condiciones y usos de ella; pero él resolvió más gallardamente, que haciéndolos volver á guardar lo asentado, se les volviese la ropa y el dinero, rindiesen las cosas sagradas, por restituirias á su culto y veneracion, que era á lo que habia venido de Castilla, su mayor



cuidado é interés; se observasen las condiciones y saliesen; (al fin se supo hacer esto, y cuando el entendimiento asiste á la verdad de lo que debe). Salieron cerca de 430 franceses, porque aunque eran al principio 450, murieron los demas, y pasaron á Lérida: tomöse la plaza, y ballaron en ella bastimentos y municiones, solo el agua y su falta la delgadísima y poder esperar más, teniendo tan á la vista la delgadísima y clara de Cinca; y puédeseme sufrir el estilo, por la afición; amasábase el pan con vino. Con que ejecutado esto, el Rey se dió á sentir ó entender á su casa y al reino de Aragon, su vuelta á Castilla y mandó prevenir lo necesario: acudió luego la ciudad de Zaragoza á suplicarle no los dejase, cuando los sucesos comenzaban á ser prósperos y obraban su prudencia y su consejo en todo; que con la vuelta de su Majestad seria muy posible deshacerse aquel ejército que comenzaba á tener nombre, y tenia frenados á los franceses, y menguada la reputacion de Mos de la Mota, y á los catalanes ajados los bríos: respondió su Majestad que nunca lo habia tenido más en memoria y en el corazon, que la causa de su partida era porque decian las cabezas y los Ministros que era necesario alojarle para tenerle pronto el verano siguiente, que de otra manera no se fuera; mas que seria tan presto su vuelta, que partiria de Madrid á 23 de Enero; que tambien era muy necesario acudir á Castilla, y gobernar aquello para los asientos del dinero y levas de gente que se habian de hacer. Besáronle las manos todos aquellos tribunales, y dejó para la buena administracion de la guerra y del ejército, y sus fronteras y sus pagas, y para las inteligencias secretas de Cataluña, dirigirlas y encaminarlas á su más próspero fin, al conde de Monterey, y al de Chinchon, y al Secretario D. Fernando Ruiz de Contreras; y determinó que aquella junta sirviese á las pretensiones comunes de los soldados, y que allí se viesen sus memoriales, consultasen, y allí esperasen la resolucion; excluyéndoles por aquí de andar validos en la corte, más atentos á la pretension que al servicio, pretendiéndolos hacer soldados y no vagamundos, y que por este camino se con-

servase el ejército y no se deshiciese, poniéndole allí el premio para conseguir: y partió, miércoles 9 de Diciembre, y entró en Madrid á 14 del mismo mes, con tiempo muy pesado y frio: no mejores en el ánimo á los aragoneses, aunque le pedian que se quedase, más por las causas referidas de sus comodidades, que por verse libre de la guerra y de aquel cuidado; y si bien vino contento por la rendicion de Monzon, y de haberle dicho que se queria rendir á su gracia Cadaqués, puerto que está sobre Barcelona como se va caminando á Rosas, muy á propósito para las armadas de galeras, aunque lo quisieron los naturales, y se envió dinero para Vinaroz, y se avisó al Virey de Valencia, duque de Arcos, para que asistiese por el mar y al avío de dinero, y do Rosas se sacó gento para el efecto, pero D. Diego Caballero, á quien se encomendó la faccion, llegó tan tarde, que ya los franceses lo tenian remediado, y pusieron cobro en aquel puerto. Sin embargo, corrió voz que á Mos de la Mota se le iban los regimientos de caballería, por no socorrer la Francia con dineros, y la poca que tenia, y ménos de infantería, se lo iba consumiéndolo; y decian no habia en Francia un real para acudir á los ejércitos, ni ménos se hallaba trigo en el reino, temiéndolos con cuidado de cómo habian de proseguir en las invasiones del año siguiente: de que enterado el Rey Católico, mandó á los Vireyes y Gobernadores de Sicilia, Cerdeña, Mallorca y Menorca que no los admitiesen á ellos ni á sus bajeles á la compra de trigo. Habia algunos discontamientos en el reino contra el Gobierno y contra el cardenal Mazarini, que le administraba, de que se veían revoluciones, mal contentos, y retirados hacia Miens, prometiéndole al Cardenal alguna turbacion en su vida. Preveníanse las cosas para volver á Aragon, y aunque excedamos de los límites que nos quedan para concluir este libro, se iba ajustando mejor, con más aliento y gusto, por haber venido al principio de Enero los galeones y flotas de las Indias, muy ricos y prósperos, con doce millones, cuatro para el Rey y ocho para particulares, desahogando la necesidad, anuncios de más liberal gobierno, porque se envió

órden á la contratación de Sevilla se diese la plata á los particulares y mercaderías, sin detenerlas ni embarazarles un real; y de la misma manera á los que habian entrado sin registrar, como pagasen los derechos, y que tambien en el año de 44 no se tomarian los juros: prometíase alivio y respiracion en todos sucesos, y buena guerra en Cataluña y en las demas plazas de armas; si bien la esperanza de la paz canciaba tardamente y con piés de plomo. Sin embargo, habia salido de Francia, por Plempotenciario, el duque de Longavilla, para Alemania y su Dieta; y de España se pretendia enviar al duque de Medina de las Torres, Príncipe de Astillano; pero él lo rehusaba, diciendo tonia poca salud, con otras causas que remató el suceso; aunque pretendia durar en el vecinado de Nápoles, tomaba largas y proponia detenciones, para que no llegase de Sicilia el Almirante de Castilla, pretendiendo que le dejasen concluir y ajustar un donativo para el Rey, y que fuese suyo el servicio y la accion. Estaban todavia prontas en Alemania las tropas del duque de Beimar, con su nombre de Bernarcenses, siguiendo on aquella oposicion y rencor contra el Imperio, fomentada de franceses, para destruirle y llevar adelante la injuria y la omulacion; y hallábase á 24 de Noviembre de este año, muy inferiores á los imperiales y gente del Elector duque de Baviera, que gobernaban como Generales, sino el duque de Lorena, en cuya compañía estaba Juan de Bert, libre ya de la prision de Francia, junto á Tutlinga, ciudad cerca del Rin, ó del Reno, como quisiere el geógrafo, y no léjos de Brisac, colonia de la Alsacia: hallábase, pues, inferiores, y como enemigos, se valieron del auxilio de Francia; pidieron socorro á la Reina madre, Regente, que se le envió de las tropas que militaban en el País-Bajo, que alojaban en él, con que pudieron juntar casi 18.000 hombres; y con este brío penetraron en el Rin, hácia donde estaban los imperiales: vinieron á las manos, y la victoria fué de parte del César, tan universal, que de los enemigos los más, que se escaparon juntos, no pasaron de 500, con el general Rosa, que á toda fuga pasó á recogerse

á Rotbailer, donde los imperiales los siguieron y cercaron: quedó muerto de una bala de cañon el general Cebrian, tomaron 24 piezas de artillería, todo el bagaje y más de 40 estandartes y banderas; quedaron muertos 42 personajes que traian títulos de Generales, y gran número de Maeses de campo y Capitanos, y refloren que los muertos y presos de franceses y beimarcenses, que estos son los alemanes rebeldes y protestantes, pasaban de 12.000; matanza notable y victoria sin duda esclarecida: y por otra parte el general Galaso echó á los sucesos de la Moravia y Silesia, recuperaba las plazas como Olmuz, corte de Moravia, y los iba persiguiendo y matando con esperanza de acabar con ellos, sin concederles ocho dias que pedian de treguas; con que se presume, que desbarazado el Emperador de tantos y tan perjudiciales enemigos, meter á sus armas y á las de los Príncipes Electores, y otros afectos por la Francia, deseo es de ambas potestades imperial y católica, de todos sus súbditos y confidentes, porque tengan castigos los agresores del sosiego de la Europa. Todo se espera remediar para el año siguiente, y todo se fia de Dios.

La condesa de Olivares, con D. Enrique y su mujer, no les fué lícito ni permitido parar en Locches, ni gozar de aquella obra ni de sus gastos, que ya se convertian, como se convertirá todo lo demás, en pesadumbre; porque las monjas, tan amadas y queridas, y encargadas al que ella llamaba hijo, cuando le capituló, prorumpian, apénas pasados dos dias de la expulsion, en pleito acerca de que no tenian qué comer; querian volver á Sevilla, á Castilleja de la Cuesta: de suerte que todos los ejes y quicios de las obras y valimientos, gruñian y rechinaban, y áun mordian á los Gobernadores. Se refiere que al pasar por Guadarrama, se les mostró con ceño; estuvieron á pique de perecer de frio, de nieve y tempestad, porque era ya mitad de Noviembre; se les heló un paje y baldó un Capellan, y el D. Enrique se hubo de volver sin arrevorse con su mujer á pasar el puerto; y á ella, si bien pasó, dicen que aquella noche la calentó la cama un criado, y

no de los primeros que ántes tenían, sino de los más inferiores: grande bajío para Camarera mayor de tan gran palacio, comodidad que debió de ser la primera en cerca de veintitres años que probó, sino es del miedo, que siempre en los mayores regalos y delicias los estaba asalandando: finalmente, pasaron á Toro, donde la voz comun dice que no pararian, sino que áun se verán mayores cosas y más prodigiosas sobre ellos. El Rey andaba con Ministros fieles buscando entre los demas su dinero, y con un fraile Mercenario, inteligentísimo en estas materias, y con decreto general para que todos los Consejos y Tribunales les diesen los papeles de que corría opinion comun, ora fuese en Italia, ora en España, que de un asiento, solo de un millon, habian parado en las manos de los contrayentes 400 000 ducados. ¿Qué habrá sido en tantos y tan gruesos asientos, y en tan larga carrera de años como de veintidos? ¿Quién serán ahora los ladrones? ¿quién los traidores y á quién haremos la causa? Palabras con que siempre se calumniaban quizás á los menos culpados: hago afectacion de no dejarme regalar de una trucha, y tomomé el reino. Y porque se referia que en la era pasada se habian lucido lustrosamente todas las acciones, así los nacimientos de sus Principes como sus bodas, así en Valencia como en Italia, cuando vino la reina Doña Margarita de Alemania, y como en Búrgos, hasta en Vizcaya cuando fué Ana á Francia, y vino Isabel á Castilla; para cubrir sus yerros y paliarlos, no tenían otra pieza que tirar para simular su mal gobierno, si no es decir que de aquellos polvos han venido estos lodos: y plegue á Dios que no sean estos los polvos y los lodos, pues jamás se ha visto necesitar á Rey de tan grande expurgatorio y juicio, ni de cosas tan grandes. Si nó véanse los trebejos que se van derribando, la necesidad y destruccion, qual no es posible que se acumule á otro.

Dos cosas me metieron en la palestra de el historiar: ver si podia degollar dos vicios, que ellos mismos se han cubierto de artificios y vistidose de apariencias engañosas y coloridas, se han cortado la cabeza, conviene á saber: el de el maldi-

ciente y de presuntuoso. Harto pienso que hemos dicho contra estos dos enemigos, si hemos alabado con ellos; el uno por que injustamente procedió con lengua venenosa contra la Majestad del Rey Católico D. Felipe III, nuestro Señor y padre, contra sus Ministros y confidentes; y el otro porque hoy está contra su mismo dueño, contradiciendo aquello que prometió y no cumplió, sin tener caudal ni talento; como so prueba con las obras que hoy se experimentan, llenas de toda infidelidad y miseria. Y quien hubiese dicho mal de aquel estado, de todas maneras próspero, respecto de este calamitoso y falto de opinion, con razon le podiamos llamar maldiciente, degradar este monstruo y deshacer esta hidra, y apcarlo de la vanidad que afectó; ¿quién duda que de los dos estados éste esto es el afrentoso por culpas de mal ministro, y que aquel se llevó y se lleva, en el buen sentir de todos los mejores juicios, la gloria y la palma de la felidad y del buen gobierno? y éste, sin triunfar de nada, ¿en qué trabajos nos ha metido, y en ruinas! Bien creo que diéramos mucho por haber sido como aquellos: tanto yerra la vanidad y la presuncion, y el abandonar los velos de los que fueron primero que nosotros y que se gobernaron sin tanta fanfarroneria y soberbia, con que los hemos ocasionado (pensándose deshacer) inmortal memoria hasta la posteridad, y hecho sepulcro á la nuestra. Porque ¿en qué otra cosa nos hemos ocupado sino es en deshacer y destruir, aniquilar, consumir y ocasionar guerras entre nosotros y los Principes forasteros, hasta poner al riesgo la Monarquía y turbar el imperio de Alemania, desolar el potentísimo reino de España con introducciones injustas en Cataluña, y con las mismas en Portugal, y tributos en Castilla? ¿Qué se ha hecho sino hundir el estado, perder el Brasil, las Islas Terceiras, las plazas de Africa y de Oriente, y desmembrar á Flandes de lo que halló ganado? ¿Qué es de lo que prometió en oprobio de los otros; qué es de la reputacion de nuestros siglos pasados; la gloria militar de los españoles (qué se ha hecho), de lo que nos admiraron los extranjeros en toda la redondez de la tierra; qué se hizo la estimacion y el

elevado concepto de los vecinos; qué es de la prosperidad y contento de los vasallos, y sus riquezas; qué se hizo la constancia y firmeza del corazón con que vivieron, en que parecen intrépidos á todo embate y accidente de fortuna, por el espíritu vigilante y cuidadoso de aquellos Ministros? Todo esto pareció y acabó á las manos de la desatención y de el descuido; embebeciéndonos con el ruido sin sustancia de materias muchas y ningunas, con que hemos resfriado y hecho fracasar en la fe á los vasallos con el Príncipe, que hoy anhela para volver á poner las cosas en el estado que ántes tenían, y así lo ha encargado á Ministros justos y sin pasión, quitado el gusto y desasosegándole con jornadas, ya por los recios calores del verano, ya por los duros fríos del invierno, donde la salud hace estremecer á los que la aman, fuerza á mayor reparo y sentimiento en todos, sin salir de esta cruz ni de este cuidado. ¿Qué hicieron los otros sino conservar y engarzarlo en unión y en buena ley para con el Señor, confirmando en buena gracia para con los naturales y los extranjeros; qué sino acrecentar y asegurar la firmeza en todo, con que hicieron el estado dichoso y bien visto, así de amigos como de enemigos? Pero, vanos, fueron vengativos y engatosos, sin tener otra virtud; y quedará para nosotros por ninguna la primera calumnia contra aquellos, y ambos á dos contra sí, la de presuntuoso y maldiciente. Muchas cosas hemos dicho de todos; los buenos de los que nos parecieron buenos, y los malos de los que nos parecieron malos, dejándolos condenados en nuestros escritos y por retirado á el agresor, castigo justo de sus oficios: y porque cuando gobierna el Príncipe es de buen vasallo y criado dar por buenas todas sus acciones, como todas doy desde aquí (ojalá pudiera gastar muchas plumas en su alabanza), encojo mi juicio y lo retiro, sin atreverme á pasar adelante, colgando la mia del templo de la inmortalidad por el intento, como otros cuelgan la espada.

## LIBRO DUODÉCIMO.

### ARGUMENTO.

El Rey Católico vuelve á Zaragoza: entra en Cataluña Don Felipe de Silva; rompe, deshace el ejército de los franceses; sitia á Lérida y tómalá, y consiguientemente á Balaguer: muere el Papa Urbano VIII, y ponen en aquella Silla los Príncipes de la Iglesia al Cardenal Juan Bautista Panfilio, con nombre de Inocencio X: Mos de la Mota sitia á Tarragona y no la consigue; y refiérense otros sucesos militares, si bien con precisión de las otras plazas de armas: muere la Reina Doña Isabel de Borbon, y vuelve el Rey á Castilla á disponer los aprestos para la guerra del año de 1645.

Aunque dije en el fin de mis comentarios, antecedentes á estos, que como otros por el tiempo y los trabajos colgaban la espada, yo colgaba la pluma, sin embargo de lo dicho, por haberme puesto el tiempo en las manos el fin de algunos casos y de algunas personas señaladas en el mundo, por darles entero cumplimiento, mo ha parecido hacer un breve dibujo

de algunos años, de suerte que los pueda comprender en corto volumen, por la misma razón arriba dicha, y dejarlos expresados á los venideros, para conocimiento y desengaño de los vivientes y de los que anhelan á los altos lugares. El Rey Católico, con el deseo que tenia de concluir algunas cosas de Cataluña, entrar en aquel Principado, tomar á Lérida, por recobrar la reputación de las armas y de los viajes hechos á la Corona de Aragón, y consiguientemente á los pueblos que se ofreciesen, y cerrar aquel paso á los franceses, como ellos decian que le habian de impugnar, no sólo para aquel reino sino para el de Navarra, y asegurarlos ambos, y áun todos los que se incluian en la circunferencia de España, fin tan deseado suyo; con esta esperanza partió de Madrid el sábado, 6 de Febrero de este año. Tuvo el mártir de Carnes- tolendas en Miranchon, lugar del duque de Medinaceli, como ya todos saben, que para encarecer el estado de una vida miserable no hay más que decir; que llegó por las demas jornadas ordinarias de Zaragoza, y fué recibido de aquellos tribunales, y besáronle la mano, y comenzó á poner el hombro y el cuidado en las materias y aprestos de la guerra, y el salir temprano á la campaña y obrar en apoyo de su intento y contra los adversarios, que eran muchos.

Mandó venir de Flandes á D. Andrea Cantelmo, para General del ejército, y de la caballería á D. Juan de Vivero, hermano del conde de Fuensaldaña, para en caso que los achaques de la gota ó de su condicion no diesen lugar á Don Felipe de Silva de tener aquellas armas; y al marqués de Mortara le pasaron, de General de la caballería, á Maese de campo general: asistió algun tiempo en Zaragoza, y con su ausencia y el tiempo, que estaba maliciado de novelero, algunos Grandes del reino que estaban en la corte de Castilla, y que se habian dado por satisfechos de sus sentimientos, falta de premios y mercedes por sus servicios y los de sus antepasados, porque sólo se hacian en los validos; y, por otra parte, á complacerse de la expulsion del Ministro privado, emulando ahora el poco valimiento que habia quedado en D. Luis de

Haró, quisieron volver la hoja por la otra parte, y tentar á derribarle, y áun á todos los demas de aquel séquito: gran delirio y profunda necesidad querer enmendar al Príncipe, meter la mano en sus secretos, limitarle el albedrío y querer entrar con él en partidos, enseñarle y darle consejo cuando no se lo pedia ni le habia de menester, y tocar en sus resoluciones. Porque esta era no es de aquellas del tiempo del Rey D. Juan II y D. Enrique IV, su hijo, Reyes de Castilla y Leon, en que mandaban á los Reyes lo que querian suprimir y llevar á su mano y á su antojo, hasta entrar en parcialidad, en guerras civiles y disensiones, tiranizando y usurpando el reino, en que algunas casas tienen vasallos, pueblos y alcahalas mal tenidas, porque, de otra manera, no era posible reducirlos á la fidelidad y á la obediencia; encendiéndose en bandos muy peligrosos, y de escándalo notable, que nos enseñan las historias antiguas; y este intento no dejaba de estar tocado de ambicion y de malicia.

El Capitan de esta cuadrilla ignorante, el duque de Híjar y los que le segnian, el duque del Infantado, el de Lemus, el duque de Osuna y el duque de Montalto, de nacion italiano, marido meritisimo de la deidad de la señora Doña Catalina de Moncada, hermana del marqués de Aytóna, que habia sido dama de la Reina, y el conde de Oñate, que ellos quisieron ántes aplaudir para que ocupase aquel lugar, que habia quedado vaco, de suerte que entraron en presuncion de hacerle Privado, y ya tocaba en soberbia, sin qué ni para qué, si bien el Príncipe pasó por esto con semblante firme de no tenerle, pero si valerse de su consejo; pero añaden que el conde entró en sagaz y de falso en esta junta, para oír y entender y avisar: pero más acertado fuera no dar lugar á cosa tan desaminada, desviarla y aconsejarlos mejor, y, finalmente, borrar el hecho y el intento y extinguirle. Juntáronse para esto en una de las casas de campo de Madrid con un solemne banquete, al uso de Flandes, y resolvieron (que no debieron), enviar con esta embajada á Zaragoza al duque del Infantado, (pésame por lo que tiene de Sandoval, y admirame que con

lo de Mendoza no cayérase en falta tan grande). Decían, que dado que Su Majestad hubiese de tener Privado, volviese al Conde, que estaba dueño de las materias del Gobierno, diestro y ejercitado, y que repudiase á D. Luis de Haró: quién dice abrieron las cartas que venían de Toro para él, en que el retirado le daba muchos documentos para arribar enteramente á toda la posesion del manejo de los negocios y valimiento, y háeceme esta dificultad, porque muchos decían habia de volver; y tambien refieren que avisó de todo esto el conde de Oñate al Rey y al D. Luis, y cómo iba allá el duque dal Infantado. Llegó, pues, el Duque á Zaragoza, pidió licencia para hablar al Rey, que no quiso oírle tan presto. Explayada ya la materia en todo aquel Palacio y en todos los Gentilshombres de la Cámara, hallólos á todos, no sólo mesurados, pero con espanto que un caballero tal viniese á perderse con su Rey, cuando no lo hiciera, ni le era lícito, con un hombre mediano, y á una cosa tan desviada de la prudencia de buen vasallo; y por los sembrantes discurrió que su negocio era entendido y áun afecado. Comenzó á perder tierra y á caer tarde en el yerro: quiso el Rey castigarle, y D. Luis de Haró le suplicó no lo hiciese, ántes, que la simulacion severa fuese la enmienda y el estímulo; y en las pláticas que tuvieron ambos, le satisfizo de cómo él no era el Privado sino criado de servicio y que su Majestad no le tenia ni le queria, y que procuraría componer la materia. Al fin le oyó el Rey: dijole, que á qué habia venido: él respondió que á sus negocios; y reprehendiéndole el Rey hablóle con claridad, y él se disculpó con que le habian engañado: al fin salió de la audiencia muy alterado y con más colores en el rostro de lo que convenia á su calidad. Súpose en Madrid el recibimiento del Duque, y los contrayentes comenzaron á temer: vino á Palacio la duquesa de Montalvo con más lágrimas en los ojos de las que convenia á tal señora, y á pedir á la Reina el perdon de su marido, cubriéndose con la misma capa de que le habian engañado. Despidió el Rey al duque del Infantado, remitiendo el castigo de él y el de los demas á una reprehension del Presidente

del Consejo de Castilla, D. Juan Chumacero de Sotomayor; y al duque de Híjar, como instrumento principal y cabeza de la Junta y de otros cuentecillos insulsos de que el Rey se habia causado, porque no apetecía la mercaderia; mandáronle ir á Villaruvia de los Ajos, lugar suyo y cerca de la Mancha, y que no saliese de allí hasta tanto que se le enviase otra orden, porque en aquel retiro se enseñase á callar y aprendiese la cordura y la buena prudencia. Parece que lo tomó de la política de los griegos, que tenían casas particulares donde ponian á los mancebos para que en sus principios aprendiesen esta virtud y esta ciencia de las ciencias, particularmente los atenienses, donde florecieron todas.

Al principio de Mayo, día de San Felipe y Santiago, que en Madrid por festivo llaman el Verde, vió el Rey ántes del paso de Cinca, á caballo con el baston, marchar el ejército, su número 12 000 infantes y 3 000 caballos, y por caudillos el Silva y el Vivero con otros Cabos de consideracion: entró el ejército por las derrotas de Monzon, Fraga, y dió vista á Lérida muy fortificada y con pertrechos muy poderosos; y esperaba en una colina Mos de la Mota con otra tanta gente, expuesto á resistir y defender. El Rey hizo poco después alto en Berbegal, lugar situado en una eminencia que enseñoreaba la campaña, y para esta jornada por Caballerizo mayor, por tiempo limitado, al marqués del Carpio, por no hacer agravio al Doliente retirado, dándose por sentido el conde de Grafal, primer Caballerizo, de que se le diese Jefe de no más superiores partes que él, porque queria, mientras no volvía el conde de Olivares, ejercerle; quiso dejarle, mas los que andamos á buscar el pan que no tenemos en Palacio, y aún allí no se halla, y que el retirarse á un miserable lugar halló que es vida muy enojosa, procurando reducirle y encomendando de cetrion, metió los piés en el cepo del sufrimiento y la paciencia.

Afrontados ambos ejércitos, á 4 de Junio, dió la batalla D. Felipe de Silva á los franceses; rompiólos é hizolos pedazos: vió el Mota que prendieron entre muchos á un hermano

suyo, que llevaron al Alcázar de Toledo, con gran confusión y mengua de aquella nación y de los catalanes, particularmente los de Barcelona, cumpliéndose en ellos á la letra la profecía de San Vicente Ferrer, «que sus pecados los habia de traer á tiempo que se habian de ver destruidos, acabadas sus poblaciones y ciudades, y unos vecinos con otros se habian de hacer la guerra.» trayendo por ejemplo la maldición hecha por Dios sobre los hebreos en tiempo de Tito y Vespesiano, Emperadores del pueblo romano, por gravísimas culpas cometidas. Y sin embargo de no quedar nuestro ejército muy menoscabado aunque victorioso y con no más de seis á siete mil infantes, puso el sitio á Lérida y la cerró de trincheras y reductos. El Rey, con estas dos facciones, se entró la tierra adentro y se puso en Fraga, á cuatro horas de camino de la plaza, á gran peligro de su salud y persona, y al fin le embistieron unos accidentillos de calentura, que luego le dejaron por ser aquel lugar muy caluroso, sobremanera corto y de flaca resistencia, hospital y panteon del ejército y de los Estados del Rey, y de mal olor por los muchos que se habian enterrado y se enterraban cada día en una sola iglesia que tiene.

Volvió á reforzarse Mota de franceses y catalanes. En esta era, tambien por castigo del cielo de ningun valor ni sustancia, reconociendo al Rey por aventurado en Fraga, oyéndose las voces y los golpes de pistolas de los enemigos, que corrían la tierra á las espaldas de su alojamiento, murmurando del Mota, que no probase fortuna, embistiese el lugar y le tomase y prendiese al Rey, con que se veria un fin muy deseado de los franceses: decíanselo al Rey, y avisábalo Don Felipe de Silva; y que era, demás de lo referido poner al riesgo el sitio, porque si viesse arriesgado al Mota y con pensamientos tan altos, no podría dejar de acudirle con la gente que tenia y levantar el sitio. El Rey le ordenó que aunque lo viesse no lo hiciese; y refieren que iba las más de las mañanas á ver el sitio sobre una eminencia, con el anteojo largo (ingenio del arte militar de los holandeses), á reconocer las trincheras,

reductos y baterías, y á ver el orden de los cuarteles y las otras máquinas.

Batia la plaza nuestro General valerosamente con la artillería, abrasaba las casas, y los mayores edificios los aterraba con un diluvio de bombas de fuego; hacíanse salidas de una parte y otra, con pérdida de mucha gente y estrago miserable de la ciudad. Mos de la Mota hacia diversas juntas de querer acometer el sitio, infestaba la línea de circunvalacion, dando muestras de querer socorrer, pero su recato era más que medroso: puso su gente en el Garden, castillo razonable, cerca de Lérida, con otros muchos lances, todos dignos de memoria, que hubo en este sitio, que excuso á la proligidad, porque no nos los refuten los que se hallaron á ellos; porque no es mi intento detenerme en esto, ántes hacer una sucinta narracion, y si puedo acabarlo con mi indignacion, nó pasar de dos ó tres libros, suspendiendo ahora el sitio hasta su rendicion, por acudir á los otros sucesos que nos llaman á su comento y digresion.

El Papa Urbano VIII, á 29 de Julio falleció, con que se acabó la fortuna de los barberinos, y el pueblo comenzó de claradamente á mostrar el mal afecto que los tenia, como de un Gobierno tan largo, proceloso y guerrero y lleno de novedades, sin poder arribar un punto al descanso, y en que tanto se enturbió la paz de los vivientes, destrozándose Reinos y Monarquías, por ascender á otras. Entraron los Cardenales en cónclave y estuvo para salir Saqueto, que habia sido Nuncio en la corte de España, por los muchos votos que tuvo: faltáronle algunos, con que no se hizo la eleccion, aludiendo en ella el Cardenal Francisco Barberino, que se habia inclinado á éste por asir algo de la parcialidad y hechuras del sitio, volviéndose á su amigo antiguo, si bien con no pocas desconfianzas, pareciéndole habia de mudar de semblante: volvieron á votar y á cerrarse.

Lérida se rindió á fin de Julio: entró el Rey en ella á pesar de los enemigos y venció como siempre su valor y constancia; y el Palio, que en este reinado repudiamos en muchas Ciuda-

des del Reino, aquí le tomó, porque se le habían metido á pleito y discusión; tanto importa no degenerar de las acciones reales ni de cuidarse en ellas de los honores ni de los ejemplos de nuestros antepasados, y de los buenos consejos.

Pacificóse la Ciudad, juróles do nuevo los privilegios, por- que ya otra vez lo había hecho; honrólos é hizo merced y perdonólos, pidiéndoselo ellos postrados por el suelo y con humildad, si la hay en Cataluña, y confesando sus yerros, que eran muchos, dijo: «quisiera tener más que perdonarlos.» Pero nada de esto redujo ni ablandó la tenacidad de los de Barcelona ni de los otros pueblos rebeldes, á entrar en lo justo; ántes convocaban con más rigor las armas de los protectores y adversarios nuestros: volvió de Zaragoza á componer las demás cosas al cumplimiento de la guerra de este año, en que no podemos dejar de aplaudir su cuidado y lo que trabajó por su reputación, decoro y fatiga, y por las naciones que militan debajo de su mano.

A 14 de Septiembre salió electo por Pontífice el Cardenal Juan Bautista Pamfilio, natural de Perusia, ciudad del territorio de la Iglesia, jurisdicción Romana, si bien el duque de Florencia pretende que es suya; y sobre lo que fueron las contienciones y guerra de los años pasados, basta el de 43, que dejamos apuntados en los comentarios, y con las otras dependencias de venecianos, Duque de Parma y de Módena, con non nombre de Inocencio X, que también fué Nuncio de España, y de los adversos á la nación Española. Dijeron que había sido la elección de España, y del conde de Sireuela embajador de la corte Romana, que no fué de los barberinos ni franceses, que es lo mismo, y que no corrían con él, ántes que era español; aunque á mí me hace dificultad, porque éste era hechura del otro, su confidente, alma y corazón de Urbano, y que le fué del Cardenal Francisco, su sobrino, cuando vino á España, el Abril de 626 cuando estuvimos en las Cortes de Barcelona, primer paso y tropiezo de la Monarquía, á sacar de pila á la Infanta María, que murió, y vino por su Ayo, y para descabezar las diferencias y pasiones que había entre

el Papa y nuestro Gobernador, y no salió de España con el gusto y la satisfacción que quisiera para los que aspiran á ser Príncipes de la Iglesia, toman todos los caminos que los puedan oponer en aquella Silla, hacen á todos los halagos de los Príncipes, y se visten de todos los colores que los puedan destumbrar; y en consiguiendo se declaran y escogen conforme al dictámen de su materia de estado. Dicen tiene san- gre de la Casa de los Borjas<sup>1</sup> y de aquel Papa que hubo en la Iglesia en tiempo del Rey D. Fernando el Católico; y los ob- servadores de cosas antiguas quieren que tenga fuerza aquella profecía de que otra vez vea María el zorro en la Iglesia de Dios, y dicenlo porque los Borjas lo traen en los escudos de las armas entre unos manojos de espigas; pero todo esto es de muy poco fundamento, y si tiene algo es muy remoto y muy oscuro, y no acaban de declararlo: el tiempo lo bará, que ahora estamos muy al principio.

Tomóse á Balaguer en Cataluña, y otros pueblos de menor calidad, y pasó Mota á ver si podía recompensar las perdidas, á cargar á Tarragona: defendióse la D. Francisco Toralto, que estaba dentro, y forzóle á levantar el sitio; con que el Mota cayó de todo punto de su reputación. Mas á la misma hora, en Flandes, el francés tomó á Gravelingas, puerto de mar, con- finante con el Bolonés, de mucha importancia y consideracion y el primero de la provincia de Flandes como se viene de España para él, y el holandés el Saso, de la nobilísima y opulenta en la antigüedad villa de Gaute, uno de los tres castillos y llaves del País-Bajo, quedando solos el de Ambreres y Cambray; y como el tiempo, por la naturaleza ó inclinacion de los Ministros que no sabian gobernar, había producido novedades y había sido viciosa la cosecha, unas tambien producian otras, y se derivaban de ellas y no poco peligrosas, y se había reconocido que no pasaban españoles á Flandes ni militaba un hombre en él, y si había alguno era apenas un

<sup>1</sup> Alejandro VI, en quien tuvo principio la Casa de los Borjas, duque de Gaudia.



cabo, porque ya se habían menester para sí propio y para pacificar la patria, con las revueltas y guerras civiles que se habían levantado: gran mengua para la ampliación de las otras Coronas, provincias y estados; pues si no podemos pasar allá, no sólo se perdería el nombre, pero la conservación; y lo mismo vendrá á ser en Italia, con que los extranjeritos habrían conseguido su deseo y logrado el aborrecimiento que nos tienen.

En Alemania sucedía la guerra con el uso ordinario entre unos y otros, ya venciendo ya siendo vencidos, porque el francés portaba en aquel Señorío en conservar sus plazas, porque tenían de su parte la fortuna y era favorecido de ella, y el estado de Alemania estaba muy caído, los alemanes flacos, y más el que hasta allí los había ayudado y socorrido, que estuvieron los enemigos muy cerca de Viena.

La Reina Doña Isabel, esposa del Rey D. Felipe IV, falleció en el Real Palacio de Madrid, jueves, 6 de Octubre de este año, á las cuatro de la tarde: fué avisado el Rey muy á la postre y en lo más apretado de la enfermedad: partió de Zaragoza muy á la ligera, y en Marañon le alcanzó el correo de su fallecimiento; lugar á propósito para tan infelice nueva; que donde se halla siempre una mala posada se hallará una desdicha y aun muchas. No quiso el marqués del Carpio, ni D. Luis de Haro, su hijo, ni los Gentiles-hombres de la Cámara que iban allí decirselo luego; rehusándole el dolor que había de sentir, y tambien por ser sobre comida, hasta que en Almadrones se lo dijeron y pasó á retirarse al Pardo. Fué llevada á San Lorenzo el Real: la enfermedad, dicen, procedió de la continuación del chocolate y de beber agua de la quinta esencia de la canela para corroborar el estómago, que le tenía fálto de calor natural; los accidentes, grandes tabarullitos y garrotillo, su edad algo ménos de cuarenta y cuatro años. Llegó el Rey al Príncipe al Pardo, estuvo allí cuatro ó cinco dias y luego pasó al Retiro, al cuarto antiguo pegado á la iglesia de San Gerónimo, dispuesto para semejantes casos: vió á la Infanta Doña Maria, donde la hicieron las honras: dijo la

nisa el Nuncio del Papa <sup>1</sup>, con asistencia de Prelados, Ricos-hombres y Consejos, y predicó en ellas fray Gregorio de Pedrosa, del Orden de San Gerónimo, predicador del Rey y Obispo de Valladolid y príncipe de predicadores. Tuvo la nueva de la elección de Panfillo á la Silla de San Pedro, y escribióle animándole en sus trabajos y persecuciones de la guerra, que haría los oficios de Padre universal, y que dentro de cuatro meses vería la diferencia que había en sus cosas; pero hasta ahora no se ha visto nada, y todas corren con el poco calor que siempre, y el año que se sigue y el que hemos de escribir tras éste, fué de muy poca fortuna para las cosas de la Monarquía, particularmente en el País-Bajo.

Don Felipe de Silva, poco antes de esto, tuvo un encuentro con el conde de Oñate y el conde de Peñaranda, del Consejo Real y Cámara de Castilla, sobre las materias y prosecución de la guerra de Cataluña: parecióle que había cehado gran contera á su honra, á sus servicios, á su edad y á sus achaques, con haber deshecho un ejército de franceses, tomado dos plazas, y la una de mucha consideración; y como los accidentes y la fortuna es vária en estos casos y se ha cansado con muchos de mucha opinion ¿qué dijéramos de Aníbal, qué de Antonio, Capitan romano, y otros muchos de la erudicion latina? ántes de partir el Rey de Zaragoza, y luego que consiguió sus empresas, pidió licencia para dejar las armas. Admitiéronsele, y diéronsele á D. Andrea Cantelmo, y con la ida del Rey quedó D. Luis de Haro para la dirección de algunas materias y conferencias con el nuevo General y cabos, y alojar el ejército y acuartelarlo.

Estaba en Badajoz el marqués de Torrecusa por General de la guerra de Portugal, habiendo quitado de allí al conde de Santistéban: quiso hacer demostracion del valor de su persona, y algun servicio señalado, como lo pedía la ocasion y la necesidad: convocó la gente de la tierra, así de caballería

como de infantería, y puso en órden la artillería, y en esta forma pasó á tomar á Elbar, primera ciudad de aquel Reino. El tiempo no era á propósito, por ser en lo más adentro del mes de Octubre, cargaron las aguas; y cubriéndose con repares y con trincheras, y siendo mucha y continua la artillería que tiraba á la plaza, comenzó á perder gente matándose; y no ajustado bien el intento ni la campaña, comenzaron á alborotarse los soldados, se volvieron y desmandaron más de seis mil, y tomaron el camino de sus casas, y le dejaron sin poderlos conducir á las banderas; y el Marqués se volvió á Badajoz, reconociéndose por este revés mudanza en su persona, tormenta y fortuna deshecha en sus servicios.

Concluida la guerra de Cataluña por este año, y alojada la gente, de órden de la Reina de Francia y del Parlamento prendieron á Mos de la Mota y le llevaron al Conde, á Francia: los cargos que se le hicieron eran que podía haber hecho la guerra este año con más reputacion, elegido puesto con que no se le hubiera perdido Lérida, poniéndose entre aquella ciudad y el ejército católico; que el dinero que se le envió en doblones para la paga de los soldados los traido en diferente metal y reconocieron por falsos: que dijo á los catalanes, quejándose de los progresos de este año y de los malos sucesos, que la Reina de Francia no quería que se apretase aquella guerra más, por amor de su hermano; que sabido por ella se quejó al Parlamento severamente, pidiendo se averiguase la verdad y le castigasen: decian más, que podía haber prendido al Rey en Fraga, porque se puso en manifiesto peligro de su persona, lugar sin gente, sin moralla y sin fortificaciones; aunque otros decian que no era fácil tentarle, porque no dejaba de estar resguardado y defendido, y que el sitio y puesto no era á propósito para embestirle. Sin embargo, fueron todos de parecer que pudo hacerlo con batallas y asaltos de que aquel pueblo no fuera poderoso á defenderse, y fuera ponerto todo en una balanza y alterar la Monarquía, y por lo ménos se pusiera el sitio de Lérida en contingencia. Y por todo esto se dijo que el año siguiente con-

denaron al Mota á cárcel perpétua, habiendo querido cortarle la cabeza.

De Italia no tenemos de que hacer mención, si bien los bulliciosos no sosegaban, particularmente el Principe Tomás y los franceses que estaban en el Monferrato; pero todo estaba sin gente, porque aquella guerra se habia trasladado á Cataluña, pero no dejaban de amenazar: y envió el Rey Católico por Virey de Aragon, al Condestable de Castilla, en tanto que volvía á aquel Reino, habiendo cumplido este año en cuanto pudo con la reputacion y las obligaciones, y salido valientemente con la pretension de tomar á Lérida á los franceses y catalanes, y así lo sintieron y confesaron todos los Príncipes de la Europa. Sin embargo, los cuidados eran grandes, los enemigos muchos y asistentes en muchas partes, y aunque el nuevo Pontífice Inocencio X, hacia los oficios de Padre universal, los medios eran muy flacos y faltaba el calor y la voluntad en los enemigos: todas las proposiciones eran no más que aparentes: legábase al tratado y no al efecto. Si bien se habia señalado lugar en Alemania para conducirse los Plenipotenciarios de los Príncipes interesados, lo más pronto era aprestar ejércitos, conducir armas, convocar aliados para el año siguiente, para hacernos contradicción y ópósito, y aspirar á la usurpacion de las plazas, con la comodidad que daban y habian quedado tres naciones rebeldes, que cada una pedía el contender con ellas; embarazando las fuerzas católicas, para debelar mal afectos y adversarios en Italia, Países-Bajos y en Alemania; con que los franceses, acudiendo á todos, no podian ser castigados ni vencidos como lo fueron en las pasadas.

## LIBRO DÉCIMOTERCERO.

---

### ARGUMENTO.

---

Prosigue el Rey su jornada al Reino de Aragón: los franceses sitian á Rosas y la toman: muere el Conde-Duque de Olivares, y pónese el conde de Arcourt sobre Balaguer: jura el Príncipe los fueros de Aragón, y son llamados en Zaragoza los cuatro Brazos á Cortes: juran al Príncipe: ríndese Balaguer: sale el Rey de Zaragoza para Valencia, donde tenia convocado á Cortes aquel Reino. Refiérense de paso las cosas de la guerra que faltan á este libro, y vuelve el Rey á Castilla, donde hace el mismo llamamiento, para proveer la guerra.

---

Con la poca fortuna del año pasado, descaudo volver á la guerra de Cataluña con más prósperos sucesos, envió la Reina de Francia y el Parlamento á Cataluña á su General, y de quien ellos hacen tanto alarde (¡qué cosa para los antiguos y esclarecidos de nuestra España!) al conde de Arcourt, que apénas há que se conoce su nombre de seis años á esta parte; y

nos consentirán los largamente ejercitados en la milicia, que no podamos decir que es soldado vicio, acaso más fanfarrón ó hazañoso, en dos ó tres ocasiones, y esas en tiempo fallido de fidelidad en vasallos de nuestra España. Vino con 42.000 infantes y 3.000 caballos de aquellos que decían eran de algun nombre veteranos, y de los que habían guerreado en Italia á la sombra de la Duquesa de Saboya, hermana del Rey difunto; tomado á Turin el Príncipe Tomás, cuando se dió por nuestro, si bien le imputaban que le habia dejado perder y hecho levantar á D. Diego Mejía, marqués de Leganés, del Casal de Monferrato, que aquí fué donde se vió su nombre, y consiguientemente en Flandes; hallándose en lo de Gravelingas y otras plazas; que en estos años últimos, después de la rebelion de catalanes y portugueses, y teniendo de la otra parte por amigos y confederados los de Holanda, no son grandes bazañas: con lo que de nuestra parte se pretendió hacer la guerra defensiva, porque es pelear uno con cuatro, desbacerle, entreteniéndole; guardar la tierra y los pueblos de Cataluña, así ganados como los que están de nuestra parte, y con asiento de enviarle cada mes 4.000 infantes.

Venia tambien por General de caballería Mos de Santone, práctico y con noticia de la tierra, por el tiempo que estuvo con nosotros, y á costa del Rey desde que salió de Leocata, de donde era Gobernador, se entró de miedo de la condiccion de Richelieu, verdugo y cuchillo de las cabezas nobles de la Francia, huyendo por Perpiñan, caluniándole el Príncipe de Condé, diciendo se entendia con los españoles, y fué falso, cuando desde Salinas pasaron y les tomaron las barcas que estaban en aquella laguna que hace el mar con su vecindad, que llaman el Grao; y después de muerto el Richelieu y el Rey, compuestas las cosas de Paris, mediando en ellos desde el Palacio de Madrid la Princesa de Carignano, mujer de Tomás, volvió allá, y ahora venia al ejército contra nosotros, á agradecer el beneficio que se le hizo en España y que aquel privado no le echase la cabeza en el suelo: que éste es el retorno de la acogida de los franceses. Envióse por Plenipotenciario á

Alemanin, al lugar de Munster, diputado para tratar la paz de la Europa, al conde de Peñaranda, y donde tambien habian de concurrir los Plenipotenciarios de los demas Príncipes, que tienen lugar y son llamados á estas Juntas. Con no más fundamento que la solícitud del Papa, si bien con harta desconfianza, proponian al Rey sus Ministros se casase, particularmente los del Consejo de Estado, por la poca sucesion que tenia y no haber más de un varon. El no abria la puerta á esto, observando mucho la religion de la viudez: decia queria casar al Príncipe, y que de alli veria lo que le convenia. Querianle casar en Irtru, en el Condado de Tirol, con hija del archiduque Leopoldo, muerto, hermano del Emperador Ferdinando II, su tío, y de la archiduquesa Cláudia; pero aquello no era más que darle mujer; cuando se miraba á otras conveniencias, si las podia haber, dábante tambien los contemplativos la hija del Monsieur duque de Orleans, de su primer matrimonio, hermano de San Luis, Rey de Francia, si se pudiera entrar en alguna esperanza de redimir lo tomado, y en partidos que mejorasen las cosas, particularmente las de España; pero no se reconoció en los franceses quererle hacer al Monsieur esta lisonja; ántes, totalmente, los que entendian esta materia, le daban por inútil y de ninguna consecuencia, y aun de casar á la Infanta Doña Maria, hija del Rey Católico, con el Rey de Francia, no se veia calor en ellos; y ya le daban esposa en la hija del Monsieur, que lo habia nacido de este segundo matrimonio, que ellos tanto, á lo ménos el Richelieu, abusaron, y que la edad no estaba en sazón.

Del Príncipe ya se da por llano y entendido que habia de casar en Viena de Austria, con hija de los Emperadores Ferdinando y Maria, y aun á nuestra Infanta que casara ya con el primogénito de los mismos, porque otra cosa es dar hija á Francia, si no una enemigo mortal y que los produzca mayores. Ejemplo tenemos en Ana, Reina de Francia, hija del rey D. Felipe III, hermano del IV. Fué roto el ejército del Emperador por los enemigos; pero poco despues fueron ellos deshechos y desbaratados por sus gentes, como se referia.

Concluyóse la demanda y prision del marqués de Leganés, sobre la guerra de Cataluña del año de 42, cuando se convocó todo el mundo, y estando todo él en campaña y fuera de sus casas, se comenzó la guerra por Octubre, y no se hizo nada sobre Lérida. Se perdió la reputación y un ejército que podía ganar á Jerusalem: descuido en que consistió no adelantarse lo de Cataluña para pasar á Portugal, acudir á Italia y á Flandes. Salió al fin como se esperaba, atendiendo á que no peligrase ninguno de la era pasada, y enviáronle á la frontera de Portugal, en lugar del marqués de Torrecusa, siguiendo el destino de los capitanes de nuestro tiempo.

Con la misma fatiga de recuperar el Principado de Cataluña, sábado, 11 de Marzo, volvió el Rey á Zaragoza y trajo al Príncipe en su compañía: dispuso la guerra de este año, así en Flandes como en España, en la forma referida, aunque en aquella, habiendo hecho asiento de enviar 200.000 escudos cada mes, apenas se enviaron 60; con que las cosas, pensando arribar desasecieron mucho, y fué más la presunción que el efecto. Dió el Gobierno político al marqués de Castel-Rodrigo, y lo militar al conde Piccolomini, levantando mucha infantería y caballería, con intento de oponerse á los holandeses y hacer entradas por la Francia, como se dijo, que Piccolomini corria con la caballería hasta las puertas de París; pero los dos enemigos tuvieron cuidado de que no lo hiciese, y pensando que el francés, con la salida del conde de Arcoart y los soldados viejos, no tendrían gente, y que sólo atenderían á conservar las plazas, armaron prodigiosamente en más de cincuenta mil hombres; tanto, que fué mucho no acabar de perderse el País-Bajo. Fuese previniendo la gente para Cataluña, en número 8.000 infantes y 3.000 caballos, por General D. Andrea Cantelmo, y Montara volvió á salir General de la caballería, por dolencia y achaques de D. Juan de Vivero, si bien trajo el Rey á D. Felipe de Silva para servirse de él y de su consejo, y por si peligrase, otro General que se haría, no olvidándose del tiempo de hacerlo, como sucedió al conde de Monte-Rey; y luego concurrió quejoso á Zaragoza el marqués de Villafraña, y

con achaques de su condicion de General tambien, á pedir licencia para irse al reino de Nápoles, diciendo mucho de su necesidad y empeño, y que queria retirarse al estado de Ferdinandina en aquel Reino. Mas el Rey no se la quiso dar, queriendo por la ocasion presente aconsejarse con él en la guerra de este año, y ver si podia volver al Cueralato de las galeras de España para las mismas ocurrencias que habia dejado retirado el duque de Tursi á Génova; y todos nos iban dejando por el uso de la necesidad y faltar á las pagas de las Escudras, que tampoco se pudo acabar con él, diciendo no tenia salud y que habia muchos años que servía, y que no le habian premiado, ántes que los agravios habian sido muchos.

Dieron las galeras de Sicilia, ó á esta causa las habian dado, al marqués de Bayona, hermano del conde de Santistéban; la de Nápoles al marqués del Viso, hijo del marqués de Santa Cruz, y las de España á D. Melchor de Borja. Prevínose armada de navios en Cádiz, á cargo del general Pinienta, para reconocer las costas de Cataluña; pero el enemigo, cuando el tiempo, sacó su gente y armada; y al principio de la primavera, no queriendo consentirnos lo poco que habia quedado entre el Condado de Rosellon y Barcelona, se echó sobre el puerto de Rosas con armada por mar y ejército por tierra, y no teniendo nosotros en aquella sazón nada de esto, no era nuestra, porque era del francés, y la que teníamos estaba mucho más acá, poca, y entre Lérida, Balaguer y Fraga, teniendo su parte el enemigo allí cerca, en Cervera, su plaza de armas, y no era de buena regla militar pasar allá, porque era desamparar las plazas, picar en algunas dellas, y aún dejarlos cortados; estuvo sobre ella los dos meses defendiéndola D. Diego Caballero: quiso el Rey socorrerla por mar, y quisiera que fuera á hacerlo el marqués de Villafraña. Reparóse en el agravio, y encargóse la empresa á D. Melchor de Borja, como General de las galeras; no lo hizo, y rindió la plaza Don Diego Caballero, y salió con la gente para Valencia. Quitáronle las galeras á D. Melchor de Borja, y mandáronle que no

saliera de Dénia, y diéronselas al conde de Linares, de nacion portugés, caballero de valor y de sangre, que habia sido Virrey de India: con que las cosas de este año comenzaron á ir de caída, á menguar la reputacion, á desconsolarse los valsallos, á erocer en orgullo y vanidad los franceses y catalanes. Fué sentida la pérdida, porque verdaderamente lo fué, si bien se reconoció la desconfianza de poderla mantener y conservar, por ser la tierra del todo verdaderamente enemiga; pero quisiera el Rey y los de su Consejo que se hubiera detenido más tiempo, para embarazar allí á los franceses y que no pasasen á las hostilidades, como se presumia, concluyendo aquello, á las de entre el Segre y Cinca, como Balaguer, Lérida y Fraga, descaudo volver á abrir aquel paso, para poner de nuevo y en mayor conflicto á los aragoneses. Prendieron á D. Diego Caballero en Valencia, y lleváronle á la raya y entregáronle á las justicias de Castilla, y metiéronle en la cárcel de Corte de Madrid á que purgase.

Haciasele cargo que podía haber sustentado más tiempo aquella plaza, y aun defendidola, dado que no le socorriera D. Melchor de Borja, el Rey pusiera en las galeras de España quien lo hiciera; que salió con 3.000 hombres escogidos y mucha gente para rendir plaza; que la brecha que le hiciera no era de consideracion; que tenia qué tirar y qué comer, y así dicen que faltó al deber y á sus obligaciones, y que por guardar el dinero que tenia, y otras cosas poco decentes, rindió la plaza ántes de lo que era justo.

Conseguido lo de Rosas, el conde de Arcos volvió los pensamientos á cubestir las plazas entre Segre y Cinca. Tenia, como hemos dicho, su plaza de armas en Cervera, lugar antecedente como se va de Monzon á Barcelona, y de él se pasa á Balaguer y á otros lugares. El general Cantelmo reforzó los presidios de Balaguer, Lérida y Fraga, y guarneció á lo largo, en puestos, la ribera del Segre: el enemigo intentó pasarla por

1 Los valencianos dijeron quando estuvimos allí, que habia desembarcado con 1.000.

tres veces y no pudo, matándole mucha gente, y el caballo á Santone: al cabo, tomando el tránsito más arriba, se entró por el puente de Camarasa, peleando con nuestra gente y la que habia allí, aunque poca, y marchó al lugar de Orens con todo su campo, á 23 de Junio de este año, donde estaba el marqués de Mortara y otros Cabos con 4.400 infantes y 400 caballos: pelcaron con ellos, mas como eran pocos, y el ejército del enemigo entero y de mucha gente, hubieron de darse. Prendieron al marqués de Mortara; murió de las heridas el marqués de Lorenzana, de nacion napolitano; prendieron al Maestre de campo D. Juan de Valenzuela, del hábito de San Juan, y á D. Antonio de Zúñiga, Paje de guion, y muy lucido, que lo habia sido del Rey; á D. Nuño Pardo, D. José Calderon, D. Vicencio Tutabilla y otros Cabos, y rebiróse el enemigo muy ufano de este hecho, particularmente el conde de Arcoú; acrecentándole la vanidad y la confianza, haciendo gran ruido en Zaragoza y áun en todo el Reino, y luego pareció á propósito para entrar en algun pedido y dar sobre Castilla y sobre la hacienda de aquellos vasallos, como siempre.

Quisieron enviar al Principe á Madrid para esta saca, y hallando inconvenientes fué electo D. Luis de Haro, que es lo que nos ha quedado de valimiento. Partió á la Corte á toda diligencia: pensaron los ignorantes que iba cebado como ántes lo decian; pero áun así, todos los entendidos cayeron en el lance y comenzaron á extremarse las bolsas. Decian, que nunca se veían libres de esta tempestad, y que si bien era gran menoscabo de la reputacion prender un General de la caballería, que la rota no era de admirar, particularmente no pasando su número de 4.000 infantes y 300 caballos, y que ya que los Cabos no pudieron, los demas volvieron por diferentes derrotas á las banderas: que el daño no era sino el no haber este año ejército tal que pudiera hacer menos brioso al enemigo, y que seria de impedimento más grave, para tratar de medios de paz, y que no se saldria con ellos. Entendió D. Luis de Haro en el ministerio para que era enviado: comenzó á reconocer los adinerados, y luego se oyó que el

Cardenal Borja había hecho servicios y donacion, deduciendo 4.000 ducados de plata; y los murmuradores á insinuar que era querer librar al hermano y áun pagar la plaza desde el primer ladrillo hasta la última teja: dieron contra el conde de Chinchon, por lo que había traído del Virreinato del Perú, ó de lo que había aborradado en el interin de su hacienda; pidieron á uno del Consejo <sup>1</sup> de ella, y por vengarse de la opinion de los diligentes en reconocer ricos, dió 6.000 ducados y dijo daría noticia de los que tenían dinero para que los pidiesen: sacaron al Chinchon 20.000, vino á juntar 400.000 ducados en aquella pobre corte, y decia no volveria á Zaragoza sin que llegasen al cumplimiento de 600.000 ducados; con que se reconoció no había meugua de los ánimos de san- grar á los vasallos, y que no fué tan sentida la rota, pues valió esta cantidad. Pidió se levantase gente y caballos, para doblar el ejército que estaba muy bajo y atender á la defensa como al principio: se resolvió por los Ministros, remitiendo para el año siguiente mayores intentos, mayor campo y armada de nacones: conviene saber cómo quedaremos.

Del conde de Olivares, retirado en Toro, por encubrir la correspondencia de sus confidentes y cubrir sus designios, dicen se salia todas las mañanas y las tardes fuera del lugar, á dos leguas de distancia, á escribir; y por la cuenta debia recibir los mensajeros y despacharlos, y la pieza era una choza: últimamente recibió una carta del mal estado de los negocios y prision del protonotario D. Jerónimo de Villanueva, que contenia, que le habian mandado dar tormento y que habia confesado; prendian cómplices, y habian llevado á Toledo á una Doña Isabel, ama ó camarera suya, de su regalo y go- bierno. Esto oí á un fraile calificador de la Inquisicion, que se daba por muy favorecido del Inquisidor general: que con esta carta partió de la choza, se fué á su posada, y arrebatado de la melancolia se arrojó en la cama diciendo: «esto es hecho.» Con estas palabras cayó el conde de Villamediana de la herida

4 Don Rodrigo Jurado.

que le dieron al salir de la callejuela de San Ginés en la calle Mayor. Finalmente, despues de haber mandado lastimosamente la Monarquía, con absoluto imperio, veintidos años ménos tres meses, y retirádose de ella (aunque tarde), en Toro dos años, con un rapio que le tiró á la cabeza de tabardillo y un dolor en un lado en siete dias, con tres intervalos que tuvo, dispuso sus cosas y su testamento; sábado á las diez del dia, 22 de Julio de este año; aunque otros dicen procedió de hidropezia, natural enfermedad de poderoso y caído, y que al abrirle echó del vientro dos cántaros de agua: murió acabando, el que lo habia acabado todo, habiendo sido su valimiento y privanza fatal para estas Coronas, con particular gusto de todos; y si bien lo fué su retirada, en su muerte lo fué mayor. Quedó D. Luis de Haro por heredero del condado de Olivares, acrecentado en Duque, y para cubriuse pareció premio ó fortuna de la jornada: lo demas adquirido en el valimiento quedó á la Condesa, sin declarar nada para el Don Enrique <sup>1</sup>, mas de que en su testamento lo dejase á quien le habia dicho; suspendiéndole con esta ambigüedad, pretendiendo atarle al respeto, á la obediencia, á la sumision y á la templanza debida, concertada, y que viviese con gastos moderados y se contentase con ellos.

Trajéronle á Locches, y como estábamos en Zaragoza, los de Madrid nos ponderaron mucho lo recio de una tempestad cuando llegó á la puente de Segovia: fué acaso condicion del tiempo y no de la ocasion, ni seria de otra cosa; y no siendo yo amigo de escribir prodigios, ni dar causas vanas á cosas semejantes, dicen que el agua era un diluvio y que lo mostró Manzanares; los truenos espantosos, y que llovía el ciclo rayos, y que al principio no se reconoció más que de una pequeña nube que los vino siguiendo desde Toro y áun maltratando, y que allí se explayó en tempestad horrenda, y

1 Si ya no era querer ocultar algun tesoro adquirido con la fortuna, si bien se dijo despues, que la Condesa pasaba necesidad; pero ya sabemos las artes que hay en esto y las trazas.

que si con tiempo no pasaran la barca de Jarama, corrían todas fortuna de la creciente; y la Condesa se retiró en el Convento que fundó allí. Mesuróse el Rey y compungióse cuando recibió el aviso, no de la pérdida y falta que le hacía, sino de que semejantes fortunas tienen fin y se acaban, y que aquella parte ó el todo de administración y de consorcio había ido á dar cuenta á Dios, y de lo procedido de tan gran gobierno, adonde han de ir á parar los menores, los más altos y los más bajos. Sin embargo, tuvieron su muerte por dichosa, por no haber pagado en la vida la recompensa y felicidad del valimiento, de la prosperidad y de el poder, ni pasado por lo duro y afanoso de la residencia humana, que fuera como Dios sabe, y á la fé de grandes casos, é impulsos notables, y como ha sucedido á los más que han tenido áquel lugar. Si nó, volvamos los ojos á la que él hizo á los pasados, y entre tantos acontecimientos siniestros, ¿qué podemos decir ahora de ellos, que no nos confesamos por hombres, y quizás mas flacos? Volvámonos pues á los tiempos pasados, á las historias, así divinas como profanas: no habia modo de apagar al pueblo del concepto que tenia recibido, que no estuviese en la misma gracia y valimiento, que gobernaba de la misma manera y aconsejaba por cartas, á lo menos lo parecía, porque no se habia remediado nada, ni mejorado las cosas. Los tributos, que con su caída pareció que se moderaban, subieron á mayor crecimiento, y la necesidad se aumentó pareciendo castigo de haber reducido al Príncipe á la expulsion del Ministro: observando la curiosidad que todos los mal acondicionados de la Europa habian sido por orden suya: que el Riebelicu murió por Diciembre de 42; el Rey de Francia el Mayo de 43; el Papa el Junio de 45, en que se terminó la mitad de su vida; y sin embargo nos dejaron mucha de su condicion, y tanta que no se acabará tan presto.

Y si habia alguna tramoya ó cautela en su retirada, Dios la derribó, porque toma por su cuenta el gobierno verdadero, legitimo y natural de los hombres, de los reinos y provincias; que las dió con esta condicion, y quiere que sea como su

yugo, suave, y la carga leve y no pesada. Fué hombre rígido de condicion, vano y muy presumido, y además de esto irascible, injurioso sobre manera, y vengativo de lo que no se le debía, sino porque no se lo daban; enemigo de la casa de Sandoval, y aún de las de sus parientes, por Grandes; al que le levantó honra y subió á grandes mercedes y dignidades, bajó á suma miseria: quitó la Majestad á la Corona, y todo con los tributos que fundó en España, y en las otras provincias y reinos suyos, de donde, enflaqueciéndose, incugó la reputacion de la Nacion española, y con el mal tratamiento en su gobierno se perdió parte, y muy considerable, de los Países-Bajos, habiéndolos hallado muy acrecentados, más que en el tiempo del rey Don Felipe II, el Principado de Cataluña, el Reino de Portugal, las Islas Terceiras, el Estado del Brasil, las plazas de Africa, ántes y despues del Cabo de Buena Esperanza y las de Oriente de aquella Corona; inundando de guerra toda la Monarquía y pasando á toda la Europa, y de ella pasando á nosotros, y dejándonos en ellas todas muy bravos y sangrientos, en desobediencia y desgracia al Príncipe con los vasallos, y con poca esperanza de acabarse: tan al trance todo, que se halló obligada la razon, la justicia y la causa pública á retirarle, y por todas estas cosas y otras muchas, aborrecido ántes y despues de todos los hombres. Mucho hemos dicho de él en nuestros escritos, y hay más que decir, y por más que dijéramos no acabáramos. Si en este estado hubiera dejado la Monarquía el duque de Lerma, á quien quitaron la hacienda y las mercedes, que la dejó acrecentada, y el otro murió con ellas, que las destruyó, quedando próspero, ¿qué dijéramos de él? Tal es la condicion de los Príncipes.

Volvió D. Luis de Haro á Zaragoza; tomó la posesion de aquella merced, y cubrióse, que aún no habia dejado de llorar allí á la fortuna benéficos, y juró su padre de Caballero mayor; y el cariño que se presumió haber en el Papa se acabó muy presto, porque el conde de Siruela, ó sus criados, por causa que tuvieron para ello, mataron un Secretario del Berganza, ó del que allí asistia, de que el Papa recibió grande



enajo y lo quiso cobar de Roma: envió sus quejas al Rey, hasta hacer que el Nuncio, que estaba en Madrid, pasase á Zaragoza á dárse las muy grandes en materia de Estado; fundada sobre grandes cimientos en aquella corte, que el hijo, que por religion es más obediente, sea el más desvalido, por que á los primeros celos amenazan los demas de faltar á ella; y porque no suceda, lo sufren y sobrellevan y dan las cuchilladas sobre nuestra casa, los lisonjean y hacen halagos, y más si han menester sus armas contra nosotros. Al fin, admitió al Berganza á la presentacion de los Arzobispos y Obispos de la Corona de Portugal; y excluir la del Rey Católico, es punto de Teología, y así lo remito á los que la entienden, y á su decision.

Concluyóse la causa del duque de Medina-Sidonia, condenándole á cárcel perpetua y á que la Duquesa le pueda visitar dos veces cada semana, y en perdimiento de San Lúcar de Barrameda<sup>1</sup>, recompensándole en otros lugares; al marqués de Ayamonte á cortarle la cabeza y en perdimiento de bienes, y al Secretario en horca. Semejantes sucesos, bien claro está que deshacen la honra y las casas por grandes que sean, y que la vida no arriba mucho, ni nunca fué larga, y nuestras manchas resultan á nuestros hijos hasta la posteridad: esto se debia entender así á los principios, para no caer en semejantes trabajos: la pérdida de San Lúcar descacorrá mucho la cosa, porque el puesto era de grande autoridad y de acrecentamientos, porque eran Señores de toda aquella contratacion, y de las Indias, y más que todo el Generalato de la costa de Andalucía.

En Flandes, por más que el Rey Católico hizo refuerzo para la guerra de este año, y que el duque Picolomini asistiese á ambas fronteras, y entrase por Francia, por la ausencia del conde de Arcourt, y los soldados viejos para la guerra de Cataluña, excediéndose á sí mismos, formaron un ejército de

<sup>1</sup> De la fortaleza del puerto, donde estaba, despues de la de Montanches, le pasaron de la otra parte de los montes al alcazar de Segovia.

23.000 hombres, con que tuvieron firme al Picolomini para no salir fuera, y atender á guardar el país: tomaron (como la llamaba el Principe de Orange) la Garita de Mardic, que se fabricó de madera los años pasados; á Borboux, fuerte de Linquin, monte de Cascl, Betuna; no plazas grandes, pero de consideracion, por ser muchos ó ir alojando el país adentro, y esta última de gran cuidado por estar junto á Cambray; con que aquello de año en año se iba desmoronando y perdiendo, y nos iban cerrando de puertos y de socorros, si bien estos, por los cuidados intrinsecos de España, habian parado. Y los holandeses salieron tambien por su parte en campaña con 24.000 hombres, y parecia ostentacion de uno para otro, y para lo que el tiempo podia hacer, porque ya los franceses estaban muy adelante, y áun para frisar uno con otro, como se verá y hemos avisado; pero sin hacer nada, no más que rondar á Brijas, para poder despues conseguir á Amberes, desdó muy antiguo en su dictamen; y si ésta y Cambray se pierden, se acabó el País-Bajo: otras plazas dicen se han perdido, que las excuso por no lastimar el carazon de el que pasare por aquí los ojos.

Recibió displeacer el Rey y los de su Consejo de la rota y confusion de Orens, y de la distribucion de los soldados por el general Andrea Cantelmo, particularmente que decia, el marqués de Mortara se lo habia avisado; mas él, como dueño de su parecer, que no tomaba consejo ni se dejaba mandar, no atendió á ello y lo echó por alto, diciendo estaba todo bien ordenado; y tambien, que habia avisado á Zaragoza y á los Ministros, que segun la disposicion de la gente, se podia esperar un fracaso y que fuese cogida del enemigo. Y visto el estado de las cosas, resolvió el Rey en proveer General al ejército y quitar de allá á D. Andrea Cantelmo; pero él decia que defenderia contra toda la opinion contraria y de los mayores Capitanes del mundo; que lo que habia hecho en la distribucion del ejército era conforme á buenas reglas de milicia, y que el enemigo era cosa precisa que campearse y saliese á buscar nuestra gente, y la topase; y que aquellos acci-

dentes eran contrarios y muy usados en la guerra, particularmente si supieran haberse portado y pelado las cabezas, y que el socorrerlos no estaba lejos de poderlo hacer: mas como le tenían notados otros deseuidos semejantes en Flandes, no le querían pasar ni admitir éste, y enviaron al ejército á Don Felipe de Silva; de qué él comenzó á sentirse pesadamente, y que le quitaban la honra que en tantos años de servicio había ganado.

Fuó D. Felipe de Silva á Praga y se paró allí algunos dias, no pudiendo luego pasar á Lérida, porque el enemigo, pretendiendo detenerle ó habérselo á las manos, hacia entradas y correrías por las tierras con la caballería: al fin pasó, auxilió á Lérida y bastecióla de lo necesario; juntó la caballería ó infantería que pudo, y con la que iba viniendo de Castilla, porque Cantelmo con la que tenía, que era el mayor grueso, se metió en Balaguer, no perdiéndola de vista el conde de Arcourt. Llegó la armada con el general Pimental, en que trató 7.000 infantes; mandáronle parara en Vinaroz, porque el enemigo se había encerrado con la suya, parte en Barcelona y parte en Cadaqués y en Rosas, sin hacer otro movimiento de consideración, pretendiendo los unos resguardarse y conservarse el otro, por no exponerlo á los vientos y contrastes de la mar, sin otro fruto, como sucedió con la de los años pasados. Había falta de bastimentos en el ejército francés, con que se dió á pillar nuestros convoyes, y nosotros á los suyos, y áun falta de gente, porque se le iba mucha, particularmente la colecticia, entrándose por el reino de Aragón, por ruinas, cobardes, ó de codicia del real de á ocho y el par de municion; y los 1.000 hombres que se le enviaban cada mes pasaron con la rota que les dieron en Alemania, diciendo la Reina y el Parlamento importaba más aquello que no lo de Cataluña, y no los enviaban.

Resolvióse al fin, y viendo al General y lo más de nuestra gente encerrado en Balaguer, la ablocó á lo largo, quióle un convoy que le enviaban los catalanes, D. Francisco Toraló, que había dejado el gobierno de Tarragona, y dádosle á Don

Tiberio Brancacho, y á él héchole Maese de campo general, y que lo mató mucha gente: estaba Balaguer bien bastecida, aunque con demasiada gente para lo que permito un sitio, y el poder ayudarse de los bastimentos, además de estar allí lo que había de ejército: procuraba el Silva rebacorso con la infantería y caballos que venían de ambas Castillas y de Navarra, y escribió muy ufano y orgulloso el conde Arcourt á los de Barcelona que tenía el ejército y el General del Rey de España encerrado en Balaguer, y que no había de poder salir sin grandes partidos: ó sea que lo entendió Cantelmo; ó lo pareció que su persona y los demas, que estaban allí á peligro y encerrado lo que el Rey tenía, y que era incomodarla y gastarla lo que tenía, obligándola á entregarse más presto, ó que no le pareció ni á su honra salir rendido; ó que supo que había General en la tierra y quería dejar aquello; informándose de los caminos por donde podría surtir, y tomando buenos guías, dejando lo necesario en Balaguer, sacó la infantería y la caballería; pero no tan á oscuras ni tan secreto que no fuese sentido del conde de Arcourt, que con tropas de caballería y con trozos de infantería le fué siguiendo en la retaguardia, de suerte que el Cantelmo, solicitado de su honra y que no pensase que huía, mandó volver las caras, y comenzaron de ambas partes á pelear. Fué cargado ríciamente el Arcourt, perdió toda su caballería y parte de la infantería, con que hubo de retirarse, y el Cantelmo salió á lo raso y libre del asedio: incorporó la gente con la de D. Felipe de Silva, y la entregó; y á esta hora decían tenía el Rey 40.000 infantes y pasados de 3.000 caballos; pero todavía el conde de Arcourt, socorrido de fraanceses y catalanes en número de 6.000 hombres, perseveraba en el sitio de Balaguer con el diseño referido.

A 3 de Agosto, el ejército del Emperador y el de Francia se vieron entre Nortling y Alern, puestos en órden de batalla, resueltos á embestirse, y por caudillo del imperial á Juan de Vera, de cuya carta se ha tomado lo que se dice; excediéndole el francés al imperial en número casi de mil hombres: y

entrados en el ardor de la batalla, el cuerno derecho de los alemanes comenzó á ser puesto en confusion y en rota, apoderándose el enemigo de una de tres colinas, donde estaba la munición, y plantando la artillería; mas el cuerno izquierdo, obrando con la asistencia de Juan de Bert, y alentado con su persona y valor, y de los oficiales, con tanto esfuerzo y brío, que aunque un escuadron imperial habia de chocar con dos y tres de los franceses, pelearon de tal suerte los alemanes por aquel costado, que no pudiendo resistir más la fuerza de aquellos, quedaron de todo punto desbaratados y muerta la mayor parte de su infantería, en número de 5.000 hombres, y entre doce ó más Coroneles y otras personas de cuenta, sin los heridos y prisioneros: desampararon su artillería. De la parte del ejército alemán, murió el baron de Meroy, y presos el conde de Gulen, el Príncipe de Olstein, y los coroneles Hler, Royel, Cop Istal: tomáronse á los franceses 60 estandartes y banderas, que se enviaron al Duque Elector de Babiera, como General de la Liga Imperial, á Monaco, córte de su Estado, y bubiera quedado totalmente la victoria por el Emperador, si Juan de Bert supiera y fuera advertido de lo que sucedía en el cuerno derecho y no sobreviniera la noche, ni hubieran faltado las municiones, que al principio del combate se tomaron en la colina referida; no pudo sacar las piezas de artillería ganadas en la plaza de armas, por falta de caballos: de suerte, que clavados por el enemigo, fué forzoso dejarlos allí: y porque, como se ha dicho, en la sobrevenida de la noche no se pudo hacer otra cosa, más de que Juan de Bert puso los escuadrones en órden, y se quedaron toda ella en la plaza de armas, en forma de batalla hasta el rayar del día, con que marchó el ejército de Arcourt para refrescar la gente, y luego pasó á Bonabert, alojando en campaña, esperando á ser proveído de municiones de guerra. El francés recogió su gente en la mejor forma que pudo; pero Juan de Bert siempre resuelto á irle á buscar á toda diligencia.

Ofreciéronse algunas inteligencias en Cataluña para lo de Flix, lugar puesto en la ribera del Ebro, ántes de llegar á

Tortosa, en forma de interpresa: encargóse la facción á Milo<sup>1</sup>, alemán; llevó infantería y caballería; no llevaron petardos por no creeros necesarios; llegaron al río, quitaron á los franceses una barca, pasaron y entraron en el lugar, y buyeron todos los que habia allí al castillo, razonable y bien fortificado, y debiendo ejecutar lo más importante, no se procuró tomarle por la falta de lo referido: revolvió el enemigo á la hora con número de gente; recobró el lugar, que hay abierto, y desamparó los nuestros, que fué un desaire bien notable, por lo que habia complacido la interpresa, si lo fuera, y celebró en Zaragoza.

Juró el príncipe Baltasar Carlos, domingo, 20 de Agosto, los fueros del reino de Aragon, en el Aseo de aquella ciudad; y viniéndose Andrea Cantelmo para donde el Rey estaba, fué detenido y preso en Barbasro. Cargábasele, lo primero, la distribución del ejército, y luego que se habia encerrado en Balaguer con toda la gente que tenia, ocasionando el sitio, y luego que se habia salido sin órden: lo cierto era que él quería irse y le detuvieron, porque á todo esto podia responder con argumentos muy fuertes y militares, y vencer al más estadista y soldado, y salir bien de todo; porque el agravio suele dar como contella en lo más alto de los homenajes de que hoy vemos abrasarse tantos pueblos y provincias. De uno puedo yo deponer, y de treinta años continuos gastados en la plaza de armas de Palació, con mucha felicidad, celo y asistencia, habiendo sufrido los sitios, los asaltos y las ocaldas de la necesidad de los Privados, por haber sido criado agradecido de otro y hechura, sin haber merecido en todo tiempo, habiendo gastado lo mejor de los años y la salud, sin conseguir una honra ni una merced, habiéndolas visto hacer á muchos muy grandes, y en personas de muy poca estofa, no habiendo faltado el buen proceder á la ley, ni á las obligaciones ni al decoro que se debe á las buenas costumbres; ni escandalizado con vicios públicos, ni ejercido oficio ruin: cinco

<sup>1</sup> Era este Coronel Gobernador de Merquinenza.

años pasé por la vida austera y penitente del cuarto de Príncipe, siempre con el remo en la mano del servicio; veintidos por la ira y mala querencia de un Privado, sin fundamento; enfermedad tan continua, que despues no pude sanar de ella á quien ántes preservé de no dar en un precipicio que él temió y le tuvo alterado, por su malicia y quimeras, y turbador del sosiego y de la paz del mundo. Creco que no faltó á la verdad, pues lo vemos y lo probamos, que tambien yo fui, como he dicho, criado de valido, y me encargaron el cuidado de los maldicientes y revoltosos, y mi obligacion nó fué chisme ni cuentecillo de Palacio, sino razon, aviso, deudas y fidelidad, tambien todos estos, y más adelante por la insidia y malas ausencias y podridas entrañas de los colegas, mas la nobleza de una condicion sana y leal, cuanto quera que no me ha acrecentado, no me ha hecho volver atrás; al fin no me han echado de Palacio afrentosamente como á otros muy estrados.

Lo mismo se hizo por este recelo con D. Felipe de Silva en Flandes, donde estaba sirviendo quando se levantó Portugal, acumulando achaques que no tenia. Al fin cayó Canelmo en una enfermedad que le puso á los últimos términos de la vida. Por esta causa y la poca fortuna de la guerra de este año en Cataluña, los tratados de paz, que se esperaban con desconfianza, corrían con todo rompimiento, porque las armas, que estaban más vivas, y los franceses insolentes y desvergonzados como lo usur, y el tiempo los ha ayudado, pedían que el Rey Católico les diese el reino de Navarra; los pueblos que faltaban para acabarse de comprender en el Principado de Cataluña; que Portugal quedase por Reino libre y separado de toda pretension y derecho; con que se confirmase lo que dejamos dicho en lo de atrás: más honrada causa fuera perderlo en guerra viva que no entregarlo con una paz infame. De suerte que quanto habia ofrecido el nuevo Pontífice Inocencio en cuatro meses, en más de catorce no se vió nada, y los franceses hacían muy poca cuenta de él; y con la rota pasada no se encaminaba la paz mejor, porque luego se hace

reparo en la reputacion perdida, y se trata de la satisfaccion, si no en este año para el otro, y se van alargando los motivos; y así nos vencer, nos han tomado plazas y las perdemos, y nos quieren acabar: de suerte, que por todas partes se reconoce el trabajo por vano, y el intento por dificultoso; pero al fin es gran cosa vencer: si se les tomara algo, era puerta para entrar en ella; y el conde de Peñaranda escribia que en las proposiciones que los Plenipotenciarios franceses hacian, se echaba bien de ver no tenían gana de hacer la paz ni entrar en ella. Pero luego entraron con más tiento y juicio; dieron de mano á lo de Navarra, con una tregua de quatro años, y que volvieran á Barcelona y los demas pueblos, hasta el Condado de Rosellon, que eso no le habian de volver, aferrándose en lo de Portugal; mas el Rey rechazó y no dió orejas á esto, y si bien pasaba por lo demas, era para recaer con todo su poder sobre aquel Reino y recuperarle. Llevó esto muy á su cargo el Embajador de Venecia, que estaba en la Corte de Castilla, viniendo á la de Zaragoza á pedir socorro para su Republica, que apuntaremos luego. El Embajador de Inglaterra vino tambien de Madrid á despedirse del Rey, diciendo que el soy o (si lo era) no le enviaba un real, ¡en tan miserable estado habia caido, y tan variables son las coronas, y más aquellas que no penden de Dios, y tan caducos son los Estados y las glorias humanas! Los holandeses, de la misma manera, por las muchas veces que se la habian propuesto con la demasiada cercanía de los franceses, y tocados de este cuidado, ya la querian; pero siguiendo la vanidad y el humor de los mismos, decian, ¿qué seguridad tenían ellos, que en mejorándose el Rey de España con los franceses ó desempeñándose de lo tomado, no volviese las armas contra ellos? pedían seguro y rehenes, y esto era tirar á que les diesen plazas tan grandes, que ora fuerza perderlo todo por una paz supersticiosa y ridicula. Con que reconocido el ánimo de los enemigos, no habia que esperar comoposicion en unos ni en otros, y de esta forma todas las cosas en que podíamos esperar; asimismo iban de caída la necesidad y la miseria mayor; los soldados no querian alistarse ni

pelear, en la primera ocasion se iban causados de tanta guerra y de los trabajos y afanes de ella: los hombres de valor y capitanes quedaban solos, y estos eran pocos: menguado el ejército, los Generales y los mejores, ninguno acertaba, todos erraban y caían en desgracia, enfermaban ó morían de desvalidos y dejados, y los servicios perdidos, menoscabados y muy tarda la recompensa.

La armada del Turco, que con tanto ruido corrió por el mundo, queria bajar sobre Malta, por presas que la religion habia hecho en navios suyos, convocando para esto el Gran Maestro todos los Caballeros del hábito de San Juan, recayó contra venecianos y la puso sobre la isla de Candia, jurisdiccion de aquella Señoría; y temióse mucho, por el gran poder de aquel bárbaro, que le habia de tomar, por ser tan inferior el de los venecianos y no poder ser socorrida por el estado en que se hallaban todos los Principes cristianos, cumarñados en guerras, y particulares propios. Sin embargo, por la parte del Friuli, junto á Parma, la nueva fortaleza de aquella República, (si bien bien vino esta relacion por Génova, no la admite la verdad, ni el buen juicio) se dejaron caer 42.000 caballos turcos que corrian hasta Padua; y los geógrafos y de noticias en aquellas tierras discurrían, en la nuestra, podían haber venido por la Dalmacia y pasado por muy cerca de Viena de Austria para correr el país y hacer diversion, para que con mayor desembarazo pueda la armada turquesca obrar en Candia, y que los venecianos gasten las fuerzas y el cuidado en defender la tierra: pasion envejecida que el Turco tiene con aquella República, de que ha padecido muchos años, habiéndoles tomado otras islas.

Los franceses, no olvidando las cosas de Italia, pidieron paso á los Genoveses por sus tierras para 2.000 infantes y 500 caballos italianos, para que corriesen desde Mántua la vuelta del Piamonte al Mouferrato; y ellos le concedieron: el marqués de Velada, Gobernador y Capitan general del Estado de Milan, entendidos los movimientos y novedades, salió con gente á la frontera por la parte de Novara; y el marqués Sier-

ra, de órden del mismo, tomó el castillo de Cabriata y le comenzó á demoler y desmantelar. Convocó el Rey, 20 de Septiembre, á los cuatro Brazos eclesiástico, noble, universidad é infanzones, (que en Castilla llaman hidalgos), á Cortes el Reino de Aragon, en Zaragoza, su cabeza, en la casa de la Diputacion, y en la Sala de San Jorge. La proposicion fué, que jurasen al Príncipe D. Baltasar Carlos, y que el órden y la administracion de la milicia y de la justicia estaba enervado, y no corría, como era justo, para el bien y aumento del Estado; y que por esta causa los habia juntado, para que se remediasen. Hicieron tratadores al conde de Coruña, Mayordomo mayor del Rey, Gentil-hombre de la Cámara del Príncipe, y al marqués de Tarazona, Gentil-hombre de la Cámara del Rey; encargando la direccion de muchas materias á D. Fernando de Borja, por la experiencia que tenia de largos años de Virey. Jnraron al Príncipe en la misma Sala, miércoles, 11 de Octubre del año que vamos escribiendo, y de paso les insinuaron el servicio: dijo el estado que tenia la Monarquía, la guerra en Flandes y en Alemania, á quien aludia la de Italia, y la de España; que le ayudasen, que el año que viene pondria todas sus fuerzas, así naturales como forasteras, en Cataluña para echar de allí á los franceses, desahogarlos y dejarlos la tierra libre; que lo diesen 3.000 hombres pagados y 500 caballos. Mas ellos, obrando conforme á su natural, y con el que les daba la ocasion, no olvidaron sus trazas y malicias: querian detenerle en Zaragoza y sonían que se fuese, porque habia pedido carruaje para Valencia, donde tenia convocadas Cortes, y el pedirlo fué demasiado temprano, por que esperó desde 20 de Septiembre hasta 20 de Octubre, y las Cortes comenzaron tarde; con que no pudo por ahora conseguir nada, y ellos prurmpieron en discentimiento para detenerle, mas sin llegar á concluir. El Prior del Pilar decia, habia de preceder aquella Iglesia, fuera de la mayor de Zaragoza, á todas las demas del Reino: decidióse este punto en que fuese por dias, unos una vez y otros otra: pidéronles poderes decisivos para votar por sí solos, los eclesiásticos resistieron, mas al fin

vinieron á ello, no sin quejas. Decían servirían todos á su Majestad, mas el modo del servicio no habia medio de declarar: no querían dar nada de sus haciendas ni que se las esquilmasen, con que reconocia dificultad en el pedido; pugnaban por que los relevasen de alojamientos, y quejábanse que no se acabase la guerra. Pues con esta prefacion, como habia de ser, y dónde se habia de acartelar la gente, si el reino de Argon era el más conjunto á Cataluña, y á quien más le importaba? No querian admitir Presidente en las Cortes, diciendo que en las pasadas de Febrero do 26, las mercedes que les ofreció el conde de Monterey no se ejecutó ninguna: decian habilitarian á su Majestad por tres ó cuatro meses y que volviese á hacerles el solio, pues era tan preciso partir á Valencia y desde allí á Castilla. Ellos al fin no quedaron contentos, como es de ordinario, con su ausencia, ni con el propósito de la guerra de este año, quedando en las uñas del enemigo una plaza para rendirse como la de Balaguer, que ya estaba para capitular.

Don Luis de Haro, con la espuela y el estímulo de ordinario volvió á Madrid, para pasar á Andalucía á pedir gente y dinero á los Prelados, á los Señores y á las ciudades, particularmente á Sevilla, á los mercaderes y hombres de negocios, y correr á Cádiz á prevenir navios y todo lo necesario para la guerra del año siguiente que habia de ser muy brava, segun nos decian.

El Turco tomó á los venecianos la isla de Candía, con que todo aquello quedó muy turbado; vergauza, á mi parecer, de la armada que deshicieron los años pasados de los berberiscos de la Mauritania Cesariense, que se habia compuesto de Argel y de los otros puertos vecinos, que están más al Mediterráneo. No perdonaron los enemigos, ni las armas este año al estado de Milán. El Príncipe Tomás con franceses tomó á Vegueven, plaza importante y cuartel del General de la caballería, donde habia alojamiento y pesebres para 500 caballos: todas las plazas de armas habian hecho su oficio contra nosotros, y hasta las piedras se habian levantado, y todos querian lograr su poder, y nos habian tomado y habiamos perdido

diez plazas, si no más, que podian hacer bien una razonable provincia.

Entretenian al Rey los aragoneses en no querer resolver el pedido de las Cortes, con introducciones de sentimientos; dolencia comun de aquella gente: todos decian se le sirviese, mas él como no tenia deliberacion, ántes se espantaban todos que hubiese Cortes, habiendo sido la primera piedra del escándalo de aquellos reinos, y que volverla ahora á refrescar era más que tentacion y poner las cosas en mayor peligro de arrostarlo todo, si mayor lo podia haber; pero hallábase la causa principal muy precisa de jurar al Príncipe; pero pareció reducir el tiempo tan largo de haber estado en Zaragoza, á muy estrechos términos para cosa tan importante. Al fin, se reconocia dilacion en el fin, y poco afecto en los aragoneses; y reconocida la dificultad, se les propuso señalasen un lugar en la frontera de Castilla para concluir las Cortes: con que un viernes, 20 de Octubre, estuvieron debatiendo todo el dia y toda la noche sobre la deliberacion, tanto, que hicieron detener al Rey el sábado siguiente, que habia de partir, y la resolucion fué, que si dentro de veinte dias el servicio no estaba concluido, pudiese su Majestad llevarlas donde quisiese.

Entró Balaguer en conciertos de rendicion: el conde Arcourt, General de los franceses, no queria venir en darles cuartel, con que ellos se exasperaron mucho: volvieron á rendirse, ántes persoveraban en la fatiga y no entregarse, como lo dicen, deseaban; cosa nueva para catalanes. D. Simon Mascareñas, de nacion portugués, Cabo allí de la gente de guerra, los animaba á la constancia, al sufrimiento y á pasar adelante: alegaba el conde de Arcourt, que cuando se entregó Lérida al Rey Católico, los sitiados pidieron cuartel, y que se mantuvo tan generosamente en su derecho y en el fuero de su espada, que entónces tenia desenvainada, que no se lo concedió, diciendo eran vasallos suyos y que se habian de rendir á su gracia y á las leyes que quisiese ponerles, que serian suaves, como lo fueron, y que los de Balaguer habian de hacer

lo mismo; mas no lo pudo conseguir, porque no eran los derechos iguales: y al fin se le concedió con los demás capitulos ordinarios, con que se rindió aquel pueblo pequeño y de muy poca consecuencia, habiéndose causado allí, recibido rotas, pérdidas de gente y convoyes, cuatro ó cinco meses.

Salió D. Simon Mascareñas, con la gente de guerra, haciéndole rodear por los Pirineos hasta Navarra ó Vizcaya, en equivalencia de conceder el cartel; con que por entonces cesaron las armas: repartió la gente entre Cervera y Balaguer, y parte de ella pasó á fortificar á Flix, maltratando y poniendo en despojo algunos lugares abiertos de la Castellania de Amposta.

Partió el Rey de Zaragoza para Valencia domingo, 22 de Octubre, habiendo sufrido en aquella ciudad dos enfermedades, una por la Primavera y otra por el Otoño; dejando por su Lugar-teniente en aquel Reino á Fray Antonio Enriquez, Obispo de Málaga, de el Orden de San Francisco; y todavía tenaces los de las Cortes en no admitir Presidente, por el mal cumplimiento de las mercedes ofrecidas del año de 26, y con gran desmayo en la resolucion del servicio, como sucedió por la vuelta del Rey; porque todos los dejaron, se desmandaron, se fueron á sus casas. Se pasó el término de los veinte dias; y más adelante entró el Rey en Valencia, domingo, 29 del mes referido: el lunes siguiente hizo la proposición de las Cortes, en el insigne convento de Predicadores, maravilloso en virtudes, herario de religion de santos: domingo, 4 de Noviembre, juraron al Principe, nuestro Señor. El intento, el mismo que en Aragon, remedios del Reino en paz, y en guerra dineros, y gente para proseguir; dar forma á la Justicia, porque en ninguno la hay, siendo todos homicidarios y liberales en el matar por pequeñas cosas, y reducido el valor y la valentia á la pistola y la carabina. En esto le detuvieron desde el referido dia que llegó hasta entrar Diciembre, tiempo riguroso para caminar, y demasiadamente apretado para semejantes materias, que le piden más espacio, y dilatado, por ser tan importantes,

y pedir las el tiempo puntuales y con perfeccion; si bien en el ánimo de los valencianos se reconoció mejor el buen corazon de servir al Rey.

El marqués de Velada, Gobernador y Capitan general del Estado de Milan, recuperó á Vagnoven, y echó de allí al Príncipe Tomás y su gente, con pérdida de bagaje, y más de 4.500 hombres, parte franceses, y parte piemonteses y saboyanos: de la misma manera que el Octubre del año pasado se puso sobre el puerto del Final, en aquel rumbo; y en el mismo mes le hicieron levantar de él un socorro de 2.000 hombres, que se enviaron del estado de Milan, cebando de allí la Armada francesa, que se componia de 12 navios. El marqués de Leganés, Capitan general de las fronteras de Portugal, entró en aquel Reino con infanteria y caballeria de la tierra; pasó á Olivenza, poblacion situada sobre el rio Tajo, hizo matanza en los portugueses, de consideracion; derribó con la artilleria parte del puente, quitándoles el socorro y haciéndoles mucho daño; fabricó la tierra adentro un fortin y metió 600 hombres para que le mantuviesen ó hiciesen correrias, poniéndoles precepto y ley inviolable de no ren-derse en ningun trance; y si bien el Portugués hizo fortificaciones, en óposito, vino con infanteria y caballeria, todos se retiraron por comenzar estas fortificaciones muy adentro del invierno, y todos los de una frontera y otra pelear de mala gana, estar los ánimos muy caidos, así en ésta como en Cataluña, por no haber efectos considerables, malas pagas, y cortos premios. Así, de la misma manera y á esta hora, estaban retiradas unas gentes y otras en Italia, en Flandes y en Alemania, sin esperanza de concordia ninguna de paz, ni de tregua, con fortuna franceses y holandeses; si bien los venecianos se prevenian con todas sus fuerzas, las del Papa, Rey católico y Príncipes de Italia, los que eran sus amigos contra el Turco, y para recuperar la Isla de Candia; de quien discurrían los más políticos y estadistas, que no habia de poder conservarla, que era harto para tan prodigioso y formidable enemigo, por estar tan abajo, y tan apartada

de aquel Archipiélago, tener contrapuesta á la isla de Malta, y toda la religion que recela ha de querer recaer el verano siguiente, dicen quiere entrar en la Liga y en socorro el francés con 6.000 hombres; si bien insinuá áfectar el secreto, dificultoso de creer á todo buen juicio cuando la presunción está contra ellos, de que le han movido este trabajo, como á todos los demás, para destruccion de Italia, para proseguir sus fines y materias, y porque no han querido los venecianos en todo el discurso de la guerra seguir todos sus atentos, ser la desolacion de ella, ir contra la casa de Austria, y ser sus enemigos declarados. Porque, ¿cómo se les podrá creer que irán contra el Turco, quien los conoce por tan amigos y confederados, y que le solicitan, importunan continuamente para semejantes ruinas, disipaciones y atrocidades? porque aunque este enemigo sea tan venenoso, y hallado en todas las provincias y con todos los enemigos, no me puedo persuadir que Dios no ha de volver por su Iglesia, como yo lo tengo por fé, y creyéndolo así ha de ser en detrimento y menoscabo suyo, y que ha de caer de su vanidad como el Angel de la soberbia. Oyéronse rumores de cuidados sobre tributos en Portugal contra el Berganza, en Barcelona entre franceses y catalanes, sobre el gobierno y ocupar puertos y baluartes de la ciudad; mas nada se concierta en nuestro favor. De Paris se contaban algunos, mas los espíritus procelosos de aquellos ministros todo era pensar en la ruina de nuestras cosas para el año venidero, y cómo se volviera más crudamente á proseguir la guerra en las cuatro partes entendidas de la Europa. A las plazas que se habían perdido en Flandes y que habían tomado los franceses, que dejamos referidas, siguieron Marville, Comine, Esterres, Vaaxneton, San Yéante, Armontiers, Lileres, Meuin, Aoleux, Leseluse, Pontavendin, Vervic, Dinselex. Con que si dignos que habían sido diez las plazas que se habían perdido, aunque se recibió Veguoben en el estado de Milan, con las que se le arrimaban ahora, llegaron á veinte y tres: conque aquello iba á acabarse á toda prisa y todos lo tenían por hecho.

Los holandeses, por su parte, no queriendo retirarse sin pillaje, y con el mismo miedo que habemos referido de la demasiada vecindad de los franceses, tomaron á Ulst y los fuertes; en torno de San Juan de Esto, en Spínola, Macrbaut, Santa Ana, Nasau, San Márcos, el Fuerte Rojo; con que el número de disipacion de plazas por una parte y por otra iban en total rotura; pero poco despues, 4.500 hombres recuperaron á Mardic, que fué de algun consuelo. Los valencianos, con mejor celo de servir al Rey que los aragoneses, concedieron en Córtes 4.200 hombres pagados para la guerra de Cataluña, y los celestiásticos 300; con que el Rey, feueciendo las Córtes, y haciéndoles el sélio y algunas mercedes, con el descontento ordinario de no hacerles todas las que quisieron, y además de esto de pedirlos, cuando la necesidad es tan viva y los tiempos totalmente apretados. Lunes, 4 de Diciembre, partió para Castilla, y quanto el tiempo se le habia mostrado favorable, en Requena, primer lugar de Castilla, se le mostró áspero y contrario, con nieves, agua y ventiscas grandes, en que este invierno se comenzó á mostrar muy riguroso, más que otros años, particularmente en nieves, grandes heladas, con que la jornada iba derrotada, las leguas grandes, á quodarse bestias y carruaje; mas esto no era novedad, porque siempre caminaba de esta manera, natural condiccion del Señor. Tenia convocadas Córtes en Castilla con el mismo dictámen de acudir á la guerra del año siguiente: se esperaba que habia de ser muy brava: no sé qué más se podia pedir á valsallos tan afligidos y tan acabados, que parece han dado ya todo lo que tenían, y que los tributos no pueden pasar á más; y aquel riesgo, que dejamos referido y pronosticado en los libros de atrás, que con la mundanza de los tiempos y Magistrados no habia de correr aquella merced, que se le hizo al conde de Olivares, de todas las maneras desviada del buen uso y justicia, de que pudiese entrar en Córtes, con voto en todas las ciudades, nombrar Procuradores, y añadirle ahora, como verán, el inventor en la sepultura, si entónces lisonjeándolo abrazaran, ahora impugnaban con coño y no los



querían admitir, particularmente las ciudades de más nombre y la villa de Madrid; y todas las demás mercedes, que con los tiempos adelante correrán esta fortuna, particularmente habiendo comenzado; que no hay razones por que vengan á ser más firmes que las otras.

A este fin, y con esta malicia, el conde de Arcoúrt juntó la parte rebelde de Cataluña en Barcelona, llamó á los Bravos, les pidió gente y dineros, informándose muy por menudo de los afectos y fieles al Rey Católico; haciendo castigos en ellos intolerables, así en los seglares como en los eclesiásticos, no perdonando á nobles ni á plebeyos, ni hasta las mujeres; con que imperaba en todas partes la tiranía, y esta era la vara más legal de la justificación y el tribunal más recto; olvidando el sagrado que dió Dios á la naturaleza, á los hombres; destruyendo la justicia y ensalzando el de la potestad y voluntad propia. Decían tenía el general Arcoúrt invención, á esta hora, algo más de seis mil infantes, para la primavera siguiente, y tres mil caballos, y habiánle ofrecido de París de enviarle otros 6.000 infantes; dando á sentir con esto que haría grandes progresos en aquellas fronteras, y áun que pasaría á Aragón, y más arimándosele la gente catalana. Pero discurriendo sobre el estado de las cosas, ¿qué gentes ni qué dinero le pueden dar ellos, si cuando estaba la provincia entera unida, bologados y descansados, pidiéndoles el Rey Católico la primavera del año de 26 un socorro de 4.500 hombres, aunque no se les pidió más crecido número, pero al fin era éste, para acudir á las guerras de Italia, Flandes y Alemania, no se le concedieron siendo vasallos, por decir era destruir la tierra, y que no tenían caudal para ello? Ahora que está dividida por la mitad ¿qué gente le han de dar, si los que se alistaron ayer y marcharon hoy la misma noche se vuelven á dormir á sus casas, y qué dinero han de dar, si con seis años de sedición, de guerra y de usurpación, y alojamiento de franceses, es opinion general y pública que no le tienen, ántes en toda miseria y calamidad, que están consumidos y acabados, y que el año pasado no tenían un real

para enviar por una anega de trigo ni para ellos, ni para el ejército que habían tomado á su cargo, valiendo á excesivos precios, como era público que todos perecían de hambre, tiraban á nuestros convoyes, y muchos franceses se entraban fugitivos por Aragón? A mi parecer poco pudo prestar Barcelona ni lo rebelde de Cataluña, para aumentar ni hacer grueso á los franceses. El Rey Católico hacia sus levas en España, en Italia y en Irlanda, con resolución de poner un ejército considerable de infantería y caballería en opósito, y en ofensa de aquel enemigo, y habia publicicado salir de Madrid para Zaragoza el año que se sigue, á 22 de Febrero, aunque muchos dudaban de esta resolución, ni que el Rey por ahora pasase á Aragón, por la condicion de aquella gente y por el clima de aquel cielo, y suelo de aquella ciudad que es muy contra su vida y salud, por las enfermedades que ha tenido, y que dejamos apuntado; reduciendo aquella guerra á sus legítimos y naturales fundamentos, de Generales, cabos, dineros, soldados, artillería, municiones y bastimentos, como se apostaba en todas las partes de Castilla, y su presencia no mejoraba nada la condicion de aquellas gentes. De esto habia dado muchas razones el Consejo de Estado y hecho muchos decretos: el tiempo dirá lo que ha de ser y el año que tenemos á la puerta. Y, por último remate, desconsoló mucho un convoy que tomó con una celada de 500 caballos, que iba de Lérida, de bastimentos y dinero para la paga de los soldados, y que no pudiese D. Felipo de Silva remediarlo con 500 arcabuceros, no llevando el convoy de nuestra parte más que 200 caballos; con que decían todos favorecía Dios á los franceses, en todas partes se hacían lugar, eran los estimados en el mundo, ellos eran los poderosos y los soldados, el valor se habia pasado á su parte, en su mano estaba la paz y la guerra; eran el árbitro de los Príncipes, de los aliados y de todo el dominio de la Europa.

Desde que tuvo uso de razon, oí decir á los ignorantes que se habia de volver á España, acordándose de cuando la ganaron los moros, porque bien cierto sería que no tendrían

tantas letras que los hicieron de tanta noticia de cuando la ganaron los romanos, y despues los godos; y ahora, viendo el estado de las cosas, los tengo por sábios, y parece estamos para ello: y como se ven ejentados á los ignorantes, proceden los hombres estudiosos, amigos de buenos escritos y papeles, revuelven los libros, los Santos, los escritores y los que no lo son, que ya sabemos que á los pequeños revela Dios, ofrece á los que no guardan su ley, y casi todas las traen los hombres hoy en las manos, y las más válidas y corrientes que se escribieron el año de 605, profecías, que fué el año en que nació el Rey Don Felipe IV: la del Padre Fray Bartolomé de Salucio, Religioso de San Francisco de la menor observancia, amenaza á muchas Coronas, así celestiásticas como seculares, por los vicios y tiranías y otros crímenes, excesos, maleficios, costumbres estragadas y torcidas, con guerras, derramamientos de sangre y otros estragos, con avenida de enemigos bárbaros é infieles; y ya tenemos larga noticia desde la creacion del mundo hasta hoy, las veces que Dios ha permiuido, por satisfacion de culpas y enmienda de los malos, dar las tierras cristianas y católicas á los enemigos idólatras y gentiles, á los herejes y á los otros sectarios.

En particular amenaza á Italia y á su cabeza Roma; no olvida á Florencia, al reino de Nápoles, á Génova y otras ciudades de Italia, á Milán y aquellos que profesan los dogmas de Calvino y Lutero, á Saboya con desolacion, y en nuestros días ya hemos visto mucho de esto en aquellos estados; que en el año que se escribió apénas habia movimientos para conocerlo, sino los pecados, pues entónces y aún aquel tiempo en que imperó el Rey D. Felipe III, y sus Ministros, no reinaba otra cosa sino es la paz, y los ramos de Minerva preparaban por las espadas: amenaza á Venecia, y como han visto este año que el Turco les ha quitado la isla de Candia, dánse á creer aquellos escritos. Dice, vendrá aquel enemigo comun y asolará á Italia, que vendrán los africanos, los egipcios, hasta los bárbaros más remotos de las tierras odoríferas donde viene la especería, y estos son los indios, y que no prestarán

las armadas, ni sus ejércitos; y últimamente, y lo que más hace admirar, que España será divisa, destruta y disipada, porque el escritor era italiano; y como ven ahora tres reyes en ella, uno en Portugal, otro en Castilla y otro en Cataloña esperan estos y otros mayores castigos y amenazas. Mucho dejo por referir, y tampoco no me quiero alargar más en esta materia, dejándolo en el más verdadero católico sentido.

Dice D. Carlos Coloma, en sus *Comentarios de las guerras de Flándes*, que se admira mucho que haya quien escriba sucesos que no los vió, y dice lo por Jerónimo Fraunqui, en lo que escribió de las mismas guerras, por haberse dejado llevar apasionadamente de la Nacion. habiendo sido tan fiel en su libro de *La Union de Portugal á Castilla*, y acumulando hechos que no hicieron á algunos señores italianos, particularmente al Príncipe de Abelling. Y puédesle responder, que no á todos los escritores les es dado poder hallarse en todas las plazas de armas del mundo, en sus puebllos y provincias, y que habiendo ingenios y hombres grandes, de erudicion y de letras, diligentes y de noticias, que investigan prodigiosamente estos hechos, sería cosa dura y temeraria excluir y deponerlos de semejantes ocupaciones y estudios; y particularmente, que tenemos por experiencia y por leccion de libros, que habiendo visto ni halládose á los casos, los han escrito por memorias y tradiciones infalibles maravillosamente, y no los han tachado de poco verdaderos ni apócrifos, ántes los han aprobado y aplaudido los sujetos de mayor autoridad: yo he escogiendo las mejores relaciones é informándome de los hombres más atentos que se hallaron á los sucesos, así militares como políticos; y si he tropezado, por su informacion he caido, que bien cierto es, que no queria yo haber errado, ni apartádome del camino real; y si hubiéramos de estar siempre por los que pretenden refutarlos, no fallarán otros que les impugnarán, de suerte que fuera peligrar á cada paso en diferentes opiniones, porque en estas materias siempre son los

pareceres muy varios, y pocas veces ó ninguna se ajustan todos en una misma cosa ni parte. Y sirvanos de sentencia ó conclusión, la contextura de la Historia, si para dar el origen á una casa ó familia. ¿cuántos autores se encuentran en un mismo sentido? El Padre Mariana en su *Historia de España*, después de haber discurredo en su descripción, dice: el Arzobispo D. Rodrigo siente lo contrario, Jerónimo de Zurita es de otro parecer, Garibai que no fué así, y otros infinitos en sus decisiones, así naturales como extranjeros.

A este gran cuidado sigue otro de no menor fatiga, y con quien pocas horas del tiempo no esté luchando, y es el fin que tendrán mis libros; si serán buenos ó malos, si saldrán á luz ó serán dados á las tinieblas del olvido, si se conservarán ó serán deshechos: el trabajo y la fatiga ha sido grande por el mucho tiempo que se ha gastado ó perdido, particularmente con los que han sido menester para los trasladados, en que no habia pocos yerros, aunque la lima no ha holgado, y ha sido frecuente el remedio, el empeño y el atrevimiento mayor, por la claridad y el desembarazo con que hemos hablado, en justo agradecimiento, me ha llevado por los cabellos á hecho semejante (ya lo he referido muchas veces). Dirán, que no me toca: respondo ¿qué más privilegio tienen los otros que hacen lo mismo, y porqué les ha de tocar á ellos y no me ayudará de mi ingenio? Bien sé que no he escrito para la era presente sino es para las venideras, por si puede ser de provecho, aviso y escarmiento, y tambien que estas narraciones no agradarán á los que la han disfrutado y puéstolo en total ruina, como me confesó uno de los contenidos; que todos habian tirado tan porfiadamente de sus intereses, consecuencias y particulares propios, que habian dejado al Principe y á la Monarquía exhausta y en el miserable estado que vemos. Pero si á los demas en quien hierve el verdadero dolor de lo causado, porque nadie quiere que le pongan el espejo delante si tiene fealdades en el rostro, parece que tocaba la defensa, el apoyo y la proteccion á los de la Casa de Sandoval; mas no ha quedado la linea varonil en ella, que podia servir de columna, y

el genio de los demas no salen, ni apetecen estas materias, ántes las desprecian de vanas, burlan de ellas, tuercen la boca, porque las inclinaciones son de otra calidad por las costumbres muy estragadas, que siguen otro rumbo y banderas de ménos nobleza y calidad, más propios los vicios que las virtudes, que aquellos tienen por blason y por grandeza no estimar los archivos ni las memorias de los antepasados, las librerías y los Museos están arrinconadas y dados al polvo y al descuido, la ociosidad; indecentes ejercicios son el estudio y la práctica, y ántes se valdrán de ellos para congraciarse con algun poderoso y que les valga algo á su desperdicio, y á lo que han derramado incautamente, y vendan la fortuna y la fatiga del escritor; amigo, no le hay si no es falso y lisonjero, con el rostro á todos haces y adonde hay interés. Esta es la pluma que más convieno, la que más vuela, la que más satisfice al vientre, que sería muy posible seguir aquellas hue-llas, la casa propia y los que quedan en ella, de la misma manera entregarán al fuego, de miedo de no perder la recompensa de los servicios del difunto; teniendo por de más utilidad y provecho los cien ducados de renta, mal pagados y con inmensos pesos por el Maestro de la Cámara, ó de un retirado rico, y abastecido Presidente de hacienda, ántes que otra cosa. Esto cuidado es sin duda ninguna, un continuo zozobrar, y ¿á quién dejaré mi trabajo que no se malogre? si á algun convento ó religioso para introducirlo en sus bibliotecas ó vaticanos, entre la materia de la comodidad y del estado, sino el escrúpulo, y dicen los que gobiernan, no conviene que semejantes escrituras estén en la casa, y hacen ofrenda de ellos al olvido y al destroz; si á letrado necio, luego se mete á fiscalcar por no dejar de ser crítico impertinente, y la solución y el juicio (sin tenerle de mis libros) es que son malos; si á algun bachiller cortesano, y más si es palaciego importante (como lo son todos) y de intencion siniestra, con más presunción que noticia, no gasta su tiempo en esto, sino en la murmuracion y murmurarlo todo; á algun cura de los aldeanos y aldeas de Toledo, me ha parecido muchas veces dejarlos, do-

tados de simplicidad, grandes conservadores de papeles manuscritos y de estos, tocados de recoger y sacar á luz los dichos y sentencias del señor Rey D. Felipe II, y darlos á la estampa, aunque lo inventan y prohijan muchas cosas, que no digo, si ya no todas, sino que se las acumulaban para ver-güenza, reprehension de otros, y en estos, parece que se podía preservar sin más cizaña y veneno de los émulos. Muchos, muchos han dicho que yo escribo, y todos lo saben sin haberlo visto ni leído un renglon; unos sencillamente, los que no son comprendidos en los hechos pasados; y los que temen de sí, con mala intencion, deseando derribarne con el Príncipe y los Validos, que son suyos, y que me sirva de calumnias: y se han dado por entendidos, acusados de su conciencia y de sus malos oficios, han mordido y aun ladrado importunamente en este hueso y á puro roerlo se les han embotado los dientes; muchos accechadores, que han echado espías para que me ronden la casa, penetren mis escritos, y nada han podido: émulos que se valen de todo, hasta cohechar criados, que tal es la ruin condicion de los de Palacio, y de aquellos que se venden por compañeros, y estos, los más exaltados, que no tenían nada que desear, ni que cosa alguna les podía hacer encuentro. Pero estos son los que el mundo llama malos, y por esto los de mayor fortuna, que lo han alcanzado todo, y se les ha venido á las manos, como las honras, las dignidades, los premios merecidos, las joyas de oro, la plata, sin haber visto el rostro á la necesidad, ¡ay de quien no ha merecido ninguna! Y son estas de tal calidad por su flaqueza, falta de ánimo y corazon, indicio claro y más que evidente de pocas partes, que con no faltaries nada de bienes temporales, tal vez y aun todos se ciegan del resplandor ageno, aunque sea moderado. Al fin, cuando no de otra cosa, han pretendido asir de aquí, hacerme la guerra con la necesidad de hacerme precipitarme, y han sido ellos los primeros que han experimentado el riesgo y el despeño, como quien le ha causado gratuitamente. Sin embargo no desconfío de topár algun caballero de sencilla y sana intencion, virtuoso y aficionado á

estos estudios, en quien depositar mis libros, que será la más acertada eleccion, y la más cuerda y sin peligro, que tambien los corregirá de las faltas y los yerros que tuviere.

El venir los Procuradores á juntarse á la corte de Madrid, procedia lenta y espaciosamente, por haber enviado órden á todas las ciudades y villas del Reino los enviásen con poderes decisivos, y que de otra manera no los enviásen, porque no serian admitidos, reconociéndose tardanza en la deliberacion; y si bien lo habian concedido otra vez, en ésta se hallaban remisos y las ciudades no querian conceder esta potestad á los Procuradores, ántes querian que estuviesen pendientes y á su voluntad como se hacia de ántes, y no que á cualquiera merced, oferta ó beneficio, perdiese todo de su mano y que concediesen á ojos cerrados la libertad, hacienda y descanso de los vasallos; finalmente, ellos se mostraban irresolutos en esta determinacion, aunque se les hacia fuerza: las cosas no estaban para ménos: querian extinguir las novedades introducidas por la demasiada potestad de los ministros que habian gobernado, y lo más principal, que se hacia reparo en el estado tan miserable con que estaba el Reino, al decaimiento de los pueblos, despoblados y sin subsistencia, más para aliviarlos que para oprimirlos de nuevo; las fuerzas acabadas y consumidas, falta de dinero en todas partes por la baja de la moneda, encerrado el comercio sin correr de unas partes á otras; la necesidad asistiendo en todas partes, el desconsuelo general de todos los vivientes sin esperanza de remedio ni alivio, siempre esperando unas calamidades sobre otras, y la guerrasiempre en su mismo peso, quitando y ahora terciando; y han de venir á tiempo en que ha de ser necesario que todos salgan de sus casas para la braveza de las encarnigos que se prometen el Señorío de toda la tierra; nuestros oficios y obras lo predicen: de donde se saca, que tantas calamidades, ruinas estragos, efusiones de sangre, desolacion de pueblos, dan á entender que es desdicha la Monarquía, el Reino y la provincia cuyo Príncipe no sabe más que premiar un servicio.

## LIBRO DÉCIMO CUARTO.

### ARGUMENTO.

Júntanse los Reinos de Castilla en Cortes en el Real Palacio de Madrid: el marqués de Leganés vuelve de la frontera de Portugal á ser General del ejército de Cataluña, y vánse engrandando los ejércitos de ambas partes con la venida del verano: en Italia se sienten nuevos rumores de guerra entre el Papa Inocencio y los Cardenales sobrinos de Urbano, difunto; y toma el francés la protección de los Barberinos, como todas, particularmente con la embajada del Turco: el Rey Católico publica su jornada al reino de Navarra, á la ciudad de Pamplona; envía una armada de 30 navíos al mar Mediterráneo, hace su jornada, y refiérense los demas sucesos militares: juran al Príncipe los navarros, y pasan á Zaragoza: la Emperatriz María muere en Linco, de la Austria Superior: la armada francesa y el ejército se pierden sobre Orbitela: el casamiento del Príncipe, con su muerte: pasa el Rey, y es echado de Lérida, y del sitio el conde de Arcoñt.

El Cardenal Arzobispo de Toledo. Borja, falleció en Madrid al fin del año pasado: su cuerpo llevaron á aquella Santa Iglesia. El Rey dió el Arzobispado al Cardenal Sandoval, Obispo de Jacn, mas él se excusó, no habiendo admitido

antes el de Santiago ni el de Sevilla, diciendo no podia ni lo era dado á su condicion y obligaciones dejar la primera esposa; y en esto hubo muchas demandas y respuestas, dudando y creyendo algunos que no ha de aceptar, mas espérase que ha de obedecer el orden del Pontífice: alábanle de gran limosnero, natural virtud de la sangre que le dió el capelo; que las dignidades, que ántes les acumulaba el valimiento, ahora entraban en la casa por partes personales; reconocidos en todas eras por varones ilustres, y tambien recayendo el reconocimiento de la crianza de aquella singular matrona, Doña Leonor de Sandoval, su madre, condesa de Altamira, del Rey Don Felipe IV y de todos sus hermanos. Mucho probó la envidia á destruirlos y derribar familias tan grandes, y al fin no pudo, porque el valor del ánimo generoso, y tanto cúmulo de altas posesiones y servicios, venció á la malicia, y hoy se recengendra la casa de Uceda en Doña Feliche de Sandoval y Enriquez, biznieta del duque de Lerma, nieta del duque de Uceda, que la fundó casando con el marqués de Peñafiel, su primo-hermano, hijo del duque de Osuna, con título de Duque, cubriéndose, y en la casa de la duquesa de Lerma, su madre, es donde acude toda la Grandeza de la corte, es el festejo y es el agasajo cuando en otra, que la pretendió hundir, son las lágrimas, los lutos, las deposiciones de los lugares altos, el retiro de pueblos moderados; que así castiga Dios los malos oficios conculidos contra los que sirven fielmente, mantuvieron el Estado con propiedad, y descansó, con lustre la reputacion española, las armas y las Coronas.

El conducir las Cortes procedía remisa y espaciosamente, por los poderes decisivos que se pedían á las ciudades para hacer de hecho y á toda potestad, sin poder olvidar este rigor; diciendo no podían remitir la fortuna del Estado, la conservación de los pueblos, á la cabeza de uno que á la primera promesa los trastornase. Los de la Andalucía se mantuvieron firmes en este acuerdo, particularmente Sevilla y Granada, principio de nuevas alteraciones, que, consultado con junta particular de Ministros en la corte, hubieron de disimu-

lar, por no dar causa á mayores y más crecidas novedades, y que no se encendiese en aquel, como en los de Cantones, algun fuego que no se pudiese apagar, como se temió en años pasados, y corrióse ligeramente por esto: tanto importa no pedir á los súbditos aquellas cosas á que no están enseñados, ni se les pidió en las eras pasadas, que si bien una vez lo consintieron, digo, lo concedieron, no quieren pasar adelante con ello, por los riesgos que se conocen. Al fin, jueves, 22 de Febrero, por la tarde, se juntaron en Palacio con solas 40 ciudades y el partido de Galicia, que se remitió con poderes para que sustituyese por ello al conde de Lemos y de Andrada, como el Señor más principal y cabeza de aquel reino. La proposicion fué remedio de necesidades, que yo reconozco por imposible, por el estado miserable á que han llegado las cosas, y despues pedir el servicio. Esta novedad de poderes decisivos han ocasionado las otras que en esta era se han inventado; seguir las quejas ordinarias y las que parecieron más llegadas á razon, eran el gobierno sabroso y más perdurable y sin temor de mudanza: apretaban, sin embargo, á las demas ciudades al cumplimiento de lo que se les pedía, con amenazas, pareciendo que aún no se habian acabado de extinguir los humores pasados, que tan dañosos fueron.

En lo tocante á la paz, á esta hora no habia novedad ninguna más que desunirse los Plenipotenciarios, sin venir en ningun acuerdo: el duque de Longavilla dicen se salió de Munster y se fuó á Paris; no querian dejar al Rey Católico libre el Condado de Rosellon, y que el ajustamiento con los catalanos se dejase á su arbitrio, como vasallos legítimos suyos y natural Señor de ellos, y venir á las manos con el portugués, para apacarle de la rebelion y tiranía, aunque lo tomado en Flandes, si bien queria que se lo restituyese todo, como lo habian hecho sus pasados, con las plazas que en varios trances y tiempos los tomaron en sus fronteras; nada venia á concierto, queríanse conservar los enemigos y rebeldes para que nunca levantasen el cuello á empresa memorable, de que nos hallamos destituidos, por los muchos que hemos provocado

contra nosotros, ántes hacer una tregua simple, quedándose con todo, y que entrasen todos en ella, con la reputación, y que á cualquiera novedad y rompimiento dejarle, como de ántes estaba, en el mismo calamitoso estado, para que no pudiese obrar nada, ni se adelantase un dedo, ántes que cada día fuese perdiendo hasta no dejarle para Rey, como lo será el día que el enemigo ponga los piés en Zaragoza. Eran de parte de la conservación del portugués todos los enemigos, sino es el holandés, con quien andaban á las manos sobre las plazas del Brasil, las de Africa y Oriente, en que pretendia resistirse y volver á ellos, y hacerse por allí señalados, tornando los portugueses de nuevo á hacerse famosos en aquellas conquistas. La Reina de Suecia le amparaba, le enviaba armas y persistía en admitirle al tratado de la paz: los ingleses no estaban en potencia para esto, por las contiendas de su Rey: parte de los protestantes de Alemania y algunas Repúblicas de Italia, y el francés, ni bien de ésta ni de aquella, siempre ambiguo, y solamente dejar las cosas en el estado en que se hallan, á la buena ó mala fortuna del Rey Católico; si bien decian que habian despedido de París aquel Embajador, afecando la traicion. Yo creo ántes lo contrario, porque ellos fueron los que solicitaron la rebelion de los catalanes, mejoron inteligencias en Vizcaya, que no les salió á propósito la de portugueses, no perdonando el Ducado de Milán, los Reinos de Nápoles y Sicilia, los Estados de Flandes, ni otra Corona, ni provincia Católica.

Murió D. Felipe de Silva, General del ejército contra Cataluña, en Lérida, ciudad que ganó el año de 44: en su lugar mandó el Rey venir de la frontera de Portugal al marqués de Leganés, y para ocupar éste á D. Juan de Garay, retirado en su casa los años pasados, dándose por mal premiado de sus servicios, y no haber querido aventurar un título con él. Los de aquella frontera y toda la tierra de Extremadura querian al Marqués, y le pedian con embajada particular de aquellos pueblos: maravilla grande en hombres que habian pasado por los rigores y mortales asperezas de los validos pasados, y que

habian olvidado el aborrecimiento dificultoso de borrar tan presto sobre ofensas tan importunamente cometidas, al revés de los aragoneses, que no le podian echar de sí, y pedian á D. Juan de Garay, como heridos del mal efecto de la guerra del año de 43, que hizo más prolija y durable su contencion, y del gobierno de los que entónces nos mandaban. Vino al fin para pasar á Lérida, donde se juntaba ejército, siempre con mal semblante y peor gana de ser soldado despues que se hizo tan largamente adinerado, añadiendo al Palacio de la calle de San Bernardo muchos reductos y plataformas, que era su más esencial guerra, y donde militaba su corazon más elevados cuartos, que no le pudieron gastar ni menoscabarle la prision de Ocaña, ni Morata, ni la residencia del Consejero D. Francisco Antonio de Alarcon; tantas fueron las sumas grandes como permitidas, cuando en las casas de los mayores Señores no habia un real, heredados en gruesas y crecidas posesiones: con D. Juan de Garay, no se ajustaba nada (condicion de los que tienen poca fortuna) ya le querian para Portugal, ya para Cataluña, y ya para nada: el tiempo, entrándonos, dirá dónde le acomodaron.

Decian que con la nueva promocion del Marqués no cobraría la guerra ninguna autoridad ni progreso de memoria, particularmente con un General francés como el conde de Arcourt, propósito de quien habia sido vencido sobre el Casal de Monferrato, forzándolo las trincheras por tres veces, y héchole levantar el sitio, y á su vista sacádolo en otra ocasion, de las manos, á Turin, al Príncipe Tomás, cuando militaba debajo de nuestras banderas, ó él se la dejó sacar, sobre que fué, ó como, la ocasion para apartarse de la devocion con España; que no lo hiciera el Senado romano, ni aprobara, cuando lo quisiera otro, esta eleccion, ántes la refutara: tanta era la falta que teníamos de soldados españoles, que apenas se hallaba uno razonable, porque todos los habia consumido la necesidad y el disfavor; tales habian sido los obreros, tan soberbios y descuidados de lo más preciso, y proseguian residenciando de la guerra del año 43 sobre Lérida, en

que parece se perdió la honra, mal opinado y sumamente aborrecido de los aragoneses, y áun de todo el Reino y Coronas de la Monarquía, porque desde allí amenazaron á fallecer todos y todo á tener ruina; más dichoso y fortunado en haber sido dado por libre en un caso tan prodigioso, que en haber desecho y vencido enemigos: aún cuando había espiado, parece que aún todavía vivía el miedo en el corazón de nuestros Ministros, y que se recelaban de la nueva venida y vuelta del poderoso, y de los castigos, que había de influir en ellos. El conde de Arcourt, sin embargo de las influencias de este año, por el invierno, rondaba á Lérida, la daba vista con algunas tropas y se había puesto en el Alcázar, lugar desmontado entre aquella ciudad y Fraga, donde tomaba nuestros convoyes; pareciéndoles á todos los atentos y versados en estas noticias que sin duda ninguna la cargaría este verano, y aún se la llevaría, con que el estado de la provincia y de la guerra se pondría de peor calidad y condición: habíasele enviado de Francia 6.000 hombres, y decíase que el ejército del enemigo llegaba ya á ser temido. El Rey Católico conducía el suyo, y proveíale de gente de ambas Castillas, Navarra y Aragón, y de la Andalucía apostábase una armada en Cádiz más que razonable, con asistencia de Don Luis de Haró, que pasaba de treinta navíos y cuatro mil infantes, que había de ir á cargo del general Pimentá. Habían llegado á las Marinas de Valencia 4.500 napolitanos y 500 españoles con 500 caballos, á cargo de D. Juan de Orellana y de otros cabos levantados en aquel Reino, pagados y amunicionados por el Virrey Almirante de Castilla, con que se esperaba abrir ejército formidable para contender con los franceses y catalanes, si bien todos ellos enemigos de la Monarquía española, se armaban, prevenían y alistaban gente para combatirla.

En Italia se sentían nuevos y más peligrosos rumores de guerras, introducidos por la facción Barberina, particularmente por el Cardenal Antonio, hermano de Francisco y del Príncipe, sobrinos de Urbano VIII, que falleció el año de 44,

sobre castigar el nuevo Pontífice Inocencio X excosos cometidos sobre la clausura de las vírgenes consagradas á Dios, y no castigados por el tío, y todo fomentado por franceses; y que armaba el Papa. El Cardenal Antonio derramaba escritos y manifestos falsos sobre la elección de Inocencio; y de esta manera los más sediciosos y turbadores del común sosiego y verdadero decoro, los que más obligación tenían á la buena dirección del estado público, de la paz, de la exaltación y firmeza del Príncipe de los Apóstoles, se hacían á la banda de Francia; y los duques de Módena y Parma, á lo ménos el Cardenal de Módena, hermano de aquel Duque, toda la familia, y el Príncipe D. Tadeo Barberino, que llaman Perfecto, que en tiempo del tío fué General de la Iglesia, y aún para quien quería el reino de Nápoles, principio y fundamento de todas las revoluciones, guerras y estragos pasados y presentes; que si en los libros que dejamos escritos hemos dicho que era hermano del Papa, aquí queda cunmendado por sobrino, y avisado al que leyere, con mejor salud y cabeza que yo, que les era fácil hacerlo donde topare el yerro, encargándole los demas. Finalmente, viendo la tempestad que corría, no acabados de curar aún con la muerte del tío de bulliciosos y tumultuarios, imputando el Cardenal Antonio de deshonesto y homicida dos veces con dos hermanas monjas, y últimamente sacrilego, y perpetrado la clausura: todos se pasaron á Francia con sus casas y haciendas en navíos que les enviaron de Marsella; pero con tan gran tormenta en las falúas, que al embarcarse estuvieron para perderse (aviso que da el cielo á los malos para enmendarse); y el Papa, pudiéndolos detener por cechar fuera tan mala semilla, los dejó teniendo alistados para este accidente en el Lacio de Roma 42.000 infantes y 5.000 caballos, por haber dado á sentir el francés al Papa que cualquiera descomodidad que se hiciese á los Barberinos se le haría á él. Por aquí se verá las ligas de la era pasada, y cuán ciertas eran, y qué arraigado estaba el ódio en el corazón de unos y otros, con que el Rey Católico y toda la Monarquía fluctuaba en tan continuas borrascas.



El Consejo de Castilla, sobre la causa de D. Melchor de Borja, y de no haber socorrido el año pasado á Rosas, le condenó en 20,000 ducados, diez años á un castillo, diez de destierro, (si la vida puede llegar á tanto) privación de oficios y de cargos, y excluido de tener ninguno; con que en el sentir de los más diligentes en estos casos, decían haría temblar esta sentencia la barba á D. Diego Caballero, sobre el haber rendido la plaza á los franceses, si es así que procedió como se ha contado. El Rey, demás de haber publicado su jornada para el reino de Aragón, la declaró para el de Navarra á Pamplona, córtle de aquel Reino; el intento aparente, y el que ahora se pudo discutir, hacer su entrada, ser recibido con el Pálio, llamar á Cortés, jurar al Príncipe, visitar la tierra y desde allí recaer á Zaragoza para dar calor á la guerra de este año, que de todas partes se esperaba muy brava. El general Pimental salió de Cádiz con la armada, no sin algunos temporales en que arribaron algunos navios de fuego, mas al fin, junta toda, pasó el Estrecho de Gibraltar al mar de España, para hacer rostro á la de los franceses; mas ellos estaban muy fuera de esperar ni acometer semejantes intentos, si bien decían se tenían aprestados 28 de los suyos; pero encerrados en sus puertos en los del Narbonés y la Proenza. Habíanse resguardadas y defendidas con la temprana providencia de nuestra armada; las plazas de Tarragona y Tortosa, si bien con cuidado el conde de Arcourt, de las demas de su séquito puestas á la mar, como Barcelona y Rosas, poniendo más cuidado que hacía la parte de tierra, por cuanto nuestro ejército no estaba en forma ni en el número consiguado y dispuesto.

Las Cortes de Castilla, siendo lo más forzoso tratar del remedio del Reino, del alivio de los vasallos, de moderar la necesidad y que corriesen las pagas en los hombres de negocios y de la Casa Real, para aliento del Comercio, sustento de los criados y asistentes en aquella fatiga, habían prorrumpido, por el Reino y en la Corte, en quitar trajes; cosa menuda y de poca sustancia, respecto de lo que más era menester para

el alivio de la vida y de otras circunstancias gravísimas, que podían ocurrir á ellas precisamente con maduro juicio para las mejoras del Estado; y hablábase públicamente con mucho escarnio y general risa. Querían quitar los guarda-infantes á las mujeres, y otros arcos que tengo vergüenza de referir aquí; materias indignas, por su poquedad, de historias grandes, tantas veces ventiladas y escarneídas en los años pasados, sin poder salir con ellas, como tambien las gacelajas á los hombres y otras vagatejas: querían suspender las comedias y añadir un cuarto á los portes de las cartas, para recompensar á los hospitales, que se sustentaban con este refrigerio, y no se hacía reparo en que se aumentaban tributos, y no se moderaban, que era en lo que consistía poder hallar alguna respiración á tantas quiebras. Yo no las apruebo ni las condeno; pero pocas veces las grandes repúblicas dejaron de permitir al pueblo algun divertimento y ocupación festiva, para permitir el ocio, causa de mayores vicios y atentados. El Senado Romano desterró alguna vez á los representantes y luego los admitió, por esta causa, hallándose algun reparo á la voracidad de los hombres y á sus condiciones; de que se ocasionan muturaciones, y corrian en cartas á los Reinos y ciudades, y se espantaban que estuviésemos tan libres de cuidados, que nos embarazásemos en cosas tan pocas; siendo más acertado quitar los pecados públicos y los mediadores de ellos, que quien sólo se reconocían las medras y los acrecentamientos; y en esto no se ponía la mitad ni se arrimaba el entendimiento, ni la enmienda: causa sin duda ninguna de los grandes trabajos y miserias que cercaban al Reino, le tenían enervado, sin surtir á ningún fin glorioso ni empresa de reputación contra los enemigos que nos insidiaban por todas partes. Mas estos llamamientos de Cortés, si bien se paliaban en los forasteros de Aragón y Valencia, no eran para otra cosa que para perseverar en la intolerancia de los tributos, y embestir sobre los demas, los que habían pensado, y por caudillos los condes de Castriño y Monterey, en que el volimiento pasado siempre estaba en la genealogía del que era ántes el culpado, que

yace en sepulcro de Loeches, y lo son todas las ramas que quedaron de aquel tronco: y plegue á Dios que no lo sea la raíz principal, que muchas cosas le habemos acumulado, y no sé si tenemos razon ó si son todas suyas; pero al uno de aquellos dos por demasiado bullicioso de ambición le esperaba fracaso, como veremos. El principal intento, finalmente, de los que nos han mandado, no olvidando la inclinacion de fatigar los pueblos para acrecentarse, siempre era multiplicar tributos, y hacíase ruido con estas menudencias para dar calor en el ensayo: decían querían quitar los impuestos y resumirlos todos en uno, y que todas las casas pagasen, y la mayor cantidad seis ducados, y hacerlos á todos pecheros, como se comenzó, y luego doblar con los años adelante la paraca como se hizo de la media anata; y el uno por ciento de lo que se vendiese, que pidiendo uno se pasó á dos; cargas todas de suma gravedad. No soy yo tan ciego, ni ellos tan descuidados, que crea que se quitará ninguno, ántes que se añadirá éste y se quedarán los demas, porque esta ánsia de entrar en las casas, há mucho que se dice y se desea, y ahora se quiere ejecutar con capa de Cortés; con que el remedio del Reino quedará sin efecto, y ántes más exausto, y todo procediendo á continua ruina; y por esto se aprieta á las ciudades y á la ejecución de los poderes decisivos para hacer de hecho, y luego no dejarán de crearse otros para seguir en lo comenzado: y con esto ni buena guerra, ni buen ejército, ni razonable paga, ni esperanza de consolacion ninguna.

El Turco se preparaba este año para embestir al Veneciano, sino á Italia, con 500 velas y 200.000 hombres: ellos tenían prevenida grande armada de galeras, galeazas y navios de alto bordo. El Rey Católico ayudaba con diez, porque no le era dado poder más; ayudaba el Papa y el Florentin; y á la paga del Veneciano, por prouta y gruesa, se iban á ella toda la soldadesca de Italia, y áun querían decir que los holandeses socorrian con navios. El francés se hallaba poderoso por la parte de la Saboya, Piamonte y Monferrato; mas no quería ayudar á los venecianos, de quien siempre, si no en esta oca-

sion, fué gran confederado, porque queria verla arder toda; arder la Iglesia y turbarla, sublevar los Cardenales y Potentados, hacer Ligas, traer al Turco y disipar entro los dos la mejor parte de la cristiandad: el portugués habia echado los holandeses. Concedió el Rey, no, al Rey, en las Cortes, 1.300.000 escudos: y respecto de lo que se pensaba coger, decían era una minima parte; estos eran los remedios que se buscaban al Reino, que el tomar era costumbre y el remedio era sudar.

Todavía el conde de Arcourt y los catalanes andaban en diferencias, porque el General queria introducir por alojamiento en aquella ciudad gruesas guarniciones de franceses: para asegurarse de ella queria apoderarse de la artillería, que la hay muy escogida, de las parte de mar y tierra, de las puertas, rebellines y reductos de las demas fortificaciones y empuñaciones de Monjui, sus triucheras y circunferencias y asegurado de algunos de sus naturales, que los mejores y fieles al Rey Católico, si bien lo disimulaban, no habian olvidado de la fé, y esperaban ocasion, y además de esto de la pronteza y vecindad de la armada no la embisticese; y el Arcourt queria resqueletamente acabar de ensucñorearse de ella y asir el soberano dominio, porque de otra manera temia que algun dia se levantase novedad; que las cosas del Rey Católico se recobrasen y mudasen forma, no embargante la mala condicion de los catalanes, y porque los de Barcelona se mantenian firmes en no admitir franceses más de los precisos para su guarda: y es error verosímil de los rebeldes y de los tocados de este contagio darse á fiar, que les era méno grave y más leve el yugo del protector forastero, y más si es francés, que el del Señor propietario y natural, que tantos siglos vivieron con él, recibieron sus dones y beneficios, su cariño, agasajo y buen tratamiento, porque aquel más aún aspira á la ferocidad de la tiranía y al dominio, que á la proteccion. Dícen que llamó á los Consellers, les hizo la proposicion de meter parto del ejército en Barcelona, avisándoles del riesgo que corría con la armada del Rey Católico, que estaba á sus puertos; que los tuvo en pié y descubiertos (qué cosa para

aquellos que lo quisieron hacer, si no lo hicieron delante del Infante Don Fernando, y no de habérselo consentido, se dieron por sentidos); que los espantó y los hincó de amenazas el Arcourt si no admitian los franceses y le entregaban las armas, municiones y todo lo fornídable de la ciudad; que amenazó las cabezas y fulminó castigos, habiendo quitado algunas, así de ellos como de otros nobles, puestos en horcas y en pulos. Finalmente, impugnaron esto, no se lo consintieron, quisieron embestirle el alojamiento con algun pequeño tumulto de pueblo, que le mataron franceses de su guarda, que él se salió á Valoucellas, donde tenia algunos regimientos, abocando así los de la frontera, que le siguió su mujer, y la quiso enviar á Francia; mas todo esto lo serenó nuestra poca fortuna, la infiel perseverancia y malicia de aquellos: con que el conde de Arcourt cedió á la desconfianza de nuevos riesgos y de no tratar más de la pretension, porque los de Barcelona decian les bastaban, para resguardo de la ciudad, 4 000 esguizaros que tenían dentro, tomados á sueldo y á su costa.

Las reliquias de los validos de nuestro tiempo se dejaron ver á los contornos ó márgenes de la corte, como las tablas de los navios desechos ó derrotados de las tormentas que arroja el mar á las orillas: la condesa de Olivares, muy sin pensar y de repente, se apareció en el Retiro, á la solicitud de sus pleytos, ó á las otras causas ó composiciones del Gobierno, que habian tenido, ó de la expulsion; que no serian pocas, aunque caminaban calladas: así lo publicaban los suyos, que se han valido mucho del engaño y les ha ayudado en todo. Vino sin licencia del Rey, que fué muy grande de masia y libertad, originada, no de otro fundamento, sino del brio y descuello con que todos habian usado del valimiento; la capa, ser oida y satisfacer á las calumnias de su marido, y que D. Luis de Haro tenia ocasiones para acudir á la corte, sin embargo de las jornadas, á sus pleytos, y que tambien le habia de valer á ella; mas lo cierto era que no se le habian olvidado los deseos de volver á mandar á Palacio, y que el

conde de Monterey queria ser el hacedor, el ingeniero, el artífice y el maño, que todas estas cosas habia en tan chico taller; porque desde que el cuñado salió de Palacio, no perdiendo ninguna jornada, clavándose en todas las materias de Estado y Guerra, pugnando por asir al Rey, por la pretension de Mayordomo mayor, que no habia podido conseguir, herido de que D. Luis de Haro y su familia tuviese aquel corto lugar, negociándole las jornadas, para apartarle de allí, ora á Madrid, ora á la Andalucía á sacas de dinero, negociacion poderosa para con el Príncipe, y todo para paga de ejércitos y armadas, y con aliviarle de este cuidado meterso en todo: cosa de admiracion en personas, que no amen el retiro de los bienes humanos, no se causen de haber servido tanto tiempo á toda su voluntad de ellos, y que estén de ellos tan sobradamente acrecentados, personas viejas, de tanta edad, que les desampan las fuerzas y los dicentes, no tengan desengaño, ni les conste los riesgos, ni el escarnimiento de los infortunios, para no deslucirse de Palacio, y hay quien afecte virtud y desvíe, siendo al revés, porque todo es ambicion, la que se anhela y la que más conviene.

La mañana que llegó todo fué ir pliegos del conde de Monterey á Palacio; y en opinion, segun tengo entendido, por que el otro partido le antevió; pliegos del conde de Castriño, lo de D. Luis de Haro; finalmente, iba de Consejero de Estado á Consejero de Estado, de Presidente de Italia á Presidente de Indias; en que daría por causa no estar D. Luis de Haro en la corte, estando en Sevilla por orden del Rey y á cosas de su servicio, que no convenia tratar de nada hasta juntar las partes, ántes volverla á Locches: ella aferraba, como mujer que habia sido poderosa y de gran mano, que la oyesen; mas esta traza tenia otro color y estaba llena de fines particulares. Al fin el Rey se dejó vencer de la humanidad, habiéndose quedado, si bien les dió mucho más, para no acobar de dejar de darle y ser liberal con ellos, y por no meterla en Palacio fué al Retiro con el Príncipe, y apartado de él la oyó una hora larga: decia no haber ella dado ocasion

para que su Majestad no la hiciese merced y estuviese privada de sus oficios, y retirada de Palacio; que le fuese lícito el ser rescatada, ó á lo ménos pudiese estar en la corte á sus negocios y pleitos y satisfacer á todo, y que D. Enrique, hijo del conde de Olivares, volviese á servir el oficio de Gentil-hombre de la cámara, usar de su libertad, y responder á las causas de su marido, si le pedían algo. A todo resistió el Rey, y la hizo volver á Locches por la Semana Santa, publicando tornaría á la casa del marqués de Leganés, como también publicaron los suyos á la salida del Conde, que volvería á Palacio, por no dejar de causar al pueblo. A esta hora había venido el Marqués de la frontera de Portugal, con malas ganancias de volver á Cataluña, de donde salió poco reputado, por no volver á experimentar las victorias del General, conde de Arcourt, contraídas en Italia, ni otra residencia de esta última guerra, que contrajo con Mos de la Mota; aunque á él le salió tan bien, que no tenía de qué quejarse, pues no le hicieron temblar, ni la casa, ni el dinero. Descubrióse, sin ser posible callarlo, la traza que en esto se llevaba, porque el conde de Monterey, ambicioso y poco desengañado de los estragos que la edad y el tiempo, de que podía estar en algún conocimiento para su alma, que es la prenda que malbaratamos, siendo la que debemos desembarazar de lazos y desengños; no habiendo podido arribar al oficio de Mayor-domo mayor del Rey, ni dándose por contento de la Presidencia de Italia, que ocupaba, quería entrar en todo el gobierno, vano de que su parecer y cabeza en las materias de Estado había sido aplaudida en el concepto del Rey, sin hacer reparo en el estado miserable en que le habían puesto; y para tratar por aquí y tener algún asidero, quería volver á la condesa de Olivares, su hermana, á Palacio, y de allí á la gracia del Rey, con sus regalitos, prácticas y otros artificios con que había sido muy oficiosa, para marido, para ella, y para sus deudas, y ahora lo había comenzado á hacer en el Retiro desde Locches los días que el Rey fué allá, á ver un juego de armas, y viendo que no tenía oficio á qué volver, porque el

de Camarera mayor había espirado con la muerte de la Reina, y el de Aya de la Infanta estaba proveído en la condesa de Paredes, y el de Camarera mayor en la de Medellin, y estos no los quería porque habían de espirar con el casamiento de la Infanta, sino que entrase por Camarera mayor de la Princesa, hija del Emperador, que había de venir de Alemania; prometiéndose otra nueva fortuna, más larga vida, como si tuviera la virtud que las fábulas mienten del fénix, y rejuviese en Palacio, si esto puede ser así, para volver á hacer la guerra á D. Luis de Haro y arrastrarle del poco valimiento que tenía; porque el Rey, escarmentado, aunque tarde, con no poco dolor y arrepentimiento de lo causado, no quería volver á entregarse totalmente, como lo estuvo, sino ser él sólo el repartidor de sus bienes.

Habia de ser esto, según yo lo entiendo, con importunaciones muy poderosas y consultas del Consejo de Estado, parte por donde se alcanzan cosas semejantes, y se mueve el corazón del Príncipe á obrar por el parecer de aquellos ilusos, concedida á la autoridad, y no faltaria séquito y cuadrilla, y más habiendo fincado en el marqués de Leganés; y aún, que quería proponer á D. Luis de Haro para que fuese á Munster, en Alemania, á cundir las paces, para alejarle, conociendo que la ausencia y la division es la tinta y la coma de cualquiera voluntad y comunicacion, y conseguir su intento: y así andaba ramigando el pobre con una y otra jornada, y ya de Aragon á Castilla, y ya de ambos reinos á la Andalucía, en boca de todos, y que era tomar ocasion para apartarlo, adjudicándosele á la voluntad del Rey, y en balanza si era privado del Rey ó no lo era, no dándose por desengñado del mundo, que el Rey no le quería tal sino que le sirviese. Pero él tenía una cosa muy buena para ser privado, que á todo cuanto se le enviaba lo hacía muy bien, salía muy bien de todo, y con todo; parto principalísima del que ha de ocupar aquel lugar, porque ha de ser de fruto y de fortuna.

Alcanzó todo esto el conde de Castriño, como tambien del Consejo de Estado, y que había de ser consultante en la ma-

teria, y asimismo toda la parte de los Haros; y entendido que el conde de Monte-Rey, y con los fundamentos pasados, teniendo por tan amañosa á la Condesa, que si volviese á Palacio volvería á la gracia del Rey y á meterle en un puño, y que todo era proceder contra su sobrino, van dos, que aun no habiendo bastado todo el poder ni la muerte del inventor á extinguirlos, ántes, que estaban en su misma agonía y fuerza. Viendo á la Condesa en el Retiro habló al Rey (así lo decía el pueblo) y no sé qué le dijo: finalmente, el Sábado Santo, 31 de Marzo de este año, se publicó visitaban al conde de Monte Rey, y le mandaban salir de la corte á un lugar de su Estado, ó á otro cerca de Salamanca, donde ahora decían estaba labrando un palacio y convento suntuoso, con los mismos modelos suyos; que estos labradores han cogido tan bien, que todos siembran largamente, y todos cuidan hacer pantecones á sus cenizas y no tabernáculos á sus almas, aunque hacen iglesias. Comenzó el pueblo á prorrumpir con estas novedades, y decían era el instrumento el conde de Castrillo, que era visitarle el largo vireinado de Nápoles, y como habían visitado al duque de Medina de las Torres, Príncipe de Astillano, y ahora lo hacían con el Almirante de Castilla, ó á lo ménos le habían removido del cargo, con más brevedad de lo acostumbrado, y que era por acrecentamientos demasiados de Secretarios. Hablaban en éste y no en lo demas: quién discurre por los excesos de los gastos, así en farsas como en chocarrerías y otras cosas indecentes á un puro gobernador y referenda de la mejor parte y más preciosa de la Monarquía; que se había enriquecido de maravillosas alhajas y tesoros como los demas colegas: si se había tomado; si era grande la cantidad de dinero ocultado: mas loégo volvian que era tarde para la visita, porque ya todo podia estar acomodado si no gastado, porque para todo había.

El procuró defenderse y resistirse en su salida, mas no le valió el diseño; y loégo, que la condesa de Olivares no volvería á Madrid, de que se consoló el pueblo, porque habiendo entendido sencillamente que estaba en el Retiro, creyeron

volvía á Palacio, y que había sido supuesta la retirada, que los males no se habían acabado y volverian á experimentar mayores, y tambien cuando vieran todo el mundo en aquellos corrales: que de esta calidad son los lisonjeros. De esta visita no dejaban á los Haros; dieron sobre el Alarcon, presidente de Hacienda, que había dotado con dos hijas, á hijos con dos Condes, 200.000 ducados, no teniendo ayer un real: á D. José Gonzalez, á D. Fernando Ruiz de Contreras, que acababa de dar al Rey 400.000 ducados, por la posesion de unos lugares; y de esta manera no dejaban á ninguno, y pasaban á los demas nombrados, digo sobrados, porque todos los señores y criados del Rey no tenían un maravedí, ni el Rey se lo podia dar, pereciendo su casa; y contando sus necesidades discurren por la demasia de los otros, y de unos letrados que se habían alzado con el mundo, con el poder y el caudal, y todo lo demas.

Yo quisiera darles un consejo que les estuviera bien á su hora y á su alma, y era que se confesaran con el Rey y le dijeran: «Señor, tanto he destruido, tanto he hurtado, tanto tengo, véislo aqui, y perdonadme lo que no os puedo restituir.» Así dicen que lo hizo un cierto Marqués, Presidente del Consejo de Hacienda del Rey D. Felipe II, que queriéndole visitar se concertó con él, y redimió su alma y su vejacion con una gruesa cantidad de dinero que le dió, la que pareció que faltaba, y absolvióle sin renovarle del puesto ni de su hora. Gran desventura es que no se contenten los hombres con la fortuna que han tenido, que no tengan lastima de la calamidad en que han puesto el Estado, sino que quieran volver á distraerlo, á cautivar las acciones del Príncipe, los que habían de libertárselas, si son fieles á sus servicios y si son verdaderos vasallos (¡oh bienaventurado castigo!). Tambien decían, que Andres de Rozas, Secretario de Estado, y de los mejores, había dejado un memorial al Rey, y que se le diesen al fin de su muerte, en que le avisaba del mal estado de su hacienda y de los millones que le habían ocultado; y aún, que Leganés, que había caimado á Cataluña y adolecido en el

camino, si no hubiera pasado adelante, fuera llamado á la corte. Pareció este Sábado Santo en la corte, el que vimos cuando el Rey en persona se le puso á juzgar lo que se le imponía al duque de Ariscot, en las cosas de Flandes: á tales embates están expuestos los Príncipes, por la inmensa variedad de humores de que se componen los gobiernos, y cuanto más grandes, mayores y más imposibles de corregir. Solo á D. Enrique, si no le admitió en todo, ni á servir el oficio de Gentil-hombre de la Cámara, le consintió ejercer algunas pocas de circunstancias, sólo por apariencias, y andar en la corte, porque le tenía proveído por General de la costa del Reino de Granada: la verdad es que la mujer que se le había dado pedía se tuviese con él alguna cuenta. En cuanto á ajustar medios de paz á esta hora, que se contaban 5 de Junio, y no había nada, padeciendo todavía pendiente la esperanza, y que la dificultad consistía en un punto solo, y éste, en que los franceses querían dar á su Rey, en la forma de capitular, encuentros de máximo; á que se resistía por la parte nuestra como cosa más usada en otras: de tan delgados hilos pendía la salud y paz común del universo, por los oficios de aquellos que nos quieren volver á mandar, ántes se consolidaban con nuevas ligas. Al Rey de Inglaterra, Carlos, despojado de aquel reino por los suyos, quería restituir el francés con sus gentes y las de Holanda; pero el Parlamento de Londres, que tenía la potestad, se ligaba con el Rey Católico, y ellos tenían su armada á la vista de Dunquerque con la nuestra, y querían ayudar á restituir á Gravelingas, porque ya toda aquella parte estaba recelosa del poder del francés y de los holandeses. Pero háccme novedad que ellos quieran desenternarse de los ingleses, confederacion tan antigua, porque todas sus guarniciones y presidios los tienen de aquella nacion, y de escoseses sus conjuntos, y al fin los habían de perder si tomasen otro camino; y dúdase que llegados á las manos no muden de

1 Advértase que habla del tiempo en que escribía, no de la historia, porque ántes no había pasado el mes de Marzo.

semblante, sino que corren con la fortuna del francés en todo cuanto no se pueden eximir de él, porque tambien le temen y saben y abusan tácitamente la creencia que los hemos ocasionado con las guerras externas de nuestra España; porque en cuanto que el matrimonio con la hija de aquel Rey con el hijo del Principe de Orange, más se debe agradecer al Parlamento de Londres que al Rey de Inglaterra. Pero el que lo tenía en atencion y cuidado era el Turco con los aprestos tan formidables, que decían había de bajar este año sobre Italia, si contra el Veneciano, si contra todos los Príncipes de ella, si bien habían cobrado toda la isla de Caudia.

El conde de Arcourt, con la desunión de los barceloueses y la prontitud de nuestra armada en aquellos mares, atendió á guardar las costas, puertos y plazas de aquel distrito; puso gente en ellos, con que hubo de aflojar en los designios de tierra, dado que su ejército á esta sazón no estaba tan formado, ni opulento como él lo había publicado; ni su salida tan corriente como amenazaba: y enterado D. Gregorio Brito, de naciou portugués, Gobernador de Lérida, sacó parte de su gente, y valiéndose de la comodidad de la noche, quiso hacer alguna faccion que doliese al conde de Arcourt. Para esto, con todo el secreto necesario, intentó tomar á Termes, lugar que había fortificado en el interin que el año pasado puso sitio á Balaguer, y le había hecho un fortin considerable para los intentos de aquella guerra: es este lugar de sesenta casus, situado á los viveros del Segre, hacia la parte de Urgel, á una legua castellana de Balaguer, y á dos catulanas de Lérida, fuerte por naturaleza ó incontrastable, por lo que el enemigo había trabajado en él; y además de esto había hecho aquí su plaza de armas, puesto su Real, cuando, como dejamos dicho tanteó á Balaguer, y á esta hora se hallaba con guarnicion de 500 infantes, con provision de armas y bicocho para 4.000 hombres, y para conservarse un mes en cualquiera trance de sorpresa. Salió, pues, el Brito, de Lérida, con 2.000 infantes y 200 caballos, con pretexto de ir á convoyar algunas municiones y viveres que venían á Lérida, y hallándose á las cuatro de

aquel día, que los avisos dicen fué viénes, á los principios de Abril de este año, á la vista de Termes, oyeron la campanilla del enemigo, que hacia ronda, y entrando un espía nuestro por encima del rastrollo, la primera posta, asaltada del miedo, la dejó pasar, siguiendo un capitán valón con diez soldados de los nuestros: mas al fin disparó, hizo señal y se retiró: mataron la segunda, y llegando á la tercera, hicieron armas; fué herido el capitán valón mortalmente, y por otra parte hicieron brecha cien soldados, por donde entró toda nuestra gente, rindieron el lugar y el fuerte en que tenían fundada toda la conservación y defensa de aquella frontera; celebraron en la Catedral de Lérida y dieron gracias á Dios del suceso, trayendo los prisioneros: tomaronse cuatro piezas de artillería, cien quintales de balas, 424 arrobas de pólvora, 10 carros cargados de mecha, 1.000 armas, parte mosquetes y arcabuces, y parte piezas, y otros instrumentos militares, 20 carros de campaña, 43 barcas con que hacia puente el enemigo, otra grande con maroma, con harina y bizcocho: dejóla el Bruto mil hombres de granujin y á cargo de cabos de valor. Sintió mucho esta pérdida, si bien los catalanes, el conde de Arcoval, por su mucha vanidad y confianza por intitularse en sus escritos, como lo refieren los poco afectos aragoneses, el nunca vencido capitán: acudió luego al dolor y á la enmienda el baron de Saba, con 3.200 infantes y 800 caballos: hicieron su consejo, quisieron tentar la recuperacion ó quemar el fortín, pero no hicieron nada ni quisieron aventurarse, dejando con más desembarazo y desahogo quella frontera, manteniéndola, ni tan pronta la campaña como la prometió este año, ni el salir tan temprano á cargar á Lérida ni á Fraga, ni tener el paso abierto para Aragón, donde afirmaba poner este año la Corona de aquel Reino en la cabeza del Rey de Francia; si bien en Alcázar hacia sus emboscadas para tomar nuestros convoyes, y no había llevado dos.

El Rey partió de Madrid para Pamplona, sábado, 14 de Abril, y el cielo parece favorecia la campaña de este año, por que una flota que venia de los puertos de Francia para la guer-

ra de Cataluña, que traía 3.000 hombres, municiones y bastimentos, la desbarató el mar con una tormenta brava; parte de ella se vió á la vista de Cerdeña y allí se fué á pique, y parte en otros cabos y escollos, y como aquellas embarcaciones son tan flacas para contrastes de mar tan rócios, se crec porcieron todas. Las cosas de Italia andaban muy revueltas, por que demás que los venecianos esperaban con el Turco, el francés hacia liga para invadir el estado de Milán; el duque de Parma sin embargo de lo pasado, y mal escarmentado de haberse visto á pique de perder sus tierras por las armas del Rey Católico, volvía á seguir la confederacion francesa, y el Cardenal de Este, hermano del duque de Módena, habia tomado la proteccion francesa y habia hecho tres propuestas al Papa Inocencio: la primera, que volviesen á Roma los Barberinos; la otra segunda, que fuese admitido en aquella córte el embajador de Portugal; la última, que se volviese al Duque, su hermano, la de Comachio, que son unas pesquerías. A la primera se respondió se fuese tratando; á la segunda se vió en justicia; á la tercera que no habia lugar. Del Saboyano, con certidumbre, se podia creer lo mismo, pues militaba debajo de aquellas banderas, y el Príncipe Tomás era el dañador de todo; al duque de Florencia le hacian sus ruegas que se declarase por ellos: el Papa despachaba censuras contra los Barberinos, que compareciesen en Roma y estuviesen á derrecho, donde no, que los depondria de la dignidad cardenalicia. Todo era revolución y novedades, pero fué muy aplaudido el hospedaje que el Papa hizo al duque de Arcos, pasando por allí al vecindado de Nápoles, porque no faltó discusiones en lo más pacífico, pasando el Almirante de Castilla de Nápoles á Roma, á dar la obediencia al Papa de parto del Rey Católico, no le faltó tapadero, porque siendo uso de aquella córte, en actos semejantes, salir á recibir los tales Embajadores las carrozas de los Cardenales con sus familias, como tambien para las suyas los Embajadores, encontrándose en las vías ó calles de la ciudad el Cardenal de Este, hermano del duque de Módena, no envió su carroza; mas tambien dijo el Almirante

de Castilla, que dado que lo encontrase en Roma no pararía la suya: mas dicen que se dejó decir el Cardenal, que le haría parar; mas que dió por causa de este descuido que no le avisaron, y es dificultoso que lo ignorase: posíéronse gentes de una parte y otra, mas el Papa medió la diferencia, mandando salir de Roma al Cardenal á una viña suya, que está á seis leguas de aquella córte. No deja de parecer soberbia ponerse á contender con un personaje tan grande como el Almirante de Castilla, y tan emparentado en Roma con la casa Colona, tan ilustre como las mayores de Italia; Gran Condestable de Nápoles, de donde tuvo la madre, de más de ser Embajador de tan gran Rey, que no tiene par en el mundo. Al fin no pasó adelante; pero no dormían los enemigos para molestarnos en todas partes, así los grandes como los pequeños.

El Rey entró en Pamplona el día 23 de Abril: fué recibido con pábilo, pero la alegría de aquel Reino se enturbó con la enfermedad del Príncipe, que procedió de tercianas muy continuas y pesadas; sangráronle cuatro veces, pero decían los médicos que no eran maliciosas, con que esperaban se restituyese á su antigua salud; y habiendo el Rey pensado salir de aquella ciudad á fin de Mayo para Zaragoza, viendo que el mal del Príncipe pasaba tan adelante y que á los aragoneses les pareció que no saldría tan presto de allí, enviaron á pedir persona para que acudiese á la dirección de la guerra y á sus materias. á proveer y aumentar el ejército, pagarle y conducirlo; y fué enviado allá D. Luis de Haro, sujeto ya reconocido para grandes cosas y acabarlas. Quitáronse las comedias de todo punto, y negáronse á las ciudades que las pedían; dióse licencia para correr toros, fiesta que á mí ver no carece de inconvenientes, si hemos de estar por lo que pide la conciencia, que parece que huele á eso, por las muertes y desgracias que de ellas se originan; mas al fin se habia de conceder algo al pueblo y á la muchedumbre: y de estos gastos querian que resultase parte á los hospitales para su remedio, subiendo el precio de las venta-

nas; y fuera buena providencia si no olierá á tributo como todo lo demas.

Sanó el Príncipe y fué jurado en Barcelona (digo, en Pamplona), y partió de allí para Zaragoza, habiéndose detenido el día de *Corpus Christi*, 31 de Mayo, en Tudela de Navarra. No se esperaba ni se reconocia mejora ninguna en nuestros cuidados y designios; todas las cosas iban de cada día procediendo con más quiebra, y el espíritu de los franceses no alojaba en los sinistros consejos y trazas de affligir la Europa, y señaladamente el Imperio y la Monarquía católica; trahíase á mandar nuevas máquinas, sorpresas y conmociones, y cuanto más se trataba de los defensivos de la paz, más se encendía el fuego de la guerra, y el delirio procedía con más crecimiento en todas las tres plazas de armas: la de Flándes, la de Italia y la de España, y todos amenazados con gruesos ejércitos. La desavonencia de los Cardenales Barberinos y el Príncipe su hermano, con el Pontífice Inocencio X, quería vengar con una poderosa armada que habia fabricado en los puertos del Narbonés y Provenza, y estaba ya en forma para salir, si bien callado el diseño y el fin adonde habia de dar; siendo la causa principal la materia de buen gobierno del Pontífice: el golpe estaba premeditado sobre tierras del Rey Católico, y que pagase los delitos de los culpados, como si él fuera el causidaco y los hubiera cometido, por no alfojar en el rencor y la mala voluntad de perseguirle y destacerle. Al fin, ahora, este rayo nuevamente fabricado se concebía y engendraba para dar sobre Italia, á atormentar sus paisanos y poner en cuidado á sus Príncipes: estaba el mundo en atención, y si bien sabian el motivo, no alcanzaban la parte donde habia de caer: habíase compuesto con todos, enviado sus gentes y hécholos á su mano, y avisado estuviéscen por el de Saboya y Piamonte. Era cosa ciertísima por la alianza y por las muchas gentes francesas que alojaban en aquellas provincias, y de allí se habia tomado el General, que se suspende y se descuida en las ocasiones más árduas, y que hace á todas manos; pero tan sin fortuna, que ya parece que na-



de le puede apeteecer para caudillo, porque de todas facciones sale roto y hecho pedazos: castigo justo de sujetos en quien reina por instantes la inconstancia y la variedad, y en quien nunca vive la fé y el reconocimiento. Los genoveses no impugnaron que á su vista ni que por su ribera pasasen bajales, porque todos estaban con sospecha y en temor, como flacos y de corta estora: el Modenés y Parmesano protestaron no seguir alianza católica; armóse el Milanés para rebatir cualquiera invasion francesa, y confirante Mántua y el Veneciano, no hicieron mudanza ni salieron á resistir el hecho, aunque nos pedian ayuda contra el Turco. El duque de Florencia se declaró neutral, y dijo que ni estaria por la una parte ni por la otra, negando la gente que en casos tales, por el feudo, tiene obligacion de dar al Rey Católico, como lo ajustó con el César: el Papa dudaba de declararse ni hacer aprestos de armas, ántes suspendiéndose, siendo la causa suya, no queriendo hacer otra demostracion que componerse con los Barberinos, llamarlos, atraerlos á sí y perdonarlos, y queriendo ellos hacer y volverse á sus tierras y casa; lo que entendido por los franceses, quién dice los detuvieron y aprisionaron, diciéndolos que convenia componer primero las cosas, y en mejor ocasion, y que ésta no habia llegado. Finalmente, todo estaba en cuidado y confusion; pero el Rey Católico, como Príncipe grande, preparado para mantener á todos, tenia sus armadas, así de navios como de galeras, en los puertos y mares de Valencia y en Italia para acudir adonde diese el rayo y llamase la ocasion, el clarín y la caja; no affojando un instante el peso y cuidado de estar siempre armigerando en la basilacion de Belona y sus aprestos, que, como dije, en todas tres partes se esperaba que la guerra habia de ser muy grave y pesada; mas el Papa habia descansado de este cuidado sobre los hombros del Rey, y él lo habia tomado sobre ellos, para dar entera satisfaccion y crédito de sus armas, á Italia y al mundo.

Y pues, porque por todas partes no dejase de haber dolor, en Linz, cabeza del Austria superior, á 43 de Mayo de este

año, falleció la Emperatriz María, esposa de Ferdinando III. Emperador de Occidente: el Agosto del mismo, á 44, cumplia cuarenta: su cuerpo fué llevado á Viena, córte del Austria inferior, y puesto en el convento de los frailes Capuchinos, enierro del Emperador Matías. El sentimiento fué grande: el Rey Católico celebró las exóquias en el Aseo de Zaragoza, donde á la sazón se ballaba, como en los años pasados, para la guerra de Cataluña, que se proseguia con el mismo teson y porfia que las demas, se iba arraigando y haciendo perdurable en España. El Padre Mariana, en el Epítome de su historia de esta misma provincia, en el parágrafo de su nacimiento, que hace, dice: «Dios la haga dichosa, y no sé lo que pudiese ser más, pues la colocó en el más alto lugar del mundo: parece que entendió la pretension de Inglaterra, y que por las instancias de aquel Rey habia de dar en sus manos y peligrar en aquel escollo, y que corriera la fortuna que Enriqueta María, hermana de Luis XIII, que hoy se hallan sin corona, peregrinando en París y en las tierras vecinas.» La dicha mayor que yo la hallo, y la que le pudo revelar de autor fué, que Dios la libró de herejía, de su comunicacion y veneno, y de que sus hijos fuesen enemigos de Dios; pues los que le dió de su misma sangre y estirpe, quedaron en las coronas de ambas Monarquias, Imperial y Católica, y por defensores de la fé católica.

Y para confirmar lo que dejamos dicho de la guerra de España, el conde de Arcourt corrió con sus gentes y bloqueó á Lérida, la cerró, construiéndola con tres puestos muy considerables para impedirle el socorro, forzándola á padecer un sitio muy pesado, y áun á rendirla. Estaba Brito dentro, con ánimo de mantenerla hasta el último suspiro; hacia algunas salidas á las fortificaciones, en que le mataban mucha gente; mas aquel enemigo pretendió, sin otro movimiento, vencer por el hambre, como el año pasado lo hizo en Balaquer; pero decia el Brito tenia que comer hasta el mes de Octubre, y otros, que para todo el año. Mas el Rey Católico pretendia y estaba con pensamientos de socorrerla el mes de

Septiembre, y se hacían levas y aprestos en todo el Reino para ejecutarlo y forzarle á ceder de la empresa.

En Flandes había entrado el ejército francés (porque vamos haciendo memoria de lo propuesto) muy poderoso, con intento de conculcar y arruinarlo todo, y de embestir cosas mayores de las cometidas hasta allí particularmente, como llevarse á Cambrai, y si le fuese posible las gentes del Rey Católico: estaban al opósito, como el Pícolomini, el duque de Lorena, marqués de Caracena, Lombai y otros, y el holandés quedó sin querer moverse y con dudas de pasar adelante en la liga con el francés; porque los contratos y capitulaciones se cumplían el Octubre de este año, y había pareceres y conferencias entre hombres prácticos y estadistas de novedad en la prosecución. Decíase que los Estados habían llamado al Príncipe de Orange, insinuándole retirase las armas, y que sus navios, dando vista á Dunquerque, hicieron salva y demostración de amistad con la artillería, y que de allí se habían levantado unos diques, ó esclusas, subiendo el agua de Mardique, ciñendo y dejándole aislado, y más defensible cuando quisiesen acometerle; mas los franceses embistieron á Cortray, y se la llevaron: con que ya este año habían ganado y no había sido vano su trabajo en aquella parte, siguiendo el curso de sorprender, como en los años pasados lo habían hecho, con que no descaecían del lugar y la opinión adquirida; y no podíamos desposeerlos de ella, ni nuestras armas llegaban al colmo ni á la fortuna de lo pasado para volver sobre ellos y tenerlos como de antes. Leopoldo, hermano del Emperador, encaminaba sus tropas contra los sucesos; mas ellos se habían hecho á la parte de la Vestfalia, al abrigo de los protestantes, sus amigos y aliados, sin esperanza de otra concordia, porque ya estaban hechos y causados los gastos para la guerra de este año, y era fuerza asistir á las ganancias y al logro; porque si bien era obstinacion y venganza de lo pasado, y ofensa, todo esto se tenía ya por trato, porque todos los años perdíamos tres, cuatro ó cinco y más plazas, y no querían desistir del aumento ni de la codicia de sus atentados.

La armada francesa salió del puerto de Tolon, á 9 de Mayo, se hizo á la vela por el mar Mediterráneo arriba; General del ejército el Príncipe Tomás, de la caballería Santonc: dejóse ver la vuelta del Gillo, su número 28 bajeles gruesos, 48 galeras y otros vasos menores, como polacras, tartanas, bergantines, y todo á cumplimiento de más de cien velas, más ostentacion que sustancia ni verdadero cuerpo, prorrumpiendo en fanfático; su derrota y designios las riberas de la Toscana á puertos y plazas del Rey Católico, porque sobre su inocencia cargábase la pena de los culpados. Ahí había algunos que se comprenden en el círculo de la Monarquía, desde que el Emperador Carlos V puso en el Señorío de Florencia á los Médicis, de no más calidad que de ciudadanos de aquella República; y no pasaremos más adelante, porque nos deben algo los extranjeros á la templanza y religion de la pluma, desde cuándo se les adjudicó á sí, y á aquel Estado, con título de Duque, las ciudades de Sena y Pisa, y despues el de Gran Duque de Toscana, dándose por sentidos los más ilustres Príncipes de Italia, como que se les hacia ofensa; pero nada de esto es de tanto horror como que se ceda de los términos políticos de las deudas y el reconocimiento. Hay (como dije) en aquella parte algunos puertos, como son San Estéban, Portolongo, Orbitelo, Portocroce y otros, algunos de consideracion, y otros de ninguna; pero el intento parecia entrar en tierras de la Iglesia, por lo más flacas y apartadas de la potencia del reino de Nápoles y aquellas circunvecinas á Toscana y Roma, no más distantes de allí que sesenta ó setenta millas.

Muchos políticos y hombres estadistas, cuando reconocieron los rumbos y progresos de la armada, tuvieron por bueno y sin fruto el hecho de los franceses, porque tirar á una tierra corta (de aquella sola parte, digo), demás de ser el fin dudoso, como por la mayor parte suele suceder en sucesos de la guerra, y que caso se tomase algo, habia de ser socorrido y sustentado con armas en todos tiempos, no es posible, por los muchos contrastes y fortunas de la mar, que casi todas por la

mayor parte lo dificultarian, y más quien no es tan poderoso en aquella parte por el mar, porque toda esta fanfarronería de armada, en la sustancia no parecia ni pasaba de 28 bajeltes y de 48 galeras; porque todo lo demás era tablas y embarcaciones pequeñas, demás que era fuerza, aunque el Florentino faltara á las deudas y obligaciones de España, como se veía, de quien recibió el Estado, el Señorío y la honra, las tierras de la Iglesia, á quien él tiraba, se lo habían de estorbar y echarle de allí, porque su mismo valor, demás de que es evidentísimo darse á creer que el potentísimo Rey de Nápoles no había de dormir, ántes salir á la causa con todas sus fuerzas. Aquí estaba atento el duque de Arcos, Virey, todos sus capitanes, y más asistiendo allí el marqués de Torrecusa; cuando el Milanés estaba en vela en el Reino de Sicilia y las otras Islas adyacentes. Fué esta jornada, á mi ver, sin fundamento ya que faltaron las cabezas de aquel gran Parlamento, tocado de fanfarronería, de hacerse ruidosos en el mundo, y en Italia, no más de por mandar al Papa, que tenía algo de afecto al Rey Católico, sutilísimo de tiranizar y de hacerse horribles á toda la Cristiandad, y declararse totalmente contra la Iglesia; poner en miedo y sujecion á los Principes, afectar patriotismo y poder á los que se nos quisiesen allegar, aunque hubiesen pecado contra la misma Iglesia, Religión Apostólica; que nos teman todos, todos nos busquen y se pasen á nuestro bando y parcialidad. El Turco, solicitado de ellos, y conociendo su malicia, aunque bárbaro, si bien el año pasado le sacaron de su casa y le hicieron bajar sus armadas al mar Adriático contra venecianos, y poner en terror á Italia, para que el fuego pasase á los vecinos, y á los otros motivos de ensañear el mundo; mejor informado, aunque publicaba lo que quería hacer, éste se suspendió, y no sólo quería hacer, empuñándose en pequeñas cosas contra aquella Señoría, y por esto echaron su armada á la mar; al fin era para arrebatar á Italia, sojuzgarla y estreñecerla (codicia antigua), conservar y hacer más perniciosos y detestables los delitos y los delinquentes, los atrevimientos contra el Cielo, ostentar arbitrio,

apoyar á los Barberinos, y que á esta capa se acogiesen los tocados de victos y solevaciones. ¡Principes, Repúblicas y potestades de Italia, armáos contra este dragon, que se ha hecho insolente en los engaños, con el miedo que cada día introduce en vuestros Estados, para usurparlos, ó para que el humor que exhala el veneno los consuma!

Ellos, al fin, hicieron armada, y viendo la nuestra que había madrugado en los mares de Barcelona, codicieron de cobardes, desatinaron y corrieron á diferentes intentos, y el fin asegurar, que aquí faltó el consejo, aunque la gastaron en venganza y favor de los Barberinos, como antiguos aliados, y para aliento y confianza de los demás; y así Dios la castigó, porque el pretexto era injusto: á 10 de Mayo pasó la armada á la ribera referida de Toscana, y embistió con San Estéfano, puerto de ninguna consecuencia, que está al pié del monte Argentario, á la entrada de un lago, y luego al de no más importancia de Telauon, que está más arriba, junto al rio Osa, forzándolos á rendirse en pocas horas con una lluvia de cañonazos. Conseguidas estas dos pequeñas plazas, consecutivamente desembarcó y echó en tierra 7.800 infantes y 800 cañallos, segun la relacion de algunos prisioneros: bien se ve que el número no era de consideracion para grande empresa, sino es para hacer ostentacion y ruido, ó para divertir nuestra armada, sacar del Condado de Barcelona á las pocas fuerzas nuestras, y dar comodidad al conde de Arcourt para lograr las suyas en la campaña de Lérida.

Entendido por el Rey Católico el intento de la armada francesa, envió la suya á aquella parte con las tres Escuadras de galeras, la de España, Nápoles y Sicilia, esperándoles armada de navíos de Nápoles, que se habían de juntar con ellos, y el número creció tambien al de 400, y quizá más formidable; con que toda Italia y el mundo estaba atento al fin y combate de naciones tan admirables. Puesta su gente en tierra y ordenada, tomaron la torre de las Salinas, y el General, Carlos de la Gata, de nacion napolitano, soldado de encarecido valor y experiencia militar en la escuela de Flan-

des y Lombardia, que se hallaba en la tierra, y en Orbitelo, para la defensa de todo aquel partido, envió á reconocer la armada del enemigo á D. José Mostrillo, Capitan de caballos reformado, camarada suyo, con algunos paisanos. Hizole prisionero el enemigo, y valiéndose del buen uso de la guerra, y del que debe tener, aunque no lo ejercitan los franceses, se le envió á pedir con un trompeta al Principe Tomás, encargándole que era su camarada; mas aquel corazon, lleno de odio y de infidelidad por las cosas de España, rebosando de francés desde la cuna, se lo negó.

A 12 de Mayo, y en prosecucion de lo comenzado, marchó el enemigo con su grueso hasta la ermita que llaman del Cristo, poco distante de Orbitelo, puerto de mucha consideracion, sentado sobre el lago, y adonde los franceses llevaban su codicia, y adonde pensaban hacer pié, sojuzgar y hacer presas en la tierra, no léjos de Portocercole, tambien considerable plaza de Rey, como lo dejamos dicho, y con ellas hacerse sentir á los vecinos y á toda la Romania; hizo en una eminencia un fortin, desde donde comenzó á abrir trincheras, la vuelta de la plaza, y á su vista pasó una bateria de ocho cañones de á 27 y 40 libras de bala; prosiguiendo con su trinchera acercándose á la entrada encubierta, muy á su salvo, por no poderle ofender la artillería de Orbitelo, en que trabujo ocho dias continuos, que se consigné á defender de todo corazon Carlos de la Gata y los que estaban dentro. Antes de empezar á batir la plaza, envió Mos de Santone (que traía á su cargo la caballería) un trompeta con un billete á Carlos de la Gata (francés tentado de bachillería, que sustentamos en España, acogándose á ella de miedo de la condicion de Richelieu, que ya dejamos tocado, y que con su muerte y la del Rey Cristianísimo se volvió á la Francia) en que pedía y le rogaba, y todo esto muy falso de su llegada y del grande golpe de sus fuerzas (como si lo fueran) no hiciese disparar su artillería á una casita blanca donde alojaba el duque de Brese, porque le descompondria la olla: á que aquel soldado, tocado de toda urbanidad y cortesía, y no desconfiando del

buen fin de la resistencia, á diferencia de la intencion doblada del Principe Tomás, respondió que lo haría; y á la mis-tilitería sobre Orbitelo, le envió otro mensaje agradeciendo la promesa, y que le pagaría en la misma moneda, y que para esto le señalase su casa, para preservarle de la misma vejacion y de los cañonazos, segun el Tomás parece que mandaba la artillería. Carlos de la Gata se lo agradeció, y señaló al Gobernador Pedro de la Fuente, en consideracion de que se hallaba en ella su mujer é hijos y otras damas de la tierra. Pero todo esto fué de su condicion, falsa y mentirosa, porque en un dia sólo la metió dentro más de catorce cañonazos; y dándose por sentido Carlos de la Gata, y enviándole á decir que tomase ejemplo en su palabra, pues cumplía tan mal la suya, se disculpó Santone frivolamente, diciendo que habia sido descuido de los artilleros, que lo enmendaría. Diferentemente se hubo con él el año pasado el general Andrea Cantelmo en la guerra de Cataluña, que enviándole á decir chanzas, le rebatió diciendo que ya se habian acabado los mo-chistos y cuentecillos, le ahorcaba los trompetas: con que el francés calló.

Desde 12 de Mayo hasta 20 no sucedió cosa particular, ni los franceses hicieron nada; mas este dia cerraron el paso de la comunicacion que habia de Portocercole á Orbitelo, haciendo un fuerte real al márgen del estañó, con seis piezas de cañon, con que ocultaban las casas, pasando las balas de las baterías por encima de la muralla, sin hacerla daño, por estar baja por aquella parte; y al mismo tiempo coló en el estañó, que debe ser el lago ó ensenada de mar que queda apuntado, hasta 31 lanchas, que servian de entrar y salir, de llevar víveres y municiones de la armada al ejército ó de los puertos ganados, para impedir, no obstante, el socorro á Orbitelo; pero nada de esto bastaba para que no dejasen de entrar dentro, de dia y de noche, á nado, algunos de nuestros soldados, con avisos de lo que se hacia por ellos y con recuer-